Una canguro en apuros

Dana Darius



UNA CANGURO EN APUROS

DANA DARIUS



ÍNDICE

Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33

Capítulo 34
Epílogo

Agradecimientos
Otras publicaciones de Dana Daríus
Biografía

Copyright © 2026, Dana Daríus.
Una canguro en apuros
Reservados todos los derechos.

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual. El copyright estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del copyright al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso.

ISBN: 978-84-09-80908-0

N.º de registro: X2ugkC3Z-2025-07-30T19:56:29.595

Cubierta, corrección y maquetación: Magia de la Lectura, Servicios Editoriales.

Para todos los que luchan por sus sueños, sin dejarse influenciar.
Para los que trabajan duro por conseguir lo que desean.
Para Darío y Evan, porque el destino lo escribís vosotros.

PRÓLOGO



¿Conoces esa sensación que te recorre el cuerpo como un escalofrío y te dice que tu vida está a punto de cambiar? Pues eso mismo sentí aquella mañana del quince de mayo, cuando, al encender la televisión, vi una noticia que me dejó helada.

«Mujer de treinta y dos años asesinada».

No era otra que Meredith Miller, la esposa del juez más importante de Brooklyn. Él y sus dos hijos la habían perdido para siempre a manos del que parecía el aprendiz de un asesino en serie, encarcelado poco tiempo atrás. La noticia corrió como la pólvora, porque aquel hombre era despiadado.

Solo mataba mujeres de entre treinta y cuarenta años: morenas, de pelo largo, amas de casa entregadas a su familia. Las atacaba de noche, cuando salían a correr, y las dejaba sentadas en un banco. Decapitadas.

Tardaron años en atraparlo. Era escurridizo, pero cuando por fin lo capturaron, no pudo escapar.

Erik Miller es un juez joven, pero no se amedrenta ante nadie. Ha enviado a prisión a más delincuentes que muchos otros jueces con décadas en el cargo. Es un lince, y lo apodan *el Diablo*, porque dicen que quien entra en su sala, sale condenado.

Podría decirse que es como en el Monopoly: «A la cárcel, sin pasar por la casilla de salida».

Siempre he sido una apasionada de la psicología. De hecho, estoy estudiando para poder ejercer en el futuro, aunque por ahora sigo en ello.

Voy a hablarte de mí, y espero que no te canses porque, sinceramente, cuando empiezo a hablar, no tengo fin.

Me llamo Amanda Chase. Vivo en Brooklyn con mi mejor amiga, Nadia. Es la única que conoce todos mis secretos. Aunque, si te portas bien, puede que te cuente algunos. Ella trabaja como higienista en una clínica dental, y yo soy canguro.

No es el trabajo de mi vida, está claro. Quiero ser psicóloga. Pero no de las que tienen una consulta y se pasan el día escuchando los problemas de la gente. No. Yo quiero analizar la mente y la conducta humana. Siempre me ha fascinado entender por qué las personas son como son y actúan como actúan. Y si hablamos de asesinos en serie… ya ni te cuento. Por eso, aquel caso me tenía enganchada como si fuera una droga.

Aparte de eso, también soy adicta al chocolate y al helado de caramelo salado. Ambas cosas son mi perdición.

Nadia es como yo: alocada, divertida, sin filtro, sincera y cariñosa. Ha sido mi paño de lágrimas en demasiadas ocasiones, y es la mejor amiga que podría tener. Me acogió bajo su ala como si fuera una mamá pato, y le estaré eternamente agradecida.

La relación con mis padres no es, precisamente, buena. Ellos querían para mí una vida que no me gustaba. Todo bien planificado: estudiar en las mejores escuelas, hacerme amiga de los hijos de sus amigos, no salirme de los estándares de niña pija… Eso significaba *brunch* los fines de semana en el hotel de Maximilian —uno de los mejores amigos de mi padre—, visitas aburridas a museos con Silvi, la hija de una amiga de mi madre —que, por cierto, era odiosa—, y nada de quedar con quien yo quisiera. No. Tenía que salir con Dan Foster, el hijo de un famoso perfumista. Ah, y sin olvidar las vacaciones en los Hamptons.

No hace falta que te diga que mi padre es director de la farmacéutica Beauty y mi madre, una pintora muy conocida en Manhattan. Y yo… yo solo quería escapar.

Mi padre quería que estudiara Dirección de Empresas para sucederle algún día. No es que me desagrade la medicina, pero quiero decidir mi futuro, elegir a mis amigos y ser quien yo quiera. Porque soy sencilla, humilde, una chica como cualquier otra… con más ropa, bolsos y zapatos, vale, pero con gustos normales.

Me encanta salir un día de lluvia y mojarme, disfruto como una niña saltando en los charcos, me encanta ir al parque y columpiarme hasta marearme, sentarme a ver el anochecer, contemplar la luna y las estrellas desde el capó de mi coche, poner música y bailar sin parar, cantar en la ducha hasta hacerle sangrar los oídos a Nadia y, sobre todo, reír. Reír sin parar.

Por todo eso, un día decidí que no quería ser la chica que mis padres deseaban. Me enfrenté a ellos y me marché de casa.

Voy a confesarte uno de mis secretos: me arrepentí en el mismo instante en que mi tarjeta se quedó sin saldo. Mis padres decidieron que, si era lo suficientemente mayor para tomar mis propias decisiones, también lo era para ganarme la vida. Pensaron que volvería arrastrándome a casa.

Se equivocaron.

Ya te he contado mis cualidades buenas, ahora van las malas: soy cabezota y obstinada. No estaba dispuesta a darles el gusto de regresar con el rabo entre las piernas. Y, por suerte, Nadia fue la luz al final del túnel.

Nos conocimos una tarde en una cafetería y conectamos al instante. Yo estaba hecha polvo, sin saber a dónde ir, con cuatro maletas y una mochila. Y ella, casualmente, buscaba compañera de piso porque la suya se marchaba a vivir con su pareja. Empezamos a hablar y fue como si el destino la hubiera puesto en ese lugar, en ese preciso momento, solo para mí. Así que no me lo pensé dos veces.

Desde entonces, nos volvimos inseparables. Y ahora, gracias a sus actos —y a sus locuras—, mi vida está a punto de cambiar por completo.

CAPÍTULO 1



—¡Despierta, remolona! Hoy es el día. —Abro los ojos como puedo mientras Nadia no para de saltar sobre mí. Mira que es pesada, la pobre.

—¿El día de qué? Nadia, no estoy para juegos, tengo sueño. —Comento, girándome hacia el otro lado para que me deje dormir un poco más.

—Eso no te pasaría si no te quedaras viendo series hasta las mil. —Me responde haciéndose la indignada.

—No eran las mil, era la una de la madrugada. Y no puedo evitarlo, me pierde *Mentes criminales*. Ojalá algún día logre ser como ellos: una psicóloga conductista. Me encantaría.

Nadia me observa sonriente. Sabe que me esfuerzo mucho en los estudios, pero, por desgracia, si no encuentro pronto un trabajo, mis sueños se quedarán en el limbo.

—Seguro que lo consigues. Podrías ser como esos policías de tu serie favorita. —De sueños también se vive.

Comienzo a estirar los brazos y la espalda. Intento salir de la cama, pero lo pienso dos veces. ¿De verdad quiero levantarme? No tengo más remedio.

Nadia me ha conseguido una entrevista de trabajo. Las que yo busco suelen ser un fiasco total. Dice que ha conocido a una mujer que necesita mi ayuda. Le vendría genial que cuidara de sus nietos. Por lo visto, su hijo trabaja todo el día, y aunque ella se ocupa de la

casa, los niños necesitan a alguien joven que los lleve al parque y esté por ellos. Total, ¿qué puedo perder?

—Oye, Nadia, no me has contado mucho acerca de esa mujer ni de los niños. ¿Qué hago cuando llegue a su casa?

Puede ver mi cara de preocupación y pone sus manos en mis hombros.

—Cálmate. Respira profundamente y suelta el aire poco a poco.

Obedezco. Me conozco y sé que me preocupo demasiado. Verdaderamente necesito algo más estable, pero no puedo buscar un trabajo normal porque necesito tiempo para terminar mis estudios.

Actualmente curso el último año de carrera y estoy muy liada con el trabajo final, que requiere mucha investigación y documentación. Para hacerlo bien, tengo que dedicarle mucho tiempo. Después quiero hacer un máster en Psicología Conductual.

Mi trabajo está centrado en el perfil psicológico de los asesinos en serie, y por eso estoy metida de lleno en las investigaciones sobre el ya encarcelado «Decapitador de Brooklyn», como se hacía llamar el asesino del que antes hablé. Pero mientras investigo y estudio, necesito dinero. Y ya que mis padres me cortaron el grifo para mantener mi fondo de armario (porque no te lo he dicho, pero es otra de mis adicciones), tengo que ir a entrevistarme con Diana.

—Amanda, no sé demasiado de esa mujer, solo que viene a la consulta de vez en cuando. Pero necesita un canguro y tú necesitas dinero. No hay más que hablar. Además, esta noche tenemos que celebrarlo. He quedado con Pablo y con su amigo Luis. No puedes negarte.

Ahora sí que no puedo. Me está mirando con esa cara de perrito pachón a la que soy incapaz de decir que no. Joder.

—Vale, yo voy a la dirección y a ver qué me encuentro. Te llamo en cuanto salga y te cuento qué tal, pero no cantes victoria. Quizá no me den el trabajo.

—Te lo van a dar, estoy segura. —La veo sonreír y pienso que, en ocasiones, no podemos ser más distintas.

Levanto el culo del cómodo colchón, echo a un lado las suaves sábanas y me voy directa al armario. Aparto ropa y más ropa hasta

que doy con el atuendo adecuado. No quiero ir muy formal, porque es obvio que no se trata de un trabajo de ejecutiva, sino de canguro. Así que opto por un *look* natural: camiseta de tirantes —porque estamos en verano y hace un calor de mil demonios—, pantalón tejano y deportivas. Peino mi corta melena dejándola lisa. Llevo un corte un poco escalado, pero la medida es insuficiente para recogerlo. Le doy algo de forma con el secador y me maquillo ligeramente. Nunca me ha gustado parecer un cuadro: un poco de sombra marrón y brillo en los labios, sin excesos, al natural.

Miro el resultado en el espejo y me gusta lo que veo. Cojo un bolso tipo bandolera. No será muy *chic*, pero es cómodo. Subo a mi moto y me dirijo a casa de esa mujer.

No te lo he dicho, pero tengo una moto deportiva. Me encanta la velocidad y sentir el aire golpeando mi cuerpo. Es como si fuera un ave, libre. La compré en un arranque de ira tras la última discusión con mis padres. Por supuesto, la pagaron ellos. Pensaron que así me quedaría, pero se equivocaron. Me fui igual y, en cuanto pude, volví a por la moto.

El tráfico es denso, pero lo voy sorteando de forma casi magistral. Conducir esta maravilla me encanta: desplazarme entre los coches, sortear el tráfico mientras los conductores de turismos se mueren de envidia porque yo avanzo y ellos no… En fin, a veces las motos son una bendición. Aunque, cuando llueve, son una putada.

En unos veinte minutos llego a la dirección que me dio Nadia y alucino con la casa. No es que nunca haya visto una similar —la de mis padres es de este estilo—, pero esta tiene un encanto distinto. La entrada es amplia, con un camino de arena que al pasar levanta una nube marrón. Al llegar a la escalera que conduce a la puerta principal, veo unos columpios en un jardín a la derecha y me quedo contemplándolos embobada. Me imagino sentada en uno, mientras el niño al que cuido está en el otro, y ambos reímos y jugamos a ver quién llega más alto.

Un ruido a mi espalda me hace dar un brinco. Me giro y veo a un hombre mayor, vestido con un traje, observándome.

—¿Puedo ayudarla, señorita? —comenta educadamente el caballero.

—Oh, perdón. He quedado con la señora… —Ve mi cara de apuro. No anoté el nombre y se me ha olvidado.

—La señora Miller, Diana Miller, señorita —dice con una sonrisa y tono agradable—. Usted debe de ser la señorita Chase. La estábamos esperando. Pase, no se quede ahí. Yo soy Charles Thomson, el mayordomo de los Miller. Encantado.

Lo miro algo descolocada.

—Igualmente. —Extiendo la mano y él hace lo mismo. Educación ante todo—. Gracias.

Me acompaña al salón tras pasar por un pasillo bastante largo, y la sala es impresionante. Lo que más me sorprende es lo minimalista que es todo: pocos muebles, mucho espacio, y aun así se ve increíble. Lo que más me gusta es ver, al fondo del salón, un piano. La música me pierde.

—Tú debes de ser Amanda. Vaya, no esperaba que fueras así —dice, observándome de arriba abajo—. Perdona el atrevimiento, querida. Es que Nadia me comentó que estudiabas Psicología y esperaba a una de esas chicas estiradas de Harvard.

—No hay nada que perdonar. Imagino que Nadia me ha puesto por las nubes. Estudio en Mercy College, estoy cursando Ciencias de la Conducta. Estoy en mi último año. Aunque luego quiero hacer un máster, que serán uno o dos años más.

Vaya, quizá eso me lo podría haber ahorrado. Puede que el hecho de que quiera seguir estudiando le eche para atrás...

—Pues me parece muy valiente por tu parte. Es una carrera complicada, y me consta que sacas muy buenas notas, así que seguro que te va genial —vuelve a mirarme y sonríe—. En cuanto al trabajo, me gustaría decirte que necesito a alguien con tu perfil. Mis nietos no lo han pasado bien. Perdieron a su madre hace un año, y siento que cada vez me cuesta más seguirles el ritmo. A veces están mal y no sé cómo actuar. Y mi hijo… se ha encerrado en sí mismo y no ve más allá del trabajo. Necesito ayuda, y que estés estudiando Psicología creo que puede serles de mucha utilidad.

Veo a una mujer desbordada, con lágrimas en los ojos, y no puedo evitar sentir compasión. Le agarro las manos suavemente para transmitirle calma, y ella me aprieta las mías, agradeciendo el

gesto. Me sorprende cómo pasa de un estado melancólico a otro casi eufórico.

—Vamos a conocer a los niños, y así te decides.

¿Cómo? ¿Ya está?

—Pero no me ha preguntado nada… ni mi experiencia como canguro, ni mis referencias. ¿No cree que, por mi juventud, quizá no soy lo que busca?

Ella me mira y sonríe de medio lado.

—Querida, solo con verte sé que eres lo que necesito. Eres una belleza, simpática, atenta, y suelo guiarme por mi instinto. Y este me dice que tu amiga me ha aconsejado muy bien.

Me deja totalmente impresionada. No esperaba que esto resultara tan sencillo. Y no es que me disguste, pero todavía no termino de creérmelo. De hecho, me atrevería a decir que ha sido tan fácil que incluso me parece surrealista.

A continuación, me lleva al jardín, donde me encuentro con dos pequeños de unos cinco años que me cautivan por completo.

Son mellizos, una niña y un niño, morenos, de ojos marrones, risueños y divertidos. Están pintando en una mesa, y de pronto un recuerdo de mi infancia cruza fugaz mi mente, aunque lo aparto enseguida.

—Chicos, mirad, ella es Amanda. Va a ayudarme con vosotros, ¿qué os parece?

Ambos me observan en silencio, repasando cada gesto y movimiento que hago. Parecen asombrados ante mi presencia.

—¿Sabes hacer galletas? —pregunta la niña tímidamente.

—Claro. Hago unas con pepitas de chocolate que están buenísimas —le respondo con una sonrisa.

—Pues tienes que hacernos unas. A mí me gustan con nubes por encima —dice su hermano.

—No os preocupéis, que cuando vuelva traeré los ingredientes y las haremos juntos. ¿Os parece?

Los dos aplauden emocionados y vuelven a sus dibujos mientras su abuela me mira, una vez más, con una sonrisa.

—Ya te lo he dicho: no necesito nada más para saber que eres la candidata perfecta.

Después de dejar a los niños, la señora Miller me explica los horarios. Me alegra poder compaginarlos con mis estudios. Solo tengo que venir por las tardes, así que, al salir de la casa, llamo a Nadia para darle la noticia. Quedamos en vernos para cenar en el restaurante al que siempre vamos: el Burger Place.

No me molesto en cambiarme. Me gusta ser yo misma y, además, solo vamos a cenar. Ella madruga mañana, y yo tengo un examen.

Al llegar me encuentro con los chicos. Pablo y Luis son amigos nuestros desde hace casi un año, el tiempo que llevo viviendo con Nadia. Los conocimos en una fiesta, y tras unos cruces de miradas, bailes sensuales y una noche de sexo loco, nos hicimos inseparables. Cada uno va a lo suyo, y eso es lo que me gusta de nosotros: somos libres, sin etiquetas. Si nos apetece, nos acostamos, y si no, pues nada. Solo o acompañado.

Nadia es como yo, libre como un pájaro. Nos gusta hacer lo que queremos sin rendir cuentas a nadie. Tener pareja no entra en nuestros planes, pero sí pasarlo bien. Aunque últimamente mi instinto me dice que quizá ella ha cambiado de parecer.

Miro el reloj. Todavía no ha llegado, pero es normal en ella. Necesita al menos dos horas para pasar por chapa y pintura. A diferencia de mí, le encanta maquillarse y se pasa el día viendo tutoriales en redes sociales. Con la ropa es peor, se cuela en mi armario cada dos por tres para ver qué robarme. Es una suerte para ella que usemos la misma talla… Para mí, no tanto. Pero es mi amiga y no me importa prestarle cosas. Como me enseñaron en la escuela: hay que compartir. Aunque mi fondo de armario ya no es el que era, y eso se debe a que vivir sola y sin ayuda es un asco.

Hay que buscarse la vida, y si quiero alcanzar mis metas, no puedo gastar a lo loco. Sensatez ante todo.

—¡Amanda! Qué guapa estás —comenta Luis—. Nos ha dicho Nadia que has conseguido un nuevo trabajo. A ver si este te dura más que el anterior.

No sé por qué dice eso. Ni que fuera mi culpa que aquella familia se mudara…

—No le digas eso. Amanda es muy profesional. Seguro que lo hará genial cuidando a su nuevo niño… o niña. Por cierto, ¿qué es? —pregunta Pablo con curiosidad.

—Son. No es uno, son dos. Mellizos. Su abuela me ha dicho que me necesitan mucho. Perdieron a su madre y no lo están llevando bien. Cree que el hecho de que esté estudiando Psicología puede ayudarles.

—Vaya… Pobres niños. ¿Qué edad tienen?

—Creo que unos cinco años. No he preguntado. La verdad es que fue una entrevista extraña. Solo con mirarme supo que iba a encajar, y eso… me da miedo. Espero que no estén sufriendo mucho —comento algo entristecida.

Mis padres no fueron el alma de la fiesta, pero al menos estaban ahí. Estos niños han perdido a su madre y su padre está absorbido por el trabajo… No puedo imaginar cómo serán sus vidas.

—No te preocupes. A esas edades los niños se adaptan. Claro que echarán de menos a su madre, pero seguro que en algún momento su padre conocerá a alguien y volverán a tener una figura materna. Además, ahora te van a tener a ti, y eso es genial. Los niños te adoran. Eres divertida y, contigo, seguro que lo pasarán en grande —dice Luis, haciendo que deje de lado mis pensamientos tristes. Es un amigo genial… y un amante de diez.

—Gracias. La verdad es que el próximo día que vaya haremos galletas —comento, más animada.

—Qué envidia. Guárdame alguna. Tus galletas de crema de cacao están deliciosas.

La conversación se interrumpe al llegar Nadia. Después de saludarnos y saltar como una loca al enterarse de mi nuevo trabajo, entramos en el local a buscar una mesa.

El sitio es enorme, pero está abarrotado. Miremos donde miremos, no hay nada libre, así que nos toca esperar. Por suerte, justo en ese momento una mesa se queda libre y conseguimos sentarnos. Echamos un vistazo rápido a la carta —aunque nos la sabemos de memoria— y hacemos el pedido: cuatro hamburguesas completas, patatas, Coca-Cola, unas alitas de pollo al estilo Fosters y tiras de pollo rebozadas con salsa de queso y nachos.

La conversación fluye animada. Hablamos un poco de todo: del trabajo de los chicos, del de Nadia, de mi tesis... hasta que, de pronto, veo al fondo del local a un chico que me observa. Al alzar la vista, él aparta la mirada, recoge su pedido y se marcha. No he podido verle bien, pero parecía mayor que yo, con un físico espectacular. Una pena… aunque, como dije antes, esta noche pienso irme a casa a estudiar.

—¿Chicas, queréis ir a tomar la última? Podríamos ir a esa discoteca que tanto os gusta —propone Luis, refiriéndose al Motdown, un club que hay cerca de casa.

Estoy a punto de negarme; tengo muchas cosas que hacer. Pero entonces Nadia me lanza esa mirada de perrito tristón… y ya no puedo decir que no.

La noche es joven, como nosotros, y siento que el mundo está a mis pies. No sé por qué me preocupo tanto por estudiar; me sé la lección de memoria. Una de mis cualidades es tener memoria fotográfica, lo que significa que todo se me queda bastante rápido. No necesito pasarme horas hincando los codos para aprobar, y eso, sinceramente, es una gran suerte.

Al entrar en la discoteca, nos dejamos arrastrar por la música. No te lo he contado, pero es otra de mis grandes pasiones. Siempre me ha gustado cantar, aunque jamás lo haría profesionalmente. No es que se me dé de maravilla, pero me encanta hacerlo, aunque lo haga fatal. Cuando suena una canción que me apasiona, no puedo evitarlo. La melodía de *Bad Habits*, de Ed Sheeran, inunda mis oídos y comienzo a mover las caderas, arrastrando a todos conmigo a la pista. Aunque, bueno, Nadia y Pablo ya han comenzado su propio baile privado... Se avecina romance, aunque ella no quiera admitirlo.

Yo me dejo llevar. Las manos de Luis se posan en mi cintura, y no paro de acercarme a él, de alejarme cuando la música lo exige. También soy un poco cruel: bailo acercando mi cara a la suya y, justo cuando intenta besarme, me aparto con una cobra de campeonato. Somos un grupo de amigos genial, nos gusta divertirnos sin presiones... y liarnos de vez en cuando también, para qué engañarnos. Además, Luis está buenísimo.

Lo dejo que se arrime, que se mueva al ritmo de mis caderas. La música cambia, y ahora suena *APT*, el temazo de Bruno Mars con Rosé. Entonces empiezo a saltar como una loca. ¡Esta canción me encanta! Luis se ríe descaradamente de mí, pero me da igual, porque sé que, en el fondo, esta locura mía le encanta. Muevo la cabeza de lado a lado, y mi pelo la sigue. Me siento libre, y así quiero estar toda la noche: bailando, disfrutando de mis amigos y celebrando que, por fin, tengo un nuevo trabajo. Estoy segura de que esos niños me van a cambiar la vida.

CAPÍTULO 2



Ha pasado una semana desde que hice la entrevista y me contrataron. Hoy es el día en que empiezo a trabajar con los niños. Por lo visto, tuvieron que hacer un viaje a casa de sus abuelos maternos, y por eso he empezado más tarde. No pasa nada, porque así he podido dedicar tiempo a buscar más información para mi tesis.

Miro el armario cuando Nadia entra por la puerta, enfadada con el mundo, dando golpes a diestro y siniestro. Y yo, que me preocupo un montón —porque es mi mejor amiga, por no decir la única de verdad—, voy a ver qué le pasa.

—Nadia, ¿estás bien? —Vaya pregunta más tonta. Es obvio que no, pero algo tenía que decir para romper el hielo y evitar que me golpee también a mí.

—No. Es que… he visto a Pablo con otra tía. He ido al centro comercial a comprar unas cosas y estaba allí, comiéndose los morros con una morena. ¡El muy gilipollas! —Lo dice muy, pero que muy enfadada.

Yo no quiero hacerle ver la realidad, pero debo hacerlo. Porque las buenas amigas estamos para eso: para decir verdades en la cara, para espantar a los zorros y para aconsejar en momentos difíciles.

—Nadia, no tienes que ponerte así. Tú y Pablo no tenéis una relación de pareja.

Me la he ganado. Ahora me está mirando con cara de furia, cual niña del exorcista. Solo le falta girar la cabeza y empezar a vomitar.

—¿Cómo que no? ¡Si nos enrollamos siempre que salimos! Joder, Amanda, que no tenemos quince años para andar pidiéndonos salir… Creía que estaba claro —comenta, indignada.

Algo de razón tiene. Pero es del sexo opuesto, y eso significa que a veces hay que darles toda la información masticada, porque si no, no lo pillan.

—Chica, ya lo sé. Pero se ve que él no. Él cree que es solo un calentón del momento. Piénsalo: siempre que os liais estamos de fiesta, y eso se puede malinterpretar. Porque, si luego no le llamas ni le aclaras lo que sientes…

—Te juro que no le entiendo. Cuando me mira, creo que siente algo por mí, pero luego le veo tontear con otras chicas —Se sienta en el sofá, más calmada, aunque juraría que está al borde del llanto.

—¿Por qué no le llamas y hablas con él? Si de verdad quieres tener una relación, díselo. —Juro que a veces parezco una madre.

—No, es que no quiero… A ver, quiero que Pablo sea *mi* Pablo y que solo me bese a mí, pero no quiero un novio ahora. No sé si me explico.

La miro, sorprendida. No entiendo nada. Se enfada porque él besa a otra, pero tampoco quiere que sea su pareja… Sí que quiere, yo lo sé. Lo que pasa es que tiene miedo al fracaso, o no quiere que yo me sienta mal por tener pareja y yo no. Pero es que yo no quiero ni en sueños.

—Me parece a mí que te estás engañando a ti misma, pero haz lo que quieras —Miro el reloj. Es tarde—. No puedo seguir hablando. Me tengo que ir a cuidar a los niños. Acuérdate de que empiezo hoy. Pero te voy a decir una cosa: no puedes enfadarte si no quieres nada exclusivo con él. Háblalo, a ver qué piensa. Y si lo haces por mí, no sufras. Me cae bien y puedo aguantar las velas junto a Luis.

Ya ha dejado de estar enfadada. Veo cómo una leve sonrisa asoma en sus labios.

—Luis sería un buen partido para ti. Seguro que a tus padres les gustaría. Su familia es muy influyente en Nueva York.

Lo sé muy bien, pero no pienso seguir con el tema.

—Nadia, Luis es un amigo cojonudo, y no negaré que folla como un puto rey, pero no quiero nada con él. Solo sexo esporádico. Él lo sabe, y yo también. No es que no crea en el amor, al contrario, sí lo hago. Por eso quiero ser libre para elegir de quién enamorarme, o hacerlo por casualidad, pero de quien yo quiera.

Ella me abraza y sonríe.

—Bien dicho. Eso es muy bonito. Está bien, pero cuando te enamores de verdad júrame que seré la primera en enterarme.

—Por supuesto —Y juntamos nuestros meñiques, como hacemos siempre que nos prometemos cosas. Aunque la mayoría no las cumplimos… pero eso solo pasa con las promesas que hacemos borrachas, porque, en realidad, no las decimos en serio.

Salgo por la puerta vestida con unos vaqueros pitillo y una camiseta de tirantes, casco en mano. Voy directa a mi moto. La arranco y me encamino hacia la casa de los Miller. No sin antes pasar a comprar los ingredientes para las galletas.

Voy pensando en esos niños, en sus miradas tristes y angelicales. No sé por qué, pero el hecho de que sean huérfanos de madre me ha hecho cogerles cariño sin apenas conocerlos. Espero gustarles.

Al llegar me atiende el mayordomo, como la vez anterior, y se disculpa porque la señora Miller ha tenido que salir a hacer un recado. Me acompaña al jardín, una vez que he dejado mis cosas en la cocina, y observo a los niños jugar.

Cuando me ven, dudan un momento, pero luego se acercan poco a poco.

—Hola, chicos. ¿Cómo estáis? He traído los ingredientes para hacer las galletas de las que hablamos el otro día —Ambos me miran, sorprendidos.

—¿También hay pepitas de chocolate? —pregunta, curiosa, la niña.

—Claro. Pero primero tenéis que decirme vuestros nombres, vuestra edad y lo que os gusta. Así nos conocemos mejor. Y después lo haré yo, ¿vale?

Lo piensan un momento y aceptan.

—Yo me llamo Zack, tengo cinco años, me gustan los superhéroes, el chocolate y jugar todo el día con mi pelota.

—Yo me llamo Kelly. Tengo cinco años como Zack, aunque mi madre siempre decía que él es mayor que yo por dos minutos. Me gustan los cuentos de princesas y echo de menos a mi mamá.

Zack la abraza. Me parece un gesto tan tierno… Parece mucho más mayor de lo que es. Pobres niños. ¿Qué le habrá pasado a su madre?

—Pues yo me llamo Amanda, tengo veinticinco años y me encanta el helado de caramelo salado y hacer galletas de chocolate —Ambos me miran expectantes—. ¿Os apetece hacer algunas conmigo?

—¡SÍÍÍÍ! —gritan al unísono.

Nos dirigimos a la cocina y, con la ayuda de los chicos, cogemos todos los utensilios que vamos a necesitar. Nos ponemos manos a la obra y les enseño una receta sencilla que hacía de pequeña con mi abuela.

Mientras las galletas están en el horno, les sugiero ver una película. He decidido que una de princesas le gustará a Kelly, y Zack se conforma porque está entretenido comiendo unas palomitas que ha hecho él solito en el microondas.

Los observo. Me parece increíble lo maduros que son para la corta edad que tienen. Pero imagino que las circunstancias los han obligado a crecer antes de tiempo.

Paseo la mirada por las fotos que hay en un aparador. En una de ellas aparece una mujer preciosa, algo mayor que yo, abrazada a los niños. Imagino que es su madre. No quiero incomodarlos, así que, aunque me muero de ganas por saber más, me abstengo de preguntar. De repente, me sobresalta la voz del mayordomo.

—Preciosa, ¿verdad? Esta casa parece más vacía sin su presencia. Ella iluminaba cada estancia con su sonrisa. Y desde que ya no está, es como si todo hubiera cambiado. Usted, sin embargo, le ha dado un aire nuevo a este hogar. Sé que lleva poco aquí, apenas unas horas, pero créame cuando le digo que esos niños no sonreían así desde hace mucho.

No sé si sentirme halagada o sorprendida. Me da pena pensar que algo pueda robarles la alegría a esos dos pequeños, pero la vida

es demasiado cabrona, y a veces te las hace pasar verdaderamente putas.

—Es que las galletas de chocolate de mi abuela resucitan las sonrisas. Ella siempre decía que eran lo mejor para volver a sonreír. Y tenía razón.

Cojo una foto en la que sale solo ella y la observo con atención. Su piel es de un tono canela cálido, tersa y luminosa, como si atrapara la luz natural de forma instintiva. El cabello, largo y oscuro como la medianoche, cae en ondas suaves sobre sus hombros, enmarcando su rostro con elegancia. Algunos mechones rebeldes acarician su mejilla, dándole un aire desenfadado y auténtico. Tiene unos ojos grandes, almendrados, de un marrón profundo con destellos dorados que parecen hablar incluso sin palabras. Su mirada es intensa, directa, como si pudiera leerte el alma. Las pestañas, largas y espesas, acentúan esa expresión cautivadora, mientras que sus cejas bien definidas le dan carácter al rostro.

Sus labios, carnosos y perfectamente delineados, están curvados en una media sonrisa enigmática, sensual y segura. El maquillaje es sutil pero impecable, resaltando sus rasgos sin ocultar su esencia natural.

Luce una blusa sencilla pero elegante, de tela ligera y escote en V, que deja entrever un collar delicado reposando sobre su clavícula. Su postura es relajada pero firme, con los hombros rectos y el mentón ligeramente elevado, proyectando seguridad, carisma y un encanto imposible de ignorar.

No es de extrañar que se ganara el amor de quienes la rodeaban. Realmente era hermosa. Y, por un momento, siento que la conozco de algo. Me suena su cara… pero no logro recordar de qué.

El horno pita, llamando mi atención y la de los pequeños, que estaban entretenidos viendo la película. Me acerco para sacar las galletas, y el aroma a chocolate lo inunda todo en cuanto abro un poco la puerta del electrodoméstico. Los niños vienen corriendo.

—Jo, qué buena pinta. ¿Puedo comer una, por favor?

Vaya, qué educado. No es que me sorprenda en exceso, pero no me lo esperaba.

—Tienes que esperar a que se enfríen un poco, ahora queman —le digo, despeinándole el pelo con una caricia. Él sonríe. Me da la impresión de que nos vamos a hacer muy amigos.

—¿Qué os parece si, mientras se enfrían, me enseñáis la casa? No la he visto y no sé dónde soléis jugar —les propongo. En realidad, quería que lo hiciera su abuela, pero todavía no ha vuelto y no conozco nada de este lugar.

—Claro, vamos —dice Kelly, que me coge de la mano y tira de mí, mientras su hermano se agarra a la otra y camina junto a mí, dejándose guiar por la pequeña.

—El salón ya lo has visto. Allí no solemos estar mucho, solo cuando vemos alguna película con la abuela. Normalmente estamos en el jardín o en nuestra habitación.

La sigo mientras me conduce por un pasillo que, imagino, lleva a su cuarto. Pasamos junto a un baño y una puerta cerrada, al fondo de uno de los pasillos que comunican el salón con las escaleras de la entrada.

—Este es el despacho de papá. No nos deja entrar. Trabaja mucho y casi siempre está ahí. ¿Tú tienes un papá tan ocupado? —pregunta Kelly con inocencia.

—Claro, es que los papás siempre tienen mucho trabajo. El mío pasa mucho tiempo fuera de casa; dirige una empresa y eso le quita mucho tiempo. Aunque ya no vivo con él, cuando lo hacía también lo veía poco.

Los niños me miran como intentando comprender que el hecho de que su padre pase poco tiempo con ellos es normal.

—Pero en mi cole hay otros papás que vienen a buscar a mis compañeros. ¿Esos no trabajan? —pregunta Zack, curioso.

—Imagino que sí, pero quizá tienen un horario que les permite recoger a sus hijos. Cada trabajo es distinto.

Zack se queda pensativo, pero no dice nada más.

Seguimos con el tour por la planta de arriba, donde se encuentran las habitaciones. Hay seis, y todas son enormes. Una es de Kelly, otra de Zack, aunque me cuentan que suelen dormir juntos, otra es su cuarto de juegos, dos son para invitados y la última es la de su padre. A estas últimas, obviamente, no entro. No quiero

invadir la privacidad de nadie. Solo me limito a explorar la sala de juegos, que está llena de juguetes y muchas fotos.

Cuando voy a coger una imagen en la que aparece toda la familia, escucho a la señora Miller llamarme desde la planta baja. Acaba de llegar.

—Amanda, querida, perdóname. Tenía cita en la peluquería y la chica ha tardado más de la cuenta con otra clienta... Lo siento.

La observo atentamente, mucho más que el primer día. Es una mujer muy guapa, de unos sesenta años como mucho. Camina con la elegancia tranquila de quien no necesita demostrar nada. Me encanta esta mujer. No es una rica estirada como las que se codean con mis padres, es todo lo contrario.

Me fijo en su cabello, blanquecino y recogido en un moño bajo. Algunas hebras plateadas brillan con orgullo. Su rostro, surcado por arrugas suaves, transmite paz y sabiduría.

Viste con colores tierra y neutros. Lleva un vestido de lino que le sienta genial, combinado con unos zapatos planos. Nada en su apariencia grita ostentación, y sin embargo, al mirarla con atención, se percibe el buen gusto, la cultura y una vida sin carencias materiales.

Sus manos, cuidadas pero con signos de haber trabajado, se mueven con ternura al hablar o al ofrecer ayuda. Tiene una voz suave que transmite cercanía. Es de esas personas que recuerdan el nombre de todo el mundo y preguntan cómo estás de verdad, sin fingimiento ni falsedad. Y eso me encanta. Creo que nos llevaremos muy bien. Y créeme, tengo un sexto sentido para esas cosas.

Lo que más me gusta de ella es que es de esas mujeres que saludan al portero, conversan con el repartidor y se sientan a escuchar a un niño como si no hubiera nadie más importante en el mundo. Y eso, para mí, vale mucho.

—No se preocupe, señora Miller. Nos hemos entretenido haciendo galletas y viendo una película. Ahora los chicos me estaban mostrando su cuarto de juegos. Siento no haberla esperado, pero pensé que no me vendría mal conocer la casa.

—Oh, tonterías, querida. Estás en tu casa, puedes hacer lo que quieras. Y permíteme decirte que las galletas huelen de maravilla.

Sonrío mientras los niños bajan corriendo hacia la cocina. Quieren probarlas ya, y yo soy incapaz de negarles nada.

CAPÍTULO 3



Estar en casa de los Miller me encanta. Zack y Kelly son un encanto; han disfrutado de cada trozo de galleta, y mientras las devoraban, sus sonrisas brillaban en sus pequeños rostros. Por un momento, se han olvidado de todos sus problemas… hasta que, de repente, Zack ha recordado a su madre y la nostalgia ha vuelto a invadirle.

—Ojalá mi mamá estuviera aquí. Tus galletas le habrían gustado mucho —dice, en voz baja—. Le encantaba el chocolate, aunque las galletas no le salían tan buenas como a ti.

Le acaricio la mejilla y le miro atentamente a los ojos.

—Estoy convencidísima de que tu mamá te está viendo disfrutar de esas galletas. Seguro que siente envidia por no poder probarlas. Pero no tienes que ponerte triste. Seguro que, cuando ella estaba con vosotros, hacíais millones de cosas juntos que os hacían felices. Quédate con esos recuerdos, porque estoy segura de que tu mamá no querría veros tristes.

Intento reconfortarlos, aunque sé que nada de lo que diga lo logrará del todo.

La pérdida de un ser querido siempre es difícil de asumir, pero la de un progenitor lo es mucho más. Son nuestros referentes, y sin ellos uno se siente perdido. Además, a tan temprana edad es aún peor, porque entre una madre y sus hijos existen vínculos inquebrantables que duelen demasiado al romperse. Lo más duro es

pensar que, dentro de unos años, ya no recordarán muchas de las cosas que compartieron con ella. Al haber disfrutado de su madre apenas cinco años, es inevitable que muchos momentos acaben por desdibujarse.

—¿Y tú por qué no vives con tus papás? —pregunta Kelly, curiosa.

—Es una larga historia, pero, en resumen, me fui a estudiar a la universidad y preferí hacerlo viviendo cerca. Mis padres viven bastante lejos, por eso me mudé.

—¿Y no los echas de menos? —vuelve a la carga, con sus preguntas interminables.

—Claro que sí, son mis padres. Hablamos mucho por teléfono —miento. En realidad, casi no hablamos. Aunque sí es cierto que les añoro... Bueno, más a mi Visa Oro, pero eso no puedo decírselo a los niños.

—Nosotros vemos muy poco a papá. Desde que mamá no está, ha cambiado mucho. Ya nunca quiere jugar con nosotros y siempre está trabajando —dice Kelly, y noto que está a punto de llorar. La atraigo hacia mí y la abrazo con ternura.

—Seguro que a él le encantaría jugar en lugar de trabajar. Lo que pasa es que los mayores tenemos responsabilidades que los pequeños no, y a veces eso nos obliga a dedicar mucho tiempo al trabajo. Pero eso no significa que no piense en vosotros o que no desee pasar más tiempo juntos.

—No sé yo… —Miro a Zack sorprendida—. Una vez le oí decir que estar con nosotros le hacía daño, que le recordábamos mucho a mamá. No sé a quién se lo decía, porque hablaba por teléfono… pero lo dijo.

Pienso bien mi respuesta. Entiendo la postura de su padre: ellos han perdido a su madre, sí, pero él ha perdido al amor de su vida, y reponerse de algo así es terriblemente difícil.

—Estoy segura de que no lo dijo de verdad. Vuestro padre os quiere. Quizá ahora mismo se siente perdido.

—Tú no lo conoces. No puedes saber si nos quiere o no —responde Zack, cortante. Estos niños tienen respuesta para todo… Jolín.

—No, no lo conozco. Pero no hay ningún padre que no quiera a sus hijos, incluso cuando estos se portan mal… que no es vuestro caso.

Al final parecen algo más tranquilos con la conversación. Tras comer unas cuantas galletas más, deciden ir a jugar al jardín.



La tarde pasa en un abrir y cerrar de ojos. He jugado con ellos a la pelota, he dejado que Kelly me peinara, y hasta nos hemos pintado las uñas mientras Zack jugaba a uno de sus videojuegos.

Cuando llega la hora de marcharme, su padre todavía no ha vuelto, y, sin que me lo espere, ambos niños me abrazan con fuerza.

—¿Mañana volverás? —pregunta Zack, algo descolocado—. Me gustas, y no quiero que te vayas. Lo hemos pasado muy bien contigo.

Aprieta más su abrazo mientras me mira con esos ojos dulces que derriten.

—Claro que volveré —respondo, agachándome a su altura—. Y pasado, y al otro también. No os preocupéis, nos quedan muchas tardes para jugar.

Entonces me sorprende todavía más: me da un ligero beso en la mejilla. Ese pequeño gesto hace que mi corazón se detenga por un segundo. Dios… estos niños me necesitan de verdad.

La señora Miller me acompaña a la puerta. Ha observado todo y no sabría descifrar qué pasa por su mente, aunque no tarda en decírmelo.

—Eres una bendición para esta casa, Amanda. Me alegro mucho de haberte encontrado. Mis nietos llevaban un año sin pasar una tarde como esta. Verás, han tenido otras canguros, pero no eran como tú. Venían y se limitaban a vigilarles, no se implicaban con ellos. Y estos niños… son especiales, necesitan cariño, tienen muchas carencias y tú…

No la dejo continuar. Veo que sus ojos están al borde del llanto, la voz le tiembla, y se frota las manos en señal de nerviosismo. Es

completamente normal: han sufrido una pérdida enorme, no solo los niños, sino toda la familia. Verlos sonreír de nuevo hace que los sentimientos estén a flor de piel.

—Señora Miller, de verdad, no se preocupe. Me encantan los niños y jugar con ellos me resulta muy divertido. Ha tenido suerte, porque yo en el fondo soy como una niña. No me molesta lo más mínimo tirarme al suelo o ensuciarme con ellos. Creo que hay que disfrutar mientras se pueda, porque no serán pequeños para siempre.

Me toma las manos, agradecida, y me sonríe con calidez.

—Amanda, eres muy especial. Espero que nunca lo olvides. Nos vemos mañana, querida.

—Sí, nos vemos mañana, señora Miller.

Camino hacia mi moto y, de pronto, me detengo en seco. Pienso una y otra vez en la mujer de la foto, la madre de los pequeños. Es que… me suena tanto. Decido dejar de pensar en eso: es tarde, y parezco una tonta ahí parada. Me pongo el casco, me siento en la moto y arranco.

No he llegado a salir de la finca cuando entra un coche negro, de esos típicos de ejecutivo. Tiene los cristales tintados, y entre eso y que ya ha anochecido, no consigo ver al conductor. Pero sé que es el padre de Zack y Kelly.

Espero que se detenga a presentarse. Pero no. Eso no ocurre.

Pasa de largo junto a mi moto sin ni siquiera mirarme. Me deja sorprendida… y, para qué negarlo, también malhumorada. Si alguien estuviera cuidando de mis hijos, yo querría saber quién es. Es lo normal. Pero este hombre, que no sé ni quién es, parece que no le importa.

A ver si Zack tenía razón… y perder a su esposa le ha congelado tanto el corazón que ya no es capaz ni de querer a sus hijos.

El regreso a casa es tranquilo. Es tarde y apenas hay tráfico. Al llegar, aparco justo en la puerta —ventajas de tener una moto—.

Subo al tercer piso, donde vivimos, y al entrar me encuentro con una escena que me deja paralizada.

Pablo está en el salón, tal y como Dios lo trajo al mundo, con un vaso de agua en la mano y empalmadísimo. Aunque no le dura mucho, porque del susto que se lleva al verme entrar, el vaso se le cae y se rompe en mil pedazos.

—¡Joder, Amanda, qué susto me has dado! —dice tan pancho, sin molestarse en taparse.

—¿Perdona? ¿¡Que yo te he asustado a ti!? Mejor di que tú me has asustado a mí, que estás en mi casa en bolas como si fuera la tuya. ¿Y puedes taparte un poco, por favor? —le digo mientras me cubro los ojos. Vale que hay confianza, pero esto es demasiado.

—Oh, perdona… —parece que por fin toma conciencia de que está en cueros—. Lo siento, es que estábamos... Bueno, Nadia ha entrado al baño a ponerse algo más cómoda y yo he salido a beber agua, aprovechando que estábamos solos…

—Ya, ya, no hace falta que me des explicaciones. Que sois mayorcitos, lo entiendo, pero tápate, por favor… que al final voy a soñar esta noche con tu polla, y sinceramente, no es necesario.

Pablo agarra un cojín del sofá y se lo pone entre las piernas. Luego sale corriendo como alma que lleva el diablo y, desde la habitación, escucho las carcajadas de Nadia. Si es que son de lo que no hay. Bueno, al menos parece que han hecho las paces.

Me encierro en mi habitación para avanzar en mi tesis. Todavía me queda una hora antes de cenar, así que aprovecho para dejarles intimidad a los tortolitos. Me pongo los cascos y busco música instrumental, algo de piano suave para concentrarme en la documentación que tengo pendiente.

Hace unos meses contacté con un policía que investigó varios de los casos del Degollador de Brooklyn. Pudo conseguirme copias de expedientes archivados de sus asesinatos, y hoy por fin voy a analizarlos en profundidad.

Abro la primera carpeta: la víctima se llamaba Bianca Lenin, 38 años, morena, guapa, ama de casa. Vivía en la calle Pacific y fue hallada decapitada en el parque Saint Andrews. Las fotos son

espantosas. El asesino hizo un corte limpio en el cuello, sin titubeos, sin remordimientos. Es aterrador.

La segunda carpeta corresponde a Lara Smith, 36 años, madre de dos hijos, también ama de casa. Como la anterior, morena de pelo, hallada decapitada en el parque Fulton. Mismo *modus operandi*.

Reviso quince carpetas más. En todas, el patrón se repite: mujeres morenas, con buena posición social, madres de familia, sin vicios conocidos, deportistas. Todas asesinadas en distintos parques de Brooklyn.

Todas… excepto una: Meredith Miller.

Aunque técnicamente no fue víctima del Degollador, su caso guarda muchísimas similitudes con los demás. Por eso quise incluirlo. A Meredith la encontraron en su casa. La escena fue más íntima, más personal, lo que sugiere que el asesino fue un aprendiz o un imitador. Tal vez alguien a quien el Degollador, Jeremy Houston, ordenó el crimen desde la cárcel. Desde entonces, no ha habido más asesinatos.

Conseguir una copia del expediente me costó lo suyo, pero finalmente la policía accedió, con la esperanza de que una estudiante brillante como yo viera algo que ellos pasaron por alto.

Me dispongo a abrir la carpeta y, al ver la foto de la víctima, me quedo helada.

Es ella. La madre de Zack y Kelly.

En ese momento, todo encaja. Descubro quién es realmente mi jefe. El hombre del coche. Ese tipo que ni se molestó en saludarme. El ogro que vive encerrado en sí mismo. Ese hombre es Erik Miller. Y no sé cómo reaccionar.

Siempre he creído en el destino. Y lo cierto es que en un solo día me he encariñado con esos niños… pero ocultarles esto… No sé si podré hacerlo.

Está claro que no puedo pedirle a Erik información para mi tesis. Si lo hiciera, me despediría al instante. No puedo recordarle la muerte de su esposa ni meter el dedo en la llaga. Tendré que separar lo personal de lo profesional, aunque empiezo a sospechar que eso va a ser mucho más difícil de lo que pensaba.

Salgo al salón para cenar y me sorprende ver que Pablo ya se ha marchado. Miro a Nadia, interrogante, y ella resuelve mis dudas:

—Ha venido porque le monté un pollo antes y quería arreglar las cosas. Me ha preguntado si quería estar con él. Le he dicho que no, que estoy bien así, pero que no quiero que se bese con otras delante de mí. Hemos discutido… y, bueno, el resto ya lo has visto. Hemos echado el polvo de la paz —dice sonriente.

—Vamos, que no habéis aclarado nada. Pues yo he descubierto que mi jefe es Erik Miller —digo a bocajarro, mientras empiezo a prepararme una ensalada.

—¿El juez que metió entre rejas al tío con el que estás obsesionada?

—¡No estoy obsesionada! —respondo indignada—. Solo me interesa saber qué hay en su mente. ¿Pero qué se supone que tengo que hacer ahora? ¿Le explico que mi tesis trata sobre ese asesino?

—A ver, Amanda —dice Nadia con calma—, ese asesino no tiene nada que ver con el asesinato de su esposa. Estaba en la cárcel cuando pasó.

—*Supuestamente* —la interrumpo—. Porque hay pruebas que indican que pudo ordenar el asesinato desde la cárcel. No se ha demostrado nada aún. Aunque si hubiera sido un imitador, la habría matado en un parque, no en su casa.

—Eso es lo de menos. Yo, si tuviera la ocasión, se lo contaría. Que sepa en qué estás trabajando. Es solo un proyecto, no eres una psicópata.

—Lo sé… pero ¿y si me despide? —el miedo vuelve a apoderarse de mí—. Hoy he conectado con esos niños. Me necesitan. Si me quedo sin trabajo, volverán a estar solos.

—Amanda, haz lo que creas mejor. Pero sabes que, tarde o temprano, tendrás que contárselo.

—Lo pensaré. Quizá ni siquiera tenga que tratar mucho con él. Hoy llegó cuando yo ya me iba y ni siquiera me saludó.

—Pues mejor. Ojos que no ven…

CAPÍTULO 4



UN AÑO ANTES

ERIK

Una llamada me saca de una reunión con el fiscal del distrito. Mi asistente me dice que es importante, pero no me especifica qué ha pasado. Estos días tenemos mucho trabajo y parece que nunca vamos a ver la luz.

Hace una semana juzgué al asesino más importante del país, uno que nos costó mucho encontrar, pero que por fin hemos encerrado. Que se jactara de sus asesinatos frente a mí fue la gota que colmó el vaso. Por suerte, siempre tengo a Meredith, que tras un duro día de trabajo sabe cómo relajarme.

Esperamos a que los niños se duerman, no sin antes jugar con ellos hasta la saciedad, y después jugamos nosotros en privado.

Conocerla fue lo mejor que me pudo pasar en la vida, y que renunciara a todo por ser madre es sorprendente. Aun así, nunca me canso de intentar pasar el máximo tiempo con mi familia, porque ellos son los que iluminan mi vida, una que sin ellos sería oscura, con tantos crímenes que juzgar y tanto delincuente que encerrar.

Soy una persona dura e inflexible en los juzgados, pero en mi casa todo cambia, porque el amor es lo único que me devuelve a la vida. Sentir los abrazos de mis pequeños cuando llego y los labios de mi mujer sobre los míos es especial y revitalizante.

Atiendo la llamada rápidamente al entrar en mi despacho.

—Señor Miller, soy el agente Owens. Debería volver a casa cuanto antes. Ha ocurrido algo…

Al escuchar esas palabras, mi mundo se derrumba. Sé que algo malo ha pasado. Ni siquiera contesto. Le pido a mi asistente que me disculpe ante el fiscal y salgo directo hacia casa.

Nada más llegar, me encuentro un cordón policial. Pregunto por el agente Owens, quien levanta la cinta para que pueda pasar. Cuando entro por la puerta, me derrumbo allí mismo. De mis ojos no

dejan de brotar lágrimas. Nunca he demostrado mis sentimientos ante nadie, pero lo que veo es lo peor que he visto jamás.

Es Meredith. Mi Meredith. Su cuerpo está sentado en las escaleras que suben a la primera planta. Sin cabeza. Siento náuseas. Todo está lleno de sangre. Pienso en mis hijos, en qué les voy a decir, y me derrumbo aún más. Quiero abrazar su cuerpo, pero no me dejan tocarla. Tienen que analizar y resguardar cualquier prueba que pueda haber.

Observo cómo cogen su cuerpo y lo embolsan. Cómo cogen su cabeza, que estaba situada a sus pies, perfectamente colocada, y se la llevan. Todavía tiene los ojos abiertos. Reflejan miedo. Pienso en lo que debió de sufrir, por culpa de un desgraciado que quiso arrebatármela como represalia por el encarcelamiento del cabrón de Jeremy Houston.

Pienso en lo que pasará a partir de ahora, en la investigación, y en nuestras familias. Llamo a sus padres, quienes, destrozados, viajan para estar con nosotros en estos momentos tan duros.

Mis hijos se quedan con mis padres. No entienden qué ha pasado. Les decimos que su madre ha enfermado. No puedo decirles la verdad. Es demasiado para unos niños tan pequeños. Y yo… me centro en el trabajo, en la investigación. Pero la cosa no avanza. Su asesino se ha evaporado. No hay rastro de ninguna prueba. Así pasan días, semanas y meses sin obtener ni un solo indicio que nos lleve a resolver el caso.

POLICE LINE - DO NOT CROSS

Mi vida ha cambiado por completo. Sin ella, ya nada tiene sentido. Cuando miro a mis hijos me duele demasiado el corazón. No soy capaz de ofrecerles mi mejor versión, porque esa ya no existe. Se la llevó Meredith con ella. Ahora solo siento odio y rencor. No quiero nada de nadie.

La familia de Meredith me culpa de su muerte, y tienen razón. Yo también lo hago. Pero parte de mi trabajo es encerrar asesinos, limpiar el mundo de esa escoria que contamina las vidas ajenas. Ella

era consciente, y aun así quiso construir conmigo una familia. Pero ellos ahora me odian. Y yo no sé qué hacer.

Nuestra relación se ha enfriado notoriamente. No obstante, quieren mantener el contacto por los niños, aunque a duras penas hablan conmigo. Siento que tienen miedo de que a ellos también les pueda ocurrir algo malo. Y no son los únicos. Pero ahora mi vida ha dado tal giro que ni yo puedo levantar la cabeza.

POLICE LINE - DO NOT CROSS

A las dos semanas del asesinato de Meredith, mis hijos volvieron a casa. Aunque esta ya no tenía alma. Ya no había risas, ni juegos. Todo era tristeza y oscuridad. Y aunque mi madre comenzó a estar allí todo el día, yo necesitaba huir.

Así he estado durante un año. Escondiéndome de mi familia, ocultándome en el trabajo, aceptando más casos de los que debería para estar ocupado, viendo poco a mis hijos. Aunque mi madre no aprueba esta actitud y yo sé que no está bien, siento que mi mundo ya no gira. Con ella se marchó cualquier ilusión que pudiera tener en la vida. Ahora mi única meta es encontrar a su asesino y encerrarlo para que no vuelva a ver la luz del sol jamás.

Ellos han tenido varias cuidadoras, pero ninguna ha encajado con ellos. Va a ser complicado encontrar a alguien que quiera quedarse. Cuando se enteran de lo que ha pasado, a muchas les entra miedo, y otras simplemente no congenian con los niños.

Hoy mi madre quería hablar conmigo. Dice que ha encontrado a la candidata perfecta. Yo lo dudo bastante, pero no quiero quitarle la ilusión. Bastantes problemas tengo ya.

—Erik, hijo, esta situación no puede seguir así. Los niños tienen que estar con alguien que sepa gestionar su dolor, y a ti tampoco te vendría mal.

—Mamá, no empieces, por favor. Lo de los niños lo entiendo, pero a mí déjame en paz —respondo, ofuscado.

—Mañana empezará una chica que está terminando su carrera de Psicología. Seguro que les vendrá genial.

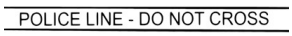
¿Una estudiante de Psicología? No creo mucho en eso, pero quizá les venga bien hablar con alguien sobre lo que sienten.

—Está bien, pero mañana no puede ser. Me han llamado los padres de Meredith y quieren que los niños vayan a pasar con ellos unos días, ahora que están de vacaciones. No puedo decirles que no —aclaro, resignado.

He intentado posponer su viaje, pero los padres de Meredith son insistentes. Desde que ella murió, siento que quieren apartarlos de mí. Vale que no pase mucho tiempo con ellos, pero es temporal. No me siento preparado. No obstante, son mis hijos.

—Claro que no. Son sus abuelos y tienen derecho a estar con ellos. No te preocupes, le diré a Amanda que la avisaré cuando los niños vuelvan —me dice mi madre con una sonrisa.

La veo alejarse. No sé quién será esa chica, pero sinceramente, poco me importa.



Tal y como había acordado con los padres de Meredith, llevo a los niños a pasar un tiempo con ellos. No será mucho, pero el suficiente para que se queden tranquilos y comprueben que están bien.

Una vez que cargo sus mochilas en el coche, se despiden de mi madre y entran para ocupar sus asientos. Son unas sillas de seguridad infantiles que Meredith escogió hace un par de años: ergonómicas, giratorias y, según ella, las más seguras del mercado.

Cuando ya están bien atados, me siento al volante y emprendemos la marcha.

Los padres de Meredith no viven demasiado lejos, pero tampoco están cerca: unas dos horas en coche. Viven en Filadelfia, así que intento hacer el trayecto más entretenido para los niños poniéndoles música que les guste.

Tengo una lista de reproducción que solíamos poner en las salidas familiares de los fines de semana. Al reproducirla, mi memoria regresa a aquellos momentos y la nostalgia me embarga.

Pero no quiero que los niños me vean mal, así que dejo los recuerdos a un lado y le doy al *play* en la consola del coche.

Empieza a sonar la canción del *Baby Shark* y los niños me observan con cara rara.

—Papá, eso ya no nos gusta —dice Zack, poniendo cara de asco —. Es música de bebés…

—Vaya, lo siento… ¿Qué música os gusta ahora? —pregunto. La verdad es que paso tan poco tiempo con ellos que ni siquiera lo sé.

—Pues canciones de películas de dibujos animados… —responde Zack, como si fuera evidente.

—A mí me gusta Luli Pampín. Y también la canción de *El pollito pío*, es divertida —dice Kelly, animada.

—Esas canciones no las conozco… Tendré que buscarlas. Lo siento, chicos.

Les observo por el retrovisor. No dicen nada, pero veo a Zack dudando. Sé que cuando piensa algo, no puede evitar soltarlo.

—Mamá seguro que las habría conocido. Pero no pasa nada. Cuando volvamos de casa de los abuelos, te quedas una tarde con nosotros y las escuchamos —dice, sonriendo.

—Chicos, sé que queréis que esté más con vosotros, pero tengo mucho trabajo. Ya lo sabéis, no puedo perder el tiempo jugando —respondo, sin pensar demasiado. Como si pudieran comprender lo que implica trabajar.

—Cuando estaba mamá, también trabajabas. Y pasabas mucho más tiempo con nosotros —añade Zack. Lo que decía: no se guarda nada.

Sé que tiene razón, pero es que cada vez que los miro, la veo a ella. Y duele. Duele demasiado.

Continuamos el camino en silencio. Hasta que comienzan a pelearse y Kelly termina llorando.

El viaje se les está haciendo pesado. No ayuda que Zack esté chinchándola todo el rato. Para distraerlos, les propongo jugar al *veo veo*. No es que me apetezca mucho, pero es la única forma de mantenerlos entretenidos.

—*Veo veo… una cosita que empieza por la letra C* —comienzo.

—¡Coche! Qué fácil —dice Zack.

—No, no es coche, don listillo —le digo, sonriendo.

—¿Césped? —prueba Kelly, mirando por la ventanilla. A los lados de la carretera hay algo de césped visible.

—No, tampoco es césped, pero buena observación —la felicito. Podría haberlo sido, pero no quería ponerlo tan fácil.

—¡Cinturón! Seguro que es esa —insiste Zack.

—Tampoco, pero muy bien. Ya casi lo tenéis, estoy seguro.

—¿Carretera? A lo mejor no es, pero yo creo que podría serlo… —dice Kelly, dudosa. Siempre duda de todo, pero ha acertado.

—¡Sí, muy bien! —les digo, y ambos comienzan a dar brincos de alegría.

No puedo evitar sonreír levemente. Me gusta verlos felices. Aunque me recuerden a Meredith. Ella siempre sonreía, pasara lo que pasara. Sabía cómo apañárselas.

—¡Papá está sonriendo! —exclama Zack, en uno de esos impulsos que no puede evitar.

—Sí, es verdad… Hacía mucho que no lo hacía. Qué bien —añade Kelly, hablándolo con su hermano como si yo no los oyera.

Me sorprende que sean tan maduros. ¿Cuándo han crecido tanto?

Veo a Zack coger la mano de Kelly. Sé en qué están pensando. Me siento mal. Realmente, estoy perdido sin Meredith. No sé cómo afrontar la paternidad solo. Esa es la verdad. Sé que con el tiempo lo lograré, pero ahora mismo se me hace muy difícil. Sobre todo porque no quiero asumir su pérdida. Aún no la he dejado marchar.

Ha pasado un año, y todavía guardo todas sus cosas. No he sido capaz de donarlas. Cuando me acuesto, sigo deseándole buenas noches. No ocupo su lado de la cama. Su cepillo de dientes sigue en el mismo cubilete del baño. Mi madre me insiste en que tengo que dejar de hacerme daño, que debo empezar a afrontar su pérdida y avanzar. Pero es imposible.

Tras un rato de juegos, llegamos a la casa de los padres de Meredith. Detengo el coche frente a la puerta y ayudo a los niños a bajar. Ellos corren hacia la entrada mientras yo saco sus maletas del maletero y observo el entorno.

Todo está igual que la última vez. La entrada está algo oscura, la escalera aún tiene el tablón roto, y han instalado unos columpios para los niños.

Llamamos a la puerta. Katherine, la madre de Meredith, aparece para recibirnos. Se alegra mucho de ver a los pequeños. Los abraza con cariño y luego se vuelve hacia mí.

Para mi sorpresa, también me abraza.

He de decir que ella no me odia tanto como su marido. Supongo que, al ser Meredith la niña de sus ojos, sus sentimientos hacia mí son más duros que los de su madre.

—Erik, hijo, estás muy delgado… ¿Estás bien? —me pregunta, preocupada por mi aspecto—. ¿Quieres pasar?

—Gracias por la invitación, señora Davis, pero tengo que marcharme. Me espera un viaje entretenido y a estas horas ya empieza a haber tráfico. Volveré la próxima semana a buscar a los niños. Y, por favor, cualquier cosa que necesiten, no duden en llamarme.

—Oh, querido, no te preocupes. Con nosotros estarán estupendamente. Tenemos todo nuestro tiempo para ellos. ¿No ves que estamos jubilados?

Los padres de Meredith son algo mayores, pero lo justo para estar recién jubilados.

Katherine nunca trabajó fuera de casa; era ama de casa. Joseph, en cambio, dedicó su vida a la Marina. Fue soldado en las fuerzas terrestres, y cuando nació su hija, se asentó y se especializó en ingeniería para poder estar más cerca de su familia. Era un hombre de armas tomar, que lo dio todo por su país… y por los suyos. Ahora, con sesenta años, solo quiere disfrutar de su familia. Y eso incluye a mis hijos.

—Me alegra que puedan pasar las vacaciones con vosotros. Sé que he estado ausente… Intentaré traerlos más a menudo.

Quiero que estén tranquilos. Y, sinceramente, creo que si los traigo más veces, dejarán de insistir en que conmigo no están seguros.

—No se trata de tu ausencia, Erik. Entendemos que estás superando la pérdida de Meredith, eso ya lo sabes. Mira… tu vida es

la que es, y no pretendemos cambiarla. Pero ya hemos perdido a nuestra hija. Entiende que no vamos a permitir que les pase nada a los niños, ¿de acuerdo?

¿Qué quiere decir con eso?

—Katherine, son mis hijos. No te confundas —respondo, molesto. Los formalismos se han ido a tomar por culo.

—Oh, querido, perdona. No te lo tomes así. Solo queremos que te plantees darles estabilidad. Te daremos tiempo, porque entendemos que no estás en tu mejor momento. Pero si las cosas no cambian… no permitiremos que los niños vivan con carencias. Ni en un entorno peligroso. No te lo tomes como una amenaza, por favor. Eres su padre, y tienes que valorar qué es lo mejor para ellos.

No quiero escucharla más. ¿De verdad puede decirme eso? ¿Así, sin más? No sé qué espera de mí, ¿una estabilidad? Está claro que, si no quiero perder a mis hijos, algo tendré que hacer. Los Davis son bastante influyentes y, aunque yo tenga un cargo importante, si sigo descuidándolos podrían ganar cualquier demanda de custodia que presenten.

Así que el camino de regreso a casa se llena de dudas y pensamientos nada agradables.

Puedo trabajar más desde casa; al final, los horarios los gestiono más o menos yo. Eso me permitiría pasar más tiempo con los chicos. Además, según mi madre, ahora estarán al cuidado de una canguro, lo que significa que ya no estarán solos. Quizá esa sea toda la estabilidad que necesitan.

Dejaré que el tiempo corra. Tal vez, si ven que los niños empiezan a estar mejor, dejen de insistir con el tema.

CAPÍTULO 5



ERIK

La semana que los niños han estado con sus abuelos en Filadelfia se me ha pasado volando, pero entrar en casa y no encontrar a nadie me ha hecho sentirme vacío.

Sé que no soy el mejor padre del mundo, que llego y me encierro en el despacho, pero escucharlos corretear descalzos por los pasillos, reír e incluso llorar me hace sentir vivo. Estos días, en cambio, he sido como un fantasma habitando esta casa: enorme, silenciosa, sin alma.

Las pesadillas no cesan desde que ella no está. Revivo una y otra vez el día de su muerte, como si volviera a sentirlo todo: las ganas desesperadas de abrazarla y no poder, la impotencia de no haber estado en casa, de no haber podido evitar lo que ocurrió. El dolor de saber que ya nunca más podré oler su perfume ni verla observar cómo crecen los niños.

Entonces despierto, empapado en sudor, y regreso a la realidad. Una realidad en la que sigo sufriendo, solo. Ni siquiera he tenido el consuelo de ver a su asesino entre rejas. No. Él sigue ahí fuera. No hay pistas, no hay avances. Y yo me desespero. Me gustaría pensar que ella significó lo suficiente como para que alguien no dejara de buscar, pero no. Su asesino se ha desvanecido. Mientras tanto, yo sigo con mis pesadillas, porque sé que su amenaza sigue viva. Me lo arrebatará todo… así lo escribió en un papel que encontraron entre las manos de Meredith. Por eso sus padres tienen tanto miedo.

Yo, sin embargo, creo que al alejarme de los niños los protejo. Ellos han sanado mejor que yo. Son capaces de mirar al frente, de reír, de jugar. Yo no. Sigo anclado al pasado, sigo despertando cada mañana mirando su lado de la cama, esperando verla. Ellos han aprendido a vivir con su ausencia. Yo aún no puedo.

Cuando voy a recoger a los pequeños, ni siquiera me molesto en hablar con los padres de Meredith. Sigo enfadado por nuestra última conversación. Me limito a prometer que los llamaré cuando lleguemos a casa para confirmar que los niños están bien. Me

marcho cuanto antes de esa casa, que solo me trae dolor… y miedo. Miedo de que me quiten lo único que me queda.

—¿Qué tal lo habéis pasado? —pregunto, tratando hacer más ameno el camino.

—Bien —responde Zack—. Los abuelos nos han comprado muchos juguetes. Dicen que así, cuando volvamos, no nos aburriremos. Y que quizá más adelante podamos quedarnos más tiempo con ellos.

Esto es el colmo. Pretenden sobornar a mis hijos con juguetes. Lo que me faltaba…

—A ver, iréis a visitarlos, como ahora. Pero no os vais a quedar a vivir con ellos.

—Yo escuché a la abuela decirle al abuelo que era una pena que no tuviéramos una mamá. Que si tú conocieras a alguien, quizá todo sería diferente. Que necesitas una novia, o algo así.

—¿Cómo? —murmuro, alucinando—. ¿En serio dijo eso?

—Sí —continúa Zack—. Dijo que seguro que con una novia serías feliz otra vez, y pasarías más tiempo con nosotros. Aunque el abuelo dijo que eso eran pamplinas, que tú querías mucho a mamá y que no lo harías.

Cómo me conoce Joseph...

—Y tiene razón —digo al fin—. Nadie va a sustituir a vuestra madre.

—Papá… ¿Tú crees que mamá querría que siempre estuvieras triste?

Joder con las preguntitas de los niños…

—No, seguro que no lo querría. Pero también es cierto que vosotros la echáis de menos, ¿verdad? Y que ahora no querríais a otra mamá. Pues a mí me pasa igual. Además, el amor no se puede forzar. No voy a buscar una novia porque tu abuela lo diga.

Faltaría más…

Zanjo el tema con firmeza y les propongo volver a jugar al *veo veo*, como en el camino de ida. Así los distraigo y evitamos seguir con un tema que no quiero tocar.

Cuando llegamos a casa, mi madre nos ha dejado preparada la cena: una ensalada de pasta. Ellos la devoran. Están molidos.

Después se van a dormir. Y yo me encierro en el despacho a trabajar un rato.

Tengo que revisar un expediente importante, y prefiero hacerlo con calma. Mi trabajo no es uno cualquiera: de él dependen vidas. Juzgar a una persona por los actos que se exponen en un juicio no puede hacerse desde lo personal. Hay que ser totalmente imparcial, ceñirse a los hechos. Por eso es esencial estudiar bien cada expediente, subrayar lo relevante, hacer anotaciones, encontrar lo que puede marcar la diferencia y garantizar que la sentencia sea lo más justa posible.

Estoy inmerso en el caso. Es un asesinato claro. Se juzga a uno de los miembros de los *Five Ghosts*, una pandilla de Brooklyn con sede en Brownsville, formada principalmente por adolescentes y jóvenes que han crecido juntos en un complejo de viviendas llamado *The Hollow*. Nacieron como una hermandad para protegerse, pero con el tiempo se involucraron en el tráfico de armas y cobros por protección. En esos barrios, la mala vida te arrastra fácilmente a estas redes callejeras.

Sigo leyendo el expediente, centrado en lo esencial: el asesinato.

Una noche de verano, durante una pelea entre bandas, Malik Torres —joven activista del barrio y hermano menor de una figura política local— fue asesinado de un disparo en la cabeza en medio de un tiroteo.

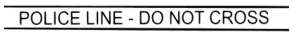
Varios testigos afirman haber visto a miembros de los *Five Ghosts* huir de la escena. Uno de ellos, Diego Méndez, apodado «Ghostie», de 19 años, fue arrestado y acusado formalmente de asesinato en primer grado. Según el informe, forma parte de la cúpula de la banda y podría ser uno de los cabecillas.

La fiscalía sostiene que fue una ejecución planeada, en represalia por la supuesta traición de Malik, quien colaboraba con un programa comunitario que denunciaba la actividad de bandas en la zona.

Reviso las pruebas aportadas. A pesar de que el caso parece sólido, hay elementos que no encajan. El arma homicida no ha sido encontrada, y algunos testigos aseguran que Diego estaba discutiendo con un miembro de otra banda —los *Black Avenue Sons*

— justo antes del tiroteo. Es posible que estuviera en el lugar y la hora equivocadas.

Los casos entre bandas nunca son sencillos. A veces todo es evidente. Otras, como esta… será el juicio el que lo aclare. Suelo dejarme guiar por mi instinto. Y, hasta ahora, rara vez me ha fallado.



El día ha sido agotador. El juicio sigue su curso y yo estoy entrando por la puerta de casa. Hoy ha empezado la nueva canguro de los niños, y espero que ya se haya marchado a mi llegada. Mi madre se ocupa de todo, y eso para mí es un alivio, porque no tengo ni ganas ni energía de entrevistar a nadie para que se quede con mis hijos.

Al pasar por el camino de tierra que lleva a la entrada, me cruzo con una chica en moto. Debe de ser ella. No me molesto ni en saludarla; no es que no me interese conocerla, es que prefiero no relacionarme demasiado.

Al entrar en casa, el aroma a chocolate inunda mis fosas nasales. Me recuerda a Meredith, al hogar… y, sin darme cuenta, tengo a Zack y a Kelly locos de contentos, agarrados a mis piernas.

—¡Papá, papá! —grita Zack—. Amanda es genial, nos ha hecho galletas de chocolate. ¡Tienes que probarlas! Están riquísimas.

Parece que les ha causado buena impresión.

—Chicos, dejad a papá que entre en casa. Si no lo soltáis no puede caminar —dice mi madre, mediando para que me permitan entrar.

Dejo el maletín en el mueble de la entrada y echo un vistazo alrededor. Todo está en orden, y eso me alivia. Han tenido cuidadoras que eran un desastre: lo dejaban todo por medio, por no decir que eran desordenadas y sucias. En fin…

—Vaya —comento mientras les despeino con ternura—, ya veo por vuestras bocas que os habéis comido todas las galletas. Espero que luego también cenéis.

—Papá, tienes que venir más pronto para conocer a Amanda —dice Kelly—. Ya se ha marchado.

Pobrecillos. No entienden nada… y mejor ni se lo explico.

—No os preocupéis. Seguro que la abuela cuida de ella. Sabéis que yo trabajo mucho y siempre llego tarde —les digo, pero ambos me miran con curiosidad.

—Ya, papá… —insiste Kelly—. Pero es que Amanda es muy guapa. Y sabe hacer galletas.

¿Qué quiere decir con eso? Miro a mi madre y ella me devuelve una expresión cargada de significado.

—Bueno, bueno —interviene con tono conciliador—. Dejad que papá conozca a Amanda cuando pueda. Tiene mucho tiempo para hacerlo. Ella va a cuidaros de ahora en adelante, ¿recordáis?

—¡Sí! —salta Zack—. Yo ya tengo ganas de que sea mañana. Nos ha prometido ver una peli y llevarnos al parque.

Me gusta verlos así de contentos. Espero que esta chica dure más que las anteriores.

Algunas cuidadoras se han cansado de ellos rápidamente, y otras no han sabido gestionar su dolor. Cuando están felices, no hay problema, pero cuando están tristes… son demasiado intensos. Y ni hablemos de cuando se pelean entre ellos. Meredith sabía llevarlos a la perfección. Yo, en cambio… siempre necesito a mi madre.

Parece que hoy están agotados, porque después de cenar se van pronto a dormir. Mi madre ha decidido quedarse. Sé que quiere hablar conmigo, y no puedo negárselo. Es la única persona con la que puedo desahogarme.

—¿Cómo ha ido el día en el trabajo? —pregunta para romper el hielo.

—Bien. Intenso, pero bien. ¿Y tú qué tal? Estás muy guapa, mamá. ¿Has ido a la peluquería?

Me fijo en su pelo. Seguro que sí. Es una mujer muy coqueta.

—Sí —responde—. He sufrido un poco porque Amanda estaba sola aquí, no conoce la casa, y como no le dije nada a Charles… Pero me ha sorprendido. Esa chica es majísima, de verdad. Ha jugado con los chicos, les ha hecho galletas, han visto una película y ellos mismos le han enseñado la casa. No podía haber ido mejor. Esa chica me gusta.

Se la ve contenta, y eso me hace feliz. Sé que será de gran ayuda para ellos, y supongo que también para mí.

—Me alegro, mamá. Espero que no se tuerza la cosa con ella. Los niños parecen ilusionados.

—No lo creo —responde convencida—. Esa chica los mira de una forma… me da la impresión de que nos va a cambiar la vida a todos. Créeme, sé de lo que hablo.

Seguro que ya está tramando algo...

—Mamá, me alegra que os guste, pero a mí dejadme en paz —le digo, sabiendo exactamente por dónde va.

Qué perra les ha dado a todos con que conozca a alguien. Y lo digo porque mi madre es como una Celestina. Cree mucho en el destino. No es que sea bruja ni nada por el estilo, pero se guía por las impresiones. Confío en que Amanda pueda ayudar a mis hijos, pero eso es todo.

—Erik, cielo —comienza con voz suave—, sé que te molesta hablar del tema, pero escúchame.

Ya empezamos…

—No puedes estar siempre solo —continúa—. Necesitas tener a alguien. Y no te hablo solo en plan amoroso —aclara, aunque ya me lo veo venir—. Porque no vas a guardar castidad eternamente… Pero tener una amiga no te vendría mal. Confiar en Amanda, ya que va a estar a cargo de tus pequeños, sería genial. Y quizá también calmara los miedos que tienen tus suegros.

Lo pienso por un momento. Es cierto que tener a alguien en mi vida haría que Katherine se calmara un poco… pero ella no quiere una amiga para mí. Y yo no estoy dispuesto a ceder. El amor, para mí, terminó. Y si, como dice mi madre, tengo que estar solo para siempre, que así sea.

Porque no estoy dispuesto a perder a nadie más. Nunca.

CAPÍTULO 6



Después de sopesarlo seriamente con mi almohada, decido dejar que el tiempo ponga cada cosa en su lugar. No quiero quedarme sin empleo, necesito renovar mi fondo de armario —que da pena—, y eso no se soluciona en la cola del paro. Además, tengo que terminar mi carrera que no es gratis tampoco.

Me encanta pasar tiempo con esos niños. Ayer me divertí muchísimo y creo que, de alguna forma, también les hago falta yo. Así que, cuando llegue el momento, ya se verá si hablamos de mis estudios, de mi tesis... y del asesinato de su madre.

Sé que la investigación está parada, pero no pueden dejarlo así. Tienen que encontrar al asesino. Porque si no, ¿qué pasa? ¿Que una persona puede entrar en una casa ajena, matar a sangre fría, decapitar a una mujer, borrar su rastro... y aquí no ha pasado nada? Según el expediente, hubo varios sospechosos, pero tras los interrogatorios no encontraron nada concluyente y ahora todo se ha enfriado.

Decido levantar el culo de mis preciosas y cómodas sábanas para prepararme una taza de Cola Cao y desayunar con unas magdalenas rellenas de chocolate. Sí, vale, dosis doble de azúcar para la señorita, pero es que me encanta.

Mientras estoy sentada desayunando, aparece Nadia por detrás y me quita una de mis magdalenas.

—¡Oye! Eso es mío —digo, molesta. Me da muchísima rabia que me arrebaten la comida.

—Lo siento, la necesito —responde con esa mirada de perrito tristón que tanto detesto.

—A ver… ¿Qué te pasa ahora? —pregunto con inquietud. Creo que sigue dándole vueltas a lo de Pablo.

—Es que no he dejado de pensar en toda la noche que le has visto la polla a Pablo y no me has dicho nada.

Escupo el trozo de magdalena que acababa de meterme en la boca y casi me atraganto. Lejos de preocuparle su relación, parece que lo único por lo que sufre es porque no le haya dicho que la tiene grande.

—¡Joder, Nadia! ¿Estás tonta o qué te pasa? Casi me ahogo —protesto, indignada—. Sí, se la vi. ¿Y qué? ¿Quieres que te la dibuje?

—No podrías. Te faltaría papel —responde, entre risas.

Las dos estallamos en carcajadas. Qué capulla es… pero es mi mejor amiga. Qué le voy a hacer. Ella está loca y yo también, para qué negarlo.

Tras esa gráfica despedida del pene de mi amigo y su tamaño, la abrazo y me marcho. Tengo que ir a la universidad y, después, a casa de los Miller.

Hoy voy directa, porque tengo que estudiar y lo hago mejor en la biblioteca: estoy más tranquila y tengo más documentación. En nada tengo un examen de una de las materias clave en mi carrera: *Modificación de conducta*. En esta asignatura nos centramos en técnicas prácticas para intervenir sobre el comportamiento humano.

Parece fácil, pero es bastante compleja. Engloba el análisis, la evaluación y la interpretación de conductas problemáticas mediante principios del conocimiento. En otras palabras, enseña a observar el comportamiento, identificar sus causas y consecuencias, y también a aumentar, reducir o eliminar conductas específicas.

Nos han pedido un trabajo práctico: diseñar un programa de intervención conductual personalizado, teniendo en cuenta diferentes contextos de una persona, desde su infancia hasta la edad adulta.

Esta clase, a pesar de ser algo exigente, me gusta. Me enseña a ser minuciosa, a analizar cualquier evidencia y a ser mucho más crítica.

Después de clase, y de recopilar información para el trabajo, me reúno con dos compañeros —Stephan y Lisa— para tomar un café antes de ir a casa de los Miller y, de paso, comer algo.

—¿Qué, Amanda? —pregunta Stephan—. ¿Has pensado con quién vas a ir a la fiesta de primavera?

Es la celebración que hacen cada año tras los exámenes.

—Es probable que se lo proponga a Luis —respondo—. Ya sabéis, el amigo de Nadia.—Ambos me miran sonrientes—. No veáis cosas raras donde no las hay. Es solo un amigo.

—Un amigo con el que ya te has acostado alguna que otra vez… y que, por cierto, está buenísimo —comenta Lisa con una ceja alzada.

—Ya… pero no me interesa para nada más. No es que no quiera pareja. Es que todavía no ha llegado ese chico que me haga perder la razón.

—Pues yo, por Luis, hasta perdería las bragas —dice Lisa, que está más caliente que el palo de un churrero.

—Si quieres, le digo que estás interesada. Quién sabe, igual surge el amor entre vosotros —respondo con una sonrisa maliciosa.

—No, no. Te lo dejo para ti. Pero, chica, no sé qué tipo de alergia le tienes al amor. Eso que dices de que no has encontrado a la persona perfecta no me lo creo. Luis tiene mil cosas en común contigo, se nota que le gustas, es detallista, cariñoso, gracioso… Y encima está cañón y es amigo de tu mejor amiga. ¿Qué más quieres?

¿Ostras, qué perra más grande le ha dado…? Y dale con lo de la abuela que fuma. ¿Qué tendrá eso que ver?

—Lisa, chica, estás muy pesada. El amor no se puede forzar. No sé si eso te lo han enseñado. Luis es un tío cojonudo y un amante estupendo, pero no siento nada más que amistad por él. No es que no sea mi perfil perfecto… es que no he sentido el *chin*. Ya sabes, como en la peli *Hotel Transilvania*.

—Venga, Lisa, déjalo ya —interviene por fin Stephan. Menos mal. Si nadie la frena, puede estar media hora más dándome la brasa. Casi parece que esté en *First Dates* y se lleve comisión por emparejarme.

—Vale, pero cuando seas una vieja solitaria rodeada de gatitos, no llores —dice Lisa, dramática.

Solo imaginarme esa imagen me da arcadas. No te lo he dicho, pero odio los gatos. Me dan alergia desde pequeña. Una vez me dio un brote tan fuerte que me hinché desmesuradamente, casi no podía respirar y estuve ingresada una semana. Desde entonces, los odio muchísimo.

Después de zanjar el tema y ponernos a terminar nuestros deberes —que teníamos unos cuantos—, me despido para ir al trabajo.

Lisa y Stephan son primos, se han criado juntos, y aunque ella también intentó liarme con él en su momento… no coló. Entre otras cosas, porque él es gay. Por más que ella insista, lo único que le puede gustar de mí es mi ropa —que es muy molona— y mi moto. Pero eso… eso le gusta a todo el mundo.

Me pongo el casco, me cuelgo la mochila bien ajustada para que no salga volando, me subo a la moto, la arranco, escucho cómo ruge y salgo disparada, como alma que lleva el diablo, directa a casa de los Miller.

Durante el trayecto, no dejo de pensar si me cruzaré con el padre de los niños. He visto alguna foto suya en la prensa, pero poco más. La muerte de su esposa fue hace un año, y aunque es una persona mediática, no se deja ver demasiado. En las fotos de la casa no vi ninguna suya, o al menos no me fijé. Y no es que quiera conocerlo solo por curiosidad profesional, también es por los niños.

Al llegar a la casa, Charles me abre la puerta. Ha debido oír la moto.

—¿Qué tal le ha ido el día, señorita Amanda? —me pregunta con su habitual cortesía. Siempre me recuerda al mayordomo de mis padres.

—Amanda, por favor, solo Amanda. Bien, hoy he pasado un buen rato recabando información en la biblioteca. Me encanta estar

rodeada de libros —respondo mientras le veo sonreír.

—Eso es muy interesante. Su carrera debe de ser complicada, pero mejor hablamos de eso otro día. Hoy los niños la están esperando. Quieren ver una película con usted.

Nada más cruzar el umbral, los niños vienen corriendo hacia mí. Me sorprende el cariño que me han cogido en tan solo un día, pero me gusta. Cuando llegan, los abrazo y les doy un beso en la mejilla a cada uno. Parece que los pilla por sorpresa, pero les agrada.

—Amanda, hemos preparado una sesión de cine. La abuela nos deja estar aquí toda la tarde —dice Kelly, emocionada.

Miro a mi alrededor: lo tienen todo perfectamente preparado. Palomitas, bebida y cojines tirados por el suelo para poder estar cómodamente tumbados.

En ese momento se me ocurre una idea, pero antes pregunto:

—¿Tenéis alguna alergia?

Charles, que aún está cerca, me responde:

—Ninguna.

Entonces cojo el bol de palomitas bajo la atenta mirada de los niños, saco una bolsa grande de M&M's de mi bolso y los mezclo con las palomitas. También añado algunas gominolas. Cuando vuelvo a dejar el recipiente en su sitio, ambos me miran y sonríen encantados.

Vemos *¡Rompe Ralph!*, una peli muy divertida sobre un villano de videojuegos que quiere ser bueno. Se escapa de su juego para conseguir una medalla y que lo quieran, pero lo único que consigue es meterse en otro mundo y liarla bastante.

Los niños se acurrucan a mí, uno a cada lado. Me gusta esta sensación. Es maravilloso ver una película que los atrape tanto como para mantenerlos callados durante toda la proyección.

Vacían el bol sin darse cuenta, y en un momento de total concentración, Kelly me llama *mamá* sin querer.

—¿Me das un poco de agua, mami? —dice, inocente.

Zack y yo nos sorprendemos. Ella, al darse cuenta, se cubre la boca rápidamente, como si hubiera cometido el peor pecado del mundo.

—Lo siento… no quería decir eso —dice, bajando la mirada. Sus ojitos se llenan de lágrimas.

—Cielo, no te preocupes. Es normal que, estando así de relajada, en un momento que parece tan familiar, pienses en tu mamá. La echas de menos, y eso no es malo. No tienes que disculparte por sentir eso—le digo mientras le levanto la carita con mis manos y le seco las lágrimas.

Ella me abraza con fuerza y yo siento que me derrito por dentro.

—Amanda, ¿tú no te irás como las demás, no? —pregunta Zack, algo angustiado.

—No, cariño, claro que no. Mientras vuestra familia quiera que esté aquí, no me iré.

Él me abraza también. En ese momento, un carraspeo nos interrumpe. Al girarme, lo veo.

Me está observando con una mirada penetrante, como si me analizara, o como si me perdonara la vida por alguna razón desconocida.

—¿Dónde está la abuela? —pregunta, sin saludarme siquiera ni presentarse, dirigiéndose directamente a Zack.

—Estaba descansando, creo que no se sentía bien —responde el niño.

El hombre mira su reloj y bufa, como si haber llegado antes a casa le resultara molesto.

—Hola, usted debe ser el señor Miller. Soy Amanda, la nueva canguro —me levanto para ofrecerle la mano, pero él ya ha desaparecido, dejándome con la palabra en la boca.

Qué maleducado, estúpido y gilipollas. Me da la impresión de que este hombre tiene un problema neuronal. Aunque, si te soy sincera, todo lo que tiene de estúpido lo tiene de guapo. Moreno, alto, corpulento, con un físico envidiable. Se nota que hace deporte y se cuida. Pero es de esos tíos que están buenísimos hasta que abren la boca.

Lo oigo discutir con su madre en la escalera que lleva al piso de arriba. Debía estar en alguna habitación de invitados. En menos de un minuto, ella aparece por la puerta del salón.

—Amanda, querida, perdona que no haya estado con vosotros. No me sentía muy bien. Padezco migrañas y necesitaba descansar un rato en la oscuridad, pero ya estoy mejor. Espero que mi hijo no te haya incomodado. A veces puede ser algo… especial.

¿Qué se responde a eso? ¿Incomodarme? No, porque ni siquiera me ha hablado.

—No se preocupe. Estábamos viendo una película —miro mi reloj —. Señora Miller, como su hijo ya está en casa, creo que me marcharé. Es algo tarde y tengo que terminar un trabajo de la universidad.

—Claro, cielo, no te preocupes. Aunque mi hijo se ha encerrado en su despacho, yo puedo ocuparme de los niños.

Lo pienso un momento. Hay que bañarlos y, sinceramente, no creo que ella, en su estado, pueda hacerlo sola.

—Mire, si no le importa, los baño yo antes de marcharme. No quiero que su estado empeore.

Ella me sonríe, agradecida.

—Gracias. Es que mi hijo tiene mucho trabajo. De hecho, le llamé para que viniera y así pudiera conocerte… pero veo que lo único que ha hecho es encerrarse a trabajar. Desde que murió su esposa, es como si él también hubiera muerto. Te juro que antes no era así. Ya no sé qué hacer…

Pobre mujer. Busca consuelo… y tal vez ayuda profesional, aunque mi especialidad no sea esa.

—Bueno, creo que cada persona gestiona el dolor de forma distinta. Su hijo ha elegido encerrarse en sí mismo para no mostrar sus sentimientos. Se refugia en el trabajo, eso es todo. Pero no se preocupe. En algún momento, se dará cuenta de que aún tiene motivos para ser feliz.

Ella me mira con lágrimas en los ojos.

—Eso espero, chiquilla. Yo a él no se lo digo, pero no me gusta que sea tan duro y serio… cuando con su sonrisa ilumina todo Brooklyn.

No puedo imaginarlo sonriendo.

—Puede ser. Pero el problema es que ahora no tiene motivos para sonreír. La pena lo consume, y es lógico. Cada duelo tiene su

tiempo. El de su hijo aún no ha pasado.

¿De verdad creo eso? ¿O simplemente pienso que es imbécil por naturaleza?

No lo he visto besar a sus hijos al llegar. Ni siquiera se ha preocupado por Kelly, que estaba llorando. Mi padre podrá tener mil defectos, pero siempre me besaba al llegar a casa y se preocupaba si me veía triste.

Les digo a los chicos que toca ir a la ducha. Zack empieza a saltar emocionado mientras Kelly se recompone.

Les lleno un poco la bañera y los dejo bañarse juntos. Son pequeños, así que no hay problema. Así los vigilo a ambos.

Se quitan la ropa ellos solos. Compruebo que el agua no esté muy caliente y los dejo entrar.

Zack ha traído unos juguetes. Mientras los baño, van jugando. Me alegra ver que Kelly ya se ha olvidado del berrinche. Mientras le lavo la cabeza, me lanza una pregunta.

—¿Tienes hermanos? —pregunta, dulce e inocente.

—No, soy hija única —respondo. Zack me mira y niega con la cabeza.

—Qué aburrido. ¿Nunca has querido tener hermanos?

—No, la verdad. Siempre he estado con los hijos de los amigos de mis padres, así que no me daba tiempo a aburrirme.

—¿Has visto lo guapo que es mi papá? —suelta Kelly de repente.

—No… no lo he visto bien. Se ha marchado rápido, y yo estaba contigo —miento para salir del paso.

—Ah, pues otro día fíjate, porque es muy guapo.

Vaya con la sirenita. ¿Qué le pasa hoy a todo el mundo? ¿Quieren emparejarme o qué?

Termino de bañarlos, los saco, los seco, les pongo el pijama y los peino. Zack es fácil, su pelo es corto. Pero Kelly lo tiene largo y ondulado, así que tardo más. Le hago una trenza para que no se le enrede.

—¡Guau! ¡Parezco Elsa de *Frozen*! —me abraza suavemente—. Gracias, Amanda. ¿Sabes una cosa?

La miro intrigada.

—A ver, flor de té, sorpréndeme.

—Que el día que seas mamá, tus hijos van a tener mucha suerte. Eres buena y guapa. Ojalá, si yo algún día tengo otra mamá, se parezca a ti.

Me deja sin palabras. Esta niña tiene una verborrea increíble.

—Gracias, princesa —le doy un beso en la mejilla y nos vamos al salón, donde está la señora Miller. Me despido cortésmente y me dispongo a marcharme.

Voy a recoger mis cosas del zaguán y, en ese momento, me cruzo de nuevo con el señor Miller. Me fijo en su barba incipiente, tan perfectamente cuidada que no puedo dejar de mirarla. Pero una vez más, él no dice ni *mu*.

Cojo mi casco, mi chaqueta tejana, salgo por la puerta y arranco la moto, haciéndola rugir. Está aparcada junto en la ventana de su despacho. Lo veo por el espejo retrovisor, espiándome entre las cortinas. Y aunque no puedo negar que está buenísimo, sé que esos niños lo van a tener difícil para tener otra mamá.

CAPÍTULO 7



ERIK

¿En serio se ha puesto a darle gas a la moto justo bajo mi ventana? Me parece de lo más absurdo y adolescente.

Cuando mi madre me llamó para que viniera a casa porque no se sentía bien, me fastidió, no lo voy a negar. Creo que has podido comprobar que no me gusta pasar tiempo aquí, y tener que venir apresuradamente no es algo que me agrade, menos aún cuando sé que los niños están bien cuidados. Para eso le pago a la chica. Aun así, vine, y no esperaba encontrarme con la escena que me encontré.

Una chica joven, rubia, delgada y bastante guapa estaba viendo una película tan tranquila con mis hijos, como si se conocieran de toda la vida. Zack parece encandilado con ella, no quiere que se marche como las anteriores, y escucharla decirle que no se irá me ha tranquilizado, en cierto modo. Con ella aquí todo será más fácil para mí. Hará compañía a mi madre y, quizá, mis suegros dejen de preocuparse tanto.

Seguro que te estarás preguntando por qué, si no me incomoda su presencia en esta casa, no le he dirigido la palabra. Pues porque no me interesa hablar con ella de nada.

Sé que debería hacerlo, que es lo que se espera de alguien que es su jefe, pero para eso está mi madre. Yo no tengo energía para responder a todas las preguntas que, seguro, me hará.

Las cuidadoras anteriores siempre han preguntado demasiado. Al enterarse de quién soy y de lo que le pasó a mi mujer, se han mostrado excesivamente preocupadas. Algunas, incluso, se marcharon. No es que tema que esta chica haga lo mismo, pero a veces el morbo que genera saber que mi mujer fue asesinada es peor. Y esta, además, estudia Psicología, lo que lo complica más todavía. Va a querer saber cómo me siento, y no quiero abrirle mi corazón a nadie.

Observo por la ventana cómo se aleja por el camino de tierra con su moto. Mientras se marcha, solo puedo pensar en Meredith. Ella

odiaba las motos. No le gustaban nada. Sin embargo, a mí me despiertan cierto interés. Me parecen divertidas. Poder montar en un vehículo en el que te sientes libre debe de ser una pasada.

Nunca he montado en una, aunque parezca mentira. Mi madre siempre les ha tenido respeto, y cuando tuve edad para conducir me compraron un coche. Así que nunca pensé en adquirir una.

Por otro lado, son ruidosas. Muy ruidosas. Y a mí me gusta la calma.

Decido ir a la cocina y veo a mi madre preparando algo de cenar.

—¿Has salido del despacho? Amanda ya se ha ido —dice ella, como si yo no me hubiera enterado.

—Ya lo sé. Ha aparcado su moto justo al lado de mi ventana. La he escuchado perfectamente. Oye, mamá, cuando quieras presentármela no me asustes para que venga corriendo, porque otro día no pienso hacerlo —comento, metiendo las manos en los bolsillos del pantalón de mi traje.

—Hijo, no entiendo por qué tienes que ser así. La muchacha es un amor, se lleva muy bien con los niños. Incluso se ha quedado a bañarlos, por si yo no me sentía bien. Eso no lo hace cualquiera —dice ella, con reproche.

—Mamá, eso forma parte de su trabajo, ¿no? —respondo, sin comprender qué le ve de especial.

—Sí, siempre y cuando esté dentro de su horario. Y ya no lo estaba. Da igual, Erik. Solo te digo que la muchacha tiene que conocerte. Eres su jefe y no puedes ser invisible. Además, yo no te he educado así.

Ahora se pone a echarme la bronca. Y es que mi madre tiene mucho genio cuando quiere. Está molesta. Quizá tenga algo de razón, y no quiero llevarle la contraria, pero no puedo evitar pensar que detrás de su empeño por que conozca a esta chica hay algo oculto.

Mi madre, cuando se propone algo, no para hasta conseguirlo. Es incansable.

—Está bien, haremos una cosa. En dos semanas es el cumpleaños de los niños. Allí la conoceré, hablaré con ella y seré educado. Pero hasta entonces, déjame tranquilo. Necesito tiempo

para habituarme a su presencia, a hacerme a la idea de que la persona que juega con los niños ya no es Meredith. Tienes que entenderlo, mamá. Para mí esto es muy duro.

—Lo sé, cariño —dice acariciándome el brazo—. Pero debes superarlo. Hace un año que la perdimos. No puedes seguir ocultándote bajo esa fachada de tipo duro eternamente. Tú no eres así.

Lo pienso un momento y sé que tiene razón. Pero cuando te arrebatan tan de repente a la persona que más quieres en el mundo, entiendes que no puedes permitirte el lujo de amar a nadie nunca más. Porque eso, simplemente, no termina bien.

Tras hacerme un bocadillo con pan de molde, regreso al despacho a trabajar. Sigo revisando casos cuando encuentro una carpeta que me recuerda que tengo que llamar al agente Owens.

Marco su número.

—Buenas noches, señor Miller. ¿En qué puedo ayudarle? —responde con rapidez. No se sorprende de que lo llame; sabe que lo hago de vez en cuando para preguntar si hay algún avance. Aunque siento que pierdo el tiempo. Tras un año sin noticias, dudo que vaya a contarme algo nuevo.

—Ya sabe… me preguntaba si hay algún avance en el caso de mi esposa —digo, sintiendo cómo me sudan las manos cada vez que llamo, a la espera de que me diga algo nuevo, pero nunca ocurre.

—A ver... no es ninguna novedad, y no se lo había comentado antes porque no sabía si nos ayudaría, pero quiero que lo sepa —dice, captando toda mi atención—. Hay una chica que está estudiando el expediente. No es policía, es una estudiante. Pero está investigando todos los casos del Degollador de Brooklyn y, como creemos que hay relación, pensamos que podría ayudarnos a perfilar al asesino de su esposa.

—No lo entiendo. ¿Qué quiere saber de ese ser tan despreciable si ya está entre rejas? —pregunto, molesto. Hablar de ese hombre me saca de quicio.

—Ella analiza las conductas. Creemos que puede ayudarnos. Mire, le voy a ser sincero: el caso de su esposa es complicado. No tenemos ningún indicio que nos lleve a un sospechoso. Llevamos un

año investigando y no hemos conseguido nada. Pero ella es sangre fresca, y quizá vea algo que nosotros no. No perdemos nada confiando en su criterio, ¿no cree?

Lo pienso por un instante. No me gusta la idea, pero no tengo otra opción. No hay avances. Tal vez una mirada nueva sirva de algo.

—Está bien. Si averiguan algo, llámeme, por favor —respondo, agotado, apagado. Solo pensar que alguien más quiere hurgar en la vida de Meredith me revuelve el estómago.

—Le mantendré informado. Pero no se preocupe: esta chica no está investigando directamente. Solo tiene el expediente. Lo analizará y, a partir de lo que lea, intentará darnos alguna orientación. Sus profesores nos han dicho que es la mejor alumna que tienen. Creemos que puede arrojar algo de luz al caso. Eso es todo. Tranquilo, su familia no será molestada.

Finalizo la llamada y me quedo pensativo. ¿Qué puede ver en un expediente una estudiante universitaria que no haya visto ya un policía?

Espero que sea una buena analista y encuentre la clave para cerrar este caso de una vez por todas. Que ese asesino se pudra en la cárcel por lo que hizo.

Cuando encerré a Jeremy Houston me sentí triunfador. Fue uno de los casos más importantes que llegaron al juzgado, y verlo entre rejas me dio un placer inmenso. Pero no negaré que sus amenazas me hicieron estremecer. No fue como con otros delincuentes, que sé que ladran más de lo que muerden. No. Con él todo fue diferente. Era demasiado meticuloso. Siempre creí que alguien le ayudaba. Todos sus movimientos eran precisos, casi perfectos. Pero ¿quién?

Por más que investigaron, no se hallaron huellas de nadie más en la casa. Como si nunca hubiese habido nadie con Meredith. Tampoco apareció el arma utilizada para la decapitación, ni rastro alguno en la ropa de mi mujer. Fue como si el asesino invisible hubiese entrado, hecho lo suyo y desaparecido.

Y las pesadillas no cesan. Vuelven una y otra vez, cada noche. Porque cuando mi mano, inconscientemente, busca su lado en la cama para abrazarla, lo único que encuentra es un vacío que duele tanto que ni las lágrimas ni los gritos consiguen calmarlo.

POLICE LINE - DO NOT CROSS

Los días pasan, y mi relación con la canguro de mis hijos es prácticamente inexistente. Mi madre insiste una y otra vez en que debería hablar con ella. Yo la ignoro. No entiendo su empeño.

Luego están los niños, que parecen haberse puesto de acuerdo con ella: *que si Amanda por aquí, Amanda por allá...* Y lo cierto es que, aunque me parece una chica mona, no deja de ser eso: una niña.

Lo poco que escucho de ella cuando llego y me encierro en el despacho son sus risas y gritos mientras juega con mis hijos. No voy a negarlo: a veces los observo desde la ventana del despacho cuando juegan en el jardín. Aunque mi vida se ha vuelto oscura, verlos sonreír me da algo de luz.

Ella se columpia, ríe, y su alegría se contagia a los niños. Y, sin querer, también un poco a mí. No sé qué tiene esa chica, pero desde que está en casa, algo ha cambiado en Zack y Kelly. Y eso me gusta.

Puede que sea un ogro. Puede que esté todo el día de mal humor. Pero los quiero. Son mis hijos. Y verlos sonreír de nuevo, como cuando Meredith vivía, es… mágico.

POLICE LINE - DO NOT CROSS

Estoy en la oficina revisando un caso que debo juzgar mañana cuando suena el teléfono. Miro la pantalla. Normalmente son llamadas de empresas ofreciendo servicios. Si es eso, no pienso contestar, no quiero interrupciones.

Pero es Katherine. Suspiro. Toca descolgar para ver qué quiere.

—Erik, pensaba que no ibas a cogerlo —dice con tono de indignación. Lo he dudado, no lo niego, pero tampoco es para ponerse melodramática.

—Perdona, Katherine. Me pillaste trabajando. Tengo un juicio importante mañana y estaba repasando el caso.

—¿Todavía trabajando? ¿Y los niños? —Suspira—. Erik, ¿ves por qué creo que estarían mejor con nosotros? Tú también. No tendrías que preocuparte del horario, podrías trabajar cuanto quisieras. Nadie te esperaría en casa…

Mierda… ya empezamos con lo de siempre.

—Si me has llamado para controlar mis movimientos, mejor hablamos otro día. Ya te he dicho lo que pienso del tema y te lo repito una vez más: son mis hijos y no se van a mover de mi casa. Las cosas han cambiado. Lo verás en su fiesta de cumpleaños.

—Exacto, ya lo veré. Nos vemos en unos días, pero sigo pensando lo mismo. Y por más que te empeñes en mantenerlos contigo, si no les dedicas tiempo, no nos dejarás otra opción que actuar por la vía legal. Y no creo que eso te guste.

¿Qué? ¿Me está amenazando?

—Katherine, sabes que soy juez, ¿verdad? —le escupo, enfadado.

—Lo sé. Por eso deberías considerarlo mejor. Si tuvieras un caso en el que los padres ignorasen a sus hijos, tú mismo encontrarías una solución.

Me cuelga antes de que pueda responder. No puedo evitarlo: lanzo el teléfono contra la puerta del despacho y lo hago añicos.

Mierda. Ahora también me he quedado sin móvil.

Al escuchar el estruendo, Rubén, mi asistente, asoma por la puerta.

—¿Señor Miller? He oído un golpe... —Se detiene al ver los restos del teléfono en el suelo—. ¿Un mal día?

—Mi suegra. Me saca de mis casillas y ya no sé qué hacer… —respondo con la mandíbula apretada—. Me ha amenazado con demandarme por la custodia de Zack y Kelly. Cree que no les dedico suficiente tiempo.

Rubén guarda silencio unos segundos antes de responder.

—No quiero entrometerme, pero usted sabe que debería pasar más tiempo con ellos… Piense: si llevara un caso así, ¿qué haría?

—Necesitaría que el padre tuviera un hogar estable. Que, si trabaja, hubiera alguien que cuidara de los niños… —le explico—. Pero mi madre está con ellos, y tienen una canguro.

Rubén no se inmuta.

—¿Y a usted eso le bastaría?

Lo pienso. Sé la respuesta. No. Las personas que convivan con los niños deben tener un lazo afectivo sólido, formar parte de su núcleo familiar. Es decir… vivir con ellos. Y eso solo ocurre con una pareja estable.

Me paso una mano por el pelo, nervioso, y suspiro con frustración.

—¿Y qué se supone que debo hacer? Mis suegros dejarían de insistir si tuviera pareja… pero no puedo. No soy capaz.

—¿Y si llegara a un acuerdo con la canguro? —sugiere Rubén con cautela—. Sé que suena como hacer trampa, pero sus suegros no tendrían por qué saberlo. Los niños están encantados con ella.

Lo cierto es que la idea no suena tan descabellada. Y por mis hijos… por ellos sería capaz de hacer cualquier cosa.

CAPÍTULO 8



Los días han ido pasando, y la relación con Kelly y Zack es estupenda. Son unos niños la mar de cariñosos, y a mí me encanta estar con ellos.

No puedo decir lo mismo de mi jefe, al que odio con todas mis fuerzas. Es un amargado y un estúpido.

Llega a casa y ni me mira, no saluda ni me dirige la palabra. Eso sí, paga religiosamente, y no paga poco, así que no puedo quejarme.

Mi situación económica no me lo permite: tengo que ayudar a Nadia a pagar el alquiler, además de la comida, los gastos de la casa... y salir, que tampoco es barato. Si a eso le sumamos lo que tengo que pagar para sacarme la carrera, te diré que estoy en la más absoluta pobreza, porque lo que me han pagado no me da ni para la mitad.

En la universidad todo va genial, y mi tesis avanza por muy buen camino. La verdad es que me sorprende descubrir que una persona pueda tener la mente tan retorcida como para asesinar a mujeres de esa manera: cortarles la cabeza y dejarlas en un banco del parque como si nada.

He descubierto muchas cosas acerca del asesino que me llevan a pensar que sufrió carencias afectivas por parte de su madre, y que por eso repite un patrón concreto en su comportamiento. Aun así, sigo estudiando su personalidad para construir un buen perfil.

Hoy, al llegar para cuidar a los niños, me he sorprendido al ver el coche de mi jefe en la puerta. Es raro, siempre llega tarde, muy tarde. Trabaja mucho, y lo entiendo: tiene un puesto importante. Pero creo que debería aprender a organizar mejor su agenda, porque sus hijos le necesitan.

Aparco la moto en el lugar de siempre y lo veo asomado a la ventana de su despacho. No puedo evitar mirarlo. Sus ojos son preciosos; no me había fijado. Es como si algo en ellos me llamara... Pero desecho la idea de que pueda atraerme algo de él en cuanto recuerdo su carácter de mierda.

Cuando Charles me abre la puerta, me dice que el señor Miller quiere hablar conmigo. Y eso me da miedo. ¿Habré hecho algo que le haya molestado? Joder, este trabajo me encanta, no quiero perderlo.

Me acompaña hasta el despacho. Llamo con los nudillos en la puerta y él, desde dentro, dice:

—Puedes pasar.

Me pongo recta como un palo. Bueno, más bien como si me hubieran metido uno por el culo, porque estoy incómoda de cojones.

—Amanda, ¿verdad? Siéntate, por favor —dice el señor Miller.

Vaya, es la primera vez que me habla, y ya me está mandando. Bueno, él es el jefe... Tendré que acatar las normas si quiero conservar mi trabajo.

—¿Qué tal va todo con los niños? Me consta que están muy contentos contigo. No sé si sabes que en unos días es su cumpleaños, y daremos una fiesta. Necesitaría que ayudaras a mi madre con todos los preparativos.

Uf. Era eso... Menos mal.

—Claro, no se preocupe, señor Miller. Buscaremos algo que les guste. Creo que tengo algunas ideas. ¿Tiene alguna preferencia?

Se ha sorprendido con la pregunta. No entiendo por qué. Son sus hijos, no los míos; él los conoce más que yo. Y la fiesta la paga él.

—¿Podrías hacer tus galletas de chocolate? A los niños les encantan. Ah, y otra cosa. Necesito un favor. No sé cómo pedirte esto... Sé que no nos conocemos demasiado, pero tengo un problema con los padres de mi difunta esposa. Necesitaría que, por

un día, fingieras ser mi pareja. Te pagaré. No tienes que hacer nada, te lo aseguro. Solo... no digas que eres la canguro. Ellos creen que no les doy estabilidad, y quizá así se calmen las aguas.

¿¡Cómo!? No me habla en todo este tiempo y ahora me pide esto... Este hombre está fatal. Pero debe de estar desesperado si ha llegado al punto de pedirme algo así. Y solo será un día. ¿Qué puede salir mal?

—Si no implica tener que besarle, tocarle ni nada afectivo, me parece bien —respondo—. Pero que conste que lo hago por los niños. No sé qué problema tiene con sus suegros, pero espero que le sirva de ayuda. ¿Puedo ir con los niños?

Ni un ápice de sonrisa. Ni un gracias. Nada.

—No, claro que no tienes que hacer nada conmigo. Solo fingir. Eres estudiante de Psicología, podemos decir que nos conocimos en los juzgados, en una salida de la universidad... o algo así.

Lo pienso un momento, y no me convence del todo.

—Si quiere que sus suegros crean que está más por sus hijos, creo que es más acertado decir que nos conocimos una tarde en el parque. Yo paseaba, los niños me dieron con un balón, usted vino a disculparse y me invitó a un café. Creo que debería ver más películas románticas.

Me echo a reír ante la idea. Es una escena digna de novela rosa o de película de sobremesa.

—No veo películas románticas. Pero me parece bien tu idea. Ahora puedes retirarte. Ya hablaré con los niños.

Me levanto y me marcho. Ni una sola palabra de agradecimiento, que por lo visto no está en su vocabulario.

Salgo del despacho y busco a la señora Miller para organizar la fiesta.

Se encuentra en el jardín. Los niños están dibujando mientras meriendan y nosotras hablamos un poco sobre lo que les gustaría. Decidimos que un castillo hinchable es ideal: a los niños les encanta saltar. Invitarán a todos los compañeros de clase y compraremos una tarta temática: mitad de princesas Disney, mitad de superhéroes de Marvel.

Cuando terminan de merendar, los niños vienen a buscarme para que pintemos juntos, pero el señor Miller nos interrumpe y se los lleva. Imagino que va a explicarles lo que tienen que decir a sus abuelos.

—Espero que Erik no les esté riñendo por nada —dice la señora Miller, apenada—. Últimamente está bastante preocupado con la fiesta. Ver a los padres de Meredith siempre le pone de los nervios. No son malas personas, pero creen que Erik no es el mejor padre. Le culpan de la muerte de su hija. Y no les culpo: su oficio es peligroso. Pero es un buen padre. Solo está pasando por un mal momento.

No puedo imaginarme por lo que debe de estar pasando ese hombre. Eso explica mucho de su actitud... aunque a mí me saque de quicio por momentos.

—Tranquila, solo va a explicarles la actuación que deberán hacer en la fiesta frente a sus abuelos. Ya sabe, para que no digan que yo soy su canguro.

La señora Miller me mira, sorprendida.

—¿Y quién se supone que eres?

¡Mierda! He metido la pata. Ella no lo sabe.

—Perdóneme. Pensaba que su hijo se lo había contado. Me ha pedido que finja ser su pareja. Cree que así sus suegros dejarán de hacer presión. Pero no le diga que se lo he contado, no quiero que me despida.

—Oh, querida, eso no va a pasar —responde, con una leve sonrisa en los labios—. Pero me temo que por fingir en la fiesta no va a cambiar nada. Ellos se han empeñado en que mi hijo cambie, que vuelva a ser el que era, y eso es muy difícil. La muerte de su esposa ha dejado un vacío muy grande. Pero espero que valga la pena lo que sea que te haya propuesto.

Los niños vienen corriendo hacia mí y me abrazan con fuerza.

—Ya nos ha contado papá lo que tenemos que decir —dice Zack —. Y ¿sabes una cosa? Ojalá fuera verdad. Nos encantaría que fueras nuestra nueva mamá.

Zack es puro amor. Y Kelly es tan dulce como mis galletas de chocolate.

—Chicos, sabéis que eso solo es por un día. Luego seguiré siendo vuestra canguro, y todo seguirá como hasta ahora.

—Bueno... A lo mejor papá se enamora de ti —dice Kelly.

¿¡Qué!? Ni de coña.

—Kelly, cariño, ¿por qué no dejas de decirle cosas incómodas a Amanda? Ella solo va a ayudar a papá, nada más —interviene la señora Miller, salvándome la vida y consigue despegar a Kelly de mí para que vuelva a pintar.

—Perdónala —añade con una sonrisa—. En estos días que has pasado con ellos, te han cogido mucho cariño.

—Y yo a ellos. Pero me dolería que creyeran lo que no es. No quiero hacerles daño. A su edad, y tras una pérdida, buscan amor. Y no quiero que confundan nuestros sentimientos. Porque yo a ellos los quiero mucho, pero a su hijo no. Y no quiero que piensen que con esto va a cambiar algo.

La señora Miller me pone la mano en el hombro y la aprieta con suavidad.

—Amanda, querida, la vida da muchas vueltas, y siempre pone a cada uno en su lugar. Espero que no lo olvides nunca. Y no te preocupes por los chicos, son más fuertes de lo que aparentan.

Las palabras de la señora Miller resuenan en mi cabeza. No tengo ninguna duda: esos niños son invencibles.

POLICE LINE - DO NOT CROSS

Cuando llego a casa, le cuento a Nadia lo que ha pasado, y alucina.

—Bueno, con lo que te pague te podrás comprar unos cuantos vestidos. Míralo por el lado positivo —dice, intentando animarme.

—Pero... ¿y si no se lo tragan? Es que yo no lo conozco de nada, no hemos hablado ningún día. Además, me cae fatal. Lo veo tan prepotente... —respondo, gesticulando de forma exagerada, más indignada de lo que me gustaría admitir—. He aceptado porque me paga bien, y no estoy en posición de rechazar dinero, pero no creo que sus suegros sean tontos.

—A ver, yo creo que con que estés por los niños a esos señores les bastará. Luego solo tienes que mirar a tu jefe con cara de enamorada, porque se supone que estáis empezando, y es cuando más enamorados debéis parecer —dice con naturalidad.

—Ya, pero escucha: cuando dos personas acaban de conocerse están acarameladas, y nosotros ni nos vamos a tocar.

—Seguro que se te ocurre algo. ¿Te ha pedido galletas, no? Pues dale una dulcemente, finge tu mejor sonrisa... no sé, seguro que te las ingenias. Además, estáis conociéndoos, tampoco tienes que estar colgada como un mono. Pero no descarto que te lo pida alguna vez más.

—Bueno, mientras me pague... —murmuro. Lo pienso un momento, y Nadia tiene razón: no creo que esos señores se conformen con un solo encuentro. Y, sinceramente, no sé si estoy dispuesta a mentir cada vez que él lo necesite, porque entonces los niños podrían acabar saliendo perjudicados. Son pequeños y no creo que entiendan lo que significa todo esto.

Para dejar de pensar en esa propuesta algo indecente del señor Miller, decidimos salir a tomar unas copas. Como siempre, nos acompañan Pablo y Luis. Nos arreglamos en una hora: yo termino rápido, pero Nadia necesita su tiempo. Cuando llegamos al punto de encuentro, me sorprende ver cómo se abalanza como una loba sobre Pablo y le come la boca. Y luego dice que no quiere nada serio...

La noche transcurre entre risas, mojitos, bailes y toqueteos tontos que, poco a poco, dejan de ser tan tontos.

Luis y yo estamos en la pista de baile; Nadia y Pablo han desaparecido en el baño. Suena *Lo malo* de Aitana, Tini, Ana Guerra y Greeicy, y mis movimientos dejan a Luis sin habla. Me acerco cada vez más a sus labios. Esta música me hace cometer locuras, de las que luego quizá me arrepienta… pero igualmente las hago.

Nuestros labios se juntan, nuestras lenguas se enredan en una guerra dulce, con sabor a vodka y Red Bull. Sus manos se deslizan por mi espalda hasta llegar a mi culo, donde las deja, apretándome contra él para que note su erección.

—Esto es lo que siempre me provocas —dice en mi oído, lamiéndome el lóbulo.

Luego hace algo que sabe que me vuelve loca: me besa el cuello. Y ya no puedo más. Pierdo el poco control que me quedaba. Le agarro de la mano y lo saco de entre la multitud, buscando un lugar tranquilo donde saciar las ganas que tengo de él.

Nos besamos como dos desesperados. Sin que nadie nos vea, mete su mano bajo mi minifalda y empieza a acariciarme, buscando mi sexo para darme el mayor placer. Yo, a la vez, deslizo mi mano por dentro de su pantalón y hago lo mismo. Todo está oscuro; no se nos ve, así que sentimos que tenemos luz verde para darnos placer.

Agarro su miembro justo cuando él empieza a hacer círculos en mi clítoris. Le hago la mejor paja de su vida mientras estoy empapada, a punto de correrme. Él quiere follarme, pero no es el lugar: estamos de pie, y aunque lo hacemos disimuladamente, si damos un paso más nos verán.

En ese momento aparta mi mano, me coge en brazos y me saca de la discoteca, que está a solo dos calles de su casa. Me lleva como si fuera un saco de patatas.

—Luis, para, que me va a ver todo el mundo el culo... La falda es muy corta —digo entre risas, efecto del alcohol.

—No pasa nada. Enseguida llegamos, y esa falda va a volar. Pienso arrancártela con la boca si hace falta.

No me atrevo a decir nada más. Estoy deseando que cumpla su promesa.

Apenas entramos, cumple lo dicho: me desnuda en la puerta. Él también se quita la ropa de forma acelerada. Se coloca un preservativo y me sube sobre él. Ahí mismo, en la entrada, empieza a penetrarme. Camina conmigo en brazos hacia su habitación, que por suerte está cerca, y aunque aún no hemos llegado, ya me está dando un placer inmenso.

Una vez allí, se sienta conmigo encima y no deja de masajearme los pechos mientras me sigue besando el cuello. Lo hace a propósito. Sabe que es mi punto débil. Yo comienzo a mover las caderas, ejerciendo presión sobre su miembro. Eso le hace detener

los besos, cerrar los ojos, echar la cabeza hacia atrás y elevar la pelvis para que lo sienta más profundo.

Y funciona.

Después de esa sesión de sexo loco, me pide que me quede a dormir. Pero no puedo. Es un gesto demasiado íntimo, y podría confundirlo. No quiero eso.

—Luis, sabes que nunca me quedo. Lo pasamos genial, pero solo somos amigos —le digo, sin ánimo de herirle.

—Amanda, los amigos no follan como lo hacemos nosotros. Y quiero repetirlo al despertar —dice, con una sonrisa arrebatadora.

La oferta es muy tentadora… pero tengo que rechazarla.

—Sabes que no me vas a convencer. Para dormir con alguien, necesito más. Necesito estar enamorada. Lo siento, no me hagas esto —le digo con cara de súplica—. No quiero perder lo que tenemos. Tu amistad es demasiado importante para mí.

—Está bien. Hoy no insistiré. Hoy —responde, resignado.

Luis es majo, un gran amigo, pero cada vez que nos acostamos siento que estoy cagándola un poco más.

Nadia dice que está pilladísimo por mí, y lo sé. Soy consciente de ello. Pero yo no siento lo mismo. Creo que debería dejar de acostarme con él, porque lo complica todo. Aunque a veces, sobre todo cuando llevo dos copas de más, pienso con el clítoris. Mis ganas de sexo me pueden. En eso soy como un tío. Supongo que Luis es el recurso fácil: lo conozco, confío en él, y no hay riesgos.

Vuelvo a casa y, al llegar, escucho los jadeos de Nadia. Me alegra saber que ambas terminamos la noche por todo lo alto… aunque ella, después de su sesión de sexo, no se sentirá culpable.

CAPÍTULO 9



ERIK

Lo hecho, hecho está. He seguido el consejo de Rubén y le he propuesto a la niñera que se haga pasar por mi pareja. No creo que pase nada malo por fingir durante un día.

Lo difícil ha sido explicárselo a mis hijos.

—Veréis, chicos —les digo, intentando sonar natural—. Sabéis que en unos días vienen vuestros abuelos, y ya conocéis lo pesados que están con eso de que tengo que conocer a alguien... Pues he pensado que podemos hacer un juego. Esa chica —me refiero a Amanda— será vuestra canguro, pero vamos a decirles que es una amiga mía, que la conocisteis en un parque. No que es vuestra cuidadora. ¿Qué os parece?

Ambos me miran como si no entendieran nada, mientras les explico todo lo que deben saber para que esta absurda mentira cobre vida y parezca que vuelvo a ser feliz.

—Papá, la abuela le dijo al abuelo que lo que necesitas es una novia, no una amiga. ¿Quieres que Amanda sea tu novia? —pregunta Kelly, muy seria.

¿Qué? No están entendiendo nada. Me paso la mano por la cabeza, preocupado. Es complicado explicarles esta situación a unos niños tan pequeños.

—No, no quiero que Amanda sea mi novia —aclaro—. Solo quiero que, por un día, los abuelos piensen que lo es. Ellos no saben que es vuestra canguro, y lo mejor es no decírselo. Porque quieren que viváis en su casa, ¿entendéis? Si creen que Amanda y yo nos estamos conociendo, quizá dejen de insistir.

Kelly me mira, tratando de entender.

—Pero eso sería mentir —suelta Zack, frunciendo el ceño—. Y tú siempre nos dices que no tenemos que decir mentiras.

—Chicos, no os pediría esto si no fuera importante. De verdad. Confiad en mí. No tenemos que mentirles en todo, solo decirles que nos conocimos en el parque y que ella es mi amiga. Del resto me encargaré yo.

Les remarco todos los puntos importantes: lo que he hablado con Amanda, cómo deben comportarse, lo que deben decir. Al final, parece que van cediendo.

—Papá, a mí Amanda me gusta mucho —dice Zack, con una sonrisa.

¿Por qué me dice esto ahora?

Observo cómo Kelly me mira con esos ojos llenos de amor, y no puedo mentirle. Pero son demasiado pequeños para entender la situación. Ni siquiera les he contado la verdad sobre la muerte de su madre. Sé que me odiarán el día que sepan que les mentí, pero ¿cómo explicarles a unos niños tan pequeños que un hombre malo nos la arrebató?

—Cielo, eso es genial —les digo con ternura—. ¿Me haréis ese favor?

Ambos asienten con la cabeza, y yo respiro aliviado. Aunque sé que depender de dos niños de cinco años quizá no sea la mejor idea. Por eso, aunque sé que me echará la bronca, decido hacer partícipe a mi madre en esta farsa.

Salgo del despacho a buscarla. Está hablando con la niñera, pero al verme se calla. Me mira como cuando era pequeño y hacía una trastada. En ese momento, sé que algo está tramando. Probablemente los niños ya le han contado algo. O quizá la propia niñera. Aunque no parece disgustada, y eso me inquieta... y me acojona. Porque, seamos sinceros, mi madre siempre ha sabido ponerme en mi sitio. Y odia las mentiras tanto como yo. Aunque imagino que tampoco quiere que mis suegros se lleven a los niños.

—Mamá, ¿podemos hablar en mi despacho un momento?

Asiente con la cabeza y me acompaña.

—¿Te has vuelto loco? —espeta en cuanto cerramos la puerta—. Mira que meter a esa chiquilla en tus embrollos… Pero te voy a decir una cosa: no me parece una mala idea del todo. Lo que pasa es que yo no lo veo.

Voy a hablar, pero me lo impide. Me pone uno de sus largos y delgados dedos sobre los labios y me obliga a sentarme en mi sillón orejero.

—¿Te has parado a pensar qué va a ocurrir después? Porque tus suegros no son tontos, y van a estar con la mosca detrás de la oreja. Creo que tendrás que hacer algo, porque… ¿y si un día vienen por sorpresa?

Sé que tiene razón, pero no me preocupa. Es una situación que ya había previsto.

—Mamá, estoy desesperado. ¿Qué quieres que haga? —digo, con los ojos encharcados—. Ellos se empeñan en que esta casa no es un hogar... y no digo que no tengan razón. Sin Meredith, todo se ha ido al garete. Pero son mis hijos, y no quiero separarme de ellos.

Eso es lo que siento. Ellos lo son todo para mí, aunque sé que no les dedico el tiempo que merecen. Pero es que no sé hacerlo mejor. El duelo por Meredith me consume, y verlos jugar tan felices me duele por dentro, porque yo soy incapaz de estarlo.

En ese momento agacho la cabeza, intentando ocultar las lágrimas que ya se derraman por mis mejillas. Mi madre me acaricia como cuando era pequeño. Me da consuelo sin decir una palabra.

—Erik —dice con ternura—, sé que todo esto es mucho para ti, pero tienes que avanzar. No digo que tus suegros tengan razón, pero en algo sí la tienen: vives tan encerrado en tu trabajo que no ves más allá. Y creo que ya es hora de que abras el corazón a alguien más. Deja entrar a tus hijos, disfrútalos, diviértete, sonríe. Porque tienes una sonrisa preciosa. Concédete placeres, de verdad que los mereces. Y sé feliz al lado de alguien que valga la pena.

Escucho su voz y pienso en lo que me dice. Sé que tiene razón. Que en algún momento tendré que dejar de lado el dolor y permitir que la luz entre de nuevo en mi vida. Pero ahora mismo soy incapaz.

—Mamá, por ahora solo necesito fingir. Por un día. Y después... ya se verá. Con suerte, mis suegros volverán a su casa y me dejarán en paz.

Ella niega con la cabeza, como si supiera que esta mentira no será suficiente para frenarlos. Pero dicen que la esperanza es lo último que se pierde, y yo no pienso rendirme.

Le cuento todos los detalles del plan que he acordado con Amanda. Me escucha con atención y, al final, asiente. Me dice que, por el bien de los niños y el mío, me seguirá el juego. Aquellas

palabras me alivian más de lo que esperaba. Después, sin decir nada más, vuelve al jardín con los niños y la canguro.



Los días posteriores a nuestra conversación empiezo a llegar antes a casa del trabajo, con el fin de observar a mi supuesta novia. Rubén me ha aconsejado conocerla mejor. También me ha dicho que deje de llamarla «la canguro», «la cuidadora» o simplemente «la chica», y que intente acercarme un poco a ella para que, en la fiesta, la relación no parezca tan fría. Si no, nadie se creerá nada. Y tiene razón.

Aunque he intentado conocerla desde la distancia, sé que no es suficiente. Así que hoy, al llegar a casa, en lugar de encerrarme en mi despacho como acostumbro, salgo al jardín a buscarlos a todos.

Algo me detiene justo antes de cruzar la puerta, y es su sonrisa.

Tiene los dientes más blancos que he visto jamás, y una sonrisa —aunque me cueste admitirlo— preciosa. La verdad es que, viéndola bien, a pesar de su juventud, es muy guapa. Rubia, con una melena corta, desenfadada y perfectamente despeinada, irradia frescura y seguridad. La observo mientras columpia a los niños, sonriendo con naturalidad.

Me fijo también en sus grandes ojos azules: destilan picardía y determinación. Una sonrisa traviesa se dibuja en su rostro, como si supiera un secreto que nadie más conoce. Lleva una chaqueta vaquera abierta sobre un top lencero oscuro. Su estilo es casual, pero con un toque de sensualidad. Atrevido y moderno. Muy distinto al de Meredith.

Ella era más clásica. Risueña, sí, como Amanda, pero siempre obediente con sus padres. Solo conmigo parecía liberarse. En esos momentos dejaba a un lado el clasismo y mostraba una Meredith distinta, más libre. Pero eso no ocurría cuando su familia estaba cerca.

Amanda, en cambio, desprende rebeldía. Allí está, jugando, retando a mis hijos, haciéndoles reír. Toda ella es vitalidad.

Después de un buen rato en el columpio, deciden hacer un bizcocho de chocolate. Yo me siento en el salón a hojear el periódico. Cuando entran en casa, los niños vienen corriendo a abrazarme, y Amanda se queda observándome desde la puerta.

—Buenas tardes, señor Miller. Qué sorpresa verle aquí. Los niños y yo vamos a hacer un bizcocho. ¿Le apetece acompañarnos? —me pregunta con una sonrisa amable.

Lo pienso un instante. Sé que sería un momento bonito, casi familiar. Pero ni siquiera con Meredith participé nunca en algo así. Siempre prefería que cocinara sola, y ella también lo prefería.

Creo que es el momento de hablar con Amanda. Tal vez, mientras prepara el bizcocho, pueda hacerlo. Me debato en silencio, pero antes de decir nada, ella se da la vuelta y se marcha haciendo aspavientos. Me deja completamente desconcertado.

¿Qué mosca le ha picado?

Los niños salen escopeteados tras ella, directos a la cocina, sin decirme nada más. Me quedo un rato pensativo en el sillón, sin entender del todo lo que acaba de pasar. Finalmente, me levanto y voy hacia la cocina. Al llegar, me encuentro con una nube de harina flotando en el aire y a Amanda completamente manchada.

Pero lejos de estar molesta, se ríe. Una risa franca, casi contagiosa. Por lo visto, no se les ha ocurrido nada mejor que jugar a que la harina era polvo mágico. Todo está hecho un desastre, pero allí están, riendo mientras el bizcocho se hornea.

De repente, la sonrisa se convierte en seriedad cuando aparezco por la puerta.

—¿Habéis visto cómo está todo? Pensaba que veníais a hacer un bizcocho, no a llenarlo todo de harina.

Los mellizos se esconden tras Amanda, mirando al suelo, avergonzados. Ella los acoge de forma protectora, rodeándolos con sus brazos.

—No se preocupe, señor Miller, lo dejaré todo como estaba —dice sin apartar su mirada de la mía.

Pero en ese momento me da igual que lo limpie; no puede enseñarles a mis hijos a ensuciarlo todo como si después no hubiera consecuencias.

—No se trata de que lo limpies. Creo que se puede hacer un bizcocho sin ponerlo todo perdido. Además, mis hijos deben aprender a hacer las cosas de la mejor manera posible, y esta no lo es.

Veo que va a contestar, pero se contiene.

—Otra cosa: en dos días estarán por aquí mis suegros, y me gustaría que la relación que mostremos sea lo más real posible. Mi propósito es que se marchen con la sensación de que podemos ser una familia. Eso implica que no me llames "señor Miller" y que mantengamos una relación más estrecha. Entiendo que soy tu jefe y quizá sea complicado. No obstante, espero que no lo olvides.

—Claro que no —responde Amanda—, pero eso será en dos días.

Los niños nos observan, primero a uno y después al otro. Y nosotros también lo hacemos, pero, lejos de las miradas dulces y angelicales que tienen mis hijos, nosotros nos estamos retando como dos titanes.

CAPÍTULO 10



Hoy, al despertarnos, Nadia ha cambiado de parecer respecto a la propuesta que me hizo el señor Miller. Por lo visto, lo ha estado debatiendo con la almohada más que yo —entre polvo y polvo con Pablo— y, nada más mirarme la cara, niega con la cabeza y me increpa:

—Tía, ¿cómo te metes en esos berenjenales? Ni por todo el oro del mundo aceptaría yo una proposición así. ¿No te das cuenta de que, si no sale bien, te va a despedir? Y entonces no será tu fondo de armario el que sufra, serás tú, que no podrás ni pagarte la universidad.

No lo había pensado así, pero tiene razón… aunque ayer bien que me animaba a aceptar sin mirar atrás.

—¿Y qué hago, Nadia? No puedo decirle que no, porque, siendo egoísta, el dinero me viene de muerte. Necesito ropa. Con urgencia. Pero si pienso en Zack y en Kelly... No es justo que sus abuelos se los lleven. ¿Y sabes qué pasará si demandan al señor Miller? Que el juez les dará la razón. Él siempre está trabajando, no está presente para sus hijos. Es serio y frío, pero, aun así, son sus hijos, y los niños deben estar con su padre.

Me preocupa de verdad que puedan llegar tan lejos…

—Amanda, pero si no soportas a tu jefe… Esto no puede salir bien. Ya verás cómo te estalla en la cara. Mira que tú eres muy sincera, y acabarás soltando alguna perla…

Ya lo he pensado. Pero creo que soy capaz de hacer el papel de tonta enamorada a la perfección.

—Nadia, ¿tú no sabes que siempre me elegían como protagonista en las obras de teatro del colegio? Además, estudio análisis de la conducta. Sé cómo meterme en la cabeza de la gente, así que también creo que sabré engañarles. Solo es un día.

Parece que la estoy convenciendo. Ese era mi propósito. ¿Ves? Meterme en la mente de los demás no es tan complicado.

—Pues tendrás que hacerlo bien, y dado que no tenéis apenas comunicación… no sé cómo lo vas a lograr.

Eso es verdad… Si me preguntan cosas de él, no voy a saber qué responder.

Así que me dispongo a hacer una lista de cosas importantes que debemos conocer el uno del otro:

1. Cumpleaños. Este es un básico.

2. Color favorito. Porque es esencial saberlo, para no cagarla si hay que hacer un regalo.

3. Bebida favorita. Creo que esto es importante porque, si salimos a tomar algo, es lo que normalmente se suele pedir. Aquí incluyo también la comida.

4. Oficio. Este lo tengo más que claro.

5. Familiares directos. A los suyos ya los conozco y están todos en el ajo. De los míos prefiero no hablar, así que le diré que viven en Florida o en cualquier otro lugar que no sea Manhattan.

Creo que con estas preguntas hay más que suficiente. Así que, tras anotarlas—espero que me conteste por escrito, igual que haré yo—, le dejo mis respuestas. Ah, y añado el nombre. Está claro que no me va a llamar señorita Chase.

Sopeso durante varios días cómo dejarle la lista que he confeccionado en su despacho, y al final opto por la opción más sencilla: pedirle a Charles que le deje el sobre encima de la mesa.

Después de entregársela, me voy a jugar con los niños. Hoy quieren estar en el jardín y hacer un bizcocho, y a mí me encantan ambas ideas.

Nos ponemos a jugar, como siempre, riendo, saltando, empujándoles en el columpio… incluso me columpio yo, porque,

aunque tenga veinticinco años, mi mente tiene la misma edad que Zack y Kelly, y me lo paso bomba con ellos. También jugamos a un juego de baile. Tenemos que movernos mientras suena la música de mi móvil y, cuando se detiene, quedarnos quietos como estatuas hasta que suene otra canción. Este juego lo inventó Nadia hace un tiempo, y a veces lo jugamos con Luis y Pablo. La única diferencia es que, en nuestra versión adulta, el que pierde se quita una prenda. Una especie de *strip poker* más divertida.

Tras un buen rato con los pequeños, decidimos ir a hacer el bizcocho. Al entrar en casa, los niños salen corriendo a abrazar a su padre, que está sentado en el sofá, algo que me resulta rarísimo, ya que nunca suele estar por aquí. Le pregunto si quiere venir con nosotros, no porque me apetezca su compañía, sino porque he pensado que quizás sea una forma de conocernos un poco antes de tener que fingir que somos pareja sin saber prácticamente nada el uno del otro. Así evitaré cagarla. Pero él se queda como bloqueado, sin saber qué hacer, y eso me desespera. Así que me voy con los niños.

Y no contento con su actitud ausente, luego monta en cólera porque la cocina está llena de harina. ¿Quién no ha jugado alguna vez con ella al hacer un bizcocho con un adulto? Quizá él no. Como es un amargado que no ha tenido infancia, no sabe lo que es hacer pasteles y reírse mientras te embadurnas las manos de masa.

Definitivamente, cuanto más tiempo paso con él, más convencida estoy de que es adoptado. Porque su madre es un amor… ¿cómo puede él ser tan prepotente y gilipollas?

Te juro que, por mucho que intente comprenderlo, no puedo. Entiendo que uno sufra en la vida, pero tener ese carácter de mierda es totalmente innecesario.

Mírame a mí. No me hablo con mis padres, estoy en la puta ruina —comparado con lo que he tenido siempre, claro—, pero aquí estoy, sobreviviendo como puedo junto a mi amiga, cuidando a unos niños que son puro amor e intentando mantener la sonrisa porque lágrimas ya he derrochado bastantes en mi vida.

Tras dejar a los niños bañados y con sus pijamas, decido irme a casa. Ya es mi hora, y mañana me espera un día intenso: tengo que

preparar todo para la fiesta de pasado mañana. De modo que recojo mi bolso del zaguán de la entrada y me monto en la moto, dando, como siempre, un poco de gas para salir pitando de allí.

Mientras conduzco, sorteando el tráfico, no dejo de pensar en todo lo que podría pasar en la fiesta. En cómo serán sus suegros, para que haya tenido que recurrir a hacerme esa proposición. En lo que le debe de haber costado, con lo cerrado que es. Aunque también imagino que no tendría candidatas mejores: los niños apenas se relacionan con nadie que no sea de la escuela, y yo era la opción más viable. Aunque, para ser sincera, a mí no me haga especial ilusión.

Al ir a coger las llaves de casa —que siempre dejo en el bolsillo interior del bolso—, veo que hay una carta y me sorprendo. Decido abrirla y me dispongo a leerla:

1. Erik, 1 de mayo de 1988.

2. El negro.

3. Hamburguesa y café.

4. Juez.

5. Mi madre: Diana Miller, y mis hijos: Zack y Kelly Miller.

Mi padre falleció hace cuatro años.

Al pie de la hoja leo lo siguiente:

Gracias por la información, y por tener esta idea. Aquí tienes mis respuestas.

Juro que no se puede ser más cuadriculado. Aunque, siendo justa, creo que es la primera vez que le veo dar las gracias por algo.

Espero que mis respuestas hayan sido de su agrado. Podría haber incluido muchas otras cosas, pero para un solo día no creo que sea necesaria tanta información.

Esta noche me la voy a tomar con calma. Al llegar a casa, me doy una ducha, me pongo cómoda —un pijama de algodón, pantalón corto y camiseta de tirantes—, me hago un sándwich que me llevo a la habitación junto con una lata de cola y me pongo manos a la obra con mi tesis.

En mis investigaciones sobre *el Decapitador*, he descubierto que en su vida ha sufrido dos grandes desengaños con mujeres. La primera fue su madre, y la última, su esposa, quien actualmente está internada en un psiquiátrico tras descubrir que su marido era el famoso asesino en serie. Al parecer, ella decidió abandonarlo, un acto que desató una conducta agresiva en él y marcó el inicio de sus crímenes. Por lo visto, ambas mujeres —madre y esposa— compartían características similares: edad, color de pelo, hábitos... justo lo que tenían en común el resto de víctimas. Sin embargo, hay algo que no me deja concentrarme del todo: la muerte de Meredith.

Es cierto que se ha atribuido su asesinato a un aprendiz o a un imitador, pero, aunque murió decapitada, no hay pruebas concluyentes que vinculen a Jeremy Houston.

De hecho, cuando supo de su muerte —y a pesar de reírse como un loco, según consta en el expediente— parecía sorprendido.

También es verdad que amenazó al señor Miller con arrebatarle cualquier cosa que le hiciera feliz, pero… ¿ordenar el asesinato de su esposa?

Tras escribir en el ordenador el perfil del señor Houston de forma detallada —incluyendo algunas imágenes que la policía me ha autorizado a usar— doy por finalizado el trabajo.

Pero no estoy del todo satisfecha. Siento que esos niños necesitan respuestas, y si la policía no ha sabido encontrarlas… tendré que hacerlo yo.

Aunque será otro día. Esta noche estoy molida.

La fiesta de los niños ya está dispuesta: castillo hinchable contratado, servicio de catering confirmado, invitaciones enviadas…

y yo me he molestado en llenarlo todo de globos y en esconder algunos regalos para Zack y Kelly con ayuda de la señora Miller.

Les he hecho un mapa del jardín y he marcado en él las ubicaciones de los regalos, para que puedan jugar a la búsqueda del tesoro. Me encantan esas tonterías, sobre todo por ver la sonrisa de los niños al encontrar cada sorpresa. Es tan mágico...

Cuando el señor Miller llega a casa —temprano, hay que decir— se sorprende. No obstante, no comenta nada. Mañana es el gran día, y creo que está nervioso, aunque eso no justifica que sea grosero y pedante. Podría saludar al menos. Es una cuestión de educación, y no hace falta haber ido a la mejor escuela de Manhattan para saberlo. Lo sabe cualquiera, por muy humilde que sea su origen.

Después de dejar a los niños bañados y a punto de cenar, voy a recoger mis cosas y me encuentro con una caja grande con mi nombre. Sorprendida, la abro. No podría llevármela en la moto, no por el peso, sino por lo larga e incómoda que sería de transportar. Además, no olvidemos que mi moto es deportiva: allí no cabe nada.

En su interior hay un vestido de raso azul, mi color favorito. Lo saco con cuidado. Es delicado, bonito incluso. Es gilipollas, pero tiene buen gusto. Aunque, claro está, no es mi estilo. Para nada.

Es de esos vestidos que mi madre aprobaría encantada. Me obligaría a ponérmelo sin dudar en una fiesta como la de mañana. Porque sí, los niños estarán vigilados por monitores mientras los adultos disfrutan de los placeres de una fiesta de gente importante… vamos, de pijos. Pero yo ya no quiero formar parte de ese mundo. Me rebelé, y juré no volver a caer en las fauces de esos estándares. Así que me encamino al despacho del señor Miller, decidida a devolverle el *regalito*. Sin embargo, antes de que pueda llamar, me doy de bruces con su torso.

—¿Me buscabas? Espero que te guste... No conozco bien tus gustos, pero he creído que ese vestido era apropiado para la ocasión. Y como sé que tienes pocos recursos... te lo he comprado.

¿Cómo? ¿Pocos recursos, dice? A ver, no voy a negar que en estos momentos mi situación económica roza la pobreza, que mis

cuentas están... ¿bloqueadas? Pero eso es porque no quiero hacer las paces con mi familia. Y no pienso dar explicaciones.

—Señor Miller, no pienso ponerme este vestido. Lo siento, pero no me sentiría cómoda con él —miento. Porque si vieras su cara de pasa amargada, juro que hasta tú te asustarías.

—La fiesta de mañana es importante, Amanda. Entiendo que no hayas estado en una así, pero, aunque se celebre el cumpleaños de mis hijos, asistirán muchas personas relevantes. Es un buen momento para hacer contactos. Piénsalo por ese lado, quizá surja algo interesante para tu futuro.

Quizá tenga algo de razón. Pero mañana vengo como mujer florero, no como estudiante de Psicología Conductual, así que no voy a hacer muchos contactos, la verdad.

—Le recuerdo que vengo como su acompañante, no para hacer *networking* —escupo, dándole la caja del vestido—. Además, en todo caso, creo que sabré vestirme sola para la ocasión. Quizá usted no lo haga, pero yo he visto muchas películas en las que hay fiestas de gente con un nivel adquisitivo diferente al mío, como usted bien ha remarcado —le espeto.

No sé quién se cree que es, pero mañana va a flipar.

—Está bien. Y Amanda… espero que mañana no me hables de usted, y recuerdes tu papel.

Lo miro con desdén y le sonrío como toda una bruja.

—Claro que no, señor. Pero eso será mañana.

CAPÍTULO 11



Es sábado, y me permito el lujo de quedarme un rato más en la cama. Nadia no está —esta mañana le ha tocado trabajar— y yo me recreo entre las sábanas, porque quiero y porque puedo.

Me levanto y, tras ir a hacer mis necesidades matinales, voy directa al armario. Aparto la ropa colgada hasta dar con unas cajas algo polvorientas que casi nunca toco. No tengo muchas ocasiones de usar estas cosas… pero hoy es una de ellas. Abro una de las cajas y me encuentro con mi vestido favorito: un Armani azul oscuro, con pedrería en el pecho y una gasa que sube hasta el cuello. De ella descienden dos tirantes finos que se cruzan por la espalda. La falda lápiz, por debajo de la rodilla. La verdad, me hace un cuerpo esbelto y muy estilizado, digno de una mujer de alto estatus social. Creo que voy a ser el centro de atención, pero por esta vez no me importa. A juego, unos Jimmy Choo del mismo tono, aterciopelados, de tacón de aguja. Menos mal que, aunque estaremos en el jardín, la mayor parte del tiempo será sobre una zona asfaltada. No quiero estropearlos. Me encantan esos zapatos.

Había pensado en ir con unos vaqueros y una camiseta mona, pero no puedo hacer eso. Aunque… ver la cara del señor Miller no tendría precio. Así que me meteré en el papel de Serena Van Der Woodsen, y fingiré ser alguien que no me cuesta en absoluto interpretar, aunque sí me joda recordarlo.

He quedado con los Miller en ir a la hora de la comida, ya que hay que preparar algunas cosas. Meto los zapatos en su bolsa de terciopelo, el vestido en su funda, y decido —por una vez en la vida — ir en taxi. Por supuesto, lo pagará el señor Miller. Ir en moto no sería adecuado.

Al llegar, entro en la casa y los niños, locos de contentos, me abrazan. Después me miran de arriba abajo y preguntan si iré así vestida a la fiesta. No me da tiempo a responder: el señor Miller aparece por detrás y, al verme, me lanza una mirada furiosa.

—Amanda, creí que habíamos quedado en algo —dice, refiriéndose a mi vestimenta.

—¿No querrá que me ensucie el vestido? Tengo que preparar las galletas, ¿recuerda? —Juraría que esboza una sonrisa, pero prefiero no mirar demasiado.

—Está bien. Puedes dejar tus cosas en una de las habitaciones de invitados. Si no has comido, puedes unirte a nosotros en media hora.

¿Quiere que coma con ellos? Los niños están encantados, pero tengo que declinar la invitación: hay mucho por hacer y sus suegros llegarán en un par de horas.

—Ya he comido, pero gracias —miento. No quiero que los niños se molesten.

Kelly me acompaña a una de las habitaciones y, al entrar, alucino. Todo es perfecto.

Entrar en esta habitación es como darse un respiro. Todo está pensado para transmitir calma y estilo. Sin excesos, pero con ese toque moderno que lo hace especial. Los tonos arena dominan el espacio: paredes suaves, alfombras beige, y detalles que combinan a la perfección con la luz natural que entra por las cortinas de lino, largas y vaporosas, que caen hasta el suelo.

La cama, enorme, tipo *king size*, está hecha con mimo. Sábanas blancas, una colcha clara que da calidez, y el centro de todas las miradas: un cabecero acolchado precioso que ocupa casi toda la pared. Es de esos que invitan a apoyarte con un libro y no moverte en horas. Su tacto es suave y tiene ese aire elegante que no necesita gritar para destacar.

A ambos lados, dos mesitas flotantes minimalistas sostienen lámparas de diseño, de esas que dan luz cálida y un ambiente acogedor.

Sobre la cama, cuelga un cuadro abstracto en tonos neutros, que encaja a la perfección sin robar protagonismo. Intento averiguar quién es el autor, pero no lo reconozco. Me habría sorprendido de que fuese de mi madre. Por suerte, no lo es.

El suelo, de madera clara, añade calidez. Encima, una alfombra de fibras naturales aporta textura y ese punto de hogar que todos buscamos. Frente a la cama hay una cómoda de líneas sencillas, coronada por un gran espejo redondo. Ideal para arreglarse rápido o simplemente para dar amplitud al espacio.

En una esquina, una butaca curvada en tono hueso, perfecta para leer o revisar el móvil con tranquilidad. La acompaña una lámpara de pie negra, estilosa, y un revistero de piel. Todo está pensado para ser bonito, cómodo y práctico, sin recargar.

Y para rematar, el ambiente huele a sándalo y almizcle blanco. Uno de esos aromas suaves que te relajan al instante. Es una habitación moderna, acogedora, luminosa… de esas que no quieres dejar nunca. Y que, de algún modo, me recuerda a mi casa.

Dejo el vestido sobre la cama y bajo a preparar las galletas. Noto, tras de mí, la mirada del señor Miller, pero no pienso desviarme de mi cometido. Voy de un lado a otro trajinando en la cocina, organizándolo todo para que sea lo más especial posible para los niños. Cuando lo tengo todo listo, subo a cambiarme.

Al volver a entrar en la habitación, lo observo todo con sumo detalle. Creo que me he enamorado de este lugar. Aspiro el aroma una vez más y me visto con cuidado. Peino mi pelo, que en nada tengo arreglado —ventajas de llevarlo corto—, me pongo unos pendientes largos y me maquillo con tonos suaves. Al salir, me encuentro con un señor Miller vestido de esmoquin negro, camisa blanca y pajarita a juego. Si no fuera porque es un borde, te diría que lo metería en esta misma habitación y haría locuras con él… pero el odio está por encima de mis ganas.

Me mira sorprendido. ¿Qué se pensaba, que iba a ir de cateta? No, cielo. Siempre he sido la reina de las fiestas, aunque mi

comportamiento haya sido otro... A mis padres les he dado bastantes quebraderos de cabeza, para qué mentir.

—Vaya… Estás muy guapa. ¿Preparada para el *show*? —me dice, con una mirada casi suplicante. He de admitir que esto no me lo esperaba, así que cedo y dejo mis prejuicios a un lado.

—De acuerdo… Erik, que comience el juego.

Me tiende su brazo y lo tomo para bajar juntos a recibir a los invitados.

Cuando la señora Miller me ve, sonríe y asiente en señal de aprobación. Los niños alucinan, aunque se van corriendo hacia el jardín, donde ya les esperan muchos amiguitos.

Charles se ha ocupado de todo. Hay muchísimos invitados. El señor Miller me lleva del brazo como si fuera un complemento más y me va presentando a gente cuyos nombres olvidaré en menos de cinco minutos, hasta que llegamos a los más importantes.

—Amanda, quiero presentarte a mis suegros: Katherine y Joseph Davis.

Veo a una mujer estirada, como mi madre, de esas que por fuera parecen perfectas y por dentro están podridas. Y no lo digo por prejuicio: este perfil lo conozco demasiado bien. Su marido, en cambio, es más neutro; se le ve serio, incluso incómodo. Diría que no le gustan estos eventos.

—Un placer conocerte, querida. ¿Cuánto tiempo hace que os conocéis?

Mierda. Eso no lo habíamos hablado, pero le diré algo creíble.

—Pues, si he de ser sincera, hace bastante poco. Como mucho, un mes. Él es algo hermético... me ha costado conquistarlo —le lanzo una sonrisa de enamorada y él hace lo propio. Me rodea la cintura en un gesto de agradecimiento y, aunque dijimos que no nos tocaríamos, es lo justo.

—Erik, es una chica preciosa. ¿De dónde la has sacado?

Vaya con el suegro... no se corta un pelo. Y creo que lo dice dudando de él. Es hora de ver lo buen actor que es.

—La conocí una tarde en el parque, mientras estaba con Zack y Kelly. A decir verdad, fue un encuentro un poco atropellado. Zack le dio un balonazo. Tras una disculpa, un café y un rato de charla, me

di cuenta de que quizás Katherine tenía razón... No puedo estar siempre solo.

Ambos nos miran con cierta duda, pero parece que al final se creen nuestro numerito.

La tarde pasa rápido entre tanta gente. Conozco a tantas personas que pierdo la cuenta, aunque no me pasa desapercibido un chico que debe tener la misma edad que el señor Miller. Se trata de un amigo de la familia, Thomas Klein. Tiene un aspecto imponente y magnético, como sacado directamente de la portada de una novela romántica contemporánea. Su cabello rubio dorado, perfectamente peinado aunque con un toque desenfadado, cae ligeramente sobre su frente y enmarca un rostro de rasgos marcados: mandíbula firme, pómulos altos y unos ojos intensos que lo analizan todo a su alrededor con calma y seguridad.

Luce un traje oscuro de tres piezas, perfectamente ajustado a su figura atlética, con camisa azul clara y una corbata de rayas que añade un toque sofisticado sin perder la elegancia clásica. En el bolsillo del pecho, un pañuelo cuidadosamente doblado en tonos azulados aporta el remate a un *look* impecable. Podría ser perfectamente un joven CEO, un abogado brillante... o quizá solo otro niño rico pijo de los que suelen aparecer en las reuniones de mis padres. Aun así, no ha dejado de observarme en toda la tarde.

—¿Y esta linda señorita quién es? —pregunta en tono seductor.

—Thomas, ella es Amanda, una amiga. Nos estamos conociendo —responde Erik.

Él me observa de arriba abajo, sin disimulo.

—Encantado, Amanda —dice mientras me besa la mano sutilmente—. Si te aburres con él, búscame por la fiesta. Seguro que nos lo pasamos bien.

Qué descarado.

—Por el momento no me aburro demasiado, pero gracias por el ofrecimiento —respondo, mientras me aferro más al brazo del señor Miller. Él me mira extrañado, pero no dice nada.

—Thomas era el mejor amigo de mi difunta esposa. Perdónale, no puede evitarlo. Siempre ha sido así con las chicas. Él y Meredith

siempre estaban haciendo bromas —me explica cuando Thomas se aleja.

—No tiene que darme explicaciones. La verdad es que es un chico muy guapo, pero yo no he venido a esta fiesta a ligar, ¿recuerda?

De repente, los niños vienen corriendo hacia mí.

—¡Amanda, Amanda! Vamos a buscar tus regalos, ¿nos acompañas?

Todos nos miran y, claro, no puedo decir que no. Miro al señor Miller, le sonrío y, tras encoger los hombros en señal de rendición, me voy con ellos a buscar los regalos.

Solo espero no romper mis zapatos favoritos.

CAPÍTULO 12



ERIK

—Parece que a los niños les gusta Amanda, pero es algo joven para ti, ¿no? —dice Katherine.

—Bueno… quizá, pero sabe lo que quiere, tiene la cabeza muy bien amueblada, le gustan los niños y, por el momento, nos estamos conociendo. No sé qué problema tienes —respondo, algo molesto.

—Yo, ninguno. Solo que quizá no acabe bien la historia. Mírala, es joven y tú eres un hombre muy bien posicionado. No la conocemos y, sinceramente… conociéndola en el parque, podría ser cualquier cosa. ¿A qué se dedica?

¿Y ahora qué le digo yo? Esto no lo hemos hablado y, si le preguntan a ella… Mejor decir la verdad.

—Está terminando la carrera de Psicología —contesto. Veo la cara que pone mi suegra, y no me gusta lo más mínimo.

—Vamos, que ni siquiera tiene un empleo… Erik, te tomaba por un chico más inteligente.

Ya me está tocando un poco los cojones.

—¿Qué coño estás insinuando? —Mi tono se eleva con cada palabra.

—Que es una cazafortunas. Mírala, seguro que la ropa se la has comprado tú. —No me deja rebatirle el comentario—. Además, es una niña a tu lado. Os lleváis por lo menos diez años. Por favor… ¿me vas a decir que estáis enamorados?

No entiendo a esta mujer. Primero quiere que me eche novia y, ahora, la crítica...

—Pero no te preocupes, eso ya lo comprobaré yo misma. Me quedaré un tiempo en tu casa, si no te importa, claro.

¿¡Qué!? Tenemos un problema, y de los gordos…

—No, claro que no —respondo con una sonrisa forzada. No puedo negarme. Si lo hago, mi plan se irá al garete, y mis hijos saldrán detrás.

Necesito hablar con Amanda. Espero que acepte seguir con este teatro, porque si no lo hace… no sé qué voy a hacer.

La busco por todas partes, pero no está. Veo a mi madre hablando animadamente con mi tía Olivia. Me acerco a ella para preguntarle:

—Mamá, ¿has visto a Amanda? —Estoy desesperado. No sé dónde coño está y, si te soy sincero, tampoco veo por aquí a Thomas. Mi mente ya empieza a pensar lo que no debe, y no sé por qué me molesta tanto.

—Erik, cariño, tu chica es encantadora. Me alegro de que por fin quieras conocer a alguien. Es un gran paso. Creo que has acertado, esa chica es todo amor. Se desvive por los niños —dice Olivia, mientras yo no dejo de buscarla con la mirada.

—Gracias, Olivia. Bueno, lo cierto es que nos estamos conociendo, pero sí… me gusta cómo trata a los niños —Y en eso no miento. Me gusta verla con ellos y escuchar sus risas.

En ese momento, mi madre está a punto de decir algo, pero entonces aparece Zack, corriendo como un loco.

—¡Papá, papá! ¡Tienes que venir corriendo! ¡Amanda se ha caído de un árbol!

¿Cómo? ¿De un árbol? ¿Y qué coño hacía subida allí?

Mi madre sale disparada tras de mí. Me sorprende que, con su edad, tenga esa vitalidad, pero es que se cuida muchísimo.

Cuando llego, seguido por muchos invitados —alertados por los gritos de mis hijos—, y por supuesto con mis suegros pisándome los talones, me encuentro a Amanda riendo en el suelo con un regalo en la mano.

—Zack, no hacía falta avisar a tu padre. Ya he cogido el regalo —dice, divertida.

La observo detenidamente y no sé qué me pasa. Es como si el mundo se desvaneciera. Solo la veo a ella, con la rodilla magullada pero riendo, con esa sonrisa que detiene el tiempo. No es una sonrisa forzada, sino real, sincera, traviesa y dulce a la vez. Nos mira a todos y se pone roja como un tomate.

—Perdón… es que Kelly tropezó, el regalo salió volando, cayó en el árbol… y supongo que no quise molestar a nadie.

—Vaya, Erik… tu chica es una gatita —me dice Thomas al oído.

Algo en mí se enrabia.

No es que nos llevemos mal, pero desde que Meredith murió, casi no hemos hablado. Aun así, para mis hijos es como un tío, y no podía negarle la invitación. Era el mejor amigo de mi mujer, se criaron juntos, eran como hermanos. Pero a sus padres nunca les gustó demasiado. Y aunque ahora es director de una empresa de telecomunicaciones, sus orígenes son humildes. Como habrás podido comprobar, mi suegra es de las que se dejan llevar por las apariencias... y por los bolsillos también.

Salgo a socorrer a Amanda porque es lo que se espera de mí, aunque veo que no me necesita para nada. Aun así, tengo que hacer estupendamente mi papel.

—¿Estás bien? —pregunto sin apenas convicción. La tomo de la mano mientras la ayudo a levantarse del suelo, y es entonces cuando se da cuenta de que la falda de su vestido ha sufrido daños irreparables: tiene una abertura que casi le llega al muslo.

—¡Mierda, mi vestido! —La miro, desaprobando el taco que acaba de soltar—. Joder, era mi favorito —se lamenta, y yo la cojo de la cintura para llevarla dentro de la casa.

—Perdonadnos, vamos a entrar para que Amanda se cambie. Que la fiesta continúe, aquí no ha pasado nada.

Ella sonríe con cautela, aunque sé que está molesta. Al incorporarse ha notado que el vestido no es lo único malparado: uno de los tacones también está destrozado.

Cuando entramos en la casa, se zafa de mí con gesto molesto y comienza a soltar improperios.

—Joder… justo tenía que subirme a ese árbol sin pensar en las consecuencias. Está claro que lo he hecho por Kelly, pero ¿tenía que caerme? Qué putada… Solo a mí se me ocurre subirme así vestida… —resopla una y otra vez, caminando de un lado a otro de la estancia como un león enjaulado, hablando sola.

—Amanda, ¿puedes calmarte? Es solo un vestido. Estás bien, no pasa nada.

Es entonces cuando me mira con rabia.

—¿Solo un vestido? No, Erik, no es *solo* un vestido —a la mierda los formalismos… ya no soy el señor Miller, vaya—. Es un Armani de tres mil dólares. Entiendo que quizá esto, para ti, sea calderilla, pero

yo tengo que trabajar muchísimas horas para poder comprar algo así. Además, era mi favorito y está hecho una mierda. Míralo, no tiene arreglo.

No esperaba esa respuesta, pero la entiendo. Ese vestido vale un dineral, y para alguien como ella debe de haber sido un sacrificio enorme. ¿De dónde lo habrá sacado?

La observo, y lo cierto es que está todavía más sexy. Esa abertura lateral deja entrever su pierna y la vista es perfecta… aunque es obvio que no voy a decir nada, porque a mí no me interesa lo más mínimo.

—Te lo pagaré. Y los zapatos también. No te preocupes —intento que se calme y no me mande a tomar por culo, porque tengo que pedirle un enorme favor, y no es fácil—. Esto… Amanda, mis suegros quieren quedarse unos días. Sé que esto no entraba en el acuerdo, y te juro que te pagaré muy bien, pero necesito que sigamos con esta farsa. Si no, se llevarán a mis hijos —lo digo casi suplicando. Jamás he hecho algo así, pero la necesito. Porque siento que, sin ella, la poca luz que entra en mi oscuridad va a desaparecer… y yo moriré de pena.

Ella me mira, sorprendida. Duda. Me observa con más profundidad, y por fin responde:

—Si quieres hacer eso, hay que hacerlo bien. Tenemos que conocernos de verdad, sin mentiras de por medio, aunque todo sea fachada. Y tienes que estar por tus niños, porque te necesitan. Así que te propongo algo: mientras estén aquí tus suegros, saldremos juntos, como una pareja normal. Todo lo pagarás tú, por supuesto. Nos conoceremos un poco más y esperemos que pronto se marchen, para que cada uno siga con su vida… porque, si no, te va a salir caro. Y ahora… dame algo decente que ponerme. Pero no un vestido pomposo. Me gusta estar con los niños, y con el que compraste no podré hacerlo.

La miro de nuevo, sorprendido. Esta chica va a volverme loco. ¿De dónde saco yo ahora ropa?

—Puedes ponerte lo que has traído. Imagino que entenderán que vayas así vestida, no hay problema.

Mientras se marcha arriba a cambiarse, me siento en la escalera a pensar. ¿Salir con ella? Me da miedo. Mucho. Porque tiene un carácter arrollador, y no sé qué esperar de una universitaria loca que escala árboles en una fiesta como esta. Pero tengo que hacerlo por mis hijos. Solo espero no perderlo todo por este absurdo engaño.

Vuelvo a la fiesta mientras ella está cambiándose de ropa, y Katherine me aborda.

—Vaya con tu chica, es toda una caja de sorpresas… ¿Dónde está? —sonríe maliciosamente—. ¿Se ha marchado asustada? Quizá una fiesta como esta es demasiado para esa chiquilla.

Ya me está tocando los cojones otra vez.

—Ha subido a cambiarse, no sufras, querida suegra. En un rato la tendrás por aquí… o con los niños. Es que Amanda es así, diferente. —Me sorprende defenderla, pero es que con esta mujer no puedo—. Si me disculpas, voy a hablar con mi madre, que la he tenido abandonada.

Salgo como alma que lleva el diablo en su busca. Necesito su consejo para afrontar esta situación.

—Mamá, ¿podemos hablar? —Imagino que, al ver mi cara de preocupación, ya sabe lo que voy a decir.

Las madres tienen ese poder sobrenatural de entenderte con la mirada.

Me acompaña a mi despacho y, antes de que pueda cerrar la puerta, ya ha empezado a hablar.

—¿Qué pasa? ¿Que tus suegros no se lo creen, verdad? Si es que esa mujer es mala, siempre lo he dicho. Nunca me gustó esa familia, pero tú te enamoraste como un tonto y no veías más allá… —Ahora me sale con eso.

—Mamá, no empieces con el tema. Meredith no era como su madre, ella era distinta. —Me mira acusadora, como si no lo creyera. Siempre me dijo que no podía ser tan perfecta, pero lo cierto es que yo nunca dudé de ella. Jamás.

—Erik, no sé qué decirte. Sabes lo que siempre he pensado, pero es tu vida y yo no me voy a meter… Ahora bien, ¿cómo piensas solucionar este lío?

—Le he pedido a Amanda que sigamos fingiendo. No me queda otra. —La veo sonreír. Algo trama…

—Bueno, si ha aceptado, ya tienes algo ganado. Pero te recomiendo que lo hagas bien. Sé tú mismo, no ese Erik que se esconde tras la fachada de tipo duro al que nada le importa, porque por ese camino no llegarás lejos. Y esta chica creo que puede darle un giro a tu vida que ni tú mismo imaginas. —Ya quiere hacer de celestina. ¿No entiende que todo esto es mentira?

—Mamá, sabes que con Amanda no va a haber nada, ¿no? Que todo es un montaje para que mis suegros me dejen en paz…

—Sí, pero la vida da muchas vueltas, y el destino la ha traído a esta casa por algo. —Se frota las manos cual pitonisa, y es que mi madre cree a pies juntillas en el misticismo y el destino. Pero yo tengo el corazón cerrado. Eso va a ser imposible… y menos con una chica como ella.

CAPÍTULO 13



Subo las escaleras de cuatro en cuatro, más molesta conmigo misma que con el señor Miller. Pero cuando entro en la habitación y cierro la puerta tras de mí, me apoyo en ella y me dejo caer hasta quedar en posición fetal, con la cabeza hundida entre las piernas.

¿Pero qué coño estoy haciendo? pienso para mis adentros. Acabo de aceptar una propuesta todavía peor que la de hoy, porque *conocernos* implica demasiadas cosas. La primera, que los niños crean que lo nuestro es real y sufran, y odiaría hacerles daño. La segunda… Me conozco. No soy fácil de tratar: soy demasiado sincera y Erik, demasiado gilipollas. Sé que no saldrá bien. Discutiremos y me despedirá. Y entonces no volveré a ver a los niños.

Si lo pienso detenidamente, algo ha ocurrido que no me había pasado antes: me he enamorado de ellos. Porque son puro amor, frágiles y tan pequeños, que siento la necesidad de hacer lo que sea para que esa vieja bruja no les haga daño.

Si los aparta de los Miller, sufrirán. No negaré que cualquier otra persona podría estar más pendiente de ellos que su padre, pero aquí nunca están solos. Además, tienen sus recuerdos, y en cualquier otro lugar no tendrían eso. La señora Miller, además, es genial.

Por ellos voy a hacer este sacrificio. Y también por todo el dinero que me aportará, porque está claro que me va a comprar otro vestido y otros zapatos.

Me pongo mis vaqueros, la camiseta de tirantes y mis Converse, y bajo de nuevo a la fiesta. Sé que podría haberme puesto el vestido de raso azul, pero habría sido demasiado.

De camino para buscar al señor Miller, me intercepta la señora Davis.

—Vaya modelito. ¿No había nada mejor que ponerte?

Pienso en contestarle, pero eso solo perjudicaría aún más a esta familia. Así que opto por algo que no espere.

—Oh, claro que tengo algo mejor, pero he pensado que, para jugar con los niños, era mejor algo más cómodo. Además, a Erik le gusta verme así, más natural.

Me observa seria.

—Cariño, no te ofendas, pero solo eres un juguete para él. Así que imagino que le dará igual lo que te pongas. En realidad, creo que solo sale contigo para fastidiarme, pero me he propuesto llevarme a mis nietos, y nada ni nadie me lo va a impedir.

Será zorra.

—Pues lo va a tener complicado. Erik ha recuperado parte de su vida, de su felicidad, y no voy a permitir que usted se la arruine.

Me mira con desdén.

—¿Y tú qué sabrás, niña? Erik es mi yerno, lo conozco desde hace diez años, y tú eres un simple pasatiempo para saciar sus necesidades primitivas. Pero amará siempre a Meredith. Tú no le llegas ni a la suela del zapato a mi hija, y se nota a leguas que estás con él por dinero. Pero no te va a salir bien. Él te dejará y volverá a refugiarse en su trabajo. Lo conozco muy bien. Y mis nietos se vendrán conmigo.

Respiro hondo. Esta mujer no sabe quién soy. Me da igual que crea que soy una chica pobre del montón que va tras el dinero de alguien. No pienso darle el placer de arruinarle la vida a los Miller.

—Eso ya se verá. Y no crea que deseo sustituir a nadie. Solo quiero que Erik sea feliz. Y ahora, si me disculpa, voy a buscarle, porque ya me he demorado suficiente.

La dejo allí tirada, al pie de las escaleras, y salgo hacia el jardín, cuando me topo con Thomas. El que faltaba para el duro…

—Siento lo que te ha dicho Katherine. No quería ser cotilla, pero es una mujer de armas tomar… Aunque no te preocupes, no muerde —dice con una sonrisa canalla.

He de decir que está muy bueno, pero no puedo fijarme en él. Lo que sí hago es relajarme un poco.

—No sé yo… Pero, sinceramente, no me importa lo que me diga.

—Parece que los niños están encantados contigo. Me sorprende ver a Erik feliz; no pensé que se enamorara tan rápido.

Parece sorprendido y algo contrariado.

—Espero que no sea una molestia para ti también. De momento nos estamos conociendo, vamos poco a poco. Él tiene una herida demasiado grande en el corazón, pero eso no impide que podamos estar juntos. Y ahora tengo que volver con Erik, disculpa.

Me marcho antes de que pueda decir algo que me moleste, porque parece que le jode ver a Erik un poco feliz, aunque sea una felicidad fingida.

El resto de la fiesta lo disfrutamos con los niños. Juego con ellos e involucro a Erik en la apertura de los regalos y en los juegos que hemos preparado. Curiosamente, le veo feliz de verdad. Y aunque lo odio —porque es insufrible—, me gusta ver la complicidad que tiene con sus hijos cuando se permite el lujo de abrirles el corazón.

Una vez que la gente se ha marchado, los Davis se instalan en una de las habitaciones de invitados. Alucino, porque ya venían preparados con las maletas.

Los niños están molidos y me piden que suba con ellos a leerles un cuento. Lo hago encantada, con la aprobación del señor Miller, que ha prometido acercarme a casa más tarde.

Cogemos uno de los cuentos de la estantería y ambos se acurrucan a mi lado. Mientras les leo, modulando las voces de los personajes a mi manera, noto una figura apoyada en el marco de la puerta. Es el señor Miller, que nos observa en silencio. Yo continúo leyendo hasta que, por fin, caen rendidos en los brazos de Morfeo. Entonces los dejo en sus camas, los arropo con cuidado y los beso en la frente antes de salir de la habitación.

—Se han dormido muy rápido —comenta, observándome sin saber muy bien qué decir—. ¿Nos vamos? Ahora que están

dormidos, puedo llevarte a casa.

Me inquieta dejarlos solos con los Davis.

—¿Y los niños? ¿Se van a quedar solos con tus suegros?

Él intenta descifrar mi preocupación con la mirada.

—No. También está mi madre… y Charles, no lo olvides. Tranquila, de aquí no se van a mover.

Observo una leve sonrisa en sus labios. Creo que mi preocupación le ha gustado. Aunque eso no cambia nada entre él y yo. Pero tengo que aclararle lo que me ha dicho esa odiosa mujer, y se lo hago saber en cuanto subo a su coche.

—¿¡Que te ha dicho qué!?

Vaya, así da miedo. Lo juro.

—Señor Miller, se lo comento porque me preocupan los niños. Sé que no llevo mucho tiempo con ellos, pero les he cogido mucho cariño. Creo que es evidente. Así que quiero ayudarle.

Obviamente lo hago por los niños, porque, aunque esa señora sea su abuela, no me gusta para ellos. Pero vamos a dejar claras varias cosas. La primera de todas: los formalismos. Sé que me dijo que en la fiesta no los hubiera; quiero que no los haya en ningún momento. Entiendo que es mi jefe, pero, llegados a este punto, como no sabemos cuánto durará esta mentira… mejor tratarnos sin esas barreras.

—Me parece bien. ¿Qué más? —pregunta, curioso, mientras sigue conduciendo.

—Sé que va a ser duro, pero tiene que empezar a avanzar respecto a la muerte de su esposa. Que su suegra vea que ha pasado página. Porque no se cree nuestra relación del todo, y necesita demostrarle que no soy un simple pasatiempo.

Lo piensa durante unos segundos y se pone serio.

—Eso ya lo veremos. —añade sin tan solo mirarme.

—Mire… Yo voy a poner de mi parte, pero usted tiene que hacer lo mismo. Y… —lo pienso un momento, y aunque sé que voy a odiarme por esto tanto como lo odio a él, lo suelto— tenemos que parecer una pareja de verdad. Eso implica pasar alguna noche juntos en su casa y ciertos arrumacos delante de los demás.

Golpea con fuerza varias veces el volante del coche. ¿Se ha vuelto loco o qué?

—Mire, a mí me gusta esto tan poco como a usted. Créame, no es santo de mi devoción. Pero Kelly y Zack no merecen menos. ¿No cree?

Lo medita unos segundos más, luego niega con la cabeza.

—Acepto todas tus peticiones. Pero solo por mis hijos. No estoy dispuesto a que me los arrebaten. ¿Algo más?

—Tiempo. Quiero que pase tiempo en familia, tiempo de calidad con sus hijos, porque lo necesitan. Y para eso no me necesita a mí, ¿de acuerdo? Organícese la agenda. Incluso estoy dispuesta a ayudarle con sus casos, como si fuera su secretaria, si con eso consigue pasar más tiempo con ellos.

Me mira atentamente y me extiende la mano, como si acabáramos de firmar un pacto. Pero yo, personalmente, creo que es un pacto con el diablo. Y nunca mejor dicho.

Reanudamos la marcha y no volvemos a hablar hasta que llegamos a mi casa.

Estaciona el coche frente al edificio y lo observa. Vale, no es el mejor barrio del mundo, pero tampoco es el peor…

—Amanda, ¿quieres venir a comer mañana con nosotros? Creo que es lo que esperan mis suegros.

Y lo acaba de arreglar. Creo que esta es la mejor forma de pedirle a una chica una cita falsa. Este tío, definitivamente, es tonto.

—Ya sé que es domingo y quizá tengas planes, pero si pudieras venir me harías un favor.

—Qué remedio me queda… Total, soy su falsa novia, ¿no, señor Miller? No se preocupe, allí estaré. Pero antes, una última petición. Si voy a ser su falsa novia, déjeme ser como soy. No quiero ser también una falsa persona. No me van los clasismos, huyo de ellos. Así que, si no le importa, mañana iré yo misma… en mi moto.

Se sorprende ante mi respuesta. Quizá también piense que quiero aprovechar la ocasión para sacarle de todo. Pero esa no soy yo. Si quisiera fortuna, ya la tendría.

—Claro, Amanda. Ven como quieras.

—Buenas noches, Erik.

Y con esa despedida me encamino hacia el portal, sin saber lo que me espera al subir a casa.

Aunque con una sensación extraña. Sé que esto no va a ser fácil. Odio a Erik y su suegra es una bruja, pero creo que los niños me van a estar muy agradecidos. Y la señora Miller también. Me he propuesto hacer que ese imbécil cambie, y no sé ni por qué. Pero cuando algo se me mete en la cabeza… nunca paro hasta conseguirlo.

CAPÍTULO 14



—Vaya cochazo el que tiene tu novio… —suelta Nadia nada más cruzar la puerta.

—No es mi novio —respondo, poniendo los ojos en blanco.

—Hoy lo ha sido. Cuenta, ¿qué tal ha ido?

Mira que es cotilla la tía, pero es mi mejor amiga, y si no hablo de esto con ella, ¿con quién lo voy a hacer?

—Bueno… en realidad lo tiene que seguir siendo por un tiempo.

—¡¿Quéééééé?! —me corta sin poder explicarme.

—Su suegra, que es una zorra, por cierto, ha dicho que se va a quedar una temporada. La muy puta se ha propuesto quitarle a los niños de verdad. Tendrías que verla… es odiosa. ¿Sabes cómo me ha llamado? Interesada.

Nadia no sabe qué decir. Está flipando.

—Pues vaya tela… ¿Y ahora qué vas a hacer? Porque el cuadro es complicado.

—Vamos a seguir fingiendo. Mañana tengo que ir a su casa a comer, y aunque no me entusiasma la idea de aguantarlo porque, sinceramente, más seco y estúpido no puede ser, quiero pensar que puedo hacerlo cambiar.

Nadia me mira sorprendida.

—Si no fuera porque sé que tienes el corazón de hielo, diría que tu jefe te gusta.

¿Pero qué dice esta ahora?

—Nadia, de verdad… deja las drogas, que no te sientan bien. ¿Qué me va a gustar mi jefe? Es odioso, maleducado, un ingrato y un gilipollas. Solo lo hago por los niños… y por la pasta.

Ella estalla en carcajadas. Yo me quedo con cara de boba.

—Sí, sí… ya, por el dinero. A ver, no voy a negar que tengas parte de razón, pero los que se pelean se desean. Y tú, amiga… vas a caer. Lo digo yo, que tengo un sexto sentido. Y te voy a decir una cosa: tendrías que hablar con Luis de esto.

¿Qué coño se ha tomado esa ahora? Ni que le tuviera que dar explicaciones.

—Nadia, Luis y yo no tenemos nada. ¿Por qué se lo tendría que decir? Además, que no hay nada entre Erik y yo. Pesada. ¡Que es una farsa!

Cada vez me desespera más.

—¿Ya no es el señor Miller? —vuelve a reír—. Amanda, cielo, Luis lleva casi un año metiéndose entre tus piernas. Vale que es un rollo, lo que tú quieras, pero él siente algo por ti. Y creo que, si no quieres perder su amistad, tienes que ser sincera.

No negaré que tenga razón, pero siempre he sido clara.

—Yo nunca le he prometido nada, Nadia. Tú lo sabes. Siempre he sido muy sincera con él. Para mí es violento decirle que no le quiero… no al menos como él espera.

Ahora me siento mal. No quiero hacerle daño, pero tampoco puedo obligarme a enamorarme de alguien solo porque sería lo correcto.

—Mira, haz una cosa. Mañana hemos quedado por la mañana. Íbamos a ir todos a comer, pero como tú no puedes, aprovecha y se lo cuentas. ¿Qué puedes perder? No es que creas que lo estás engañando, pero entiende que vas a pasar mucho tiempo con otro tío. Y que van a pasar cosas entre vosotros, inevitablemente. ¿Y si tengo razón y te pillas por él? Podría pasar. Y entonces Luis se enfada contigo y nos jodéis la fiesta a mí y a Pablo.

Amiga, aquí es donde quería llegar yo.

—La fiesta te la jodes tú solita, porque Pablo te tiene mojando las bragas cada vez que lo ves, y lo sabes, pero no tienes el valor de decirle que le quieres ni que estás loca por él. Así que no me utilices

a mí como excusa. Y mucho tiene que cambiar Erik para que me pille por él, pero tampoco creo que entre en sus planes enamorarse. Todavía le duele demasiado la pérdida de su esposa. La amaba mucho.

—El futuro ya se verá. Lo de Pablo… puede que tengas razón, pero me da miedo decirle lo que siento y que él no sienta lo mismo, que me enfade… y ya sabes, que pase lo que yo te he dicho que pasaría con Luis. Tienes razón, soy una cobarde. Pero es que me gusta demasiado.

Creo que esta noche es *la noche*.

Esa que tenemos las chicas cuando sufrimos por amor. Pero en este caso, ella por uno que no sabe si le corresponde, y yo por no querer perder a un buen amigo. No deseo pensar en Erik ni en su familia. Eso ya se verá. Lo que necesitamos ahora es un extra de azúcar, y el helado de caramelo salado es lo mejor para este estado.

Nos ponemos una película y nos relajamos en el sofá. Es de asesinatos. De esas que a mí me apasionan. Ahora no me apetece ver nada romántico.

Mientras estoy atenta a la trama, empiezo a pensar en posibles asesinos para la víctima del film. Me sorprende que, al final, sea quien menos te esperas. Y eso me hace pensar en el caso de Meredith. Todos damos por sentado que el asesino está relacionado con el Degollador, pero… ¿y si no es así?

Porque no hay ninguna prueba que lo demuestre. Solo el modo de su muerte. En el expediente pone que no se hallaron indicios de forcejeo, ni de que alguien hubiera entrado en la casa a la fuerza. Así que, probablemente, quien lo hizo pasó como invitado. Lo que me hace pensar que, o bien la engañó de alguna forma… o ya lo conocía.

Tengo que averiguar mucho más sobre la vida de Meredith. Porque quizás Erik no tenga la culpa de su muerte, como todos creen. A veces, el lobo no es tan fiero… ni la oveja tan cauta.

POLICE LINE - DO NOT CROSS

Por la mañana me despiertan los ruidos del exterior. Pablo y Luis ya están aquí, tocando las narices desde bien temprano. Miro mi reloj de pulsera y me incorporo de un salto. Joder, son las doce del mediodía... ¿Cómo me ha dejado Nadia dormir tanto? Sabe que tengo que ir a casa de Erik a comer... La voy a matar.

—¡Nadia! —grito por el pasillo que lleva al salón—. ¿Por qué no me has despertado? ¡Joder, que me tengo que ir en media hora, y mira qué pintas de loca tengo! Si la suegra de Erik ya cree que soy una guarra que lo quiere por su dinero, espera a que me vea así... —suelto sin pensar, mientras todos me miran alucinados.

—¿Quién es Erik? —pregunta Luis, con cara de mosqueo.

—Su falso novio. Pero ya te lo explicará ella en otro momento, porque llega tarde a su falsa cita.

—La mato, yo la mato... —murmuro mientras camino hacia mi habitación.

—Ah, no, esto no lo puedes dejar así —dice Luis, siguiéndome de cerca.

—Luis, me voy a vestir, si no te importa... —Intento cerrarle la puerta en las narices, pero no me deja.

—Claro que me importa. Además, te he visto desnuda mil veces, Amanda. ¿Qué coño haces con un tío haciéndote pasar por su novia? Si querías un novio, habérmelo pedido a mí —dice, con cara suplicante.

—A ver, Luis —respondo mientras abro el armario, apartando ropa que obviamente no es la más adecuada para enfrentarme a esa mujer—. No soy yo la que quiere un novio. Erik es mi jefe, el padre de los niños que cuido, y necesitaba un favor. Yo estaba a mano, paga muy bien, y eso es todo. Y, de todas formas, no tengo que darte explicaciones, porque tú y yo solo somos amigos, ¿recuerdas? —comento, algo molesta. Esta situación me parece surrealista... no, lo siguiente.

Me desnudo frente a su mirada atenta y me cambio de ropa interior. Me pongo un conjunto color rosa chicle, sexy, pero no por nada especial: simplemente me gusta y me siento cómoda con él. Luego saco una caja del fondo del armario —una de esas que escondo para que Nadia no las toque— y elijo un conjunto de

pantalón de poliéster azul claro, camisa blanca y americana a juego. Para completar el look, escojo unos zapatos que no pasan desapercibidos.

Son un auténtico golpe de efecto visual: *stilettos* de charol rojo brillante, con un acabado lujoso y atrevido. Tienen una punta afilada que estiliza la figura de mi pie, y lo más llamativo es el detalle trenzado en la parte frontal, elaborado con el mismo material, que aporta textura y un aire artesanal al conjunto. En la plantilla puede leerse la etiqueta «Dolce & Gabbana», lo que confirma su carácter de alta gama y sofisticación. Por si esa mujer se ha creído que soy una pobretona aprovechada.

El *look* completo es ideal para una ocasión especial o, simplemente, para dejar huella —literal y figuradamente— en cualquier evento. Miro los zapatos con cariño, recordando todas las fiestas en las que los he disfrutado. Porque estos zapatos no solo se llevan, se lucen. Y hoy me los pongo para callar bocas. Sobre todo la de esa vieja amargada que me llama interesada.

Luis me observa sorprendido.

—Vaya... Debe de ser muy importante tu jefe si te vistes así para una comida. Más que una comida de domingo con sus hijos parece una reunión de trabajo.

—Es una larga historia, pero tengo que causar buena impresión, y esto es lo más acertado. Créeme. No quiero que piensen que lo único que me interesa es su bolsillo.

Me mira con una extraña seriedad. Incluso diría que con tristeza.

—Amanda, estás cambiando. No sé si es por él o no, pero tienes que gustarle tal como eres.

No pretendo gustarle a nadie, joder, qué manía... Y es cierto que ayer le pedí a Erik poder ser yo misma, pero la presión de que esa mujer se lleve a los niños me puede. Me hace querer ser alguien que no soy.

—Luis, sé por qué lo hago, de verdad. No te preocupes tanto. Ya tendremos una conversación en la que te lo contaré todo: te hablaré de Erik, de los niños, y de nosotros. Pero no puede ser ahora, ¿de acuerdo?

Se le ilumina la cara cuando menciono ese *nosotros*. Mierda, la estoy cagando demasiado.

—Nosotros como amigos —aclaro, antes de que vea cosas donde no las hay. De nuevo, la decepción asoma en su mirada, pero no puedo obligarme a sentir lo que no siento.

—Vale, está bien. Amanda, pero quiero que sepas que yo te quiero de verdad, y no quiero perderte. Así que cuando quieras hablar, aquí estaré.

Escuchar eso me reconforta. Después de su comentario, me voy al baño a peinarme un poco, intentando alisar mis pelos de loca, aunque no se notará nada una vez me ponga el casco. Me maquillo sutilmente y salgo corriendo.

Llego a casa de los Miller en muy poco tiempo. Pongo la moto a una velocidad vertiginosa, porque no me gusta llegar tarde. Conducir con tacones es complicado, pero no imposible. En eso, soy experta. Al llegar, reduzco la marcha: no quiero ensuciarme lo más mínimo. Aparco donde siempre y toco el timbre.

Charles me abre la puerta y coge mis cosas para dejarlas en el zaguán. Los niños vienen corriendo a saludarme, pero se quedan parados al verme vestida así. Yo abro los brazos igualmente para que salten sobre mí, y parecen más convencidos.

—Amanda, estás rara con esa ropa —suelta Zack sin pensarlo. Y es que lo bueno de los niños es que nunca mienten: siempre dicen lo que piensan.

—Es que quiero impresionar a tu abuela —le guiño un ojo, y él sonríe.

Ella, en cambio, al verme, no parece muy impresionada. Me observa con curiosidad, más a mi ropa que a mí, pero se sienta a la mesa junto a su esposo sin decir nada.

Erik entra en el comedor y me observa en silencio, sorprendido. Imagino que no esperaba que viniera vestida así. Incluso lo noto contrariado; es como si no le gustara. No lo entiendo. En la alta sociedad, esto es lo que hay. Mis padres me hubieran prohibido ir a comer vestida de otro modo. Aun así, me quedo calladita, que así estoy más guapa.

—Vaya, Amanda, has elegido un conjunto muy acertado para la ocasión —comenta la señora Davis con una sonrisa—. Espero que a Erik no le haya molestado que lo tomaras prestado del armario. Tengo entendido que allí es donde aún guarda la ropa de mi hija.

¿Cómo? No me lo puedo creer.

—Katherine, creo que ese comentario está fuera de lugar —responde Erik, furioso—. Amanda acaba de llegar, y ya venía vestida así.

Ahora entiendo su expresión cuando me ha visto: solo ha sido una coincidencia.

No sé ni qué decir, pero agradezco que me haya defendido frente a esta bruja. No la entiendo. Le dice a Erik que se busque una novia, pero ahora le molesta que la tenga. Creo que nunca ha querido eso; solo quiere llevarse a los niños con ella. Pues lo lleva claro.

CAPÍTULO 15



ERIK

Cuando he visto aparecer a Amanda con ese traje, no sé qué ha pasado por mi mente. Al principio he pensado que quizá lo había hecho solo por fastidiar, pero ¿a mí? ¿Por qué? Ella aceptó el trato y también puso sus propias normas… Lo que me ha descolocado es que haya venido vestida así.

Miro el armario y allí descansa el traje de Meredith, por lo que ha sido una simple coincidencia. Pero que Katherine la acusara en plena comida me ha parecido una falta de respeto, tanto hacia ella como hacia mí.

No entiendo nada de esa dichosa mujer. Quiere que tenga pareja, pero cuando, supuestamente, la tengo, le molesta. Es insoportable. Y ahora, encima, tengo que aguantarla aquí, en mi casa, el tiempo que a ella le venga en gana, y seguir con esta pantomima que no me apetece lo más mínimo. ¿Por qué no la mando a la mierda sin más?

Sé que salir con Amanda no va a cambiar nada, porque yo no quiero que nada cambie. Pero si eso ayuda a que Katherine se marche, estoy dispuesto a hacerlo. Creo que este sacrificio tendrá una gran recompensa: mis hijos. No pienso permitir que nadie los aparte de mi lado.

La comida transcurre tranquila, porque después de ese desafortunado comentario, Katherine ha mantenido las formas.

Observo a Amanda por el rabillo del ojo. Me sorprende su actitud: parece una chica educada, con un saber estar impresionante. Pero luego la recuerdo jugando con los niños, y todo cambia. Meredith nunca se habría tirado al suelo con ellos. Ella era de otra pasta. Sí, estaba con ellos, se entretenían con diferentes juegos, pero mancharse… eso no. En cambio, a Amanda no le importa. Incluso ayer, cuando se le rompió el vestido —a pesar de que, evidentemente, le molestó—, no dudó en subirse a un árbol con él puesto. Definitivamente, está loca.

—Amanda, nos contó ayer Erik que estás estudiando Psicología. Es una carrera complicada. Y, aparte de eso, ¿trabajas?

Ya empieza con las preguntas. ¿Es que esta mujer no puede dejar de indagar en la vida de los demás?

—Por supuesto. La carrera no se paga sola, señora Davis. Trabajo como secretaria de dirección en una farmacéutica.

Vaya… qué buena actriz. Hasta yo me lo he creído.

—Pues es un buen puesto, pero entenderás que, si la cosa se pone seria, tendrás que renunciar a tu trabajo. Erik gana mucho dinero, y ya sabes que los niños necesitan una madre que esté por ellos… Si acabas la carrera, imagino que querrás ejercer, y eso te dejaría poco tiempo…

¿Por qué tiene que decirle esto ahora?

—Señora Davis, creo que vive usted anclada en el siglo pasado, donde la mujer era una mantenida y no servía para nada. Actualmente, las mujeres podemos tener un trabajo, cuidar de nuestros hijos y sentirnos realizadas. De todas formas, es pronto para hablar de todo eso, ¿no cree?

Vaya, Amanda los tiene bien puestos. Me ha impresionado, y dudo que lo que ha dicho forme parte del guion, eso es cosecha propia y, sinceramente, me gusta esa forma de pensar. Es joven, pero tiene las ideas claras.

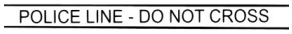
—No es ser retrógrada. Es querer contentar a tu pareja y tenerlo todo perfecto. Además, trabajar por placer, cuando uno puede permitirse no hacerlo… me parece una tontería. Meredith tomó una buena decisión. Ella era soñadora, pero cuando conoció a Erik lo dejó todo por él. Quizá tú no estés tan enamorada como para hacer ese sacrificio.

Sus palabras suenan con malicia. No entiendo a santo de qué saca el nombre de mi mujer en la mesa. Es de mal gusto, tanto para la que se supone que es mi pareja como para mí.

Mi dolor por su pérdida es evidente, y es en ese momento cuando Amanda me sorprende cogiéndome la mano y apretándola.

Tras la comida, Amanda decide ir a jugar con los niños un rato, mientras Katherine la observa y Joseph se aleja a fumar un puro.

Está claro que no quiere estar aquí, en esta casa. Meredith era la niña de sus ojos, y a mí me odia profundamente. Pero no me culpa más de lo que lo hago yo.



Cuando se acerca la hora de que Amanda se marche, la acompaño hasta su moto. Katherine me observa, sorprendida y claramente en desacuerdo, pero a Amanda parece no importarle.

—Vaya comida, ¿eh? —comento, sin saber muy bien qué decir—. Siento que Katherine te haya tratado así. No pensé que lo haría.

—No te preocupes, estoy acostumbrada a tratar con gente como ella.

Me sorprendo a mí mismo disculpándome. Nunca lo hago con nadie.

—Mañana me gustaría recogerte al salir del despacho. Ellos esperan que estemos juntos, y quizá podamos ver una película con los niños, si te parece bien —ella me mira sonriente.

—Claro. Pero después nos iremos a cenar. Yo elijo el sitio y tú pagas, es lo justo. Tienen que creer que salimos de verdad, y las parejas normales también salen solas. Si nuestra relación fuera real, los niños se quedarían con tu madre.

Tiene razón.

—Vale, trato hecho. ¿Te recojo mañana a las cinco, en tu casa?

—Claro.

Observo la ventana: mi suegra no deja de mirarnos, así que me acerco a Amanda despacio y la abrazo. Ella se coloca el casco y se marcha.

Cuando entro en casa, ya la tengo encima de nuevo, como un halcón al acecho de su presa.

—Erik, sé que fui yo quien te dijo que tenías que superar la pérdida de mi hija, conocer a otras mujeres… pero esa chica no me gusta nada —la observo, sorprendido.

—No pensaba que tuviera que gustarte a ti, sino a mí y a los niños. Sinceramente, me parece una falta de respeto que le hables

como lo haces. Y te diré algo más: tú no eres quién para opinar con quién debo salir.

Menudo zasca le he soltado, pero ella no se queda callada.

—¿Cómo que no? Esos niños son mis nietos y tengo derecho a juzgar lo que considere. Aquí tú no eres el juez, eres el padre. Y si no lo estás haciendo bien, soy libre de decirlo. Esa niña —porque eso es lo que es— es una ilusión. ¿De verdad crees que está contigo por amor? Erik, hijo, deja de ser tan iluso. Es muy joven, y está claro que está contigo por tu dinero. Lo de los niños… es normal que se lleven bien, es una cría. Pero ¿qué harás cuando tú seas más mayor? Ella seguirá siendo joven y se cansará. Buscará a alguien de su edad y seguro que te sacará todo lo que pueda.

¿Pero quién se ha creído que es para opinar sobre eso?

—Creo que estás muy equivocada. La diferencia de edad no es tan grande, solo nos llevamos diez años, y no nos importa lo que piense la gente. En cuanto al dinero, te aseguro que lo pagamos todo a medias. No es una cazafortunas.

Miento. Es evidente que lo pago todo yo, pero también porque esto no deja de ser un mero acuerdo comercial.

—Erik, querido, baja de la nube antes de que te hagas daño… Por muy bonito que le pongas el collar a un perro callejero, sigue siendo eso: un perro callejero. Y esa chica es lo que es, una vulgar cazafortunas. Seguro que hasta roba los vestidos que lleva. No seas ingenuo, te está engañando.

—Pues déjame que lo juzgue yo. No eres nadie para meterte en mis relaciones. Y si lo que realmente te molesta es que mis hijos la quieran, o que yo haya seguido adelante y ya no puedas arrebatármelos, te aguantas. Nunca me había planteado conocer a nadie, pero mi madre dice que el destino es caprichoso, y quizá tenga razón. Así que ahora, si me disculpas, voy a acostar a los niños, que me están esperando.

La dejo allí plantada. Si me quedo, no vamos a acabar bien.

Camino con paso acelerado mientras pienso en mi madre, en lo rápido que ha declinado la invitación para venir también ella a la comida. Nunca ha soportado a la familia de Meredith y, si te soy

sincero, tampoco le fue fácil aceptarla a ella. Igual que le pasa a Katherine con Amanda, pensaba que solo buscaba mi fortuna.

Mis padres siempre han tenido un nivel adquisitivo bastante alto, y el hecho de que yo haya ido escalando en mi trabajo me ha facilitado mucho la vida. Ahora tengo dinero para vivir, por lo menos, tres vidas sin preocuparme por nada. Sin embargo, no consigo vivir plenamente ni esta que tengo, porque un asesino anda suelto y soy incapaz de olvidarlo.

Cuando llego a la habitación de los mellizos, me miran con ojos expectantes, buscando a Amanda.

—¿Dónde está Amanda? Queríamos que nos leyera un cuento. Lo hace muy bien. ¿Sabes que pone las voces de los personajes? Es muy divertida —dice Kelly con una mirada casi enamorada. Han conectado muchísimo.

—Se ha tenido que marchar, es tarde y mañana tiene clase, igual que vosotros —les explico. No es que se haya ido por eso precisamente, pero es lo más creíble que puedo decirles. Sé que este plan va a confundirlos, aunque en el fondo saben que solo es un montaje.

—Papá, Amanda es genial. No sé por qué a la abuela no le gusta.

Vaya... creo que ha estado escuchando nuestra conversación.

—No es que no le guste... Es solo que no es mamá, y le cuesta ver que otra mujer esté aquí, con nosotros —respondo.

Qué difícil es esto. Claro que no le gusta, pero eso no se lo puedo decir.

—No dejarás que deje de venir, ¿verdad?

Acaricio la frente de los dos para tranquilizarlos.

—Claro que no. Y ahora, a dormir, chicos. Mañana por la tarde haremos una sesión de cine todos juntos.

Ambos aplauden y se lanzan sobre mí, deseando que ya sea mañana.

Me voy a mi habitación y me siento en la cama, algo exasperado. Miro a mi alrededor y todo me recuerda a ella. No hay un solo rincón que no lo haga. Toda la casa lo hace, pero en esta habitación... tengo tantos recuerdos.

Todas las veces que hicimos el amor, cada beso, cada abrazo, los momentos en que se sintió mal durante el embarazo, la época en la que estuvo tan preocupada al saber que esperábamos mellizos, su perfume, su ropa...

Abro el armario y acaricio sus vestidos, uno a uno. Todavía huelen a ella. Al igual que su lado de la cama. Y no es un olor real —obviamente ha pasado un año y es imposible que las prendas huelan a otra cosa que no sea polvo—, pero en mi memoria, las percibo así.

En el tocador aún descansan su cepillo, sus perfumes y su maquillaje. Soy incapaz de guardar nada. Sé que debería hacerlo para que mi maldita suegra crea que he avanzado, pero ese día no es hoy.

Me doy una ducha y, al salir, me miro en el espejo mientras me seco.

¿Qué estoy haciendo?, me pregunto a mí mismo, pero no obtengo respuesta.

Me meto en la cama y, como cada noche desde hace un año, beso la almohada de Meredith e intento dormir. Aunque sé que no tardarán en despertarme las pesadillas que me asolan.

Sin embargo, esta noche, en lugar de pensar en Meredith, pienso en Amanda. En su sonrisa. En lo bien que está interpretando el papel. En cómo se enfrenta a Katherine. En la felicidad de los niños cuando están con ella.

Y, por raro que parezca, logro dormir toda la noche del tirón. Algo que no había conseguido desde la pérdida de Meredith.

CAPÍTULO 16



Al salir de casa de los Miller, me siento aliviada y, al mismo tiempo, triste por dejar a los niños con esa bruja.

Entiendo que no me quiera allí, que tenga sus propios planes, pero es una persona odiosa. No tiene nada que ver con la señora Miller.

Mientras conduzco, el teléfono suena de forma insistente. Ante la posibilidad de que ocurra algo grave, detengo la moto a un lado de la carretera para contestar. Es Nadia.

—Vaya, chica, sí que has tardado en coger el teléfono. Ya empezaba a preocuparme —dice, con ese dramatismo tan suyo.

Pongo los ojos en blanco.

—Nadia, voy en la moto. ¿Qué quieres?

—Era para saber cuánto tardabas. Vamos a pedir unas pizzas. Los chicos han pensado esperarte, y yo quiero pasar la noche con Pablo, ya sabes…

Pero mira que es… Si es que lo digo yo, está enamoradita perdida.

—Llego en diez minutos si no me entretienes más, así que ve pidiendo las pizzas. La mía, barbacoa.

Cuelgo para no darle opción a replicar. Además, ya tengo hambre y la pizza me encanta.

Cuando llego a casa, me espera un comité de bienvenida que, más que eso, parece que vayan a meterme en el cuartillo de

interrogatorios de la policía. Ya me están mirando, esperando que les cuente.

—¿Podéis dejar de mirarme así? Me vais a gastar —digo, algo incómoda.

—No creo que eso sea posible —responde Luis riendo, y ya sé por dónde van los tiros. Esto tengo que frenarlo. Pensé que nuestra conversación de antes le había quedado clara, pero veo que no.

—Voy a cambiarme de ropa y os pongo al día.

Me marcho al dormitorio y me planto el pijama. Estoy en mi casa, no pienso salir, y es como me siento más yo.

Cuando entro en el salón, Nadia está despidiéndose del repartidor de pizzas y el aroma inunda mis fosas nasales como si fuera el mejor perfume de Chanel.

—Bueno, la cena ya está aquí. Ahora cuéntanos, ¿qué tal tu falsa cita? —Todos me miran con atención. Me rindo y les cuento algunas cosas.

—Yo creo que esa mujer es una auténtica zorra —suelta Nadia, sin filtro, como siempre—. Mira que soltar eso en la mesa… No me imagino lo que habrá sentido tu jefe al oírle nombrar a su difunta esposa. Yo la habría mandado a tomar por culo, desde luego.

No lo dudo ni un segundo, pero en su mundo eso estaría demasiado mal visto. Hay que mantener las formas y sonreír siempre.

—No creas que no lo he pensado, porque se lo ha ganado. Pero bueno, la comida ha pasado. Ahora no sé cuánto tiempo piensa quedarse, porque aunque ve claramente que los niños me adoran y Erik parece estar cambiando —aunque sea de cara a la galería—, no parece dispuesta a irse. Creo que lo de que tuviera pareja no se lo esperaba y lo soltó por decir algo, pero a mí esa mujer me da muy mala espina.

—Pues si eso es lo que crees, deja ya de jugar a papás y a mamás —dice Luis, molesto.

—Luis, no puedo hacer eso. Los niños me necesitan, y a su padre también. Si con esta tontería consigo que él se dé cuenta de que puede volver a ser feliz, aunque su esposa ya no esté, no pierdo

nada por intentarlo —respondo, convencida de que puedo conseguirlo.

—Y si a eso le sumas que se va a forrar mientras lo intenta, que lo siga haciendo. Ese trabajo sí que es bueno —añade Pablo, riendo sin parar.

—Pues no sé qué te hace tanta gracia. No es a tu chica a la que se follan…

¿Cómo? No sé qué me molesta más: si que crea que soy su chica o que crea que follo. Porque, primero, yo no soy de nadie, y segundo, en el acuerdo no entra nada sexual.

—Esto ya se está yendo de madre, Luis. Ya lo hemos hablado esta mañana, y no quiero repetirlo más. Tú y yo no tenemos nada, somos amigos y no quiero enfadarme —le digo, viéndolo levantarse, ofendido.

—¿Qué pasa? ¿Que ese Erik folla mejor?

Lo que me faltaba por oír. Ni lo pienso. Mi mano vuela hacia su cara, y no precisamente de forma amistosa.

—Eres un cabrón. ¿Por quién coño me has tomado, por una puta? Yo no me he acostado con nadie, gilipollas. Pero también te digo que, si lo hago, es cosa mía —grito, malhumorada, mientras él se lleva la mano a la mejilla, intentando calmar el dolor.

—Si esto es culpa mía… Yo ya sabía que algún día me estallaría en la cara. Pero nunca he sabido frenar mis necesidades. Tú estabas ahí, siempre dispuesto… Lo siento, pero no puedo seguir aquí. Luis, eres mi amigo. Siempre te lo he dicho: no fuerces la máquina porque se romperá, y esto… Esto ha sido la gota que ha colmado el vaso. Necesito pensar, y ahora no quiero tenerte delante.

Me levanto de la mesa, furiosa, sin apenas cenar. Cojo el casco, las llaves de la moto y me voy, aunque Nadia intenta detenerme. No sé qué coño ha pasado en mi ausencia. Hemos pasado de un «no quiero perderte» a esta situación surrealista, en la que yo acabo enfadada y marchándome de mi casa sin mirar atrás, dejándolos a todos plantados.

Sé que les he jodido la noche, y lo siento. No sé qué me pasa, pero necesito serenarme. Y no hay mejor lugar que Prospect Park.

Me monto en la moto, arranco y aparco junto a la entrada. Quiero caminar, que me dé el aire en la cara, sentarme frente al lago y pensar. Sin embargo, mientras ando y cruzo el túnel del parque, en plena oscuridad, me topo con alguien que no me esperaba.

—Amanda, ¿no? Vaya, qué pequeño es el mundo. ¿Qué haces por aquí vestida así?

Me miro y entonces caigo en la cuenta de que sigo en pijama. Solo me molesté en ponerme unas deportivas y una chaqueta tejana.

—Oh, qué vergüenza... Perdona, ¿Thomas, verdad? Es que discutí con mi compañera de piso y salí a despejarme sin pensar en lo que llevaba puesto.

No es del todo mentira.

—Te sienta bien, no te preocupes. No se lo contaré a Erik.

Sonrío, intentando parecer simpática.

—¿Y tú? ¿Qué haces por aquí?

Miro a mi alrededor. Todo lo que veo es gente paseando al perro o haciendo deporte.

—Vengo cada noche a correr. ¿Puedo preguntar por qué habéis discutido? Perdona la indiscreción, pero quizá te venga bien hablar. Así me sentiría como antes —comenta, apenado.

—¿Qué quieres decir? —pregunto, sin entender del todo.

—Pensé que Erik te habría contado cuál era mi relación con Meredith…

Es cierto, fue su mejor amigo.

—Ah, ya… Lo siento. Lamento la pérdida de Meredith. Para ti también debió de ser duro.

No me imagino la vida sin mis amigos, aunque ahora… no sé si Luis volverá a dirigirme la palabra.

—Gracias. La verdad es que ha sido lo más difícil que he tenido que afrontar. Nuestra relación duró tanto…

Lo dice con nostalgia, pero en su mirada hay algo más. Rabia.

—No quiero confundirte, se te ve una chica estupenda, pero estar con Erik es arriesgado. Meredith pasaba mucho tiempo sola. Su trabajo era demasiado importante para él. Y peligroso.

—¿Le culpas de la muerte de Meredith?

Sé que no debería preguntarlo, pero se me escapa. Supongo que es la psicóloga que vive dentro de mí.

—A él, directamente, no. Sé que la amaba por encima de todo y que su pérdida le ha destrozado. Nunca la superará. Pero si su trabajo no hubiera sido el que es, quizá ella seguiría viva.

Hablamos un rato más. Me sorprende lo agradable que es. Me cuenta que siempre estuvo al lado de Meredith y que también a él le cuesta aceptar que ya no está. Conversamos de cómo supuestamente conocí a Erik, de lo mucho que me gustan los niños... Y al mencionarlos, su expresión cambia por completo.

Lo he visto con ellos y me da la impresión de que le ocurre lo mismo que a Erik: estar con niños le duele. Pero en el caso de Erik es comprensible. En Thomas...

Nos sentamos en una terraza a tomar algo. Se disculpa para ir al baño y deja todas sus cosas sobre la mesa. En ese momento suena su móvil. Cuando deja de sonar, la pantalla se ilumina. Me asomo sin querer y me sorprende ver la foto que tiene de fondo: Meredith. Están abrazados. Él por detrás, sujetándola por la cintura, besándole el cuello.

Mi mente de analista empieza a hacer cábalas, pero no entiende nada. Necesito indagar más. Quiero saberlo todo sobre esa mujer. Y no es por Erik… ¿o sí?

Tras un par de copas, en las que solo hablamos de nuestras vidas, me despido y voy a por la moto para volver a casa. Es tarde y ya es hora de dar la cara.

Cuando entro, todo está en silencio. No me sorprende: ya pasa de la una de la madrugada. Pero, al pasar por delante de la habitación de Nadia, la luz se enciende. Está en la puerta.

—Perdona a Luis. Siente mucho lo que te ha dicho. Ya le he expresado que se pasó. Pero fueron los celos los que hablaron por él.

En su mirada hay arrepentimiento. Sabe que ella también tuvo parte de culpa.

—Nadia, no quiero que nos peleemos. Sé que yo también he contribuido a alimentar sus celos, pero que me llamara puta en la cara... No puedo perdonarlo tan rápido. No quería arruinarte la

noche con Pablo, pero la rabia se apoderó de mí. Y después de la hostia que le he dado, no podía hacer como si nada hubiera pasado.

—Bueno, hay más noches. No te preocupes. ¿Dónde has estado? —pregunta, mirando el reloj: son casi la una de la madrugada.

—He ido a Prospect Park a aclararme las ideas, pero no he conseguido nada. Me encontré con un viejo amigo de Erik. Bueno, en realidad era amigo de Meredith. Muy amigo. Y no te lo vas a creer: lleva una foto de ella como fondo de pantalla. Están abrazados, él por detrás, besándola en el cuello.

—Mira que eres paranoica. A ver, si era su mejor amigo, no es tan raro —responde con calma.

—Nadia, no lo sería si no hubiera estado casada y con hijos. Pero se supone que ella era la perfecta esposa y madre. Algo no me cuadra. Tengo que investigar. Todo el mundo culpa a Erik de su muerte, pero nunca encontraron pruebas de que el asesino esté vinculado al Decapitador. ¿Y si no lo está? ¿Y si tenía un enemigo? Una exnovia celosa de Thomas, o... no sé.

Vale, sé que tengo mucha imaginación, pero es verdad: nadie sabe quién fue. Y alguien tuvo que serlo.

—No creo que puedas preguntarle a Erik, pero si pasas más tiempo en su casa, quizá encuentres algo que te sirva.

Me voy a dormir. Es tarde. Mañana pensaré en cómo saber más sobre Meredith sin tener que preguntarle a Erik… ni a la odiosa señora Davis.

POLICE LINE - DO NOT CROSS

El día ha transcurrido con total normalidad, aunque mi cabeza es un hervidero de incógnitas por resolver. Hoy me he vestido cómoda: unos vaqueros pitillo, una camiseta de tirantes blanca y el pelo alisado a medias. Como siempre, me calzo las Converse y bajo a esperar a Erik, pero me sorprende que ya esté allí. Sin decir nada, subo al coche y me acomodo en el asiento del copiloto. Arranca sin mirarme.

Juro que no se puede ser más estúpido. Va todo el camino callado, sin abrir la boca. Entiendo que esto es un montaje, pero podría hablarme, ¿no?

Al llegar a su casa me alegra ver que esta vez sí está su madre, quien me recibe con un abrazo efusivo, igual que los niños. Se nota que está al tanto de todo.

Vamos al salón mientras Erik me pasa un brazo por la cintura, bajo la atenta mirada de la que he decidido bautizar como Doña Urraca. Su expresión no tiene precio. Nos sentamos a ver una película con los niños.

Kelly se acomoda a mi lado y Zack junto a su padre. Sobre la mesita hay unos cuencos llenos de palomitas de maíz.

Estamos viendo *La Bella y la Bestia*, y la verdad es que ha sido todo un acierto. Es mi película favorita. Me encanta porque Bella se enamora del príncipe a pesar de ser una bestia; lo hace por su interior, amable y compasivo. Eso es lo que la conquista.

Miro a Erik de reojo, lo veo atento a la pantalla y pienso que no sé cómo sería antes, pero aquí, ahora, no se está tan mal. Él me pasa el brazo por los hombros —sabe que su suegra nos observa desde la habitación contigua— y yo dejo caer la cabeza sobre su hombro, aspirando su perfume, que por cierto me encanta: cítrico, con notas amaderadas.

Tras la sesión de cine y un rato jugando a un juego de mesa, nos despedimos de los niños y salimos a nuestra cita falsa… que a la vez es bastante real. Me sorprende que acabemos cenando una hamburguesa en mi local favorito.

—He pensado que este sitio te podría gustar, que te sentirías cómoda —dice, y me sorprende porque es lo primero que pronuncia desde que salimos después de representar el paripé en su casa. Durante el trayecto no abrió la boca ni una sola vez.

—Vaya, ¡hablas! —comento más para mí que para él, pero me escucha… y encima se ofende.

—Claro que hablo, no soy mudo.

—No, solo lo pareces. Llevas toda la tarde sin dirigirme la palabra. Ya sé que no soy santo de tu devoción, pero somos adultos. Creo que podríamos mantener una conversación, aunque sea sobre

el tiempo... o para criticar a tu suegra, que eso se nos da de maravilla.

Lo he conseguido. Se le escapa una media sonrisa que, para mi sorpresa, resulta bastante bonita.

—Vale, tienes razón. Me cuesta hablar contigo, casi no nos conocemos.

—Eso tiene fácil solución: pregunta lo que quieras —le animo. Le veo dudar, pensar... tarda un poco en decidirse—. Vamos, que no muerdo.

—No estoy yo tan seguro —responde, sonriendo de nuevo—. Está bien… ¿por qué aceptaste mi propuesta? Está claro que yo no te levanto pasiones. Solo hay que ver cómo me miras...

—Es que me desesperas. Odio que me ignoren —respondo, sincera. Solo miento cuando es necesario.

—No es que quiera hacerlo. Es solo que… no estoy preparado para dejar entrar a nadie en mi vida. Y no hablo de amor, eso ya está completamente descartado, sino en general.

—Pues creo que te equivocas. No sé lo que supone perder al amor de tu vida, pero sí sé lo que es que tus padres te den la espalda. Y no quiero que Kelly y Zack sientan eso.

A menudo añoro a mis padres. Los quiero, pero el hecho de no ser como ellos esperaban les hizo renunciar a mí como hija. En lugar de aceptarme, prefirieron dejarme marchar. Y no es solo que no me ayuden económicamente; me han negado incluso su amor.

—Lo siento. Tienes razón. Pero me cuesta estar con ellos, formar una familia, sin Meredith —agacha la cabeza.

—Pero hoy lo has estado. Y ellos estaban muy contentos.

—También estabas tú. Es diferente. Ellos te tienen mucho cariño.

—Y yo a ellos. Pero tú eres su padre. A ti te adoran. Solo quieren que estés con ellos, nada más.

El tiempo pasa volando. Mientras compartimos hamburguesa, patatas y refresco, noto cómo Erik se suelta. Está distinto. Me cuenta cosas sobre su vida, que fue su asistente quien le dio la idea de hacerme la propuesta y que, quizá, no haya sido tan mala idea salir esta noche.

—Hacía mucho que no comía esto con nadie. Meredith odiaba las hamburguesas, y sin embargo a mí me encantan —dice, y me sorprende que me comparta algo tan íntimo.

—Pues yo adoro este sitio. Es de mis favoritos… por no decir que encabeza el ranking —comento, sonriendo.

Es raro, pero ahora no me parece tan pedante. Sigue pareciéndome serio y algo frío, pero creo que es solo una fachada.

Al salir del restaurante, está diluviando.

—Joder, está cayendo una buena. ¿Esperamos a que pare? He aparcado lejos y no llevo paraguas —dice, mirando al cielo.

Le miro y se me ocurre una locura.

—Dame las llaves del coche —le pido.

—¿No estarás pensando en ir tú? ¿Estás loca? Vas a empaparte.

—Sin riesgo no hay diversión —le quito las llaves de las manos y salgo corriendo. Pero al llegar a la acera me detengo, abro los brazos y empiezo a girar sobre mí misma, disfrutando de la lluvia que me cae encima. A lo lejos, oigo a Erik gritar mi nombre, como si fuera una niña traviesa a la que reprende entre risas.

Una vez que termino de divertirme bajo la lluvia y llego al coche, pulso el cierre centralizado. Entonces lo noto: un cuerpo cae sobre el mío. Me sobresalto al ver a Erik, empapado, mirándome fijamente. Tiene la cara tan pegada a la mía que no puedo evitar echarme a reír.

La escena sería perfecta si esto fuera una película romántica de esas que te erizan la piel y hacen que sientas una corriente eléctrica recorriéndote entera, justo antes de que llegue ese beso tan esperado. Pero no, esto no es una película de sábado por la tarde. Esto es mi vida, y no me besa, sino que me arrebata las llaves de la mano y empieza a gritar como un lunático.

—¿Estás loca? ¡Mira cómo nos hemos puesto! —nos señala, furioso. Yo no puedo dejar de reírme—. ¿Te hace gracia? Pues a mí no, joder, Amanda, eres peor que mis hijos de cinco años.

—Erik, de verdad, eres un puto aburrido. ¡Solo es agua!

—No puedo llegar así a mi casa —responde con un tono ridículo que no me impresiona en absoluto.

—Pues ven a la mía —suelto, sin pensar.

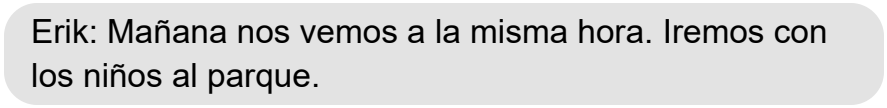
Nos quedamos mirándonos, desafiantes. Observo su barba incipiente, sus labios... ¿Qué demonios me pasa? Sigue sobre mí y, lo peor de todo, es que no quiero que se aparte. Quiero que me bese. Estoy fatal. Borro esa idea de mi mente como puedo. Esto es un error. Odio a mi jefe. Y aunque no negaré que la cena ha estado bien, no debo caer en la tentación.

Lo aparto con decisión y me acomodo en mi asiento. Él se queda unos segundos con cara de pasmarote. Creo que se ha dado cuenta de que algo ha pasado... algo que no debería. Cuando por fin ocupa su sitio, arranca el coche y me lleva a casa en silencio.

Al llegar, me bajo sin mirar atrás. Sin decir ni una palabra, entro en mi portal. Y ya a salvo dentro, me permito el lujo de gritar:

—¿¡Qué coño te pasa, Amanda!? ¡Si odias a ese gilipollas!

En ese momento, suena un mensaje en mi móvil.



Y con ese mensaje de jefe mandón, me voy a casa contrariada. Muy contrariada.

CAPÍTULO 17



ERIK

Me cuesta reaccionar una vez Amanda se ha bajado del coche. ¿Qué ha pasado esta noche? Pensaba que no sería capaz de mantener una conversación con ella, pero la verdad es que no me ha resultado nada difícil. Incluso diría que he pasado una noche divertida.

Verla hacer la loca bajo la lluvia ha sido... extraño. Por una parte está mi yo racional, el que me recuerda que eso no está bien, que es una cría y que está mal de la cabeza. Pero por otra, está ese yo libre al que le gusta su locura, precisamente porque no le teme a nada.

Ella es alocada, insensata y divertida. Nada que ver conmigo. Sin embargo, esta noche siento que algo dentro de mí ha cambiado. Me ha hecho darme cuenta de que puedo estar con mis hijos y pasarlo bien sin desatender mi trabajo. No tengo que hacerlo todo en un solo día. El despacho puede esperar.

Ver una película, relajado, ha sido perfecto. Y cuando ha apoyado su cabeza en mi hombro, ha sido desconcertante. Pensé que añoraría a Meredith, que estaría todo el rato pensando en ella, pero ha sido diferente. Solo con ver a Kelly con Amanda siento que puedo avanzar, que quizá mi madre tenga razón. Aun así... aunque la perseguí bajo la lluvia como un idiota, aunque tropecé con ella y acabamos uno encima del otro, empotrados en mi coche, y aunque el momento era perfecto... no fui capaz de dar un paso más.

Primero, porque ella me odiaría si pensara que me he aprovechado de la situación. Y segundo, porque esto que siento no es amor, es un falso engaño, y no quiero terminar más jodido de lo que ya estoy.

Cuando llego a casa es tarde. Todos duermen y yo me dispongo a hacer lo mismo. Miro el móvil, como si esperara un mensaje de Amanda que no llega, y me acuesto. Pero hoy todo es distinto. Aunque me he cambiado de ropa, su olor sigue impregnado en mi piel, por la cercanía bajo la lluvia. Es un aroma distinto al de Meredith. Puedo distinguir notas de jazmín y manzana, un perfume

fresco e intenso. No me desagrada, es más: me gusta. Se instala en mis fosas nasales y me duermo con él.

Es una de las pocas noches en las que no me cuesta dormirme, en las que las pesadillas no me asolan, no me despierto empapado en sudor, sin aliento, sin ver la cabeza de Meredith al pie de la escalera, sin que me tiemblen las manos... y, sobre todo, sin que me duela el corazón. Lo que más me sorprende es que haya sido una muchacha a la que nunca quise conocer la que ahora me hace sentir que la vida continúa, aunque duela.



Despierto entre jaleo. Mis hijos irrumpen en la habitación como dos huracanes. Miro el reloj. El despertador no ha sonado y me levanto de un salto, como si hubiera un incendio. ¡Mierda! Me he dormido... ¿Cómo es posible? Si esto nunca me pasa...

—Papá, papá, ¿hoy va a volver Amanda? —preguntan ambos al unísono.

—He quedado con ella para llevaros al parque —respondo con naturalidad, y ellos comienzan a saltar de alegría.

En ese momento, asoma mi suegra la cabeza por la puerta.

—¿Qué está pasando aquí? ¿Y tú todavía en la cama? Esto es inaudito —dice, sorprendida y curiosa a la vez.

—¡Papá y Amanda nos van a llevar luego al parque, abuela! Seguro que lo pasamos genial. ¿Nos compraréis helado? —vuelven a dirigirse a mí.

—Claro, pero solo si os portáis bien hoy con la abuela. Yo tengo que irme a trabajar, ya llego tarde y tengo un juicio importante —cojo el teléfono y llamo a Rubén para pedirle que tenga todas las notas del caso preparadas y avise que llegaré un poco más tarde.

Qué bien me vendría ahora la moto de Amanda... Aunque igual me estamparía. Nunca he conducido una, pero siempre me han gustado. Nunca he conducido una y tampoco ayudó que a Meredith no le gustaran, era demasiado clásica como para dejarse despeinar poniéndose un casco.

—Erik, ¿no crees que estás yendo demasiado rápido con esa chica? —suelta Katherine, molesta.

—¿Rápido? No le he pedido matrimonio… —respondo, y espero que no quiera que lo haga, porque dudo que aceptara un acuerdo de ese tipo.

—No me refiero a eso, pero mira a los niños. Están encantados con esa chica, y si la cosa no sale bien, lo pasarán mal. Ya le han cogido cariño. Además, nunca imaginé que serías capaz de sustituir a mi hija, y menos por una niña rebelde y consentida. Solo hay que mirarla. Es una quiero y no puedo, ¿no te das cuenta? Conozco a las de su calaña… esa chica busca algo, te lo digo yo.

La escucho y no doy crédito. Mis puños se cierran con rabia. Me esfuerzo por contenerme, porque te aseguro que ahora mismo echaría a esta mujer de mi casa.

—Katherine, te voy a pedir de forma educada que no hables así de Amanda. No la conoces, y no eres quien para juzgarla. ¿Es joven? Puede ser. Pero, hasta donde yo sé, no hay edad para el amor. Y te recuerdo que fuiste tú quien me animó a conocer a alguien —su cara de rabia habla por ella—. Además, te diré una cosa: nunca, nadie va a sustituir a Meredith. Pero con Amanda he aprendido que se puede volver a creer en el amor. Quizá ha llegado el momento de avanzar y dejar atrás el dolor.

—Eso no es amor, es un capricho. Y ya me encargaré yo de desenmascarar a esa chica, porque está claro que estás cegado —se da media vuelta y se marcha de mi habitación, ofuscada.

Pienso en mis propias palabras y me doy cuenta de que no he mentido del todo.

¿Qué me está pasando?

No me concedo tiempo para analizarlo. Una vez vestido, beso a los niños y me marcho, mientras ellos se preparan para que Charles los lleve a la escuela.

POLICE LINE - DO NOT CROSS

Cuando llego al despacho, Rubén ya lo tiene todo preparado. Repaso los puntos clave del caso: las alegaciones, las pruebas, determino el orden de intervención y decido quién será el primero en declarar. Reviso si hay testigos, controlo los tiempos y los turnos de palabra de cada parte implicada, mientras mi asistente comprueba que todo en la sala esté en orden. Todo está listo: grabaciones, actas y demás elementos necesarios. También esperan ya los abogados, la acusada, el demandante, los testigos…

Me mentalizo. Respiro hondo. Me preparo para ser imparcial y escuchar todo lo que este juicio pueda ofrecerme. Procedo a ponerme la toga judicial y entro en la sala con respeto. Tengo la mente clara, el expediente dominado y una actitud centrada en escuchar, analizar y garantizar un juicio justo.

El caso es una demanda de divorcio, algo que no suelo juzgar, pero que, al parecer, tras un intento de acuerdo previo, no ha llegado a buen término.

El demandante —el marido—, exige dejar a su esposa sin nada, amparándose en un acuerdo prematrimonial que la eximía de recibir bienes en caso de infidelidad.

Cuando entro en la sala, el silencio se impone como por arte de magia. A veces me pregunto si es la toga, el estrado, o simplemente la certeza de que soy quien va a partir una historia en dos. Camino sin pausa hasta mi sitio, abro el expediente y dejo que el peso del silencio marque el inicio.

—Buenos días. Se abre la sesión número 453/25. Procedimiento de divorcio entre el señor Gabriel Woods y la señora Valeria Gálvez.

Los observo a ambos. No podrían ser más distintos. Él, el típico hombre de negocios, impecablemente trajeado. Ella, una joven moderna, con una vestimenta llamativa, casi exuberante.

Leo esas palabras sin mostrar emoción, pero las de Katherine resuenan en mi mente. Un millonario. Una esposa que lo ha traicionado. Un contrato firmado antes del amor… o quizá por miedo a que nunca fuera amor. Y pruebas. Fotografías, mensajes… incluso un vídeo.

Levanto la vista. Ella está impecable, como una de esas mujeres que siempre parecen posar para un anuncio. Pero las manos no

mienten: le tiemblan. Él, en cambio, es una estatua. Ni un solo gesto. Solo sus ojos, clavados en ella con una mezcla de rabia contenida y resignación.

—¿Están listos los letrados? —pregunto.

Ambos asienten. El abogado de Gabriel se levanta y presenta el acuerdo prematrimonial. Está bien redactado. Claro. Contundente. En caso de infidelidad, ella no recibiría nada. Nada. Cero. El tipo de cláusula que parece escrita por alguien que ya sabe que va a ser traicionado. ¿Sería yo capaz de hacer un acuerdo así? Con Meredith nunca dudé. Y claro, ella no venía de una familia humilde, pero su economía tampoco era la mía…

Se presentan las pruebas. Ya las había visto, claro, pero las repaso una vez más mientras los abogados exponen sus argumentos. Escenas frías. Una cama que no era la suya. Un hombre que no era su marido. Y ella, entrando y saliendo de aquel piso como si no le debiera explicaciones a nadie.

Luego es el turno de la defensa. Intentan impugnar el contrato. Que si lo firmó sin comprenderlo. Que si estaba emocionalmente presionada. Lo de siempre. Palabras que se derrumban ante una firma, un notario y meses de convivencia posterior.

—¿Tiene pruebas de coacción, señora Gálvez? —le pregunto.

Niega con la cabeza. Por un instante, me parece ver en sus ojos un destello de honestidad, como si supiera que la farsa ha terminado.

—¿Reconoce entonces la relación extramatrimonial con el señor Alfred Lidman?

La sala se ha convertido en un vacío expectante. Solo su voz, débil, rompe la tensión:

—Sí —responde, con un tono que suena más a arrepentimiento por lo que pierde que por lo que ha hecho.

Y ahí, en ese preciso momento, sé que el juicio ha terminado.

—Esta sala dictamina que el acuerdo prematrimonial es válido —anuncio con tono neutro, ya con el veredicto escrito en la voz—. Se acredita la infidelidad. No corresponde compensación económica. Las costas serán asumidas por la parte demandada. El matrimonio queda disuelto.

Golpeo el mazo y un sonido seco marca el final del juicio.

Me levanto sin mirar atrás. A veces uno tiene que ser la mano fría de la ley, aunque por dentro lleve un nudo. No es la primera vez que veo a alguien perderlo todo por creerse más lista que el amor. Ni será la última.

Salgo de la sala con paso firme, dejando atrás los suspiros, el silencio espeso y esa mezcla de alivio y derrota que siempre flota cuando el amor muere por sentencia.

No puedo evitar, al llegar al despacho, pensar en todo lo que acontece ahora mismo en mi vida. Ver la cara de esa mujer perdiéndolo todo, ese sufrimiento… y todo por sexo, por lujuria. Y por un instante pienso en mis circunstancias, en cómo sería perder a mis hijos, en lo que siento ahora mismo… y siento que voy a volverme loco.

¿Es Amanda una solución o una condena? Porque, por lo que parece, a Katherine le da igual todo. Va a intentar arrebatarme a mis hijos igualmente, y no puedo permitirlo.

Llaman a la puerta del despacho y, al no recibir respuesta, Rubén entra, visiblemente preocupado.

—Erik, ¿estás bien? Te he visto tenso. ¿Qué pasa?

Él es mi asistente desde hace años, y también un buen amigo. Me ha apoyado en más ocasiones de las que puedo contar, y sincerarme con él quizá me venga bien.

—No sé qué coño me pasa… Anoche salí con Amanda, ya sabes, los dos solos. Ella piensa que debemos hacerlo si queremos que la relación sea creíble y yo… Me dejo llevar solo para que mi suegra no consiga arrebatarme a los niños, pero... —agacho la cabeza y me la sujeto con las manos en señal de agobio— ahora no dejo de pensar en ella, ¿sabes? Lo pasé bien, de verdad. Mis hijos están encantados con ella y, bueno... tú mismo la has visto. Es preciosa. —¿En serio estoy diciendo esto en voz alta?— No logro entender qué demonios me está sucediendo. La defiendo ante Katherine sin esfuerzo y me enfurece que la vea como una cazafortunas.

—Erik, amigo mío… —comienza a reírse, y lo miro sorprendido, sin entender qué le hace tanta gracia— lo que sientes se llama *cosquilleo en el estómago*, más conocido como enamoramiento

precoz. Y no es de extrañar, es una chica fantástica. Te entiendo perfectamente. Y creo que, después de este juicio, te preguntas si Amanda será como esa mujer.

—No es eso. Amanda está conmigo en una relación falsa. Por dinero, ¿recuerdas? Fue idea tuya. Pero he visto su mirada al quedarse sin nada y sé que, si esto acaba mal, Katherine se llevará a mis hijos y yo me quedaré como esa mujer.

Rubén se queda pensativo un momento.

—A ver… ¿por qué tiene que salir mal? Esa chica está enamorada de tus hijos. Ahora solo tienes que enfocarte en que también lo esté de ti. No va a ser tarea fácil, porque eres un gruñón, pero si por una vez en la vida te dejas llevar y te muestras tal como eres, yo creo que lo conseguirías. ¿Quién te dice que, sin buscarlo, no vas a encontrar justo lo que necesitas?

Ni siquiera yo sé qué necesito.

—No te entiendo —respondo, confundido.

—Amanda es lo que llevas buscando toda tu vida, y perdona que me meta donde no me llaman, pero ella representa libertad. Y creo que, a su lado, podrías ser feliz. Meredith, en cambio, siempre te cortó las alas. No tenía aspiraciones. Solo disfrutaba de tu dinero. ¿No ves que era como esa mujer de la sala?

Lo escucho y no doy crédito. ¿Cómo puede estar diciendo eso de mi esposa?

—No hables así de ella —le digo, molesto—. Meredith sacrificó sus sueños por formar una familia.

—No, eso no es cierto. Y lo sabes, aunque no quieras verlo. En cuanto le propusiste matrimonio, dejó su vida. Se convirtió en esa mujer que va al club de campo, sale de compras con sus amigas y come cada semana con su madre, mientras su marido trabaja sin descanso. No digo que no compartierais momentos, pero ella no sumaba en la relación. Simplemente te complacía. ¿Tú crees que Amanda haría lo mismo?

Pienso en la conversación que mantuvo con Katherine durante la comida del domingo y sé muy bien la respuesta.

—Eso no tiene nada que ver —respondo, aún más molesto.

—Claro que tiene que ver. Meredith podría haberte engañado con otro y tú ni enterarte.

Esto ya es el colmo.

—¡Te estás pasando, Rubén! No sigas por ahí porque no te voy a permitir que le faltes el respeto a mi difunta esposa —le grito, con la rabia agolpada en la garganta.

—Perdona, no era mi intención. Pero soy tu amigo y solo intento abrirte los ojos. No todos son tan perfectos como aparentan.

Se da la vuelta y se marcha, dejándome solo en el despacho, con la palabra en la boca, el corazón a mil… y más dudas de las que ya tenía.

Necesito serenarme. Hablar con alguien sobre esto… sobre lo de Meredith, no sobre Amanda. Pero, por mucho que quiero a mi madre, no va a ser imparcial. Nunca tragó a Meredith, aunque respetó mis decisiones. No conservo muchos amigos desde que la perdí. Me encerré tanto que me quedé solo. Y Thomas… no es una opción. Me culpa por la muerte de su mejor amiga, así que no puedo hablar con él de esto.

Miro mi teléfono y, desesperado, abro la lista de contactos. Su nombre aparece en primer lugar: Amanda.

¿Qué puedo perder?

Erik: Buenos días, Amanda.

Erik: ¿Estás en clase? Siento escribirte, pero no tenía a nadie más con quien hablar.

Amanda: ¡Hola! No, tengo un par de horas libres. ¿Qué puedo hacer por ti? ¿Los niños están bien?

Erik: Sí, están bien. Es solo que he tenido un mal día.

Erik: He discutido con Rubén por un juicio que me ha hecho pensar ciertas cosas y… necesitaba hablar con alguien. Perdona, no quería molestarte.

Amanda: No me molestas. Si quieres, podemos tomar un café. ¿Quedamos en la cafetería de enfrente del juzgado? Estoy cerca.

Erik: Perfecto. En diez minutos estoy ahí.

Cuando entro por la puerta, ya está sentada en una mesa. Viste un vaquero ancho y una camiseta de tirantes cortita que deja ver su abdomen. La verdad es que *toda ella* es perfecta.

—¿Puedo sentarme? —pregunto al acercarme.

—Claro. ¿Todo bien?

Observa mi cara y se da cuenta de que no. Entonces me sorprende con un abrazo que me sabe a calidez absoluta.

—Si no quieres hablar, no pasa nada. Podemos tomar el café y dejar pasar el rato hasta que te sientas mejor.

—Es que me duele… He discutido con Rubén por insinuaciones sobre Meredith que me han hecho daño, y ahora mi mente no deja de cuestionárselas.

—Te voy a dar un consejo que siempre me daba mi padre cuando tenía dudas sobre algo —dice, y veo cómo su rostro se entristece.

En mi interior, algo se remueve; quiero saber por qué hablar de su padre la afecta así.

—Esto que te preocupa tanto, ¿realmente no tiene solución? —continúa—. Porque, si la hay, solo tienes que buscarla. Y siempre tenía razón. Hubo una época de mi vida en la que no era yo. Siempre intentaba agradar a mis padres y me dejaba guiar por mi madre, pero eso no me hacía feliz. Así que seguí ese consejo tan sabio. ¿Cuál era la solución? Ser yo misma y luchar por lo que quería. Y aquí estoy, a punto de graduarme, siendo la persona que quiero ser. ¿Crees que puedes averiguar si eso que te consume por dentro tiene solución?

Tiene su mano apoyada en mi brazo y me mira con atención.

¿Soy capaz de remover el pasado?

—Quizá encuentres respuestas que no te gusten, pero a lo mejor, las que encuentras son las que necesitas. Porque, a veces, una razón, por pequeña que sea, es suficiente.

Esas palabras encierran muchas otras. Podría interpretarlas en varios contextos, sinceramente. Porque mi corazón, ahora mismo, es como una centrifugadora: siente cosas que no debería, y las que debería sentir las está cuestionando.

¿Y si idealicé a Meredith y, en realidad, me ocultaba cosas?

Es cierto que pasaba gran parte del día sola y nunca se quejaba. Solo la vi rara cuando se quedó embarazada. Incluso estuvo unos días casi sin mirarme. Sé que en sus planes no entraba ser madre... hasta que fuimos juntos a la primera ecografía de los mellizos. A partir de ahí, todo cambió.

Hubo días extraños, sí, pero siempre los achaqué a las hormonas. Incluso después de que nacieran los niños. Pero cuando estábamos juntos, ella siempre estaba por mí. Nos amábamos incondicionalmente.

Nunca dudé de ella… hasta ahora.

Este juicio, definitivamente, ha removido algo dentro de mí.

CAPÍTULO 18



El mensaje de Erik me ha sorprendido, pero verlo con esa expresión tan apagada ha sido desconcertante. Lejos de encontrarme al gilipollas prepotente que suelo ver en él, he visto a un hombre que sufre. Y esa faceta, aunque triste, me parece encantadora, porque me demuestra que no todo está perdido.

Anoche, durante la cena, descubrí una versión suya que realmente me gusta, y el momento del acercamiento en el coche fue… No sé bien cómo describirlo, pero lejos de incomodarme, me dejó con ganas de más.

Pasé toda la noche pensando en él, y eso no me había ocurrido jamás. Y mira que he estado con chicos con los que, al final de la noche, hubo mucho más que palabras… pero con Erik todo es diferente.

Nadia dice que me estoy pillando por mi jefe. Yo no lo creo, pero verlo así me dolió. Quiero que sea feliz, porque cuando sonríe —aunque no lo haga plenamente— parece otra persona.

Sé lo que se siente cuando te atan de pies y manos, cuando te cortan las alas para que no puedas volar. Y creo que él está contenido, que con Meredith ha tenido una vida mediocre, no plena. ¿De verdad quiero cambiar eso?

Mi mente no para de darle vueltas al asunto. Vuelvo a clase como una autómata, y de repente Stephan me para en un pasillo y me aparta de la multitud.

—A ti te pasa algo. Hoy estás diferente, como con más brillo en la cara, pero a la vez algo apagada.

Lo pienso por un momento. Entre lo de Luis, Nadia y Erik, siento que la cabeza me va a explotar.

Tras la discusión con Luis, no hemos vuelto a hablar. Y sinceramente, me jode perderle, pero no puede esperar que vaya yo a él, porque sus palabras me dolieron mucho.

Necesito hablar con alguien imparcial, y Stephan es perfecto.

Le cuento todo. Y cuando digo todo, es *todo*.

Y Alucina.

—Joder, Amanda… Vaya fregaos en los que te metes. Pero si puedo darte mi punto de vista sin que te ofendas, te diré que lo de Luis es normal, y que un poco te lo tienes merecido. Lleváis con ese juego de acostaros juntos casi un año, y es lógico que él esté enamorado de ti. Eres una chica entre un millón. Lo de Nadia… por un lado, la entiendo. Ella quiere un mundo de arcoíris, donde pueda estar con Pablo y tú con Luis, porque ellos son amigos. Pero, por otro lado, creo que Erik, aunque no le conozca, ha cambiado algo en ti. Y me gusta. ¿Sabes una cosa? Los que se pelean, se desean —dice riendo, como dando a entender que entre Erik y yo va a pasar algo real.

—Y los que no se morrean. No te jode… Venga, Stephan, quiero un consejo de verdad, no frases hechas tontas —le suplico con la mirada.

—Vale. Mira, yo lo veo así: ahora os estáis conociendo. Y a veces, lo que empieza como un acuerdo termina siendo otra cosa. Tú siempre has dicho que tu hombre ideal es alguien con quien congenies. Pero… ¿y si ese hombre está justo ante tus ojos? Creo que deberías concederte la oportunidad de descubrir qué puede pasar. Déjate llevar por el corazón, no por la locura como haces siempre con Luis.

Me toma de las manos y me mira con atención.

—Tú misma has dicho que no te cuesta hablar con él, ni escucharle. Te encanta estar con sus hijos. Y lo que hay bajo esa fachada de macho alfa… ¿por qué no escarbas un poco, a ver qué encuentras? Quizá te sorprenda. Quizá te enamores. ¿Quién te dice

a ti que *ese* no es tu «chin»? —Hace un gesto con las manos como de fuegos artificiales, y yo pongo los ojos en blanco.

—No puede ser. Es mayor que yo, a veces me trata como a una niña loca, y otras… no sé. No quiero enamorarme de él. Porque sé que soy solo un medio para estar cerca de sus hijos. Un mero acuerdo. Él no está enamorado de mí.

No quiero ni pensarlo, porque me conozco, y sé que si eso pasa, voy a sufrir. Porque no soy lo que él necesita. No encajo en su vida de lujos. Nunca los he querido. Hui de ellos. No puedo tener sentimientos por alguien así.

—Amanda, cálmate —me toma por los hombros para serenarme, porque en estos momentos estoy andando de un lado a otro como una loca en un manicomio—. El destino es caprichoso, y lo sabes. Como también sabes que la edad es lo de menos. Solo importa lo que sintáis el uno por el otro. El resto te tiene que dar igual. Yo lo que te recomiendo es que dejes que las cosas fluyan. Y si no lo ves claro, si crees que podéis haceros daño, habla con él cuanto antes. No solo por vosotros. También por los niños.

Cuando acepté fingir ser su novia, no pensé que podría llegar a sentir algo por él. La verdad es que no sé lo que siento. Ni siquiera sé si quiero averiguarlo. Pero algo en mi interior me dice que debo intentarlo. Que tengo que ayudar a que ese Erik enterrado resurja de entre las ceniza. Porque cuando se permite ser feliz, todos a su alrededor lo son.

Menos su suegra. Esa mujer es lo peor.

POLICE LINE - DO NOT CROSS

Las clases terminan y me marcho a casa. Aprovechando que Nadia no está, me doy una ducha y pongo mi música favorita.

Charlie Puth abre la lista de reproducción con *Attention*, seguida de *There's Nothing Holdin' Me Back*, de Shawn Mendes. Mientras la escucho, siento que el destino me la ha puesto como una señal.

Maldito destino, y maldito corazón. ¿Por qué siento que tengo que salvar a Erik? Porque es así como me siento: como si tuviera

que rescatarlo del abismo.

La canción habla del amor, de querer sin límites, de dejarse llevar… pero yo no estoy enamorada. Yo le odio, ¿no?

Joder, qué lío tengo.

No le doy más vueltas. Me pongo un top blanco y un pantalón tejano ancho, de cintura baja. Así voy cómoda, y he decidido que me da igual lo que piense esa maldita bruja.

Cuando Erik me recoge —como ayer—, subo al coche. Esta vez, al menos, me saluda, y eso me alegra. Sin embargo, durante el trayecto no hablamos de nada, pero esta vez es más por mí que por él. Tengo tantas dudas que ni siquiera soy capaz de mirarle.

Al entrar en su casa, los niños vienen corriendo a abrazarnos a los dos, y esa escena me alegra profundamente. Podría acostumbrarme a esto con demasiada facilidad. Me encanta esta sensación.

—Erik, qué bien que has llegado —dice Katherine, y frena en seco al verme a su lado, con Kelly en brazos dándome un abrazo de campeonato—. Ah, tú también estás aquí. Bueno, no importa, había pensado llevar a los niños al parque yo.

Erik me lanza una mirada, buscando una señal de qué debería hacer. Con los ojos, le transmito que no es lo correcto.

—Katherine, esta mañana les prometí a los niños que iríamos al parque Amanda y yo. Además, ¿no eras tú la que decía que no pasaba suficiente tiempo con ellos? He estado todo el día trabajando, y ahora me toca a mí. Tú ya has estado con ellos —responde con convicción.

Toma. Buena respuesta. Me río para mis adentros al ver la cara de vinagre que se le queda a doña Urraca.

—Bueno, en ese caso, le diré a Joseph de ir al centro comercial. Nos vemos luego.

La vemos marcharse, resignada a buscar a su marido, ese fantasma que siempre está desaparecido. Odia estar aquí, pero creo que es de esos hombres que dejan que su mujer les dirija.

Salimos con los niños y nos vamos al parque. Al llegar, nos dirigimos a la zona de columpios, y no me puedo resistir.

—¡Tonto el último! —grito, echando a correr.

Erik me observa con sorpresa mientras corro. Le ha chocado que lo llame tonto en la cara, pero es evidente que no ha llegado a tiempo.

—Oye, no enseñes esas cosas a los niños— me riñe.

—Los chicos ya saben estas cosas. Además, es divertido. Pero claro, don Aburrido eso no lo entiende —le guiño un ojo, y él se queda parado, observándome y negando con la cabeza.

—Kelly, ¿quieres que hagamos el barco en el columpio? —le pregunto a la niña, que me mira extrañada.

—No sé qué es eso —dice con cara de circunstancia.

—Pues es una manera de montar. Mira, ven —me subo al columpio y la siento sobre mí, frente a frente, mientras empezamos a balancearnos—. ¿Ves? Esto es el barco, se llama así porque el movimiento parece el vaivén de un barco en el mar. ¿Te gusta?

Ella sonríe.

—Sí, me gusta mucho.

—¡Yo también quiero! —grita Zack para que podamos escucharlo entre nuestras risas.

—Claro, cariño. Cuando baje tu hermana, te subes tú. ¿Te parece bien?

—¡Sí! —responde, loco de contento.

Pasamos así toda la tarde: entre columpios, juegos de pilla-pilla, trepar por las barras y saltar sin parar. Estoy disfrutando muchísimo con ellos. Creo que son los mejores niños que he cuidado jamás.

Erik, sin embargo, se mantiene en un banco, observándonos. Diría que está contenido, pero no logro descifrar qué hay en su rostro.

—¿Ya os habéis cansado? —pregunta cuando nos acercamos para marcharnos.

—¡Yo no! —proclama Zack.

—Este niño tiene pilas Duracell, pero ya es tarde. Hay que bañarse, cenar e irse a dormir, que mañana hay clase, señorito —le digo mientras acaricio su pelo. Erik me observa como hipnotizado.

—Valeee… ¿Y qué vamos a cenar? —pregunta con curiosidad.

—¡Pizza! Yo quiero pizza —dice Kelly emocionada.

—Está bien, compraremos una de camino a casa. Pero solo para vosotros. Amanda tiene que volver, porque mañana también tiene clase.

Todos lo miramos con cara de pena.

—Pero tiene que cenar, papá. Llévala a cenar primero —dice Kelly, mirando a Zack con complicidad.

—Tenéis razón. En ese caso, la llevaré a cenar y luego a casa.

Parece que quedan complacidos, porque no dicen nada más en todo el trayecto.

Erik llama a Charles para decirle que dejará a los niños y que Katherine se ocupe de ellos, que él me va a llevar a casa.

Tras dejarlos, emprendemos la marcha. Me pregunta si me apetece cenar una pizza. Acepto encantada y nos la llevamos con nosotros a uno de los parques más bonitos de Brooklyn: el Bridge Park.

Nos sentamos a comer, dejándonos llevar por las impresionantes vistas. Tras observarme con atención, mientras ninguno sabe qué decir, por fin rompemos el silencio… o bueno, lo hago yo, más bien.

—Ha sido una tarde divertida, ¿no crees?

Erik me mira pensativo.

—Sí, tienes mucha complicidad con los niños. Escucha… no sé si esto está siendo un error…

Lo veo nervioso, y me asusta lo que pueda decir, porque yo también siento que estamos a punto de meter la pata por completo.

—Erik, no digas nada. Mira, si te soy sincera, acepté el acuerdo por el dinero. Soy estudiante, estoy terminando la carrera y tengo gastos. Además, mi fondo de armario necesitaba una renovación y pensé que el dinero me vendría genial. Pero después… me enamoré de tus hijos. Veo cómo te adoran, y quiero que sean felices. Aunque no me pagaras, lo haría, porque no quiero que esa mujer los aparte de ti. En cuanto a ti… hay veces que te odio, pero en estos momentos, en los que te permites dejar las sombras a un lado, he descubierto un Erik que me gusta.

¿En serio acabo de decir eso? ¿Pero qué me pasa?

Él me observa atentamente. Alarga el dedo pulgar hacia la comisura de mis labios y los acaricia con suavidad.

—Perdona, tenías un trozo de queso.

¿En serio? Esto es surrealista. Le acabo de decir algo precioso y él me suelta lo del queso… Increíble.

—Amanda, yo siempre he creído que Meredith lo era todo para mí. Pero cuando nacieron los niños, algo cambió. Ella cambió. Y yo… no sé. Aunque siempre hemos parecido perfectos y yo la he visto de esa forma, viéndote a ti me doy cuenta de que todo era muy distinto. —Está muy nervioso; se frota las manos sin cesar y no sé a dónde quiere llegar con esta conversación—. Contigo siento que puedo dejarme llevar, hacer locuras… aunque es obvio que no las hago. Pero creo que si lo hiciera, tú no me juzgarías. No te molestarías. Eres diferente. Y no sé si es por la edad, pero algo dentro de mí me pide descubrirlo. —Dios, no puedo creer lo que está pasando—. Quizá acabe en el infierno o me mandes a tomar por culo, pero necesito saber una cosa y no puedo seguir con esta duda.

Vuelve a acariciarme la comisura de los labios. Estoy petrificada. Juro que nunca en la vida me había pasado algo así. No sé qué quiero ni qué pienso al respecto. Solo sé que mi corazón palpita tan fuerte que creo que se me va a salir del pecho.

Es entonces cuando él desliza su mano, con una caricia dulce, por mi cara y mi cuello. Se acerca despacio, con miedo, y, cuando está a tan solo un milímetro de mis labios… se aparta.

—Lo siento, lo siento… no sé qué me pasa. —Lo veo levantarse para irse. No puedo permitirlo. No quiero.

Le cojo la mano para detenerlo. Me mira. Veo sufrimiento en sus ojos.

—Erik, tranquilo, no pasa nada. —Tomo su cara entre mis manos. Sé que siente que la traiciona, pero ella ya no está, y él merece ser feliz—. No tienes que disculparte, de verdad. Esto está siendo muy intenso para los dos. Ninguno esperaba sentir esto, sea lo que sea, y yo… —No me deja terminar. Lo hace.

Me besa. Agarra mi nuca y la atrae hacia él. Saborea mis labios y, poco a poco, el beso se vuelve más profundo. Juro que me sabe a gloria… y también a pizza, no lo voy a negar. Pero este beso es especial: lento, sensual, sin prisa, como si no quisiera romper la tensión que hay entre nosotros. Siento que el aire se espesa, que el

mundo se aleja unos pasos para dejarnos solos. Mis latidos retumban en mis oídos, desacompasados, torpes. Y, aun así, no me aparto.

Cierro los ojos sin pensarlo. No por miedo, sino porque quiero sentirlo todo: el roce de su aliento, el calor de su piel, la forma en que el tiempo se detiene, sus manos rodeando mi cuerpo, el fuego que enciende el mío…

Le correspondo de forma lenta, paciente, como si quisiera aprenderme el mapa de su boca con calma, sin prisa. Sus labios se han posado sobre los míos con una suavidad que me desarma. No busca poseerme, busca entenderme. Y yo me dejo llevar.

Continuamos besándonos durante un rato, con la misma calma, con la misma hambre contenida. Lo hacemos como si lleváramos siglos guardando este deseo. Como si ese instante fuera el único refugio del mundo. Siento sus manos rozar mi cintura, temblorosas al principio, firmes después. Y yo me aferro a él como quien se aferra a un ancla en mitad de una tormenta.

No necesitamos palabras. El beso lo dice todo: lo que no hemos confesado, lo que tememos sentir, lo que ahora arde sin remedio entre nosotros.

Y en este instante, mientras nos besamos así, tan lento y tan profundamente, llego a la conclusión de que ya no hay vuelta atrás.

Me he enamorado perdidamente de Erik Miller.

CAPÍTULO 19



Tras ese momento no hablamos. Nos dejamos llevar. Queremos estar juntos, que la noche no termine, pero no puedo llevarlo a mi casa y yo no puedo ir a la suya… así que, tras sopesarlo, creo que lo mejor es dejarlo aquí.

—Erik, me encantaría pasar la noche contigo, pero no puedo llevarte a casa, no sin hablar antes con Nadia. Ella es mi compañera de piso y no te conoce…

—Claro, lo entiendo. Amanda, no quiero que esto cambie nada entre nosotros. Me he dejado llevar, y no debería hacerlo.

¿Cómo que no? Sí, sí que debe…

—Oh…

Mi cara es un mapa, porque no le entiendo. Pensaba que él sentía lo mismo que yo, pero qué ilusa he sido… ¿cómo va a estar enamorado de mí? Aunque en el parque… sus palabras… Y en ese preciso instante lo comprendo: tiene miedo, dudas. Nos llevamos diez años y, quizá, lo que piensen los demás le condiciona. Entiendo que las tenga; en su clase social, la gente puede ser demasiado gilipollas. Pero eso no debería importarle.

—Erik, no te voy a mentir. Yo siento que algo ha cambiado para mí. No creas que me beso así con cualquiera. De verdad quiero formar parte de tu vida. No me quites eso, por favor. Sé que quizás pienses que Katherine tiene razón, que solo estoy contigo por el dinero, pero te aseguro que, si me conocieras de verdad, sabrías

que no es así. Para mí, el dinero es un medio de supervivencia, nada más. Solo necesito lo justo, el resto me sobra.

Puede ver en mis ojos la tristeza que me provoca la idea de que me vea como una interesada cazafortunas.

—No pienso eso, Amanda. Nunca lo he pensado —dice, esbozando una media sonrisa—. Hace unos días, en el cumpleaños de los niños, lo pude comprobar perfectamente. Una chica interesada, ante la situación que viviste, habría montado en cólera. Me habría reclamado cada céntimo por triplicado de aquel vestido tan caro. Tú, sin embargo, a pesar de que te enfadaste, creo que lo hiciste más por tus actos que por el valor del vestido. Y eso me dice mucho de ti. Además, recuerda que soy juez; se me da bien juzgar a las personas. Solo que… no quiero precipitarme. Estar contigo no solo implica mi felicidad, sino también la de mis hijos. Y dar un paso así, aunque sé que ellos están como locos contigo, lo tengo que hacer con seguridad. Por ese motivo, te propongo algo.

Otra propuesta… miedo me da.

—Soy toda oídos.

—Vamos a dejarnos de acuerdos. Vamos a conocernos de verdad, sin mentiras de por medio. Vamos a disfrutar de estar juntos. Yo prometo ser Erik Miller, el que era hace mucho, siempre que tú no finjas ser la Amanda Chase que se viste de Armani para agradar a los demás. Quiero que seas la chica que quieras ser, porque tú quieras serlo. Si tienes que ser la loca que corre por el parque gritando y saltando, perfecto. O la que se mete bajo la lluvia solo para mojarse como una chalada… pero tú misma. Porque cuando me enamoro, lo hago sin condición, y no quiero hacerlo de una mentira, ¿de acuerdo?

Vaya, no esperaba esto. Me ha llamado loca y chalada en la misma frase… y encima le gusta.

—De acuerdo.

Y firmamos nuestro nuevo acuerdo con un beso. Uno de verdad, de los que marcan un antes y un después en la vida.

No he llegado a sacar las llaves del bolso cuando la puerta de casa se abre y Nadia me arrastra al interior.

—¿Qué coño ha sido eso? —grita como una posesa, entre ofendida y enfadada. No sé si es porque no le he contado nada o porque fantaseaba con un «felices los cuatro» con Pablo y Luis.

—¿Puedes dejar de gritarme? Nadia, no eres mi madre y no tengo que darte explicaciones. Si lo hago es porque eres mi mejor amiga y quiero dártelas, pero en este estado no sé si me apetece hablar contigo. Yo quería hacerlo esta noche, pero no esperaba este recibimiento de mierda, si te soy sincera.

Ella me mira sin entender. Creo que me he equivocado al pensar que estaba enfadada, porque ahora parece triste.

—Perdona, no quería incomodarte. Es que he alucinado. Llevo días insinuando que te gusta tu jefe y tú lo niegas. Es más, le llamas imbécil y otros improperios… pero ahora os habéis besado y no ha sido nada fingido, no estabais con nadie de su familia… Y he flipado. Pero a la vez me ha molestado que no me dijeras nada. Y he entendido que no quieres estar con Luis, y es porque estás enamorada —lo dice de carrerilla mientras no para de moverse por el comedor, gesticulando como una loca, como hace cuando está nerviosa—. Pero te entiendo, ¿sabes? Porque el tío está buenísimo y, encima, está forrado.

—Nadia, lo cierto es que no sé qué me pasa —respondo, nerviosa. Más de lo que quiero estar, pero no puedo evitarlo—. Él me desespera, pero a la vez, cuando me deja ver esa otra versión suya que esconde al mundo… me pierdo en su mirada. Lo de Luis nunca hubiera llegado a nada, Nadia. Y no es por Erik. Es que no estoy enamorada de él, no hay más.

—Pero ni siquiera lo has intentado.

—El amor no llega por imposición, ¿sabes? O está o no está. Y entre nosotros hay pasión, pero no amor. Cuando nos liamos, todo es rápido, intenso, placentero… pero nada más. No noto que se detenga el mundo. Y sus besos… no son comparables a los de Erik. Yo no quería enamorarme de él, porque me da miedo, pero ha pasado, y ahora estoy muy cagada.

Nadia me observa con atención, y creo que puede ver en mis ojos el pánico que me invade.

Yo nunca me he enamorado. Jamás he dejado que nadie entre en mi vida lo suficiente como para hacerlo, ni he conocido a alguien que me haya provocado tal sentimiento. Pero Erik, a pesar de ser un hombre estúpido, antisocial y con ese aire perpetuo de estar enfadado con el mundo, me ha mostrado otra cara: es detallista, miedoso, y vive una vida basada en las apariencias, no en lo que realmente desea… Y créeme, de eso sé mucho.

Creo que, a mi lado, podría ser quien realmente es. Alguien que se empeña en contener, pero que, si se liberara, sería mucho más feliz.

—Guau, Amanda… me dejas sin palabras. Y mira que eso es complicado. —Es verdad, porque Nadia no se calla ni debajo del agua.

—Hemos decidido dejar atrás los acuerdos, conocernos de verdad y ver qué pasa. Pero hay una parte de mí que no puedo explicarle, y eso me hace sentir fatal. No sé qué hacer. No quiero hacerle daño, y sé que hablarle de mi tesis lo llevará de vuelta al pasado. Creo que está empezando a superar la muerte de su esposa… Pero si se lo oculto, es como mentirle. ¡Joder! Estoy hecha un lío.

Me dejo caer en el sofá, me llevo las manos a la frente y agacho la cabeza, deseando ocultarme del mundo.

—Amanda, no explicarle eso no es mentirle. Es omitir una información que ahora mismo no consideras relevante para vuestra relación. Y tienes un motivo de peso para no contárselo. No te rayes. Cuando llegue el momento, creo que lo entenderá. Y si no lo hace, es que no te quiere lo suficiente. Además, ¿qué más le da que tu tesis vaya sobre ese loco? Estaba preso cuando mataron a su mujer. Es obvio que él no fue.

Justamente eso me ronda la cabeza.

Entonces dejo a Nadia en el salón y me encierro en mi habitación. Necesito revisar los expedientes. Hay algo que no me cuadra, y no pienso parar hasta descubrir qué es.

Empiezo a repasar los informes. En todos aparecen las autopsias de las mujeres asesinadas. Coinciden en el arma homicida, el tipo de víctima, las edades… Pero Meredith es diferente. Ella no fue atacada

en un parque mientras hacía deporte, sino en su propia casa. No se encontraron signos de entrada forzada, lo que indica que permitió pasar a su agresor. Además, las marcas en su cuello no son tan limpias como en los otros casos, y presenta hematomas en los brazos, como si hubiera forcejeado antes. Eso me hace pensar que alguien la mató y luego la degolló, imitando al Degollador para desviar la atención.

El informe es claro: causa de la muerte, degollamiento. Pero me da la sensación de que no se investigó a fondo. Todos dieron por hecho que se trataba de una venganza por haber encerrado al asesino original. Pero ¿y si no fue así?

Algo no me encaja. He investigado a Jeremy Houston a fondo, y siempre actuó solo. Nunca tuvo cómplices. Su única familia está muerta. Su exmujer está ingresada en un psiquiátrico, y sé que ya la han investigado. Aun así, necesito hablar con ella.

Mañana contactaré con el agente Owens. A ver si puede ayudarme a localizarla. Le diré que es para recabar más información para mi tesis e intentaré quedar con él. Me hizo un gran favor entregándome el expediente de Meredith —algo que no debería haber hecho, al ser un caso abierto—, pero si mis dudas son ciertas, la autopsia podría contener errores, y él debe saberlo.

—Amanda, ¿qué buscas? Me estás asustando. Me has dejado plantada con la palabra en la boca y…

La interrumpo. Me ha dado una pista sin saberlo.

—Nadia, tú lo has dicho: no fue él. Houston estaba en prisión. Siempre se ha pensado que fue un imitador o un cómplice, pero también siempre se ha sabido que él actuaba solo. Todo lo que hizo nació del odio hacia su madre y, más tarde, hacia su esposa cuando lo abandonó. Lo que me lleva a pensar que Meredith fue atacada por alguien que conocía, y que imitó el estilo de Houston porque era creíble pensar en una venganza. Todo el mundo recuerda la amenaza que le lanzó en el juzgado. Pero las pruebas que encontraron en casa de Erik no concuerdan con el perfil del asesino.

Nadia me escucha atenta. Le encanta cuando me pongo en modo psicóloga criminalista, aunque aún no lo sea. Pero ese es mi sueño.

—La herida del cuello no es precisa. Se nota que quien la hizo dudó con cada corte. Estoy convencida de que esa persona sentía algo por Meredith.

—Mierda, Amanda… ¿y si fue Erik? Piénsalo. Quizá descubrió algo sobre ella y decidió matarla. Aprovechó que ese tío la había amenazado y… ¡zas!, la mató. Podría haber estado fingiendo todos estos años. ¿Cuántos locos hay en el mundo? Tú lo sabes bien.

Aunque lo que dice Nadia no es del todo descabellado, sé que no pudo ser él. Y no lo digo porque esté enamorada, sino por lo que sé que siente por ella.

No sería capaz de dejar a sus hijos sin madre.

—Imposible, Nadia. No empieces a montarte películas. ¿Cómo va a ser él? Adora a su familia. Sería incapaz de hacer algo tan atroz.

—Bueno, yo solo te dejo mi hipótesis. Porque podría ser, Amanda. Tampoco lo conoces tanto. Pero bueno… ya investigarás más a fondo. Te conozco, y no pararás hasta dar con el asesino. Deberías haber estudiado para policía, tienes un instinto brutal para cazar a los malos.

—Lo que estudio también sirve para eso, Nadia. Sabes que mi sueño es ser analista en algún departamento de policía o en el FBI. Formar parte de la BUA (Behavioral Analysis Unit/Unidad de Análisis de Conducta) sería cumplir mi mayor deseo.

—Y lo vas a lograr, eres una máquina. —Mira su reloj y se sorprende—. Anda, vamos a dormir, que mañana hay que madrugar.

—Sí, y yo tengo que hacer unas cuantas cosas importantes antes de que Erik me recoja por la tarde.

POLICE LINE - DO NOT CROSS

Al despertarme pienso en qué hacer, y decido llamar al agente Owens. Tengo clase esta mañana, pero no pasa nada si falto; en esas asignaturas voy muy bien y, por un día, no se va a notar.

Tras llamarle, quedamos en vernos en la cafetería que está justo enfrente de comisaría. Me doy una ducha rápida, guardo los

expedientes en la mochila, cojo el casco, las llaves y el monedero, y salgo a buscar mi moto. No tardo ni diez minutos en llegar.

Cuando entro en la cafetería, él ya me está esperando, sentado en una mesa junto a un café y un donut.

—Buenos días, señorita Chase. Qué placer verla. ¿Cómo va su tesis? —pregunta, curioso.

—Muy bien, gracias a usted. Pero no es sobre la tesis de lo que quiero hablar, sino sobre Meredith Miller.

Se sorprende, y mucho, aunque siempre he sabido que me facilitó el expediente porque realmente están atascados en la investigación.

—Vaya, eso sí que no me lo esperaba. ¿Ha averiguado algo? —inquiere, fijando la mirada en mí.

—Verá, al revisar las autopsias de las víctimas del señor Houston y analizar ciertos patrones de conducta, me he dado cuenta de que es imposible que la persona que mató a la señora Miller tuviera algo que ver con él. Todo apunta a que se trata de alguien de su entorno.

Su cara es un mapa: está alucinando.

—¿De su entorno? Eso no es posible. La investigación nos llevó al señor Houston: su amenaza, la forma de asesinarla... Claro que él no podía haber sido, pero tras investigar su pasado descubrimos que tuvo un hijo. Y podría haber sido él.

Se tapa la boca, como si acabara de confesarme algo que no debería. Y, en efecto, lo ha hecho, porque en los informes que me entregó eso no aparece.

—¿Cómo que tenía un hijo? Eso no consta en el expediente...

—Señorita Chase, ¿de verdad esperaba recibir el expediente completo? Es un caso abierto, no podíamos hacerlo...

Lo entiendo, pero eso no le excusa. Tampoco podía proporcionarme ni lo que me dio.

—Agente Owens, el simple hecho de proporcionarme cualquier tipo de información ya le ponía en un aprieto. No entiendo por qué me la dio a medias. En cualquier caso, creo que el informe de la autopsia está mal redactado.

—¿En qué se basa para pensar eso? —pregunta, ansioso.

—Revisando todos los informes me he dado cuenta de que no se especifica si el degollamiento fue ante mortem o post mortem, algo fundamental. Tampoco se describen con claridad las lesiones que se observan en las fotografías. Sí se mencionan las de los antebrazos, pero no la que presenta en el hombro izquierdo. No hay pruebas toxicológicas, ni test de agresión sexual... Esta autopsia, en comparación con las demás, resulta vaga, incompleta. ¿No le parece? Lo que me sorprende es que no se hayan dado cuenta.

Su rostro se tiñe de rojo. No sabe ni qué decir. Y no hace falta ser una alumna brillante para ver lo evidente.

—Lo cierto es que nadie ha comparado los informes. Nos centramos en las pruebas, y era bastante evidente...

—En un asesinato de esta magnitud no se puede uno dejar llevar por lo evidente. ¿Y si les han engañado? Mire, está claro que aquí hay algo que no encaja. La cerradura de los Miller no fue forzada; aprovecharon que la señora Miller estaba sola en casa. Eso me hace pensar que el asesino conocía sus rutinas. El corte no fue limpio. La herida que cruzaba el cuello era irregular, temblorosa, como si la mano que blandió el cuchillo hubiera dudado hasta el último segundo. No era el tajo firme y decidido de los asesinatos del señor Houston, alguien que mata con experiencia o con rabia pura, sino una incisión caótica, vacilante, cargada de emociones contradictorias.

El agente Owens se remueve incómodo en la silla.

—Si se fija en las imágenes —añado, sacando las fotos del expediente—, el filo apenas logró penetrar de forma uniforme. El lado izquierdo del cuello presenta un corte superficial, de bordes desiguales; el lado derecho, sin embargo, muestra una herida mucho más profunda, como si en ese punto el asesino hubiera apretado con más fuerza, ya entre el horror y el impulso irreversible.

Señalo la imagen donde claramente se ve lo que le estoy contando.

—Había señales de lucha, pero no de una pelea desesperada, sino de una víctima que dudó. Tal vez reconoció al agresor. Tal vez confió en él hasta el último momento. Sin embargo, en la autopsia

no hay rastro alguno de ADN del agresor. Y lo lógico sería que le hubiese arañado, que hubiera intentado defenderse.

De repente, puedo ver el fracaso en los ojos del agente Owens. Le tomo la mano. Sé que no es fácil para él. Es un caso muy mediático, y le ha sobrepasado. Pero todavía puede redimirse.

—No sé cómo no nos dimos cuenta de todo eso... Sinceramente, creímos al forense. Y, aunque había pocas pruebas, las huellas que hallamos en la casa pertenecían al señor Miller y a sus allegados. Nadie fuera de lo normal. Siempre pensamos que fue una venganza. Y, tras no encontrar nada más, no supimos qué hacer. Investigamos, dimos con el paradero de la señora Houston, la visitamos… Estaba horrorizada por las atrocidades de su marido. Nos confesó que tenían un hijo, que él se había vuelto en su contra y que hacía tiempo que no sabía nada de él. Lo buscamos, pero no logramos dar con su paradero.

Pienso en la posibilidad de que haya sido el hijo. Pero... ¿por qué ese corte tan errático? No me cuadra.

—No quiero remover el pasado, pero hay cosas que no encajan. Creo que deberían replantearse todo el caso desde otro punto de vista. Y hacer las pruebas que faltan. Quizá eso les ayude a dar con el asesino. Por mi parte, le ayudaré en lo que pueda. Y si averiguo algo, se lo haré saber.

Me despido del agente Owens y me marcho de allí con más dudas que antes. Lo del hijo de Houston me ha dejado noqueada. No me lo esperaba. Pero, aun así, creo que le he dado el motivo que necesitaba para reabrir la investigación. Y si no es tonto, me hará caso. Interrogará al forense. O lo investigará.

CAPÍTULO 20



Cuando veo a Amanda alejarse, siento una pequeña punzada en el corazón. No sé si he cometido un grave error o si, simplemente, esto puede ser el principio de algo que jamás habría imaginado.

Mi vida estaba sumida en las sombras, pero ella, con su locura, ha arrojado una luz demasiado intensa, y ahora me siento como cuando sales de un encierro y el sol te penetra por cada poro de la piel. Al principio puede incomodarte, pero cuando te acostumbras de nuevo a ese sol, ya no quieres que te lo vuelvan a arrebatar.

Cuando conocí a Meredith, me enamoré de ella sin pensarlo demasiado. Ambos teníamos vidas sin ataduras ni complicaciones. Yo estaba forjando mi carrera, y ella me instaba a conseguir todo lo que me propusiera. La vida nos sonreía, colmándonos de lujos y glamour, algo que siempre ha ido con ella. Es como si hubiera nacido para vivir acomodada, y nunca me sorprendió que, al casarnos, decidiera dejar su trabajo. Nunca me ha parecido una persona ambiciosa, laboralmente hablando; en eso era muy diferente a Amanda.

Yo, sin embargo, siempre he tenido muy claro lo que quería, aunque no me habría importado pasar más desapercibido. El glamour no va conmigo. Sé que forma parte de mi apellido, pero mi madre siempre me enseñó a valorar todo lo que tenemos, a entender que cada centavo conlleva un esfuerzo. Creo que por eso no le gustaba Meredith: siempre la vio como la típica mujer florero,

de esas a las que les gusta demasiado el dinero, los vestidos más caros y las fiestas más lujosas. En eso, es cierto que se parecía demasiado a su madre.

No negaré que he tenido alguna que otra discusión con mi madre, pero, al final, acababa respetando mi relación, aunque nunca tuvo con Meredith la complicidad que tiene con Amanda.

Dejo mis pensamientos a un lado porque he llegado a casa y no quiero que nadie note mis dudas. No obstante, antes de bajar del coche, pongo en orden mis ideas y también mis sentimientos:

Primero: Amanda y yo ya no tenemos ningún acuerdo; no vamos a fingir más.

Segundo: vamos a continuar como hasta ahora, pero dejándonos llevar, lo que quiere decir que, por fin, voy a poder ser yo sin importarme lo que piense mi suegra. Es hora de dejarme llevar por una vez en la vida. Amanda me hace querer hacerlo, y, si te soy sincero, me gusta. Tercero: creo que me he enamorado de ella, pero no quiero decírselo aún a los niños, porque sé que se harían ilusiones y, si algo sale mal, sufrirán demasiado. Y, por último, creo que estoy preparado para avanzar, y tengo que hablar con mi madre. Sé que eso la hará muy feliz, y con alguien tengo que compartir todo lo que estoy sintiendo.

Podría llamar a Rubén, pero todavía sigo enfadado con él. Aunque tendré que pasarlo por alto: es mi asistente, y no puedo dejarme llevar por los sentimientos. En el trabajo tengo que ser más profesional, aunque sé que ha sembrado una duda razonable en mi mente y no sé cómo calmarla.

Cuando cruzo el umbral de la puerta de entrada, Katherine está sentada en la escalera de la casa, como un perro guardián aguardando mi llegada.

—Vaya, por fin apareces… Llevas fuera tres horas. ¿No ibas a llevar a Amanda a su casa? Sí que vive lejos… —me sorprende su actitud, porque, entre otras cosas, a ella ni le va ni le viene lo que yo haga.

—Katherine, no sabía que ahora, en lugar de mi suegra, fueras mi madre. Que yo sepa, no tengo que darte explicaciones de lo que hago cuando me voy con mi novia. —Sí, he dicho *mi novia* y no me

ha costado absolutamente nada, porque además es lo que quiero que sea—. Pero ya que estamos hablando del tema, solo te voy a decir dos cosas: la primera, que te vayas acostumbrando a su presencia en esta casa; y la segunda, que si me voy con ella, mejor no me esperes en la escalera, porque hoy he vuelto, pero quizá mañana te canses de esperar.

Ni siquiera me creo que le haya dicho eso. Meredith me habría reprobado por hablarle así a su madre, pero ya estoy hasta los cojones de esta mujer. ¿Cuánto tiempo piensa quedarse?

—No te reconozco. De verdad que esa cría no es una buena influencia para ti —suelta, con repugnancia en sus palabras.

—Te repito que no eres mi madre, y que, a mis treinta y cinco años, no necesito que nadie apruebe mis relaciones. Katherine, te he abierto las puertas de mi casa porque eres la abuela de mis hijos, pero si me tocas los cojones, te las cerraré. ¿Me has entendido?

Me mira alucinada y no vuelve a abrir la boca. Se sube a su habitación enfadada, pisando los escalones con más fuerza de la normal. Pero, llegados a este punto, me da exactamente lo mismo.

Decido servirme una copa. Me apetece, quiero brindar por mí, porque por fin he tenido el valor de contestarle a esa maldita mujer como se merece. Cojo el teléfono y llamo a mi madre.

—Hijo, ¿pasa algo? ¿Están bien los niños? —En ese momento caigo en la cuenta de la hora que es; la he despertado. Ni lo he pensado.

Cojo la copa y salgo al jardín para estar más cómodo. Me descalzo en la puerta, algo que no hacía desde hace mil años. Meredith lo odiaba, pero a mí siempre me ha gustado notar el tacto del césped bajo los pies. Me acomodo en una tumbona y, por fin, le contesto a mi madre.

—No, perdona, mamá. No pasa nada. Solo necesitaba hablar contigo. Hace días que no nos vemos con todo este lío de mis suegros, y me apetecía charlar un rato. No me he dado cuenta de la hora, pensé que era más temprano. Acabo de volver de dejar a Amanda en casa.

—Pues ya es algo tarde, pobre chiquilla... Mañana se va a dormir en clase.

Puedo notar cómo una sonrisilla se le escapa. Mi madre de tonta no tiene un pelo, y estoy seguro de que es muy consciente de todo lo que nos está pasando.

Siempre ha tenido un sexto sentido para todo. No sé cómo lo hace.

—Tampoco es que se haya quejado demasiado…

Recuerdo los besos que nos hemos dado y juro que en mi estómago no revolotean mariposas, como decía Rubén, sino más bien lo hacen en otro lugar un poco más abajo.

—Vaya, porque no te puedo ver, pero juraría que estás sonriendo. Y eso me gusta mucho. Ya te dije que Amanda era justo lo que necesitaba esta casa, y estoy segura de que no me equivoco —y ahí está, ese poder místico suyo.

—Mamá… tengo miedo —ahora sí me sincero. Doy un trago a mi whisky antes de continuar—. Creo que me he enamorado y no sé qué hacer. Es que ella es diferente, muy joven, y yo he sufrido demasiado. Siento que no voy a poder ofrecerle lo que necesita.

—Cariño, ella solo necesita ver al Erik que se deja llevar, que sabe divertirse, que es cariñoso… Ese que de vez en cuando se permite un poco de locura. El que no has sido desde que apareció Meredith en tu vida. Siempre te he dicho que si tienes que cambiar por alguien, entonces esa persona no es para ti. No te voy a decir que me alegrara lo que le pasó, pero creo que tú nunca la habrías dejado, y habrías acabado perdido en un matrimonio que, aunque tú no lo creas, no era el adecuado.

Escucho a mi madre y me duelen sus palabras, pero en el fondo la comprendo. Ni siquiera yo me reconozco frente al espejo.

Mi vida ha pasado por muchas etapas. La que describe mi madre abarca gran parte de mis años hasta los veinticinco, cuando conocí a Meredith. La veía tan inalcanzable que cambié. Me volví más serio, más centrado en mi trabajo, en hacer fortuna. Y una vez la tuve, fui incapaz de volver atrás, porque para ella las apariencias lo eran todo. Las locuras no entraban en sus planes, solo el clasismo. Pero no me importó, porque la tenía. Y ella me daba todo lo que cualquier hombre podría desear. Hasta que la perdí… y me hundí por completo. Nunca supe cómo volver a ser yo. Hasta ahora.

—¿Y si no sale bien? ¿Y si los niños sufren? ¿Y si…?

—Erik, hijo, no hagas eso. La vida está llena de «y sis»… Pero ¿y si con ella eres el hombre más feliz de la faz de la Tierra? ¿Y si ella está tan enamorada de ti como tú de ella? Hay infinidad de preguntas para las que solo hallarás respuesta si lo intentas. Y si no sale bien, no pasa nada. Aunque, si te soy sincera, dudo que no funcione. Y sabes que para eso tengo buen juicio.

—Necesito que mañana vengas a casa. No quiero que Katherine sienta que es ella quien tiene que cuidar de los niños cuando no estoy. Además, me apetece salir con Amanda sin pensar en que, al volver, discutiré con ella. No entiendo por qué le molesta tanto.

—¿Todavía no lo entiendes? A esa mujer no le gusta perder. Si rehaces tu vida, estará fuera de todo lo que te pertenece: empezando por los niños y terminando por tu apellido. Porque sigue siendo tu suegra, pero si te casas de nuevo, ya no será más que la abuela de tus hijos. Ya no tendrá ningún poder sobre ti. En Amanda ve una rival fuerte. Pero no te preocupes por ella. Tú haz tu vida y no le temas a nada. Mañana estaré en tu casa cuando los niños salgan del colegio.

—Gracias, mamá. Te quiero muchísimo. Sé que últimamente no te lo he dicho, y que hemos discutido, pero sé que todo lo que has hecho ha sido por mi bien.

—Eso siempre, cariño. Ahora descansa, que mañana tienes que estar fresco como una rosa. Y ya que vas a salir con Amanda… llévala a bailar. Seguro que lo pasáis genial.

Sin decir nada más, cuelga la llamada. Me quedo pensando… ¿cuándo fue la última vez que fui a bailar?

POLICE LINE - DO NOT CROSS

Por la mañana me sorprendo de nuevo despertando con los niños encima. Miro la hora.

—¡Joder! —murmuro—. Otra vez me he vuelto a dormir.

Pero los abrazo fuerte, los colmo de besos, y siento que, por un día, no me importa llegar tarde. Mis hijos no van a ser pequeños

eternamente, y he estado ignorándolos demasiado tiempo. Ellos son lo mejor que tengo en la vida, y solo quieren amor.

Después de hacerles cosquillas y reír con ellos, aparece Cruella de Vil por la puerta. Sí, he decidido bautizarla así porque me recuerda a esa villana tan despreciable.

—¿Otra vez te has dormido? Erik… Te lo digo de verdad, esa chica... —empieza, pero no la dejo ni terminar.

—Katherine, creo que ayer te lo dejé bastante claro. No vayas por ese camino si no quieres que me enfade de verdad. Me acosté tarde porque estuve hablando con mi madre. Por cierto, hoy vendrá a quedarse con los niños. Hace días que no los ve y quiere estar con ellos.

—¡Bien! —dicen al unísono, saltando en la cama.

—Así que no culpes a Amanda por cada cosa que no te parezca correcta en mi vida.

Su expresión cambia. Su relación con mi madre siempre ha sido nefasta; no se soportan, y que venga por aquí no le agrada nada. Pero se aguanta, porque esta es mi casa, no la suya. Y si no le gusta, que coja la puerta y se largue.

—Papá, ¿va a venir Amanda hoy? —pregunta Kelly, mientras ambos me miran con esa carita tan irresistible.

—Hoy no vendrá. Quiero llevarla a un sitio especial y necesito que estemos solos. Pero mañana le diré que venga toda la tarde, ¿os parece bien?

Se miran y sonríen. Algo traman. Esa risita maliciosa dice mucho sin decir nada.

—Claro, pero jugaremos todos juntos.

—Eso está hecho, princesa.

Sin más dilación, me levanto y me doy una ducha para llegar más fresco al trabajo. Me lavo los dientes, me peino, me pongo mi traje negro de Ralph Lauren y decido prescindir de la corbata. Me dejo el último botón de la camisa desabrochado, con un aire chulesco que, la verdad, me encanta.

Cuando entro en el despacho, Carla, la secretaria, me mira sorprendida. Hoy mi look es distinto. Me apetecía. Ni siquiera me he quitado las gafas de sol: unas Ray-Ban modelo aviador.

Voy directo a mi oficina. Dejo el maletín sobre la mesa y llaman a la puerta.

—Adelante —digo.

Aparece Rubén, que me mira alucinado.

—Vaya, vaya… Quién lo iba a decir. Te sienta bien este nuevo look. Me gusta.

Parece que se ha animado; cuando ha entrado, traía cara de preocupación. Imagino que por la discusión que tuvimos.

—Cierra la puerta, por favor.

Necesito aclarar las cosas. Es mi asistente, sí, pero también uno de mis mejores amigos. Paso con él casi todo el día, y es la única persona en la que confío después de mi madre, claro.

—Erik, yo… Lo siento. Siento todo lo que dije sobre Meredith. Es solo que me dejé llevar…

Parece realmente arrepentido. No puedo enfadarme con él.

—Olvídalo, no te preocupes. Siento haberme exaltado. Es que nunca he desconfiado de ella. Pero es cierto que yo trabajaba mucho y nunca he sabido a ciencia cierta qué hacía cuando yo no estaba. Confié en ella porque nunca me dio motivos para creer que me engañaba. Por eso quiero pensar que nunca lo hizo. Mejor no pensarlo.

Ya lo dice el famoso refrán: ojos que no ven, corazón que no siente. Y descubrir que me engañó me dolería tanto, que prefiero no escarbar en el pasado.

—Si es lo que quieres, no hay problema. Prometo no volver a mencionarla, a menos que seas tú quien quiera hablar de ella. Y cambiando de tema… ¿a qué viene esto? —dice, señalándome de arriba abajo.

—A las mariposas —respondo con una media sonrisa. Él me mira sorprendido—. Sí, tío, he caído. Lo del trato no fue buena idea. Me he enamorado de la canguro de mis hijos. Tiene algo que me atrae demasiado. No sé explicarlo. No sé si es su juventud o su locura, pero quiero conocerla sin filtros. Con ella siento que puedo ser quien soy, sin tener que esforzarme por gustarle.

El muy cabrón se echa a reír mientras se deja caer en el sillón frente a mi mesa.

—Nunca pensé que te vería así. Y si te soy sincero… me encanta. Esa chica se merece un Oscar, de verdad.

Hace una pausa, y se inclina hacia adelante.

—Mira, mi manera de verlo es la siguiente. Ella es joven, una chica del montón, puede hacer lo que quiera cuando quiera. Tiene libertad. No vive con el peso de un apellido, y eso, amigo, le permite ser lo que quiera, porque nadie la va a juzgar. Pero tú…

Me señala con el dedo.

—Tú no puedes dejarte llevar tanto. Tienes una reputación que defender. Y no quiero decir con esto que no vistas así o que frenes tus sentimientos, solo que tengas cuidado. Tu corazón es frágil, y tu integridad también.

—Sé cuál es mi lugar. Pero no quiero que mi apellido me condicione. Quiero decidir por mí mismo qué me hace feliz sin pensar en nada más. Quizá la gente no entienda qué hago enamorándome de una universitaria, pero es lo que me dicta el corazón. No quiero que eso sea una barrera. Nos llevamos diez años, no es como si yo pudiera ser su padre… Y mira cuántos políticos hay con mujeres veinte años más jóvenes.

—Yo no me refiero a la diferencia de edad —responde—, que también será un tema del que hablarán, claro. Me refiero a otras cosas… Imagínate que estáis en la calle, una cosa lleva a la otra, os calentáis y… no hace falta que te diga más. Si algún listo os pilla y os saca fotos en situaciones comprometidas, ella no tiene que temer nada… Tú sí. Solo te aconsejo que te contengas.

—Rubén, a mi edad eso me da igual. La prensa, lo que piense la gente… me la suda. Lo único que me importa son mis hijos y mi madre. Y todos están encantados con ella. Así que ahora voy a intentar avanzar, volver a vivir y ver qué me depara el futuro. Aunque todavía me pese la pérdida de Meredith, he entendido que tengo que seguir adelante.

POLICE LINE - DO NOT CROSS

La mañana transcurre entre expedientes de casos que llegan al despacho y reuniones. Pero, cuando tengo un rato libre, decido escribirle a Amanda.

Erik: Buenos días, Amanda. No sé qué me pasa contigo, pero no puedo dejar de pensar en ti. ¿Te apetece que pasemos la tarde juntos, cenemos y vayamos a bailar? Hace tiempo que no lo hago y creo que serías la pareja perfecta.

Amanda: ¡Hola! La verdad es que yo tampoco puedo dejar de pensar en ti… y en tus besos. No te voy a mentir, siento miedo. Nunca me he sentido así con nadie, con esa necesidad de verle. Pero contigo es distinto.

Amanda: Me parece perfecto tu plan. Si quieres, puedes recogerme a las seis de la tarde.

Erik: Perfecto. Ya lo estoy deseando.

Amanda: No tanto como yo. 😘

Y con ese beso me quedo atontado hasta que salgo del trabajo a las cinco y media, con el tiempo justo para poder recogerla. Los casos se amontonan en mi mesa: hay demasiado desalmado en el mundo. Delincuentes, asesinos… Gente que debe estar encerrada, y todos deben pasar por mi sala para ser juzgados. Espero que estar enamorado no me ablande, porque soy el juez con más condenas impuestas, y eso es algo que me enorgullece. No puedo permitir que nadie culpable quede en libertad.

CAPÍTULO 21



Llevo todo el día pensando en los besos de Erik, en si enamorarme de él es lo correcto, en qué pasará con toda esta situación y si debo, o no, contarle lo de mi tesis y la investigación del asesinato de su mujer. Porque, seamos realistas: no puedo empezar una relación mintiendo. Y aunque Nadia insiste en que no es mentir, sino omitir información, para mí es exactamente lo mismo.

Hoy vamos a pasar la tarde juntos. Vamos a cenar, a bailar… y, quién sabe, me encantaría pasar la noche con él. Porque lo necesito. Vale que al principio me parecía un imbécil, pero el amor te hace cambiar. Y esta noche Nadia no va a estar: se va con Pablo para dejarme el piso libre. Sabe que no podemos ir a su casa; allí está doña Urraca, y seguro que me increpa con alguno de sus comentarios hirientes. Si supiera quién soy realmente, se tendría que meter la lengua en el culo. Pero no quiero usar esa carta, porque no quiero vivir a la sombra de un apellido. Quiero forjar mi propio futuro.

Me doy una ducha y, al salir, envuelvo mi cuerpo en una toalla antes de decidir qué ponerme. Quiero algo sexy, pero sin que grite *sexo*. No busco parecer una buscona, sino provocar con elegancia.

Por eso elijo un vestido plateado, con un escote en forma de corazón que insinúa sin exagerar, y una falda tipo tubo que se ajusta a mi figura y cae justo por debajo de las rodillas. El equilibrio perfecto entre sensualidad y sofisticación.

Me calzo unos stilettos de charol blanco, afilados como mi intención, y dejo mi melena lisa después de pasarme la plancha, algo que no me lleva demasiado tiempo ya que mi pelo apenas me llega a los hombros.

Utilizo un maquillaje suave, lo justo para realzar mis rasgos sin robarme protagonismo.

Y, como toque final, unos pendientes colgantes en forma de cadena trenzada, rematados con una pequeña estrella que brilla justo donde debe.

Estoy lista. Y sé que voy a dejar huella.

Suena el timbre. Es Erik. Decido bajar; no quiero hacerle esperar.

—Estás preciosa. El vestido es perfecto —dice, mirándome embobado. Y yo lo miro igual.

Va bastante informal, aunque lleva traje. Pero lo luce con ese aire desenfrenado que tanto me gusta.

—Gracias. ¿Dónde vamos? —pregunto algo cortada. No sé por qué, pero estoy nerviosa.

—He pensado que podríamos ir a un local que conozco a tomar algo. Así hablamos de nosotros. Tengo la impresión de que, con todo el tema del acuerdo, hemos estado tan tensos que ni siquiera nos hemos molestado en conocernos. Y de verdad quiero que tengamos la confianza suficiente para poder hablar de cualquier cosa. Sobre todo, si queremos que esto funcione.

Me encanta esa forma de pensar, y no puedo seguir ocultándole todo lo que me rodea.

—Claro, vamos —respondo, y me monto en el coche sin decir nada más. Tengo mucho en lo que pensar. No puedo soltarlo todo en un día. Así que creo que iré paso a paso, y que sea lo que Dios quiera.

Siento miedo. Miedo de que, al saber todo lo que yo sé, ya no quiera seguir conmigo. Ni siquiera conocerme. O cuando descubra quién soy… Porque a él no se lo puedo ocultar.

Pero tengo claro que cada cosa debe llegar a su debido momento.

Tras un viaje algo incómodo —más por mis silencios que por los suyos— llegamos al local. Su nombre me sorprende: *La Rosa Negra*.

No lo conocía, y me quedo alucinada con lo que veo. Es uno de esos bares que no necesitan cartel luminoso ni música alta para llamar la atención. Está en una de las zonas más cuidadas de Brooklyn, un lugar tranquilo que invita a las confidencias.

Desde fuera, únicamente se ve una puerta de madera oscura con una pequeña placa dorada. Pero al entrar, el mundo cambia: luz cálida, música suave —jazz, soul, algo de indie acústico— y un ambiente que invita a bajar la voz, respirar despacio y, quizá, robar algunos besos furtivos.

El local es íntimo, con sofás bajos, mesas pequeñas y bien separadas, y un aire que huele a madera, especias y algo más que no sé qué es, pero que me relaja. No hay prisas. No hay estridencias. Solo murmullos, copas que tintinean y miradas que se cruzan sin apuro.

La clientela no necesita aparentar: gente influyente que prefiere lo exclusivo sin alardes, parejas que comienzan la noche con una copa antes de ir a cenar o de contarse confidencias, como vamos a hacer nosotros.

Nos sentamos en un rincón algo apartado e íntimo. Tomo la carta de bebidas entre las manos. Tengo la boca seca, estoy nerviosa y no soy capaz ni de mirar a Erik a los ojos, a pesar de que él no deja de observarme sin decir una palabra. Los cócteles que ofrece este lugar son mezclas suaves pero con carácter. Nada está ahí por casualidad. Parece que el destino me la está jugando.

Es el tipo de sitio en el que una hora se pasa volando, y cuando sales, con la chaqueta colgada del brazo y un ligero calor en las mejillas, sabes que la noche acaba de empezar. Pero supongo que, para nosotros, no va a ser así. Necesito quitarme este peso de encima cuanto antes.

Así que, tras venir el camarero con nuestras bebidas, que Erik se ha encargado de pedir cuando hemos entrado, lo miro y me sincero.

—Este lugar es mágico. No lo conocía. Es de esos que invitan a conocerse bien… la intimidad que tiene...

Él toma mi mano. Sabe que estoy nerviosa; puede notarlo, aunque mi frente no sude —y no porque no quiera— es que yo, simplemente, no suelo hacerlo.

—¿Qué te preocupa? —pregunta, con voz suave—. Lo noto. Desde que has entrado en el coche, todo ha cambiado. Quiero que te sientas libre para explicarme lo que sea. Amanda, este paso es muy importante para mí y no quiero que ninguno de los dos sufra. Por eso he creído conveniente sincerarnos desde el principio y dejar claras las cosas.

Tiene razón. Pero no puede evitar que sienta miedo. Y eso es porque me he enamorado como nunca antes: de él y de los niños. Y no quiero perderlos.

—Tengo miedo —confieso—. Pero yo también quiero lo mismo. Solo te pido que me escuches sin sacar conclusiones precipitadas, ¿vale?

Asiente con la cabeza, ansioso por saber lo que tengo que decirle.

—Pues yo te pediré lo mismo cuando llegue mi turno, ¿de acuerdo? —responde.

Asiento, imitando su gesto.

—Vale, allá voy. Como sabes, soy estudiante de Psicología. Estoy en mi último año de carrera, a punto de graduarme. Mi especialidad es psicología conductista y mi sueño es trabajar con la policía haciendo perfiles psicológicos. Por eso, cuando acabe, haré un máster para profundizar en el estudio de la mente humana y ganar más experiencia para conseguir un buen puesto.

Lo veo observarme con atención. Me atrevería a decir que está realmente interesado.

—No sé qué me llevó a aceptar el trabajo de canguro con tus hijos. Te juro que no sabía que tú ibas a ser mi jefe. Pero mi tesis es sobre Jeremy Houston y sus asesinatos.

No se inmuta. No logro descifrar sus sentimientos: si le duele, le molesta o simplemente está alucinado.

—La verdad es que estuve obsesionada con ese hombre mucho tiempo y pensé que era un perfil perfecto para mi tesis. Sé lo que piensas de él y no quiero que creas que he provocado esta situación, ni que he usado a los niños para acercarme a ti, porque jamás haría eso. Mi amiga Nadia conoció a tu madre y le habló de mí al saber

que necesitabas a alguien que cuidara de tus hijos. Después de eso hice una entrevista… y el resto ya lo sabes.

—Vaya… no me lo esperaba —dice tras unos segundos—. Pero ¿por qué pensabas que me enfadaría? Ese hombre es un pobre loco que está encerrado. No le tengo miedo. Y entiendo que bases tu tesis en él; es un asesino muy famoso. Te lo digo en serio, no me molesta.

Estoy en shock. Pensé que reaccionaría mal, y está… sorprendido, pero tranquilo.

—Admiro lo que haces, de verdad. Que tengas ese sueño de trabajar para la policía es ambicioso, y me encantaría que lo consiguieras. Aunque eso implicaría un trabajo peligroso… pero yo vivo siempre en el ojo del huracán, así que soy el menos indicado para dar consejos.

—Gracias. Me quitas un enorme peso de encima. No fue fácil para mí descubrir que tú eras mi jefe. Y si te soy sincera… al principio no te aguantaba —digo riendo.

Él se tensa.

—Erik, tienes que reconocer que no eras el alma de la fiesta. Eras estúpido y presuntuoso. No me saludabas, ni preguntabas por los niños. Eras hermético y un borde.

Se hace el ofendido.

—Debes comprender que no quería dejar entrar a nadie en mi vida. Pero tú… tú también tenías lo tuyo. Me sacabas de quicio con la moto rugiendo bajo mi ventana, ensuciándolo todo para hacer galletas... Con ese carácter arrollador que, en teoría, no iba nada conmigo… y sin el que ahora no podría vivir.

Guau. ¿He oído bien?

—Vaya… así que ¿no podrías vivir sin él? —digo, en tono sugerente, mientras noto cómo su mirada se desliza hacia mi escote.

—Amanda, sé que estar conmigo supone un esfuerzo enorme. No soy fácil. Tengo mis sombras. Cambié mucho por estar con Meredith porque me enamoré de ella y quería estar a su altura. Ahora… no sé cómo ser ese Erik despreocupado. Tengo una imagen que proteger. Soy un juez reputado, y no puedo hacer locuras en público. Además, que estemos juntos va a levantar mucho revuelo. Eres más joven,

nuestros mundos son diferentes en cuanto a clase social… Quiero que estés preparada para lo que puedan decir, y que no te dejes influenciar. Porque este mundo es muy cruel.

A mí me lo va a decir… Es un mundo que, por desgracia, conozco demasiado bien.

—Erik, respecto a eso… —respiro profundamente—. Mira, entiendo perfectamente cómo es tu mundo… porque yo hui del mío.

Me mira, sorprendido.

—Mi padre es Grayson Chase, dueño de la farmacéutica Beauty. Mi madre, Olivia Hamilton.

—¡Joder! —exclama.

—Como bien sabrás, mis padres son muy influyentes en Manhattan. Tenían mi vida planificada al dedillo y yo… no la quería ni regalada. Decidieron todo por mí: qué estudiar, dónde trabajar, con quién casarme, cuántos hijos debía tener… todo. Pero no estaba dispuesta. Mi vida es mía y quiero vivirla yo. Quiero poder equivocarme, y hacer lo que me haga feliz. Porque solo se vive una vez. Así que me marché. Ellos creen que volveré, pero la realidad es que llevamos años sin hablarnos. Y no quiero su dinero si para conseguirlo tengo que ser infeliz Cuando me fui, renuncié a todo lo que tenía. No creas que no me dolió. Pero he aprendido a vivir sin su dinero, y a ganarme el mío propio.

—Te juro que cada palabra que sale de tu boca me enamora más de ti. Eres fuerte, valiente, cariñosa… Te entiendo. No es fácil vivir bajo la sombra de un apellido. Nunca habría imaginado que eras aquella chica de las fiestas, con vestidos pomposos y esos peinados imposibles… Fui a alguna fiesta de tu familia, te había visto antes, pero nunca habría pensado que fueras tú. Ahora entiendo tu saber estar en la fiesta de mis hijos… o en la comida con mis suegros.

—Cuando me marché de casa, me corté el pelo. Siempre me ha gustado corto, pero mi madre no me dejaba; le gustaba decidir hasta eso. Y los vestidos pomposos… los odio. Ya lo pudiste comprobar con aquel que compraste —digo entre risas.

Él se echa a reír también.

—¿Sabes una cosa? —susurra, acercando su cara a la mía—. Me vuelves loco.

Nuestras miradas se encuentran y, por un segundo, el mundo desaparece. Entonces, sin pedir permiso, sus labios buscan los míos. Chocan con una urgencia contenida durante demasiado tiempo. Es un beso profundo, desesperado, de esos que no se dan con la cabeza, sino con todo el cuerpo.

Nuestras bocas se exploran con hambre, como si quisieran recuperar cada segundo perdido. Las manos se aferran a la mesa, intentando conservar la cordura. Estamos en un lugar público, y no queremos que descubran el deseo que sentimos. El aire se vuelve denso, eléctrico, y cada roce de lengua, cada suspiro ahogado, es una promesa sin palabras.

No es un beso inocente. Es uno que quema, que te hace temblar, que duele un poco… de lo real que se siente.

Y cuando nos separamos, apenas unos milímetros, con la respiración entrecortada, ambos sabemos que ya no hay vuelta atrás.

Necesitamos salir de aquí con urgencia.

Erik paga y nos vamos a mi casa. No pienso en nada más que en él dentro de mí, en saciar este deseo, en fundirnos el uno con el otro, porque ambos lo queremos, y lo necesitamos.

Puedo sentir sus manos en mi espalda, intentando desabrocharme el vestido. Sus dedos tropiezan con el cierre, torpes por la urgencia. Sonrío entre jadeos mientras lo ayudo a liberarme de la tela. El vestido cae al suelo como si entendiera que estorba, que ya no tiene ningún papel en esta escena. Me quedo frente a él en ropa interior, con el corazón desbocado, mientras sus ojos recorren mi cuerpo como si fuera la primera vez que me ve.

Me toma por la cintura y me atrae hacia él. Su boca encuentra la mía en un beso lento, profundo, distinto al de antes. Ya no es solo deseo. Es necesidad, es ansiedad. Es una confesión muda de todo lo que llevamos dentro.

Avanzamos a tientas hasta el dormitorio, tropezando con los muebles, riendo entre susurros. Y al llegar a la cama, caemos sin pensar, sin soltarnos.

Me deshago de su ropa con rapidez —también algo torpe, lo admito—, pero los nervios me pueden. Solo con mirarlo siento

escalofríos. ¡Dios, es tan perfecto! Admiro su torso desnudo, y un tatuaje en su pecho izquierdo llama mi atención. Evidentemente es un acto de rebeldía de su juventud, pero me encanta. Es un tribal maorí. Lo recorro con los dedos mientras lo miro a los ojos, y él sonríe.

Me encanta su sonrisa. Es sincera, amplia, distinta a todas las que le he visto antes. Algo me dice que esto va a funcionar de verdad… y que he caído, irremediablemente, donde no debía.

Tras ese instante especial, coge mi mano y besa cada uno de mis dedos. Su cuerpo cubre el mío con una naturalidad que me hace sentir que ese es su sitio. Que siempre lo ha sido.

Sus manos me recorren como si me dibujaran con caricias, y cuando me mira, justo antes de fundirse en mí, sé que no es solo sexo.

Es algo más profundo.

Algo que quema por dentro… y, al mismo tiempo, calma.

Y entonces, ya no pienso.

Solo siento.

Hacer el amor con Erik ha sido una experiencia distinta. Porque, lejos de pensar solo en mi placer, me he centrado en el suyo. Y parece que a él le ha pasado lo mismo. Las caricias, los besos, la calma… todo ha sido diferente. Nada que ver con esas noches locas en las que te dejas llevar por el deseo y el alcohol.

Me ha encantado.

Y querría repetirlo una y otra vez.

Me voy a dar una ducha, y aunque lo invito a pasar conmigo, decide entretenerse mirando las fotos que tengo colgadas en la pared.

Hay un mural con muchas: en ellas aparecen Nadia, Pablo, Luis, Stephan, Lisa y algunos amigos más. Son de viajes que he hecho a lo largo de mi vida, de lugares mágicos en los que he estado. Y otro mural, lleno de notas de la universidad.

—¿Son tus amigos? —pregunta mientras me ducho.

—Sí, con ellos he compartido muchos momentos desde que llegué a Brooklyn.

—¿Conocen tus orígenes? —pregunta con cautela.

—No, y no quiero que lo hagan. Me tratarían como a una princesita, y eso no es lo que quiero. Solo Nadia sabe la verdad.

No vuelve a decir nada. Solo silencio.

Estoy aclarándome el jabón del pelo cuando oigo algo caer al suelo, y es entonces cuando caigo en la cuenta de lo que no le he contado.

Mierda.

Me envuelvo rápidamente en una toalla y salgo corriendo del baño, pero ya es tarde. Lo ha visto.

Su rostro está contraído por el dolor al observar las fotos del asesinato de Meredith.

—¿Me puedes decir qué coño es esto? —me mira con rabia, y sé, en ese instante, que la he cagado. Y mucho.

—Erik… yo…

No sé cómo arreglarlo.

—No, Amanda. No digas nada. Me hablaste de tu tesis y no me molestó. ¿Por qué no me contaste esto? Tú fuiste la primera en decir que no sabías que yo iba a ser tu jefe, pero, sin embargo, estás ayudando en la investigación. Y no me digas que no, porque el agente Owens me comentó hace poco que tenía a una estudiante colaborando. Eres tú, ¿verdad? Joder, Amanda… te he abierto mi corazón.

Ahora ya no parece enfadado, sino herido.

No sé qué hacer, pero mi corazón habla por mí. Me acerco, me agacho frente a él, le quito el expediente de las manos, lo aparto a un lado y lo abrazo.

—No sabía cómo contártelo sin hacerte daño. Juro que no supe que era tu esposa hasta que un día vi una foto suya en tu casa. Tu madre me dijo que había muerto, pero no cómo, y cuando lo descubrí… tuve miedo de perder mi trabajo. Fue al principio, ni siquiera nos hablábamos… No puedes culparme por no decírtelo, Erik. Hoy había pensado contártelo, pero no hemos tenido tiempo.

Él lo piensa por un momento. Parece calmarse. Entonces observa todas mis notas y me mira, impresionado.

—¿Todo esto lo has hecho tú? —recorre de nuevo con la mirada las anotaciones.

—Sí. Estuve comparando expedientes, informes forenses y todo el material que tengo para la tesis. Pero vi que había cosas que no cuadraban…

No puedo seguir hablando porque suena el teléfono de Erik.

—¿Sí? Dígame —responde con voz tensa.

Escucha atentamente al interlocutor durante un tiempo que a mí se me hace eterno. Finalmente, le oigo decir:

—Haga lo que crea más conveniente. Tiene todo mi permiso.

Cuelga y me mira, asombrado.

—Eres increíble. Has conseguido algo que nadie había logrado. Me ha llamado el agente Owens. Después de todo lo que habéis hablado, ha interrogado al forense que firmó el informe de Meredith. No ha dicho nada, pero han encontrado un ingreso importante en su cuenta justo después de la muerte de Meredith. Todo apunta a que fue sobornado para manipular el informe. Me ha pedido autorización para exhumar el cadáver y repetir la autopsia.

Me quedo muda. Sé que es un gran avance, un paso importante para resolver el caso. Pero ahora… no sé qué esperar de todo lo que ha pasado.

—Gracias. De verdad. No dejas de sorprenderme —dice, y me da un suave beso en la frente.

—Erik… ¿Estamos bien? —pregunto, temiendo su respuesta.

—Amanda, entiendo que no me lo hayas contado. Pero no quiero más mentiras entre nosotros. Porque, aunque no sé cómo ha ocurrido, ha ocurrido, y lo que siento por ti es lo que me mantiene con los pies en el suelo para poder afrontar este infierno otra vez. ¿Puedo quedarme esta noche aquí? Solo quiero dormir contigo, que me abraces y sentir que todo va a salir bien.

Me quedo sin palabras. Ha sido una declaración en toda regla. Y yo siento lo mismo. Le quiero. No sé cómo ha pasado ni puedo decirlo tan pronto, pero no quiero estar sin él. No esta noche, y mucho menos después de todo lo que hemos hablado y descubierto.

—Claro. Quiero ser tu refugio siempre. ¿Me oyes? Siempre.

CAPÍTULO 22



ERIK

Descubrir el expediente del asesinato de Meredith en la habitación de Amanda ha sido un mazazo para mi corazón, pero ver su rostro, descompuesto por el sufrimiento ante mi enfado, ha podido conmigo. La quiero. No puedo negármelo, y tampoco puedo enfadarme con ella por esto. Entiendo que no me lo haya contado. No quiere hacerme daño, pero debe dejar de pensar que todo me afectará o que me voy a enfadar, porque si sigue así, terminará ocultándome cosas que para mí son esenciales.

Hoy he ido a buscarla nervioso. Era nuestra primera cita de verdad y sabía que llevarla a un local como *La Rosa Negra* le gustaría. Es un sitio íntimo, con un toque de glamour, de esos que parecen clandestinos. Me lo recomendó una vez Rubén, pero no era el tipo de lugar que le hubiera gustado a Meredith. Cuando he visto a Amanda aparecer con ese vestido, no sabía si podría resistirme a besarla. Pero he aguantado estoicamente, porque su silencio y su incomodidad me frenaron en seco. Y es que, aunque suelo ser frío y serio, no sé qué me pasa con ella: quiero jugármela al todo o nada.

Cuando ha comenzado a explicarme lo que estudia, me he quedado alucinado. Nunca habría imaginado que quisiera dedicarse a algo tan peligroso como tratar con asesinos maniáticos. Pero he de reconocer que mi trabajo tampoco es mejor. Ambos vivimos en el ojo del huracán, aunque ella todavía esté terminando la carrera. Y aunque no me guste la idea de que corra peligro, respeto lo que quiere hacer y la apoyaré para que cumpla sus sueños.

Después, me ha contado quién es en realidad, y me ha sorprendido muchísimo. Conozco a sus padres. Me crie en Manhattan, y mis padres siempre han tenido muchos contactos en las altas esferas. Los de Amanda eran de esas personas a las que todo el mundo conoce. Su madre es una pintora muy famosa, una mujer que adora presumir de lo que tiene. Podríamos decir que parece de la realeza: es estirada y no se parece en nada a Amanda. Su padre, en cambio, es un hombre poderoso, presidente de una de

las farmacéuticas más importantes del estado. Forjó su riqueza desde cero y siempre ha estado por encima de los demás.

Mis padres, aunque también han tenido dinero y fama, siempre han sido gente corriente. Nunca les gustó el derroche, y me educaron con humildad. Claro que fui a buenos colegios y nunca me faltó nada, pero me inculcaron valores fundamentales, como el respeto hacia todas las personas, sin importar su posición económica. Esa ha sido una de las mejores lecciones de mi vida. Por eso entiendo que Amanda haya querido dejar atrás esa vida para perseguir sus sueños, porque, de otro modo, nunca habría sido feliz.

Me imagino la cara de Katherine si se enterara de esto… No tendría precio. Siempre ha considerado a Amanda una aprovechada. Si supiera que su familia es la más rica del Estado… Pero de mi boca no saldrá. Amanda no quiere que nadie lo sepa, y así será.

Después de todo lo vivido hoy, necesito dormir a su lado. Sé que, si vuelvo a casa, las pesadillas regresarán.

No ha sido fácil encontrarme con el expediente del caso de Meredith. Al principio, la rabia me quemaba por dentro. Llegué a pensar que quizá todo había sido un juego para Amanda, una forma de sacarme información. Pero esa duda ha durado poco. Cuando me mira, solo veo amor en sus ojos. Y sé que, aunque ninguno de los dos esperaba enamorarse, ha sucedido. Yo quiero que esto dure para siempre. Ya no quiero estar sin ella, y no me importan ni las habladurías, ni Katherine, ni nadie.

Ver sus notas, tan precisas y detalladas, ha sido una auténtica pasada. Estoy acostumbrado a lidiar con casos complejos y a leer informes llenos de anotaciones, pero lo suyo era otra cosa: parecía un expediente elaborado por la defensa para exculpar al acusado. Todo estaba minuciosamente analizado: apuntes sobre los cortes, los hematomas, la posición del cuerpo… incluso detalles que ni yo sabría explicar.

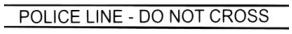
Es increíble cómo, a partir de unas fotos, puede deducir —o al menos suponer— que el asesino era alguien cercano a Meredith. Alguien en quien ella confiaba lo suficiente como para dejarle entrar. Alguien que sentía algo por ella, tanto como para dudar antes de

matarla, de ahí el corte errático. Y probablemente el motivo del asesinato fue personal.

Pero ¿quién podría hacerle eso a Meredith? No entiendo nada. Mi mente va a mil por hora. Pienso en las insinuaciones de Rubén. ¿Y si ella me escondía cosas? Pasábamos tanto tiempo separados que podría haberme engañado… pero no quiero creer que eso sea cierto.

Noto el brazo de Amanda rodearme, y en ese instante siento calma. Decido dejar de pensar y dormir. Necesito descansar, porque mañana madrugo para ir a casa a cambiarme.

Cierro los ojos y me obligo a confiar en que las nuevas pruebas hablarán por sí solas y me ayudarán, por fin, a pasar página.



La alarma suena y Amanda se queja. Es pronto, pero lo más sorprendente es que he logrado dormir toda la noche del tirón, sin tener ni una sola pesadilla. Acaricio su pelo, que forma una maraña dorada sobre la almohada, y beso su frente.

—Tengo que irme, pequeña, pero te recojo a la salida de la universidad. Hoy no tengo nada por la tarde.

Ella vuelve a gruñir, y me parece lo más dulce del mundo.

Me visto en silencio y salgo despacio. Es entonces cuando choco contra algo y escucho un grito.

—¡Joder! Me has destrozado el pie.

Una voz femenina y enfadada me despierta de golpe.

—Perdona, no te había visto —digo bajando el tono; no quiero que Amanda se despierte.

—Vaya... así que tú eres Erik —me mira de arriba abajo—. Te doy el aprobado, eres muy guapo. Aunque eso ya lo imaginaba, porque mi amiga tiene muy buen gusto. Ahora te diré una cosa: no le rompas el corazón, porque si lo haces, me dará igual que seas el mismísimo Diablo, como te suelen llamar, te lo haré pagar caro.

Vaya, su amiga tiene un genio apabullante.

—Puedes estar tranquila, no es mi intención. Aunque también podría rompérmelo ella a mí, ¿no crees? —le digo con un toque de

chulería.

—No, ella nunca lo hará. Tú y tus niños sois demasiado especiales para ella —mira el reloj y sonríe—. No te robo más tiempo, Casanova. Seguro que en tu casa te echan de menos.

Miro el reloj y me cago en todo: es tardísimo.

Circulo a toda prisa por la autopista hacia casa y, cuando llego, todos duermen todavía. Subo de forma sigilosa y me meto en la habitación para cambiarme. A los dos minutos de salir de la ducha, escucho que llaman a la puerta.

Rodeo mi cintura con una toalla y abro, pensando que los niños se han despertado, pero me encuentro con Katherine.

—¿Qué quieres, Katherine? Me tengo que ir al trabajo, tengo un juicio.

Esta mujer es incansable. Juro que no puedo odiarla más.

—¿Cuándo volviste? No te escuché —lo dice mientras mira la habitación, buscando a Amanda.

—Tarde. Pero ya te dije la otra noche que no hace falta que me esperes despierta. Y no la busques, no está.

—Solo faltaría que la metieras en la cama de mi hija —dice, enfadada.

—Esta ya no es su cama. Y de verdad, no tengo tiempo para tus tonterías. Si me perdonas, voy a vestirme. Si quieres, puedes volver a dormir o hacer lo que te dé la gana. Ah, esta tarde vendré con Amanda, y te agradecería que fueras educada con ella, porque de lo contrario yo mismo te haré las maletas.

Le cierro la puerta en la cara. De verdad que me tiene hasta los cojones.

POLICE LINE - DO NOT CROSS

El día pasa. He tenido un juicio por robo: ha sido fácil, una nueva condena más en mi haber. Pero es que el pobre chico entró a robar en una licorería llena de cámaras, sin taparse ni nada. ¿Qué esperaba? Además, iba armado. Robo con intimidación.

Su pena ha sido de siete años de prisión. Sustrajo licores por más de mil dólares, iba armado y amenazó al empleado y a tres clientes. Como no tenía antecedentes, he sido algo más benevolente, pero no había muchas opciones.

Tras salir del juzgado termino unas gestiones en el despacho y me voy corriendo a buscar a Amanda, no sin antes detenerme con Rubén y contarle todo lo que pasó anoche.

—Pues vaya con tu novia. Porque puedo llamarla así, ¿no? —sonrío.

—Sí, puedes llamarla así. Después de todo lo que vi, de sus notas tan organizadas y claras, y tu insinuación... creo que Meredith me ocultaba cosas. Y no sé si estoy preparado para descubrirlas. Es cierto que he pasado página. Amanda es el libro nuevo en el que debo concentrarme, pero… ahora siento que necesito saber si de verdad Meredith me mintió. Porque, de ser así, no me sentiría tan mal por reemplazarla.

—No la estás reemplazando. Solo estás avanzando. Te mintiera o no, es ley de vida que rehagas tu vida. No tienes ochenta años, y tus hijos también merecen tener a alguien que los quiera. Al igual que tú —Rubén lo dice molesto, como si le enfadara el hecho de que yo pensara que rehacer mi vida estuviera mal.

Quizá soy tonto por pensar eso, pero no lo puedo evitar. Estoy hecho un lío.

—Lo sé. Es solo que me cuesta adaptarme a la situación. Lo hablaré con Amanda. Quizá ella sepa cómo resolver mis dudas.

Acto seguido, me marcho a buscarla.

La veo bajar por las escaleras de la entrada de la universidad. La estoy esperando apoyado en mi coche. Va acompañada de una pareja y no para de sonreír. Me encanta verla así, despreocupada.

Cuando me ve, corre hacia mí y se me echa encima, igual que hace mi hija, y no puedo evitar que me haga gracia. Aunque Amanda me besa en los labios… y eso me vuelve loco.

—Vaya recibimiento... Voy a tener que venir todos los días a buscarte, pequeña —le digo.

Me lanza una mirada interrogante.

—¿Pequeña? No lo dirás porque soy más bajita que tú... ¿verdad?

Me echo a reír. Tiene unas ocurrencias...

—Claro que no, jamás osaría —me hago el ofendido—. Es un apelativo cariñoso. ¿No te gusta?

—Me encanta. Sé que lo dices por nuestra diferencia de edad, pero cuando me lo susurras al oído, como esta mañana, tan cerca del cuello... me vuelve loca.

—Vaya, vaya... así que estabas despierta. Qué pena no haberlo sabido. Habría repetido lo de anoche sin pensarlo dos veces.

—Eso tiene fácil solución. Pasamos por mi casa antes de ir a la tuya y listo.

No hace falta que lo diga dos veces. La meto en el coche y salgo pitando. No me importa si me multan por exceso de velocidad, solo quiero sentirla, saborearla, poseerla. Vive a apenas quince minutos, pero cada semáforo en rojo es una tortura. Y ella lo sabe.

Se divierte acariciándome el muslo derecho, subiendo la mano con lentitud hacia mi polla. Quiere cruzar la línea entre la provocación y el suplicio, con esa sonrisa suya, torcida, y los dedos que se pasean subiendo milímetro a milímetro.

—Como no llegues en cinco minutos, vas a tener que parar en el arcén —me dice en voz baja. Sé que no bromea—. Tengo demasiadas ganas de ti.

—Como digas una palabra más, me salgo de la carretera —le respondo.

Aparcamos a toda prisa en el garaje. En cuanto cierra la puerta del portal, la empujo contra la pared del ascensor y la beso con hambre. Ya no hay tiempo, ni excusas, ni contención.

Apenas entramos en su piso, me lleva directa a su habitación. La ropa desaparece entre besos, jadeos y manos desesperadas. No hay pausas, solo deseo acumulado que estalla entre sábanas arrugadas y cuerpos que se exploran sin tregua.

Nos buscamos con ansia, como si el reloj no existiera, como si el mundo se redujera a esta cama y al modo en que su cuerpo encaja con el mío. Su espalda se arquea, su boca se abre, y mis manos se aferran a sus caderas mientras la embisto una y otra vez. El calor

brota de nuestros cuerpos como si ardiéramos en un incendio que solo se apaga con más y más sexo. Sus gemidos me enloquecen, y escuchar mi nombre escapando de sus labios, en susurros, me desarma.

No quiero dejar de sentirla, de hacerla mía, pero sé que el éxtasis está a punto de estallar con la fuerza de un espectáculo pirotécnico. Ella comienza a temblar debajo de mí, se tensa mientras me pide más, y yo solo puedo dárselo. Quiero que llegue al clímax, y quiero alcanzarlo con ella. Cuando veo que está a punto, me dejo llevar, y juntos volamos.

Caemos rendidos, desnudos, agitados, con sonrisas tontas y el cuerpo cubierto de sudor.

—Tenemos media hora antes de ver a los niños —dice Amanda, acurrucándose en mi pecho.

—Lo justo para repetir —respondo, y nos reímos.

No sé qué me pasa, pero quiero esto a todas horas. Me he vuelto adicto a mi pequeña. Sin embargo, no puede ser, así que nos duchamos rápido, entre caricias que amenazan con alargarlo todo otra vez, y nos vestimos sin prisa, deseando que vuelva a ocurrir en cuanto podamos.

Ya en el coche, de camino a casa, ella me toma la mano y entrelaza sus dedos con los míos. La paz después del fuego.

—¿Crees que notarán algo? —pregunta Amanda con inocencia.

—¿Los niños? Solo si me despisto y llamo «mamá» a mi suegra por error —bromeo, y ambos soltamos una carcajada.

—Eso no podrías hacerlo jamás. Esa mujer es odiosa, no sé ni cómo la aguantas.

—No creas que es fácil, cada día me reta más. Pero esto se ha terminado. Si no se comporta, se tendrá que ir. Ya no le tengo miedo.

Me mira con orgullo y sonríe, apretando mi mano aún más fuerte.

Nos espera una tarde de juegos, risas y meriendas en el salón. Pero ahora, al menos, la tensión se ha disipado. Aunque en cuanto los niños se duerman… sé que todo puede volver a empezar.

CAPÍTULO 23



Cuando entramos por la puerta de casa de Erik, lo hacemos cogidos de la mano. No ha querido soltarme, y yo, para ser sincera, tampoco. Los niños vienen corriendo como siempre a saludarnos, pero frenan en seco al vernos entrelazados. Se miran, sonríen... y vuelven a la carga.

Ambos están felices. Demasiado. Pero no le damos mayor importancia.

Doña Urraca hace acto de presencia y nos observa con cierto disgusto. A mí, sinceramente, me importa tres pepinos lo que piense esa mujer.

Nos dirigimos al salón, donde ponemos una película. En este caso es *¡Canta!*, un largometraje de animales que participan en un concurso musical dentro de un teatro. Tras esa, ponemos la segunda parte. Ambas son muy entretenidas, pero lo mejor es verlas todos juntos: tirados en el suelo, comiendo guarrerías y abrazados... aunque hoy los abrazos son de verdad.

—Amanda, ¿te quedas a cenar? —pregunta Kelly.

—No sé… habrá que preguntárselo a papá.

Ambas lo miramos con carita de pena, y él se ríe con esa sonrisa que tanto me gusta. Entonces aparece en el salón su madre.

—Hola, cielo. Pasaba por aquí y venía a ver si estaba Amanda. Es que necesito un pequeño favor. Espero que no te importe que te la robe un minuto.

—Claro que no, mamá. Y en cuanto a la cena… —dice, mirándonos a Kelly y a mí—, ¿qué os parece si pedimos comida china?

—Yo quiero arroz tres delicias y fideos con verduras —dice Zack, saltando en el sofá.

Todos nos reímos, y yo miro a la madre de Erik. Me intriga lo del favor…

—¿Se queda a cenar con nosotros, señora Miller?

Ella me mira sorprendida y, al mismo tiempo, complacida.

—Diana, querida. Llámame Diana, por favor —vuelve a sonreír—. Está bien, pero solo durante la cena. Tengo muchas cosas que hacer y poco tiempo. ¿Podemos ir al despacho a hablar, hijo?

—Claro. Ya sabéis dónde está.

Vamos hacia el despacho y Katherine nos sigue con la mirada. No hay que ser una erudita para notar que entre ellas dos no hay buena relación. Desde que esa mujer se instaló en esta casa, la señora Miller apenas ha vuelto por aquí.

—Cierra la puerta, por favor, querida.

Obedezco y la sigo hasta el sofá que Erik tiene en el despacho.

—Usted dirá en qué puedo ayudarla.

—No sé cómo pedirte esto, pero ahora que mi hijo vuelve a ser el que era, necesito que me ayudes. Nunca quise meterme en su matrimonio, pero Meredith nunca me pareció trigo limpio. Tampoco su madre. He hablado con un detective privado porque algo no me huele bien con Katherine, y la hemos investigado. Todo apunta a que quiere el dinero de mi hijo. Por eso quería a los niños. Está en la ruina. Lo que no sabemos es cómo ha llegado a esa situación, porque siempre han tenido dinero. Y ahora que su marido se ha jubilado, debería estar cobrando una pensión sustanciosa, pero no es así. Es como si sus fondos estuvieran siendo derivados a otro lugar que no hemos podido localizar. Tú tienes buen ojo con la gente, y quizá puedas descubrir qué pasa. Sé que mi hijo pensará que son paranoias mías porque nunca la he tragado. Por eso te lo comento a ti.

La miro y veo sufrimiento en sus ojos. Entiendo que se preocupe por su hijo, pero no puedo mentirle a Erik. Eso no lo haré.

—Señora Miller, entiendo lo que quiere, pero no puedo mentirle a Erik. Estamos empezando algo especial, y no quiero que nada rompa la confianza que estamos construyendo. Lo único que puedo decirle es que él tiene muchas dudas respecto a su vida con Meredith, y que la investigación de su muerte está de nuevo en marcha. Espere a ver qué pasa. Yo creo que Katherine ya se ha quedado sin cartas que jugar, y que en breve se marchará.

Toma mis manos entre las suyas.

—Eso espero, querida. Que se vaya… y no vuelva a pisar esta casa jamás.

Salimos del despacho y Erik me interroga con la mirada. Le hago saber con la mía que no se preocupe, y él continúa poniendo la mesa.

Cenamos tranquilos. Doña Urraca dijo sentirse indispuesta y se retiró temprano a su dormitorio. Su marido, en cambio, sí se quedó con nosotros, aunque no pronunció una sola palabra en toda la cena. Algo que me descoloca un poco; este hombre sigue siendo un misterio para mí.

Los niños me piden que les lea un cuento. Vuelven a poner esa carita de pena que saben que no puedo resistir. Está claro que no quieren que me marche, así que accedo a leerles una historia hasta que se duerman.

Subo con ellos a la habitación mientras Erik termina de recoger, y les leo *El libro de la vida.*

—Amanda, ¿tú crees que mi mamá estará en el mundo de los muertos? —la pregunta de Kelly me deja totalmente descolocada. No sé qué responder—. Es que en este cuento no se van al cielo, están como en otro lugar... Y si pueden venir con nosotros una noche al año, ¿por qué ella no lo ha hecho?

—Cariño, esto es solo un cuento. Todo lo que aparece aquí es ficción. Seguro que tu mamá está en el cielo. Ella os ve desde donde esté y, además, siempre va a estar con vosotros, en vuestro corazón.

—¿Y si un día la olvidamos? Cuando seamos mayores, a lo mejor ya no nos acordamos de ella. El otro día escuchamos a la abuela hablar por teléfono y le decía a alguien que tenía que olvidarla... ¿Eso se puede?

Zack está sufriendo. Son muy pequeños, y sé que no es fácil esta situación para ellos.

—No, cariño. No creo que puedas olvidar a tu mamá, ni aunque lo intentaras.

Ambos se acurrucan a mí y me abrazan.

—Amanda, quédate con nosotros. No te vayas —me dice Kelly, apretándome con fuerza.

Me acomodo entre ellos, cierro los ojos y les canto *Recuérdame*, de la película *Coco*. Sin darme cuenta, me quedo dormida con los dos entre mis brazos.

POLICE LINE - DO NOT CROSS

Despierto en una cama que no es la mía, junto a Erik. Me abraza con suavidad; está dormido. Miro el reloj: son las cuatro de la madrugada. Reconozco la habitación: es aquella en la que estuve el día del cumpleaños de los niños. Cualquiera pensaría que podría haberme llevado a su dormitorio, pero entiendo que aún no quiera hacerlo. Es su espacio, y lo respeto. Al menos, lo tengo aquí, a mi lado.

Le beso con dulzura. Mañana, cuando me levante, Katherine seguramente estará de morros. Pero me da igual. Tener a Erik aquí, conmigo, no lo hace más fácil. Es una tentación constante. Y después de la sesión de sexo que tuvimos en mi casa, no sé si podré resistirme.

Me acomodo entre sus brazos, disfrutando de su calor, de su respiración tranquila rozándome el cuello. Me gustaría congelar este momento, quedarme así hasta el amanecer, sin pensar en miradas incómodas ni en la tensión que flota bajo el techo de esta casa. Pero no soy tan ingenua.

Erik se mueve ligeramente y me abraza con más fuerza. Su mano rodea mi cintura, su cuerpo se ajusta al mío como si, incluso dormido, supiera exactamente dónde quiero que esté. Sus dedos rozan la piel desnuda de mi costado, bajo la camiseta, y todo mi cuerpo se tensa.

Maldita sea. Esto no ayuda. No cuando todavía puedo oír cómo gemía mi nombre entre jadeos. Ni cuando recuerdo su boca recorriéndome como si necesitara memorizar cada rincón de mi cuerpo.

Cierro los ojos, pero no puedo dejar de pensar en todo lo que siento por Erik. Y el deseo regresa, como una caricia silenciosa.

Me doy la vuelta con cuidado para mirarlo. Su rostro relajado, el pelo despeinado, esos labios que esta misma tarde me han besado hasta saciarse. Me acerco despacio y le beso la mandíbula, suave, apenas un roce. Lo hago con cuidado de no despertarlo, pero no lo consigo. Creo que él siente lo mismo que yo.

—Mmm... —gruñe, sin abrir los ojos—. ¿Qué hora es?

—Las cuatro —digo como si nada.

—¿Quieres repetir lo de esta tarde? —murmura, ahora sonriendo.

—Yo no he dicho nada —contesto, sorprendida.

—Pero lo estás pensando muy fuerte.

Su voz ronca, esa media sonrisa y la forma en que su mano baja por mi espalda sin pudor... Todo en él me desarma.

—¿Y tú no? —le susurro, pegándome un poco más, sin importarme quién nos escuche.

—Llevo horas soñando contigo —responde, y sus labios buscan los míos.

Nos besamos de forma lenta, íntima, cargada de ese calor que siempre amenaza con incendiarlo todo. Su lengua juega con la mía con una paciencia peligrosa, como si supiera que tenemos tiempo, aunque no lo tengamos.

En cuestión de segundos estoy sobre él, y sus manos exploran mi cuerpo con la misma urgencia que esta tarde. No nos cansamos de esto, como si cada movimiento fuera una declaración de deseo. El colchón cruje, mis caderas se balancean, sus suspiros me guían. Todo es suave, intenso, silencioso. No hay gritos. Solo respiraciones entrecortadas, piel contra piel y esa mirada que me atraviesa cuando llegamos juntos al límite.

Después, me recuesto sobre su pecho. Él me acaricia el pelo, como si pudiera quedarse dormido así de nuevo.

—Debería irme antes de que Katherine se despierte —susurro.

—Puedes quedarte —responde—. Si le molesta que estés aquí, que se vaya.

Quiero pensar que eso será así, que esa odiosa mujer se irá, pero no creo que sea tan fácil.

Nos quedamos en silencio unos minutos, sin hablar, solo escuchando el ritmo lento de nuestras respiraciones. Luego, cuando el sueño amenaza con arrastrarme de nuevo, él murmura:

—Mañana pasaremos la tarde con los niños. Podemos hacer algo tranquilo, llevarlos al parque o preparar una merienda.

—Me gusta la idea.

Dios, podría acostumbrarme a esto demasiado rápido, porque, a decir verdad, la tarde de hoy ha sido estupenda.

—Y a mí. Creo que es hora de dejar el pasado atrás —dice, convencido de sus palabras.

Y, por primera vez en todo el tiempo que llevo junto a Erik, ya sea con acuerdo o sin él, me permito imaginar un futuro a su lado y al de los niños, como si de verdad fuera posible. Como una familia.

Me abrazo a su pecho y dejo que la noche me lleve. Aunque solo sea un rato más.

CAPÍTULO 24



Cuando despierto, lo hago más por instinto que por voluntad. Estoy tan bien en esta cama, al lado de Erik, que no quiero moverme. Me encanta respirar su olor —una mezcla de perfume amaderado y cítrico—, tocar su pecho desnudo y sentir que es mi hogar. No sé cómo he pasado de odiarle tanto a amarle de verdad, pero ha ocurrido. Por un momento, el miedo me invade: vamos demasiado deprisa, y eso no puede ser bueno.

Llevamos un par de semanas juntos, contando incluso el tiempo del acuerdo, y desde entonces ya hemos pasado dos noches sin separarnos. La verdad es que, a veces, las cosas simplemente suceden así. Cuando te enamoras de verdad, no puedes apartarte de la otra persona, y supongo que eso es lo que nos ha pasado a nosotros.

Me encanta estar con los niños, y creo que ellos sienten lo mismo por mí. También es una suerte caerle bien a la madre de Erik. Ahora solo pienso en lo que pasará a partir de aquí.

No dejo de preguntarme si, aunque él quiera avanzar —como me dijo anoche, o más bien esta madrugada—, algo se lo impedirá. Y ese algo es Meredith.

El hecho de que vayan a exhumar su cadáver removerá demasiado el pasado, y mi mente no deja de dar vueltas a algo que Nadia me dijo. ¿Y si Erik tuvo algo que ver?

Mi mente de analista me dice que todo podría encajar: el asesino fue alguien cercano, alguien a quien ella no esperaba, que aprovechó la amenaza de Houston para actuar sin levantar sospechas. Quizá tuvieron problemas, quizá él se enteró de algo… y la mató. Pero quiero creer que el dolor que arrastra no es fingido, y que todo este tiempo encerrado en sí mismo ha sido por el sufrimiento de perder a su mujer, no por habérsela arrebatado a sus hijos.

Lo que tengo claro es que voy a estar ahí para ayudarle a esclarecer todo lo que necesite.

—Buenos días, pequeña. ¿En qué piensas?

No puedo decirle la verdad. Y sé que dije que no le mentiría, pero esto...

—Pensaba en nosotros, en lo que estamos viviendo… en lo que pasará a partir de ahora.

¿Ves? No le he mentido en nada. Es cierto que eso lo he pensado. Lo otro es solo una omisión de información que no viene al caso.

—Me gusta ese "nosotros". Amanda, no quiero que te asustes. Quizá vamos algo rápido, pero si algo me ha enseñado la vida es a aprovechar cada momento que se nos brinda, porque nunca sabemos cuándo será el último. Por eso, si me apetece pasar la noche contigo, lo hago. Además, contigo me siento tan vivo como nunca me había sentido. Aunque pueda dar miedo lo que estamos viviendo, quiero descubrir qué pasa. Estoy harto de vivir entre las sombras. Tú me das luz y has hecho que mis pesadillas desaparezcan.

—Ahora mismo podría psicoanalizarte y te diría que, a veces, no sabes que estás en la oscuridad hasta que alguien llega y enciende tu luz… Así que me alegra haber sido esa persona —comento, feliz e ilusionada.

—Pequeña, no solo has encendido una luz… has llegado a mi vida y has causado una supernova —dice sonriendo ampliamente.

Juro que, con esa sonrisa, está iluminando todo Brooklyn. Me encanta verlo así.

—¿Quieres desayunar? Podemos hacerlo juntos y te llevo a la universidad.

—Tengo que pasar por casa. No pretenderás que vaya con la misma ropa de ayer, ¿no? Además, no quiero que llegues tarde. No te preocupes, me llevas a casa y yo me voy con la moto —sonríe de nuevo.

—Tienes que llevarme algún día en tu moto. Me llama mucho la atención, y verte conducirla es todo un deleite para mis ojos.

—Pues viajar en ella lo será aún más. A mí me encanta porque me siento libre como un pájaro. Es como si pudiera volar.

—Entonces, esta tarde vienes tú a casa, con la moto. Después de una tarde de parque y niños, cenamos con ellos y nos vamos a bailar. Hoy es viernes y podemos acostarnos tarde. ¿Qué te parece el plan?

Me parece una idea estupenda… pero hoy había quedado con Nadia. Quiere que resuelva mis problemas con Luis, y dadas las circunstancias, creo que debo hablar con él.

—Me encanta el plan, pero esta noche había quedado con Nadia y los chicos. Necesito aclarar unas cosas con Luis. Si no fuera así, te diría que vinieras, pero creo que se molestará, y es uno de mis mejores amigos.

Observo cómo se tensa. No le he hablado apenas de ellos. Hemos conversado de muchas cosas, pero justo de esa, no.

—Si quieres, podemos comer juntos —añado—. Si no tienes la agenda muy apretada, te pongo al corriente de todo.

Veo cómo se relaja y asiente con la cabeza, aunque no muy convencido.

Bajamos a desayunar y nos encontramos con Joseph, quien se detiene y me observa con curiosidad, aunque sin esa mirada inquisitiva que siempre me lanza su mujer. A Erik, en cambio, ni siquiera lo mira.

—Buenos días —digo por educación.

Pero él sigue su camino como si nada.

—No te preocupes por él, no tiene nada contra ti. Soy yo quien le provoca ese efecto. Me odia.

—Seguro que no es así… —respondo, intentando calmar las aguas, al ver en su mirada un atisbo de frustración.

—Pequeña, yo en su lugar también estaría así. Soy padre, lo entiendo. Si me arrebataran a Kelly, odiaría a cualquiera que tuviera algo que ver con ello. Ellos ven que mi trabajo es peligroso y me culpan de la muerte de Meredith. Aunque nadie me culpa más que yo.

—Erik, sabes que aquel asesinato fue una trampa. No tuvo nada que ver con Houston. Y eso se probará. Espero que en estos días Owens te dé alguna información útil. Yo ayudaré en lo que pueda.

Acaricia mi cara con dulzura.

—Eres perfecta, ¿lo sabías? Pero, a decir verdad, me da miedo lo que Owens pueda decirme, porque siento que mis sentimientos van a cambiar. Tengo la sensación de que Meredith me ocultaba algo. Nunca dudé de ella, pero ahora… no sé qué pensar. Rubén me ha hecho ver que quizá no la conocía tanto como creía.

—Pase lo que pase, yo estaré contigo. Y no sirve de nada que te tortures con eso. El pasado es pasado, Erik, no dejes que te marque otra vez. Vive el presente. Si descubres algo malo, ya veremos cómo lo gestionamos, pero no te adelantes a los acontecimientos. Solo conseguirás hacerte daño.

Desayunamos unas tostadas acompañadas de café, y de pronto escuchamos a los niños correr hacia mí.

—¡Amanda, Amanda! ¿Has dormido aquí? —preguntan con inocencia, aunque sus sonrisas delatan cierta picardía. Y, aunque parezca mentira, no sé qué responderles.

—Bueno… yo… —Joder, qué difícil es esto.

—Niños, no incomodéis a Amanda. Anoche se durmió con vosotros y pensé que podía quedarse en la habitación de invitados —interviene Erik con naturalidad.

Ambos se miran y sonríen.

—¡Qué bien! Pues puedes quedarte más noches. A nosotros nos gusta mucho que nos cuentes cuentos para dormir… y así papá no duerme solo, porque a veces tiene pesadillas.

Vaya con los enanos… No, si tontos no son. Saben hacer demasiado bien de celestinos.

—Bueno, chicos, tenemos que irnos. Yo tengo que pasar por el despacho y Amanda debe ir a casa a recoger sus cosas de la universidad. A vosotros os lleva la abuela al cole. Portaos bien con ella, ¿vale?

—Papá, ¿cuánto tiempo se van a quedar los abuelos? Es que la abuela Diana ya casi no viene. Creo que es porque a la abuela Katherine no le gusta mucho, y queremos estar con ella también —dice uno de ellos.

Ves lo que yo decía... estos niños son demasiado listos.

—Pues no lo sé, pero hablaré con la abuela para que venga más a menudo.

—Sí, como ayer, que lo pasamos muy bien. Jugamos al Uno y ganamos tres partidas —dice Zack, muy contento.

—Eso está hecho. Venga, dadnos un beso que nos vamos ya —y acto seguido, ambos se nos lanzan al cuello.

Me encanta esta sensación.



Cuando llego a casa, ya tengo a la pesada de Nadia intentando sonsacar información.

—Vamos, cuéntame algo, que llevamos dos días sin vernos, con sus correspondientes noches… que no has pasado sola —dice, levantando las cejas con énfasis.

—Mira que eres cotilla… Pues sí, hemos pasado las dos noches juntos. Y han sido increíbles. Él lo es. Aunque hablamos de mis estudios y de la tesis, no le conté nada sobre su mujer. Y he de decir que vio su expediente… Yo solo quería morirme. Pensé que iba a montar en cólera y a dejarme. Pero, aunque le dolió que no se lo hubiera dicho, todo fue muy distinto. Se quedó conmigo, dormimos abrazados, y ayer… ayer todo fue demasiado perfecto. Los niños, él… Si te soy sincera, no pensaba quedarme a dormir, pero el cansancio me pudo con esos pequeños demonios y me quedé frita —sé que ella espera escenas más subidas de tono, pero hoy no las va a tener.

Lo que sí le cuento es todo lo que ha pasado con el caso de Meredith, y alucina bastante.

—Sabía que eras buena, amiga, pero no cuánto. Después de esto, tienen que contratarte en la policía.

Claro… por soñar…

—Nadia, ahora viene lo más duro: que Erik vuelva a pasar por una investigación… y que los niños se enteren. Me da miedo pensar en lo mal que lo pueden pasar. Pero hay algo que me tiene en ascuas, y no pienso parar hasta descubrirlo.

—Seguro que lo harás. Eres muy cabezota, y cuando algo se te mete ahí dentro —dice, señalando mi frente— no paras hasta que lo resuelves. Y esto no va a ser menos.

—Bueno, ¿y tú con Pablo qué tal? —No esperará que solo hablemos de mí…

—Pues no nos hemos separado en dos días, que ya es mucho. Pero oye, me gusta esta sensación. Aunque te diré que el miércoles por la noche nos hinchamos a follar, y ayer… es que llegamos y tú no estabas, y era tarde, no venías, y una cosa llevó a la otra…

Niego con la cabeza. Fina es un rato, y sincera también. Pero si no fuera así, no sería Nadia.

—No hace falta que seas tan gráfica —le digo, mientras ella se pasa las manos por todo el cuerpo—. Puedo imaginarme lo que te hace sentir, y me alegro, de verdad. Pero no lo escenifiques delante de mí, por favor.

—Vale, vale. Pero es que solo de recordarlo me pongo mala. Esta noche tenemos cena, acuérdate —lo dice despreocupada, pero aunque yo acepté, sé que va a ser tensa—. No me mires así, Luis está muy arrepentido, de verdad.

—Eso me lo creo. Pero ¿cómo crees que le sentará que ahora esté saliendo con Erik? Que me haya enamorado…

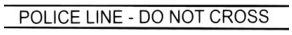
Me jode hacerle daño, porque lo quiero, es mi amigo, pero nunca ha habido otros sentimientos por mi parte más que sexo. Y es que el amor no se puede imponer.

—Amanda, Luis es mi amigo, pero tiene que entenderlo. Siempre ha dicho que prefería ser tu amigo a no ser nada. Pues este es el

momento. Hubiese estado bien ser dos parejas de amigos, pero te entiendo… El señor Miller está muy bueno.

—Eso no te lo voy a negar.

Ambas reímos. Y es que Erik… Erik es todo un portento.



El día avanza sin mayores distracciones que el hecho de mirar mi móvil cada media hora para ver si tengo mensajes de Erik, pero debe de estar bastante ocupado, porque no tengo ni uno. Estoy a punto de escribirle para proponerle quedar a comer, cuando me entra uno de sus mensajes:

Erik: Pequeña, lo siento. Tenemos que dejar la comida para otro momento. Me ha llamado el agente Owens y quiere que vaya a comisaría. Por lo visto, hay algo importante que debo saber.

Amanda: Vale, no te preocupes, ¿Nos vemos mañana?

Erik: He pensado que, si quieres, esta noche puedes venir a casa a dormir. Me gusta tenerte a mi lado.

Lo pienso por un momento. Realmente es una oferta muy tentadora, pero sé que con estos chicos la cosa puede terminar muy tarde.

Amanda: La oferta es muy tentadora, Señor Miller, pero me temo que con Nadia y los chicos la fiesta terminará tarde… Aunque, si quieres, puedes traernos el desayuno.

Erik: O podemos desayunarnos mutuamente.

Madre mía, me estoy encendiendo por momentos.

Amanda: Te recuerdo que de la universidad a tu despacho en moto hay quince minutos. Nos da tiempo a uno rapidito… así que no me tientes.

Erik: Aquí te espero, preciosa 😈

Y no lo pienso más. Acto seguido, como alma que lleva el diablo, me subo a la moto y me planto en su oficina, donde dejo que las llamas nos envuelvan en el sofá de su despacho.

Porque, cuando una tiene hambre, lo mejor es saciarla.

CAPÍTULO 25



Tras un polvo rápido pero mágico, decido volver a casa. Lo cierto es que en la universidad ya lo tengo todo acabado: estamos preparando la graduación, que tendrá lugar en unos días, y hoy quiero ir a comprar un vestido.

Erik no puede venir; ha ido a comisaría, y aunque estoy deseando que me cuente todo lo que han descubierto tras exhumar el cadáver de Meredith, ahora tengo que centrarme en todo lo que tengo por hacer.

La fiesta de graduación será memorable, pero, aunque sé que Erik estará allí, mi corazón no va a estar entero. Porque, aunque odio a mis padres por haberme hecho sentir una persona que no era, siguen siendo mis padres. Y creo que, en momentos tan importantes en la vida de cualquiera, deberían estar ahí para apoyarte. Sé que hace mucho que no hablamos, y no sé nada de ellos más que lo que, en ocasiones, he leído en la prensa. Aun así, decido enviarles la invitación, aunque sepa que quizá vaya directamente a la basura.

Me voy a ver tiendas de vestidos. Necesito uno que sea elegante, pero a la vez sexy y arrebatador. Que diga que no soy una cualquiera, sino alguien que está a la altura de cualquier circunstancia.

De repente, mientras paseo por la Quinta Avenida, parece que el propio vestido me llama. Ahí, colgado en el escaparate, me

encuentro con un diseño elegante y sofisticado, ideal para mi graduación.

Un vestido de un negro intenso, con un escote *halter* cruzado en el pecho, formado por tirantes anchos cubiertos de pedrería plateada que se entrecruzan y dejan ver un escote en forma de lágrima muy pronunciado. La cintura está realzada por una faja también decorada con brillantes, que acentúa la silueta y aporta un toque glamuroso. El tejido parece satinado o de seda, lo que le da un acabado lujoso y fluido, ideal para eventos de noche. Es un vestido que transmite poder, sensualidad y elegancia a partes iguales.

Cuando entro y me lo pruebo, siento que me he enamorado de él… quizá tanto como lo estoy de Erik. Necesito tenerlo. Miro el precio y echo de menos la época en la que mi Visa Oro lo era todo para mí, porque el maldito cuesta lo que gano en tres meses. Pero la ocasión lo merece. Una no se gradúa todos los días. Y, seamos sinceros, Erik al principio me pagó muy bien por fingir algo que ahora me hace muy feliz. Así que, aunque me muero de ganas de que me vea vestida así, guardo la caja como si fuera un tesoro en cuanto llego a casa.

Tras ducharme, me preparo para la cena. Nadia me ha escrito y me ha dicho que nos vemos directamente en el restaurante; tiene que terminar unas cosas en la clínica.

Me visto de manera algo informal: top de tirantes negro, tejano estilo bombacho y unas botas de tacón de aguja. ¿Te he dicho que no podría vivir sin estos tacones? Son mi perdición.

Pero justo cuando abro la puerta para salir, me encuentro con Luis de frente, a punto de llamar.

—¡Joder! —grito con la mano en el pecho—. ¡Qué susto me has dado! Casi me da un infarto.

No es que sea melodramática, es que de verdad casi me da un infarto.

—Tampoco exageres, que no ha sido para tanto —dice, dándome un repaso con la mirada—. Por cierto, estás preciosa.

Agacho la mirada porque me siento mal. Sé que le debo una explicación, aunque siga enfadada con él, pero puedo entender sus actos; por amor se hacen locuras.

—Oye, Amanda… siento lo del otro día. Quería hablarlo contigo antes de vernos todos, porque sé que en la cena no podremos conversar y no quiero que sigamos enfadados. Quiero que seamos los de siempre: dos locos que se dejan llevar por el momento.

Tengo que sincerarme con él, porque no puedo darle esperanzas por algo que ya nunca más va a pasar entre nosotros.

—Pasa y hablamos. Yo también lo siento; de verdad, eres uno de mis mejores amigos y no quiero perderte —comento nerviosa mientras lo acompaño al salón—. Hay algo que debo decirte y sé que no te va a gustar, pero si me quieres como dices, deberás respetarlo.

Él me mira atentamente, curioso ante mi reacción y, a la vez, ansioso por saber qué es lo que le voy a decir.

—Cuando acepté el acuerdo con Erik, solo era eso, un simple acuerdo que para mí no significaba nada, y para él tampoco; solo un medio para conseguir que su suegra le dejara en paz. Pero nos hemos ido conociendo y, no sé cómo ha pasado, nos hemos enamorado.

Puedo ver algo de desilusión en sus ojos, pero al menos no hay rencor ni furia, lo que me invita a continuar:

—Tú me conoces —prosigo—, sabes cómo soy, y con él me siento distinta. Siempre he creído que el amor llega cuando no lo esperas, y así ha sido. No quiero que te enfades, pero es algo que no puedo controlar. Estar con él y con los niños para mí es muy especial, es como si fuera lo que siempre he necesitado. No sé explicarlo.

—No voy a negar que me duele y que me va a joder verte con él, no poder besarte ni hacerte mía, pero es verdad que se te ve diferente, con más brillo, y eso me gusta —dice con media sonrisa—. Pero entiende que no voy a olvidarte así como así, Amanda. No sé si esa relación durará una semana, un mes, un año o toda la vida, y por ahora no tengo nada mejor que hacer que esperar.

Lo dice medio en broma y medio en serio. No sé qué contestar, porque está claro que yo quiero que dure eternamente.

—Luis, te pido que seamos amigos, que respetes mi relación y que, llegado el momento en que lo conozcas, también lo respetes.

No te pido nada más. Sé que para ti no es fácil, pero siempre te lo he dicho: yo nunca he sentido lo mismo que tú. Vamos a disfrutar de la cena, de la compañía, de nuestra amistad, y dejemos atrás la discusión, ¿de acuerdo?

Me mira sabiendo que he ganado la batalla, porque soy cabezota y no me iba a dar por vencida.

—Vale, ¿vamos juntos en mi coche? —lo pienso un momento y, como seguro que voy a beber, decido dejar la moto en casa. Esta noche es para celebrar que me queda nada para graduarme y que mis sueños están cada vez más cerca de cumplirse.

Cuando llegamos al restaurante, tras haber enviado algunos mensajes a Erik desde el coche, Nadia y Pablo ya nos esperan, muy acaramelados, he de decir.

Nos comemos unas hamburguesas, como siempre, y una sensación extraña me recorre el cuerpo, como si alguien me observara. Pero no veo a nadie mirarme, así que decido pasar del tema.

Después de la cena, nos vamos a bailar a nuestra discoteca de siempre, porque cuando algo te gusta, ¿para qué cambiarlo? Nos estamos divirtiendo, unos más que otros, porque Nadia y Pablo lo están dando todo, y yo echo de menos a Erik.

Luis ha conocido a una morena y le he animado a que vaya con ella; yo me he quedado en la barra con un gin-tonic, mirando mi móvil y pensando que, si tuviera mi moto, me iría a casa de Erik ahora mismo.

La música suena y, de repente, empieza una canción de Kapo con Manuel Turizo, *Qué Pecao*, una melodía que me hace pensar en las noches que he pasado junto a Erik. Decido sacar el móvil para escribirle.

Amanda: Estoy en la discoteca y ya no puedo divertirme, no sin ti. Te echo de menos y solo quiero estar entre tus brazos. Estoy en la barra con una copa y ni siquiera eso me consuela.

No tardo nada en obtener su respuesta.

Erik: Pues eso tiene fácil solución, te hago un hueco en mi cama.

Amanda: Suena bien, pero he venido en el coche con Luis, no tengo transporte.

Erik: Tampoco podrías conducir, llevas unas cuantas copas de más.

¿Qué? ¿Cómo? No tengo tiempo de reaccionar, porque cuando me doy cuenta, tengo unos labios pegados a mi cuello.

—Del transporte me ocupo yo —su voz me deja atontada. No sé si ha estado vigilando toda la noche porque tenía miedo de lo que pudiera pasar con Luis, pero lejos de enfadarme, me pone cardiaca.

Ni siquiera puedo contestarle; le beso, tanto que creo que voy a gastar su lengua.

—¿Siempre resuelves así las situaciones complicadas? —logro decir entre beso y beso, y me regala una sonrisa ladina que me derrite por dentro.

—Solo cuando me muero de ganas de estar contigo —susurra en mi oído, con la respiración entrecortada.

Su cuerpo está tan cerca que no sé dónde termino yo y dónde empieza él. El calor de sus manos en mi cintura es como una descarga que me sacude por dentro, y el murmullo de la gente en la discoteca desaparece por momentos, junto con la música. Porque en ese instante no me importa nada más que Erik Miller.

—Vámonos —dice con un tono que no admite réplica.

—¿A dónde? —pregunto, aunque sé que iría con él al fin del mundo.

—Donde podamos estar solos. Necesito hablar contigo... y también necesito que sigas besándome así.

Sonrío, porque lo que empezó como una noche desastrosa está dando un giro de ciento ochenta grados hacia algo que me hace temblar las piernas, pero no por miedo, sino por todo lo contrario.

Mientras caminamos hacia su coche, con su mano entrelazada a la mía, me doy cuenta de que, por primera vez en mucho tiempo, no

estoy huyendo. Estoy eligiendo quedarme.

Lo que siento por él me hace cuestionarme muchas cosas, quizá demasiadas, porque sé que significa volver al pasado, a una vida en la que el saber estar es importante, donde la gente espera ciertas cosas de ti por quien eres, y, sobre todo, significa que mis padres sepan con quién estoy y esperen de mí mucho más de lo que estoy dispuesta a dar. Pero sé que con Erik esos estándares serán diferentes: él no es un simple chico rico de esos que van los domingos al *brunch* ni pasan las vacaciones en los Hamptons. Es distinto, pertenece a los que tienen dinero, pero saben lo que cuesta ganarlo; a los que prefieren ser felices antes que aparentar; a los que si deben ayudar a otros no les cuesta hacerlo. Y creo firmemente que juntos podemos vencer cualquier adversidad.

Decidimos ir a mi casa, porque, entre otras cosas, está más cerca y el ansia nos puede.

—¿Llevas toda la noche vigilándome? —pregunto sin darle demasiada importancia—. No sé si halagarme o sentirme acosada.

—Señorita Chase, estaba preocupado. No es acoso cuando tienes miedo de perder a quien quieres.

Vaya, son celos… y ha dicho que me quiere. Sonrío como una niña pequeña.

—Así que estás celoso, señor Miller… Tendré que poner solución a esa situación.

Y sin pensarlo dos veces, mientras conduce, coloco mi mano en su muslo y le acaricio suavemente hasta llegar a su entrepierna.

—Amanda... —suelta con la voz entrecortada—. Estás jugando con fuego... y te vas a quemar.

Su mirada está cargada de deseo, y yo muero por fundirme en él.

—Quiero arder en las llamas del infierno, siempre que sea contigo.

Acelera el coche sin pensar en los límites de velocidad. No vivo lejos, pero lo que podría haber sido un trayecto de quince minutos se convierte en uno de cinco. Aparca en el garaje del edificio con una maniobra tan rápida que sería digna de un piloto de carreras.

En cuanto salgo del coche, me coge por la cintura y me empotra contra el vehículo, besando mi cuello de una forma que difícilmente podré resistir.

Pero no quiero que nos detengan por escándalo público, así que nos vamos al ascensor sin interrumpir nuestros besos, entre caricias desesperadas y risas.

Cuando por fin las puertas del ascensor se cierran, me lanzo contra él como si llevara años sin tocarlo. Erik me levanta con facilidad; sus manos firmes me sujetan por los muslos mientras mi espalda choca contra una de las paredes del ascensor. Nos besamos con hambre, como si el mundo fuera a acabarse en ese instante, como si lo que hay entre nosotros pudiera salvarnos de todo.

—Amanda... —susurra contra mis labios, y con la voz ronca, ávida de deseo— no sé cuánto más voy a poder aguantar.

—No lo hagas —le digo mirándolo directamente a los ojos—, no quiero que aguantes; quiero que me folles como si lo necesitaras para respirar.

El ascensor emite un pitido justo cuando llegamos a mi piso. Las puertas se abren y salimos como una tormenta desatada, tropezando con nuestras propias prisas. Abro la puerta con manos temblorosas mientras Erik me besa el cuello desde atrás, murmurando cosas que no logro entender, pero que me erizan la piel.

La puerta se cierra detrás de nosotros y el silencio del apartamento nos envuelve por un segundo.

Solo un segundo.

—Dios, Amanda, ¿sabes lo que me haces sentir? —me susurra mientras se desprende de mi ropa con desesperación.

—Dímelo —le reto, dejándome caer sobre el sofá mientras lo miro como si fuera el único hombre en el universo.

Erik se inclina sobre mí, sus ojos brillan con una mezcla de ternura y deseo que me deja sin aliento.

—Me haces querer hacer locuras como nunca antes había querido hacerlas; me haces soñar con vivir una vida feliz a tu lado y junto a los niños, los cuatro. Me haces querer más, y en realidad hasta me da miedo, porque juro que nunca me había sentido así.

—Así, como... —quiero escuchar cada palabra de esa declaración de amor tan perfecta.

—Así de libre, porque siento que contigo puedo ser yo mismo, sin esconderme de nada, haciendo locuras como la que acabo de hacer: seguirte hasta una discoteca con el fin de sorprenderte y acabar la noche fundido en ti.

Mi corazón se detiene. Porque esa confesión es mucho más íntima que cualquier caricia. Mucho más poderosa que cualquier beso.

—Entonces quédate —le digo en voz baja—. Quédate y no te separes de mí jamás.

Y él lo hace. Se queda. Nos fundimos en el sofá entre ropas perdidas, palabras susurradas y promesas que no se dicen en voz alta, pero que flotan en el aire como una certeza.

Por primera vez en mucho tiempo, siento que pertenezco a algo. A alguien. A él.

Nos hemos dormido desnudos en el sofá porque, sinceramente, no tuvimos ganas de vestirnos ni de separarnos. Pero de repente, unos gritos nos despiertan: Nadia y Pablo acaban de llegar y nos han pillado.

—Joder, taparos un poco, ¿no? ¿Qué pasa, que la cama estaba muy lejos? —dice Nadia indignada, pero sin quitarle los ojos de encima a Erik.

—Esto es mucho mejor que cuando me pillaste desnudo tú a mí... —suelta Pablo divertido.

—¿Cómo que...? Bueno, no importa —dice Erik, tapándonos con una sábana—. Lo siento, es que no hemos podido llegar a la habitación... ya sabéis, una cosa lleva a la otra y... —le pongo la mano en la boca y lo callo.

—Creo que no tenemos que daros explicaciones de nada, porque vosotros nunca os cortáis, y menos ahora que por fin sois novios. Así que menos lobos, Caperucita. —digo de forma seria y firme—. Y tú, mira a tu novio, no al mío, depravada.

Nadia se echa a reír.

—¿Depravada yo o vosotros? Si estáis en pelota picada en el sofá, al estilo cucharita... venga, va. No me digas que esto no es

digno de una foto...

—Ni se te ocurra, Nadia. —me levanto furiosa, porque pienso en todo lo que podría acarrear una foto así. Somos unos inconscientes...

—Joder, que era una broma. No veas cómo se pone la princesa... Chico, tienes una novia muy guapa, pero muy tonta. —y se ríe de nuevo.

Erik me coge de la mano y me hace volver a su lado, porque en mi arranque de furia me he levantado y la sábana ha desaparecido de mi cuerpo.

—Amanda, cálmate, es una broma. No pasa nada.

Miro a Erik, pero aunque sé que mi amiga no haría eso, también soy muy consciente de que si mis padres vieran una foto así, me desheredarían directamente. No solo me quitarían la visa oro y me dejarían buscarme la vida, sino que no importaría que en la foto saliera el juez más reputado de todo el estado. No... lo que le importaría a mi madre sería la vergüenza de ser la comidilla de todas las reuniones pijas a las que va.

Mis padres me lo dijeron muy claro cuando me fui: que hiciera lo que me diera la gana, pero que ellos no me pagarían nada y que siempre tendría una reputación que mantener. Que esperaban no ser salpicados por mis arranques de locura, porque eso no me lo perdonarían.

—Bueno, pareja, nosotros nos vamos a dormir que estamos cansados de tanto baile. Vosotros podríais hacer lo mismo, pero en la cama, que es más grande y estaréis más cómodos.

Tras esas palabras, desaparecen por el pasillo hacia su dormitorio, y nosotros nos vamos al mío, aunque primero recogemos nuestra ropa, que está esparcida por todo el salón.

CAPÍTULO 26



ERIK

A noche, cuando Amanda me estaba mandando mensajes, no pude resistirme a ir a buscarla. Necesitaba estar con ella. No me preguntes por qué, pero cuando estoy a su lado siento que mi mundo cambia. Ya no hay oscuridad ni tristeza. Con ella veo los colores, las sonrisas de mis hijos. Veo un futuro posible.

Estaba en casa con los niños, cenando, cuando Katherine irrumpió en el salón como un huracán y empezó a increparme delante de ellos.

—¿Qué has hecho, Erik? ¿Has mandado exhumar el cadáver de mi hija? ¡Es mi hija, ¿me oyes?! No tenías ningún permiso para hacerlo.

Me quedo alucinado. No sabía que, en el momento en que se convirtió en mi esposa, necesitara pedir permiso para cada decisión…

—Katherine, este no es el momento para hablar de eso, ¿no crees? —digo, manteniéndome en calma mientras miro a los niños.

—No me importa que nos oigan. Que sepan la clase de padre que tienen. Eso es lo que deben saber: que es un mentiroso y un asesino.

Quería seguir tranquilo, pero juro que esta mujer saca lo peor de mí. Ellos me miran sin comprender.

—¿Qué dice, papá? Abuela, estás loca. Mi papá es muy bueno —replica Kelly, indignada.

—No, cariño. Tu papá es un monstruo —le grita Katherine, fuera de sí.

Charles entra en el salón al escuchar semejante espectáculo, y Joseph le sigue. Al parecer, acababa de aparcar en el garaje y aún no había llegado para unirse al linchamiento. Le lanzo a Charles una mirada que le basta para entender que debe llevarse a los niños. Les dice que es hora del baño, dándome así algo de intimidad con mis suegros.

—Katherine, puedo explicarlo. Pero lo que sí te voy a decir es que no vuelvas a desacreditarme así delante de mis hijos. Todo lo que he hecho ha sido para averiguar quién mató a Meredith. Descubrimos que la autopsia no estaba bien, que faltaban muchos datos, cosas que no cuadraban... Necesitaba una segunda opinión. Y esta vez, de un forense de confianza.

Katherine se tensa, y Joseph me mira, visiblemente sorprendido.

—Podrías habérnoslo dicho. Hoy fuimos al cementerio y nos encontramos con la tumba abierta. ¿Sabes lo que eso nos ha supuesto, Erik? Es nuestra hija. Y sí, tú tienes el poder de decidir, pero podrías habérnoslo consultado.

Vaya, me ha dirigido la palabra. Eso es nuevo. Quizá empieza a replantearse si realmente soy culpable. No lo sé.

—Joseph, lleváis en mi casa cerca de dos semanas y no me habláis. Katherine solo lo hace para meterse con mi novia. Y tú… eres como un fantasma. Y oye, no te culpo. Yo estuve así un año entero. Pero Amanda es mucho más de lo que veis. Ella está ayudando en la investigación, y no os lo dije porque no quería daros falsas esperanzas. No sé si lograremos algo, pero encontrar al asesino de Meredith es mi prioridad. Porque, aunque ahora sea feliz con otra persona, nunca dejaré de querer a vuestra hija.

Ambos me miran con desconcierto.

—Pues no sé en qué va a ayudar esa chica… —dice Katherine con desdén.

—Es psicóloga. Estudia la conducta humana. Se ha centrado en los casos del Degollador de Brooklyn y sabe perfectamente que la forma en que asesinaron a Meredith fue solo una distracción para hacernos pensar que está relacionado con él… o conmigo. Pero fue otra persona. Y no vamos a parar hasta descubrir qué ocurrió.

Después de aquella conversación tan dura, necesitaba respirar. No había mejor lugar para hacerlo que mi hamburguesería favorita. Y, para mi sorpresa, allí estaba ella, la chica que me robaba el sueño, acompañada de sus amigos. La vi relajada, sonriendo, divirtiéndose… Me conformé con contemplarla desde la distancia, hasta que unos mensajes captaron mi atención.

Al acabar de leerlos, ya no quise irme. Tenía clara mi misión: arrastrarla conmigo en cuanto tuviera ocasión. La discusión con mis suegros me había dejado un nudo en el estómago, pero a su lado… a su lado, seguro que lograría olvidarme de todo.

POLICE LINE - DO NOT CROSS

Tras pasar una noche increíble, me despierto cuando los rayos del sol empiezan a molestarme, y allí está ella: dormida, relajada, abrazada a un cojín. Podría decir, incluso, que está más preciosa que nunca.

Miro el reloj. Es tardísimo. Seguro que los niños se están preguntando dónde estoy. Me marché sin decir nada… y ya no volví. Así que decido llamar a casa para tranquilizarlos. Es hora de decirles la verdad, porque ayer me hicieron muchas preguntas sobre el acuerdo… y no puedo seguir fingiendo con ellos.

—Residencia de los Miller, buenos días —contesta Charles, tan educado como siempre.

—Buenos días, Charles. ¿Están los niños en casa? —pregunto con calma.

—Por supuesto, señor Miller. Están con su madre, que ha venido de visita. La señora Davis ha salido, y el señor Davis está descansando. No se encuentra muy bien.

—¿Puedes llamarlos? Quiero hablar con ellos.

Charles es la mejor persona que podría haber tenido a mi lado. Lo conozco desde niño, y jamás me ha fallado.

—¡Hola, papá! ¿Dónde estás? Nos hemos despertado y no estabas… ¿Has ido a trabajar? ¡Pero si hoy es sábado! —preguntan algo agitados.

—No, no he ido a trabajar. Estoy con Amanda.

Los escucho saltar, locos de alegría.

—¿Has ido a buscarla para que venga a comer con nosotros? Ha venido la abuela. Podríamos salir los cinco. Es que… creemos que a la abuela Katherine no le cae muy bien. Y nosotros queremos ver a Amanda.

Estos niños son demasiado listos.

—Sí… bueno, más o menos —tampoco voy a explicarles todo lo que hago con ella.

—Oye, papá. Lo hemos pensado mucho, y queremos que Amanda sea tu novia, pero de verdad, no de mentira. Nos quiere mucho, y sería una buena mamá. Yo quiero una mamá como ella —dice Kelly, con una sencilla y brutal honestidad, desvelando los anhelos más profundos de su pequeño corazón.

—Kelly, cariño… ¿De verdad queréis eso? ¿Y tú, Zack?

Necesito saber si los dos piensan lo mismo.

—Papá, a mí también me gusta Amanda. Yo quiero que sea nuestra mamá.

—Chicos, sois increíbles. Pero eso es complicado. Tenéis que entender que Amanda es más joven, que está terminando sus estudios y que tiene sueños que cumplir… ¿Qué os parece si, por ahora, somos novios y vemos qué pasa? Ella puede pasar tiempo con vosotros, quedarse en casa cuando quiera, y con el tiempo… ya veremos si quiere ser vuestra mamá.

Los escucho reír y saltar de nuevo, llenos de entusiasmo.

—Vale, no te preocupes. ¡Nosotros te ayudaremos!

Y acto seguido los oigo correr y gritarle a mi madre que Amanda y yo somos novios de verdad. Menos mal que Katherine no está...

Al colgar la llamada, voy directo a la nevera. Quiero prepararle el desayuno a Amanda. Últimamente gastamos muchas energías, y hay que reponerlas. Esto es algo que Meredith jamás me dejaba hacer: ella pensaba que, para algo, pagábamos al servicio… Algo que siempre he odiado. Son personas, no sirvientes.

Hago unas tostadas, huevos, *bacon*, y unas tortitas que salen medio quemadas y sin forma. En lugar de ser redondas, no sabría ni cómo describirlas.

—¿Llamo a los bomberos? —pregunta Amanda desde el quicio de la puerta, divertida, mientras se ríe al ver el color de las tortitas.

—Muy graciosa, señorita… Quería sorprenderte, pero creo que se me ha ido de las manos.

—No hace falta que lo jures. Bueno, podemos comer lo demás. No te preocupes. ¿Por qué no me has despertado?

—No quería molestarte. He llamado a los niños y… nos han propuesto salir a comer con mi madre. ¿Te apetece? Ah, también han añadido que creen que no le caes muy bien a Katherine. No se les escapa una a estos enanos —sonrío de medio lado y me masajeo la cabeza. Sé que esa sensación es mutua.

—Son demasiado listos. Si a ti te apetece que vayamos a comer con tu madre, por mí no hay problema. Así la invito a mi graduación. Me encantaría que ambos estuvierais allí. Mis padres no van a venir y… creo que sois lo más cercano a una familia que tengo, además de mis amigos.

Puedo notar cierta tristeza en sus palabras. Y aunque entiendo que la relación con sus padres no es buena por querer imponerle una vida que no era la suya, no quiero que se sienta sola.

—Amanda, me alegra que pienses así… y ojalá el futuro nos permita serlo de verdad. Estoy muy bien contigo. Jamás imaginé poder volver a ser feliz con nadie, y mucho menos sentir que soy, por fin, el hombre que siempre quise ser. Eso te lo debo a ti. No voy a precipitarme, porque entiendo que tienes metas por cumplir, pero quiero que sepas que yo siempre voy a apoyar cada decisión que tomes. Porque eso es lo que hacen las parejas: caminar juntas, no imponer caminos.

Su sonrisa ilumina la cocina. Sus ojos están al borde del llanto, emocionados. Y yo solo deseo una cosa: que viva la vida que se merece, que cumpla cada uno de sus sueños… y que me elija a mí para recorrer ese camino.

Estamos sentados tomando un café cuando, de repente, lo suelto sin más:

—Estoy preparado para recoger todas las cosas de Meredith de casa.

Amanda casi se atraganta. Creo que no esperaba que lo dijera así, tan natural, como si no tuviera importancia… aunque sí la tiene. Pero siento que es lo que debo hacer para avanzar: recogerlo todo y mudarme de habitación. Porque la que he compartido con Amanda, aunque solo haya sido una noche, me da calma, paz y felicidad.

—Joder, Erik, casi me ahogo. ¿Estás seguro de que quieres hacerlo? No quiero que lo hagas por mí. No me importa que sus

cosas estén allí, lo entiendo. Tampoco me molesta que la ames… es normal.

Amor… eso es demasiado grande como para borrarlo.

—Amanda, no te voy a negar que siempre tendrá un lugar muy especial en mi corazón y que no la olvidaré jamás. Pero tú no eres un reemplazo. No eres una sustituta. Y no lo hago por ti, sino por mí, porque necesito avanzar de verdad, pasar página… y quiero hacerlo a tu lado, sin que su recuerdo me perturbe.

—En ese caso, te ayudaré en lo que pueda. Además, piensa que mientras lo haces quizá descubramos algo que ayude en el caso. Alguna agenda que tuviera guardada, o algo que indique quién pudo ser la persona a la que dejó entrar ese día. Porque, si de algo estoy segura, es de que ella lo conocía.

Nos marchamos después de desayunar. Ella se pone ropa cómoda y yo... bueno, llevo la misma de ayer, obvio. Justo cuando vamos a salir, me lanza un casco de moto como si fuera un balón.

—¿No decías que querías ir en moto? Pues hoy conduzco yo.

Sin más, bajamos al garaje. Y allí está: esa moto deportiva que tanto me gusta. Verla a ella sobre ella… es demasiado sexy. Me monto detrás, me agarro a su cintura, y Amanda arranca y sale disparada. Le gusta pisarle, y se nota. A mí me encanta sentir el viento en el cuerpo, en la cara. Me siento como un pájaro volando… como un ave Fénix renacido. Es una sensación que no cambiaría por nada.

Al llegar, aparca la moto y los niños salen corriendo a abrazarnos.

—¿Habéis venido en la moto de Amanda? ¡Jo, qué morro, papá! Yo también quiero montar —dice Zack, cruzándose de brazos, enfadado.

—Zack, cariño, eres muy pequeño. Si nos pilla la policía, se me cae el poco pelo que tengo —comenta Amanda, acariciándole la cabeza.

—No tienes poco, es corto. Que es muy distinto. Pero a mí me gusta mucho —responde Kelly. Amanda se agacha y le da un beso.

—¿Sabes lo que me gusta a mí? —Ella niega con la cabeza—. Vosotros. Me gustáis vosotros.

Los niños sonríen, y entonces Kelly suelta la suya:

—¿Y mi papá también, no?

Amanda me mira sorprendida, pero sonríe igualmente.

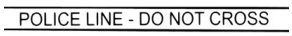
—Claro, aunque no tanto como vosotros —responde, guiñándome un ojo sin que ellos lo vean, y luego otro a ellos.

—Me encanta esta chica. Por una vez has elegido bien. O quizá ha sido el destino. Ya te dije que apareció en nuestras vidas por algo. Y no suelo equivocarme —me dice mi madre en voz baja.

—Gracias, mamá. Nunca te he dado las gracias por contratarla. Sé que, en aquel momento, no quería ni mirarla. Pero si tú no hubieras hecho eso… —y los señalo a los tres— yo ahora no sería quien soy.

—Ya te lo dije: solo tenías que dejar salir al chico que encerraste dentro de ti hace tiempo. Nada más. Si no puedes ser tú mismo con la persona que amas, es que no merece estar a tu lado.

Ahora me doy cuenta de que siempre tuvo razón.



La comida ha ido genial, y tras ella pasamos una tarde estupenda, entre risas, juegos y planes.

Bañamos juntos a los niños, algo que nunca me había molestado en hacer, pero ahora simplemente no quiero separarme de Amanda. Tras la cena, después de contarles un cuento y ver cómo se duermen, llega el momento del adiós. La noto algo rara desde hace rato, y entonces siento un pinchazo en el pecho. Me duele que se marche.

—Amanda, quédate a dormir, por favor. Juro que me mantendré a una distancia prudencial si quieres, pero necesito dormir a tu lado.

Ella me mira apesadumbrada. Sé muy bien por qué.

—Erik, ¿has visto cómo me ha mirado Katherine? No me quiere aquí, y no quiero incomodarla, de verdad. La he escuchado hablar con Joseph cuando iba al baño… No quiero que remueva tus sentimientos por mi culpa.

Sé muy bien lo cruel que puede llegar a ser esa mujer. Ya he aguantado demasiados reproches suyos, y no estoy dispuesto a que

Amanda llegue a sentir que este no es su sitio.

—No sé lo que habrá dicho, pero seguro que no tiene razón.

—Claro que no. Sigue en sus trece: que soy una interesada, que solo voy detrás de tu fortuna… que tengo a los niños hipnotizados tanto como a ti, y que, aunque ahora creas que soy lo mejor que te ha pasado, nunca estaré a la altura de tu mujer. Y sinceramente… me jode. Porque aunque no quiera admitirlo, en el fondo de mi corazón sé que ella siempre ocupará un lugar mejor que el mío.

—Amanda, esto no es una competición. No hay un *ranking*. Meredith fue mi mujer, fuimos felices, tuvimos dos hijos… pero murió. Y aunque su muerte fue trágica y me costó mucho superarla, lo he hecho. Gracias a ti. Tú no eres una sombra ni un reemplazo. Ambos sabemos que tu fortuna es más grande que la mía —aunque ahora no puedas disponer de ella—, así que no le sigas el juego a esa bruja. Haz lo que realmente quieras hacer. Los niños saben que ya no estamos fingiendo, mi madre te adora… ellos también. Por favor, no tengas miedo. Si quieres quedarte, quédate. Y si quieres besarme, no te cortes. Porque yo llevo toda la noche deseando posar mis labios sobre los tuyos.

Joder… la miro y me duele verla así, como si todo lo que le he dicho hasta ahora no bastara. Como si sus dudas pesaran más que mi amor. Tiene los ojos llenos de orgullo herido, de cansancio, de esas palabras envenenadas que mi suegra le ha soltado sin que yo me enterara.

—¿Y si luego te arrepientes? —me pregunta con esa voz que solo usa cuando está a punto de romperse—. ¿Y si un día te despiertas y te das cuenta de que solo fui un parche?

Doy un paso hacia ella, no por consolarla, sino porque la necesito cerca. Me arde no tocarla. Levanto la mano y le aparto un mechón de pelo del rostro. Sus ojos se clavan en los míos, llenos de miedo y rabia a partes iguales.

—Entonces me despertaré cada día luchando por convencerte de lo contrario, Amanda —le digo en voz baja—. Eres la razón por la que sigo en pie. La que me sacó del abismo cuando ni yo creía merecer salir. Eres mi segunda oportunidad. Y no voy a desperdiciarla.

Cierra los ojos. Sé que está pensando, sopesando, evaluando cada palabra que acabo de decir como si fueran promesas esculpidas en piedra. El silencio se alarga, hasta que finalmente, con voz temblorosa, susurra:

—Entonces bésame. Y no me sueltes.

La beso como si lo necesitara para respirar. Como si todo lo que he callado, todo lo que he contenido por respeto, por miedo, por culpa, pudiera disolverse en ese contacto. Es un beso que no pide permiso, pero tampoco exige nada. Es real. Ella tiembla entre mis brazos, pero no se aparta. Me besa de vuelta como si también hubiera estado aguantando demasiado tiempo.

Cuando por fin nos separamos, tiene una sonrisa en los labios. Dios… esa sonrisa.

—Me parece que me voy a quedar —dice, rozando mi pecho con un dedo—. Pero que conste que es porque yo quiero. Porque te necesito. Y porque estar a tu lado es lo que me hace feliz.

Sonrío. Derrotado, entregado, profundamente enamorado. La miro como si en el mundo solo existiera ella.

—¿Por qué me miras así?

—Porque aún no puedo creer que te tenga.

Y entonces subo con ella a la habitación. A nuestra habitación. Y le hago el amor de la forma más dulce que puedas imaginar, intentando borrar cada rastro de duda que le quede.

Mañana pienso hablar con Katherine. Y decirle que se marche.

CAPÍTULO 27



Las palabras de Katherine me han dolido de verdad. Escucharla hablar con su marido acerca de su hija, de lo feliz que fue con Erik y de cómo él ahora no se da cuenta porque está ensimismado, ha sido un golpe bajo. Entiendo que no puedo llegar y conquistar su corazón como si ella nunca hubiera existido —es obvio—, pero tampoco hace falta que nadie me recuerde que soy la sustituta. Porque eso es lo que dio a entender en su conversación, aunque añadiera que nadie jamás logrará que él la olvide.

Hay que ser mala…

Pero ahora, tras todo lo que ha pasado esta noche, observo a Erik dormido, relajado y feliz. Intento dejar que Morfeo me lleve, aunque mi mente no deja de girar en torno a esa odiosa señora y sus palabras hirientes.

Un sonido agudo nos despierta: es el teléfono de Erik. Atiende la llamada con cautela; es el agente Owens. Quiere que acuda a comisaría: han concluido la nueva autopsia y necesita hablar con él.

—Vístete, pequeña. Te vienes conmigo —comenta mientras me besa en la frente.

—Erik, creo que es algo que debes hacer solo. ¿Qué pinto yo allí?

Me sonríe de medio lado.

—Amanda, lo pintas todo. ¿Aún no lo entiendes? —Niego con la cabeza—. Quiero que estés a mi lado porque te necesito. No importa

el dolor que me cause lo que tenga que oír si tú estás allí. Eres todo cuanto me hace falta. Por favor, no me niegues eso.

Me mira suplicante, y ante esa mirada no puedo negarle nada.

—Está bien, pero pasaremos por mi casa primero. Tendré que cambiarme; no me gusta ir con la ropa del día anterior, y en tu casa no tengo nada que ponerme.

Aunque la talla de su mujer es la misma que la mía, ni se me pasaría por la mente pedirle algo prestado a Erik.

—Eso tiene fácil solución: o te traes algunas cosas, o las compramos —me dice.

Lo miro, sorprendida.

—No te pido que te mudes conmigo —añade—, al menos por ahora. Solo que tengas algunas cosas aquí. Si te quedas a dormir, que tengas qué ponerte. Nada más.

No te negaré que vivir con él sería un sueño para mí: disfrutar de los niños, de su amor… Uf, solo de pensarlo mi sonrisa se multiplica por cuatro. Pero es muy pronto, y antes tiene que superar lo que está por llegar.

—Bueno, eso ya lo veremos. Vamos, que no quiero hacer esperar al agente Owens.

Nos vestimos y cogemos mi moto, porque su coche sigue en mi casa. Erik le ha dicho a Charles a dónde vamos, y él ha prometido guardar el secreto.

El viento helado me golpea el rostro mientras avanzamos por la ciudad, pero no puedo pensar en otra cosa que en Meredith. En lo que vamos a descubrir. Y en lo que eso significará para Erik.

Cuando llegamos a casa no puedo entretenerme, así que me pongo unos vaqueros pitillo, una camisa blanca de manga corta y unas botas de tacón. Bajamos al garaje y cogemos el coche de Erik.

Al llegar a la comisaría, el agente Owens nos espera en la entrada. O más bien lo espera a él, porque al verme se sorprende: no esperaba vernos juntos.

—Vaya, qué casualidad encontrarla aquí, señorita Chase.

—He venido con el señor Miller. Espero que no le incomode mi presencia.

—No, para nada. Es solo que necesitamos hablar con él a solas, si no le importa.

Estoy a punto de decir que no hay problema e irme cuando Erik me sujeta la mano.

—Agente, lo que tenga que decirme, sea lo que sea, puede escucharlo la señorita Chase. Estoy convencido de que cualquier avance nos ayudará a encontrar al asesino, y con su ayuda lo atraparemos antes —dice, muy agudo.

El agente Owens asiente, algo resignado.

Nos guía por un pasillo mal iluminado y entramos en una sala austera, donde el olor a café rancio compite con el polvo de los expedientes amontonados. Owens se sienta, abre una carpeta gruesa y comienza a hablar sin rodeos.

—El nuevo forense ha realizado todas las pruebas posibles, dadas las condiciones del cuerpo de la señora Miller. Se extrajeron restos de tejido bajo las uñas, que todavía están siendo analizados. También se hizo una prueba toxicológica completa: espectrometría de masas, cromatografía… se buscó cualquier sustancia en su sistema.

—¿Y? —pregunto sin pensar.

Owens me lanza una mirada fugaz, pero enseguida dirige su atención a Erik.

—La causa oficial de la muerte fue un traumatismo craneal severo. Un solo golpe, fuerte y preciso. Después, alguien la degolló. Tal como apuntó la señorita Chase: de forma torpe, irregular… Como si quien lo hiciera dudara o no supiera realmente cómo hacerlo. Estaba inconsciente, posiblemente ya muerta.

Erik se queda inmóvil. Puedo sentir cómo su cuerpo se tensa a mi lado. Aún me sujeta la mano, pero ahora lo hace como si necesitara aferrarse a ella para no derrumbarse.

—La escena del crimen fue manipulada —continúa Owens—. El cuerpo estaba colocado de forma simbólica. El corte, la postura... todo coincide con los patrones de Jeremy Houston. Pero sabemos que él estaba encarcelado. Siempre sospechamos que podía haber un aprendiz, sobre todo por la amenaza que le lanzó en el juicio cuando fue condenado. Pero… hemos encontrado más cosas.

¿Más cosas?

Mi corazón se encoge, y la cara de Erik es indescifrable. Lo único que puedo decirte es que sujeta mi mano como si fuera un ancla a la que aferrarse para no naufragar.

—El forense detectó un embarazo reciente, de entre seis y ocho semanas. También halló indicios de un aborto, ocurrido poco antes de su muerte. Había restos de calmantes potentes, no prescritos, lo que indica que quizá intentó ocultarlo.

—¿Estaba embarazada? —pregunta Erik en voz baja. Sus ojos no parpadean. No parece estar procesándolo del todo.

—Lo estuvo. Como le he indicado, sufrió un aborto. Y lo que sí puedo decirle es que no fue natural. Creo que ella misma acudió a alguna clínica para practicárselo. Eso cambia muchas cosas. No sabemos si pensaba contárselo. Tampoco quién era el padre. Podría haber sido usted... o no. Eso también lo estamos investigando.

Erik baja la cabeza y, por primera vez desde que entramos, parece quebrarse. Yo no sé qué hacer. No sé si abrazarlo, si apartarme o si preguntar más.

Solo sé que, en este momento, todo está cambiando.

—Esto no es una simple muerte —digo, con voz firme—. Es una advertencia. Un teatro. Alguien quiere que miremos en la dirección equivocada. Y mientras lo hacemos, se nos escapa lo importante.

Intento analizar cada palabra del agente Owens. Y, basándome en lo que sé —lo que he aprendido a lo largo de mi carrera, el expediente y esta nueva autopsia tan reveladora—, creo que el perfil del asesino es claro. Aunque, antes de decir nada más, necesito averiguar algunas cosas.

Owens asiente lentamente.

—Por eso no podemos descartar a nadie. Estamos revisando llamadas, mensajes, relaciones pasadas... cualquier cosa que revele con quién hablaba Meredith antes de morir. Y quién podía tener un motivo.

Erik levanta la cabeza, con la mandíbula tensa.

—Quiero que Amanda les ayude en todo. Si alguien lo imitó, quiero saber cómo piensa. Y por qué lo hizo. No hay mejor persona que ella para descubrirlo. Gracias a su investigación descubrimos

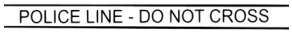
que el informe del forense era falso. Ahora todos debemos trabajar juntos para saber quién la asesinó... y por qué me ocultaría el embarazo.

—Me parece bien. La señorita Chase nos ha demostrado que es muy capaz. Pero no va a ser una situación fácil, señor Miller —dice Owens con calma—. Porque cuanto más escarbemos, más verdades van a salir. Y puede que no le gusten.

Erik lo mira fijamente, con los ojos encendidos.

—Ya no me importa lo que duela. Quiero la verdad.

Y yo, aún sin soltar su mano, solo puedo pensar que esa verdad... puede rompernos a todos.



Salimos de la comisaría sin hablar. No sé qué decir, e imagino que él está intentando asimilar lo que acaban de revelarnos. Un embarazo. Un aborto... Eso solo puede significar una cosa. Y, si mi instinto no se equivoca, Meredith no era esa mujer tan perfecta que fingía ser.

No puedo soportar la expresión de Erik: triste, desolada... Como si descubrir que su mujer le engañaba —porque todo apunta a eso— le hubiera destrozado. Y yo, en el fondo, tengo miedo de perderle.

—Erik, ¿estás bien? —Es una pregunta tonta, porque obviamente no lo está, pero es la que se suele hacer en estos casos. Para romper el hielo no se me ocurre otra.

—Es que no lo entiendo. Yo se lo di todo. ¿Cómo fue capaz de engañarme? Porque si no... ¿por qué abortó?

Me gustaría tener respuestas que le ayudaran, pero no las tengo.

—Erik, no lo sé. Pero lo averiguaremos.

—Hoy voy a sacar todas sus cosas de casa. No quiero nada de ella. Me ha hecho daño, ¿sabes? Incluso muerta intenta dominar mi mundo. Ahora que empezaba a salir del agujero, es como si de nuevo me absorbiera... Joder, ¿qué le he hecho yo al universo?

Camina de un lado a otro como un gato enjaulado, y no quiero verlo así.

—Eh, no dejes que esto te arrastre. No dejes que te afecte, porque eso es justo lo que quiere quien mató a Meredith: verte hundido. Mi instinto me dice que actuó movido por la rabia. Y que el foco de esa rabia eras tú. Pero tenemos que descubrir qué hay detrás de todo esto.

—No, Amanda. Si actuó con rabia, fue por ella. Lo que está claro es que me engañaba, que no le importó hacerme daño. Ni a mí ni a los niños. Y eso no lo voy a olvidar. Por mucho que quisiera enmendar su error, si es que eso le costó la vida, no puedo. Sé que en mi oficio me he ganado muchos enemigos. Que estar conmigo no es fácil. Siempre me culpé por su muerte. Pero ahora resulta que me engañaba con otro. Que se quedó embarazada y abortó para que yo no me enterara... Eso es ser cruel.

—Te entiendo. Pero no podemos sacar conclusiones precipitadas sin saber qué pasó realmente. Así que vamos a centrarnos en encontrar algo que nos lleve hasta el asesino, ¿vale?

Asiente con la cabeza mientras llegamos al coche. Entramos, y siento que hemos vuelto al principio. A ese momento en el que él no me hablaba y yo le odiaba. Lo único que ha cambiado... es que ahora le quiero demasiado.

CAPÍTULO 28



Erik ha llamado a su madre y le ha pedido que se lleve a los niños. Necesita buscar alguna prueba que nos acerque al asesino y no quiere que ellos estén por medio, entorpeciendo su cometido. Ella acepta sin hacer preguntas, pero puede notarse en su tono de voz que algo no anda bien. Ya no queda ni un ápice de sonrisa en su rostro; ha vuelto a sumirse en la oscuridad. Y, aunque detesto profundamente a ese Erik, no puedo evitar querer estar cerca, porque creo que en esta casa vamos a encontrar pistas que nos conduzcan hasta el asesino.

Nada más entrar, subimos rápidamente a la habitación. Erik empieza a sacar todas las cosas de Meredith del armario: ropa, cajas de zapatos… Las va abriendo una tras otra y, como un león rabioso, lo lanza todo por doquier. No sé qué decirle. Lo entiendo, está dolido, pero no se da cuenta de que yo estoy con él, y que el pasado ya no importa. Solo importa cerrarlo para poder avanzar.

Katherine aparece en la puerta, alertada por el estruendo. Al ver lo que está haciendo Erik, monta en cólera.

—Ya lo has conseguido, ¿no? Eres una furcia. No te mereces ni sentarte en esa cama. Escúchame bien, niña: mi hija siempre será la dueña de esta casa y de su corazón. Tú solo eres una cualquiera que calienta su cama y sacia sus necesidades. No eres nada más.

Juro que la agarraría de los pelos y la pasearía pasillo arriba y pasillo abajo, pero no lo hago. Ante todo, tengo una excelente

educación, impartida en las mejores escuelas de Manhattan. Algo que, sinceramente, dudo que tuviera su hija.

—¡Katherine! —grita de repente Erik, sin darme tiempo a contestar—. Ya está bien. Quiero que cojas tus cosas y te largues de esta casa. No quiero que vuelvas a pisarla jamás. Y si quieres ver a los niños, tendrás que solicitar un régimen de visitas por la vía legal.

Ella lo mira, incrédula.

—¿No te das cuenta de que esta chica te ha engañado para que te olvides de mi hija? Pretende convertirse en la señora de esta casa, apropiarse de todo...

Ya me está cansando esta mujer con el tema del dinero.

—Mire, señora, bastante educada he sido con usted. Estoy harta de que me tache de pobretona cazafortunas. Usted no tiene ni idea de quién soy, pero le aseguro que…

—No —me interrumpe Erik—. Katherine, Amanda no me ha engañado. Amanda me ha resucitado. Y te voy a decir algo: tu hija me mentía. No era la esposa perfecta que fingía ser. No sé quién la mató, pero pienso descubrirlo. Lo que sí sé es que no la perdonaré jamás. Porque le entregué todo: mi vida, mi dinero y mi corazón. Así que no sé quién es más cazafortunas: ¿Amanda, que está labrándose una carrera y no depende de mí en absoluto, o tu hija, que en cuanto puse un anillo en su dedo lo dejó todo para convertirse en la señora de esta casa?

Su cara es todo un poema. Vaya zasca le ha dado. Estoy impresionada.

—Esto no va a quedar así, Erik. Te vas a arrepentir.

Y, sin añadir nada más, se da media vuelta y se marcha.

—Lo siento. Siento mucho todo esto. Ya no sé cómo disculparme por su actitud… Solo espero que se vaya a su puta casa, porque me tiene hasta los cojones —dice Erik.

Lo observo: es tan diferente al Erik de estas semanas...

—¿Por qué no me has dejado decirle quién soy? Hubiera pagado por ver su cara, te lo juro —y lo digo completamente en serio.

—Porque no tienes que darle explicaciones a nadie, Amanda. Ella te ha juzgado sin conocerte. Es como si yo, al entrar en una sala, sin escuchar los alegatos ni las pruebas, solo con mirar la cara del

acusado, dijera: "Usted es culpable. Veinte años de cárcel". Eso no es justo. Ni siquiera te ha dado una oportunidad. Desde el primer día te odia, y no entiendo por qué, si lo único que debería importarle es cómo tratas a los niños. Y se nota que los quieres con locura. Y yo… ya estoy harto.

Escucharle defenderme de esa forma me hace creer que, quizás, aún hay esperanza para nosotros. Aunque nuestra relación, justo ahora que debería estar en su momento más dulce, se haya enfriado.



Un rato más tarde, la escuchamos salir con una maleta y gritarle a su marido que se van. El pobre hombre me da algo de pena. Estaba abajo, en el jardín, y seguro que no se ha enterado de nada.

Erik sigue a lo suyo, abriendo cajas, buscando algo que no tengo ni idea de qué puede ser. Y es entonces, al verlo tan agobiado, cuando decido detenerlo. Me acerco a él y le quito la caja que acaba de coger.

—Erik, mírame un momento. Estás furioso, y lo entiendo, pero así no vas a arreglar nada. Siéntate, respira profundamente y déjame ayudarte.

Él me arrebata la caja de las manos, pero, de repente, se da cuenta de que tengo razón. Ante mi dura mirada de desaprobación por su actitud, se relaja, se sienta en la cama y agacha la cabeza, sosteniéndosela con las manos.

—Perdona… No quería pagarlo contigo. Es que no sé qué sentir. Ahora mismo la odio, y siento que he vivido una mentira. Porque yo creía que era el único para ella… pero con todo lo que han descubierto, no sé cómo sentirme.

Lo dice frustrado, y es que no debe de ser fácil enterarse de que la persona que crees que es el gran amor de tu vida te ha engañado con otro. Y no solo eso: se quedó embarazada. Pero a mí hay algo que se me escapa de toda esta situación.

Porque si quería a otra persona, ¿por qué no se divorció? ¿Por qué abortó? No sé… todo esto es demasiado extraño.

—Erik, es normal que sientas esa frustración y esa rabia, pero eso no te va a ayudar a encontrar nada. Vamos a pensar.

Voy a utilizar una técnica que he aprendido en la universidad, que es muy lógica si te paras a pensarlo: desentrañar todos los movimientos de una víctima para establecer las circunstancias que la han podido llevar al crimen o, en este caso, al engaño.

—En el hipotético caso de que te estuviera engañando, ¿sabes con quién pudo hacerlo? ¿Con quién se veía?

Se pone a pensar y niega con la cabeza.

—Meredith era demasiado cauta. Siempre le ha gustado guardar las apariencias. Le encantaba ir al club de campo, pasar el día con sus amigas en el gimnasio, desconectar yendo de compras. Una vez por semana quedaba a comer con Thomas, que siempre ha sido como su hermano. También lo hacía con sus padres.

Pienso que tanto en el club como en el gimnasio pudo haber estado con alguien, sin que nadie se enterara.

—¿Y Thomas? ¿Nunca has desconfiado de ellos?

Es entonces cuando sonríe.

—Pequeña, nunca se fijaría en Thomas de esa forma. Además, él salía con una chica y ambas se conocían desde hace años. Dudo mucho que él sea su amante.

Si él lo dice, tendré que creerle, así que seguimos buscando.

Decidimos que yo siga sacando las cosas mientras Erik se marcha un momento a buscar unas cajas vacías que tiene en el garaje. Hemos acordado guardar toda la ropa y demás objetos para donarlos.

Mientras, recojo todo lo que él ha tirado de malas maneras y lo voy apilando en la cama. De repente, de un abrigo cae un sobre al suelo.

En él se lee claramente *Brooklyn Early Paternity Center*. Lo miro dos veces, porque esto es una prueba de paternidad. Me aventuro a abrirlo y lo que veo me deja sin habla: en el documento se especifica que la madre es Meredith Miller y que Erik **no** es el padre de ese bebé. Es una prueba de paternidad prenatal, que puede

realizarse a partir de la octava semana de gestación. Para llevarla a cabo, se extrae una muestra de sangre de la madre, se toma una muestra de ADN del supuesto padre —que Meredith pudo conseguir mientras él dormía— y, una vez separado el ADN del bebé del de la madre, lo comparan con el del padre.

Mientras observo esa carta, solo puedo pensar que, si ella lo hizo, es porque no tenía claro de quién era ese bebé. Y que, probablemente, si hubiera sido de Erik, toda esta situación sería muy distinta. Quizá ni siquiera existiría.

Cuando Erik entra con las cajas y ve lo que estoy leyendo, me mira. Le entrego la carta. Es entonces cuando se derrumba y se pone a llorar como si fuera un niño pequeño.

—Erik, ¿qué pasa? Me estás asustando… No llores, por favor.

Él me mira, roto de dolor, y se abraza a mi cintura.

—¿Y si no son míos? ¿Y si Katherine lo sabe y por eso quiere llevárselos?

Joder, no había pensado en esa posibilidad.

Dice el ladrón que todos son de su condición, y esa mujer me ha tachado a mí de aprovechada y cazafortunas… Pero es en ese preciso momento cuando las palabras de Erik regresan a mi mente como si las estuviera pronunciando ahora mismo: *Ella dejó su vida en el momento en que él puso un anillo en su dedo para convertirse en la señora de esta casa*.

¿Y si solo lo quería por el dinero?

Rubén también lo pensó, el asistente de Erik, y mira… ha dado en el clavo. Porque, tras la situación vivida en aquel juicio, las dudas de Erik no han dejado de manifestarse. Y con ellas sus miedos. Ahora todas cobran vida.

Quizá Meredith le mintió desde el principio. Estar con Erik le vino de perlas, porque así adquirió un estatus importante —el que, al parecer, a su madre le convenía—, pero no quería abandonar a la persona que realmente amaba, por eso siguieron juntos a escondidas. Pero… ¿y si los mellizos no son suyos? ¿Por qué no los perdió, como en este embarazo?

La carta está fechada hace un año y dos meses, casi el tiempo que hace que murió Meredith.

—Erik, eso tiene fácil solución, y lo sabes.

Las dudas nunca son buenas. Así que accede, y decidimos hacer unas pruebas de paternidad con los niños para salir de dudas.

Seguimos guardando las cosas de Meredith, pero en el armario no encontramos nada más. Hemos abierto cada caja, revisado cada bolsillo, incluso mirado si el armario tenía algún doble fondo, pero nada.

Llaman a la puerta y, al abrir, nos encontramos con el agente Owens al otro lado.

—¿Qué le trae por aquí, agente? —pregunta Erik, visiblemente nervioso.

—Señor Miller, dadas las circunstancias, debemos investigar muchas cosas, y la primera de todas es esta casa. Traigo una orden de registro. No hace falta que le explique cómo funciona, ¿verdad?

Erik me mira sorprendido. Aunque llegan tarde, lo encuentro lógico.

—Tienen que hacerlo, forma parte de la investigación. No te preocupes —le digo, cogiéndole de la mano, algo que no pasa desapercibido para el agente Owens, que nos observa con curiosidad.

—Hoy he recogido las cosas de mi difunta esposa. Están en unas cajas en el garaje. Pensaba donarlas, pero imagino que querrán verlas. Lo siento, pero estaba tan enfadado que no podía tenerlas más en mi habitación. Me siento traicionado.

—¿Tanto como para cometer una locura? —pregunta sin titubear.

Es entonces cuando me doy cuenta de que cree que Erik pudo haberla matado.

Si lo pienso fríamente, tiene el perfil perfecto. El asesino tenía un vínculo personal con la víctima; se nota claramente que ha sido un crimen pasional. Aunque intentó imitar a Houston, los cortes fueron erráticos. Las pruebas hablan por sí solas: el asesino estaba enfadado, tanto que no dudó en lo que hizo, aunque sí en la forma, porque el arrepentimiento se evidenció en el último corte. Y Erik encaja perfectamente en el perfil. Podría haber entrado con su propia llave, enfrentarse a Meredith al descubrir que le engañaba, discutir, golpearla y matarla, cegado por la rabia. Luego, para

desviar la atención, la degolló, aprovechando la amenaza que había recibido en los juzgados.

Da miedo pensar algo así de una persona a la que quieres, pero las piezas encajan demasiado bien.

Veo que Erik está a punto de entregarle la carta al agente Owens. Sé que lo que estoy a punto de hacer es una locura, pero mi corazón —y también mi instinto— me dicen que él no pudo ser. Así que se la quito de las manos y le hago un gesto con la cabeza para que entienda que no puede dársela, todo sin que Owens se dé cuenta.

Los agentes se marchan con las cajas de ropa, el ordenador de Erik y un portátil que había en la habitación de los niños.

—Cuando sepamos algo más, le avisaremos. Gracias por dejarnos hacer nuestro trabajo y por colaborar —dice en un tono poco amistoso.

—Agente, no tengo nada que ocultar. Quiero descubrir al culpable tanto como usted. Lo único que le pido es que me devuelvan el ordenador lo antes posible. Lo necesito para trabajar. Y no hace falta que le recuerde que los expedientes de juicio que contiene deben permanecer entre ustedes y yo, ¿verdad? —se retan con la mirada.

—Claro. No se preocupe por eso —responde, y luego se dirige a mí—. Si descubre algo por su cuenta, hágamelo saber de inmediato, señorita Chase —se despide con un leve gesto de cabeza, que imito.

—¿Por qué no me has dejado darle la carta? ¿Estás loca? No podemos ocultarle esa prueba —dice Erik, algo alterado.

—¿No ves que te consideran culpable? Si les das esta carta, se lo pones en bandeja —él se sorprende, pero sabe que tengo razón.

—¿Y qué se supone que debo hacer? ¡Yo no sabía que me engañaba, lo juro!

—Y yo te creo. Pero ellos no te conocen como yo. Y fui yo quien les dio el perfil del asesino… y encajas demasiado bien.

Espero no estar equivocándome. Aunque mi corazón grite su inocencia, prefiero pensar que lo hago por instinto.

—¿Qué hacemos ahora? —pregunta Erik, desconcertado.

—Nada. Esperar. Tú sigue con tu vida. Haz las pruebas con los niños cuanto antes y, después, veremos qué hacer. A ver si ellos encuentran alguna pista más.

—Vale.

Decidimos pasar la noche cada uno en su casa. Hoy no está el horno para bollos, y aunque me gustaría estar con él, creo que necesita tiempo para ordenar todo lo que está viviendo. Además, mañana ambos tenemos que cumplir con nuestras respectivas obligaciones: él debe ir al juzgado y yo a la universidad, a terminar de preparar la fiesta de graduación.

Cuando llego a casa se lo cuento todo a Nadia. Hoy estamos solas y decidimos ver una película, comer helado de caramelo salado y contarnos confidencias.

—Joder, pobrecillo. Justo ahora que parecía que todo le iba bien contigo… Menudo marrón se le viene encima. Pero… Amanda, ¿no lo has pensado? Tú misma me dijiste hace unas semanas que habías visto una foto de su mujer en el móvil de su amigo, en actitud cariñosa. ¿Y si él fuera su amante? Tiene sentido. Nadie sospecharía de él, ¿no crees?

Analizo la situación y creo que Nadia podría tener razón. ¿Por qué, si no, tendría una foto suya como fondo de pantalla? Y en la fiesta miraba a los niños de una forma extraña… ¿Y si él era el padre del bebé? Tengo que conseguir una muestra de saliva de ese tipo.

Seguro que la clínica guarda el expediente de Meredith, y creo que podríamos conseguirlo para ver si Thomas es el padre. Pero ¿cómo lo hago? No puedo mentirle a Erik, así que tendré que contarle lo que sé: que estuve con Thomas una noche en el parque y vi la foto.

Nadia cambia de tema para que deje de obsesionarme y me cuenta que Pablo le ha insinuado la posibilidad de irse a vivir juntos. Me sorprende y emociona a la vez.

—¿Y qué le has dicho? —pregunto, entusiasmada.

—Que tengo que pensarlo. Es un paso muy importante. Ya no solo nos liamos cuando salimos; esto se ha vuelto algo serio. Y vivir juntos lo es aún más. Yo no quería una relación, pero la verdad es

que no quiero estar sin él. Desde que tenemos esta exclusividad todo va genial. Le quiero, y no me imagino la vida sin él.

La abrazo. Este paso es muy importante para ella, pero sé que, si lo dan, les irá bien. Llevan mucho tiempo juntos; solo necesitaban definir lo que querían.

—Nadia, estáis enamorados. No tengas dudas. Y si vivís aquí, a mí no me va a importar, te lo aseguro. Además, si Erik y yo volvemos a estar como estos días, quizá me plantee pasar más tiempo en su casa. De hecho, me ha pedido que deje cosas allí.

Ella se aparta un poco y me mira a la cara, boquiabierta.

—¡¿Qué?! Dios, Amanda, eso no es una simple petición. Quiere que vivas con él. Seguro que no se atrevió a pedírtelo directamente porque lleváis poco tiempo, pero ese hombre te ama de verdad. Le he visto mirarte… sus ojos brillan. Es tu puto *chin*. Joder, parece una peli de sobremesa de los sábados, te lo juro. Ojalá resolváis el caso de su mujer pronto, para que podáis vivir vuestro amor libremente.

—Yo solo quiero que se resuelva para que él pueda pasar página. Porque siento que el fantasma de Meredith siempre va a estar ahí.

La noche avanza. Vemos dos películas románticas —porque ambas somos así— y, mientras fantaseamos con nuestro futuro, ella junto a Pablo, yo junto a Erik y los niños, hablamos de mi graduación. Finalmente, decidimos dar por terminada la jornada. Morfeo nos llama, y yo caigo rendida entre sus brazos… aunque preferiría mil veces que fueran los de Erik.

CAPÍTULO 29



Salgo de la universidad con mis amigos. Estamos eufóricos: por fin hemos acabado la carrera. Todos somos ya licenciados y rebosamos felicidad. Voy distraída cuando, de repente, me choco con alguien sin darme cuenta.

—Perdone, no le he visto… —Vaya, si es Thomas.

—Amanda, qué sorpresa. No, perdóname tú a mí. Venía a una reunión con el decano y me he perdido… ¿Podrías guiarme hasta su oficina? Quiere revisar una propuesta con mi empresa para realizar cambios en los servidores de la universidad.

—Claro. Chicos, nos vemos en el bar. Tardo diez minutos.

Stephan lo mira de arriba abajo y Lisa tampoco puede apartar los ojos de él.

—No sabía que estudiaras aquí. ¿Vais a celebrar algo? —me pregunta, mientras lo observo con desconfianza. Claramente creo que tiene mucho que ver en el asesinato de Meredith, pero no puedo desvelar mis cartas.

—Sí, ya somos licenciados. Hemos terminado la carrera, así que nos merecemos unas copas después de tanto esfuerzo.

Él sonríe.

—Es verdad, ya eres psicóloga. Me alegro mucho. Y ahora, ¿qué harás? ¿Disfrutar de las vacaciones? ¿Buscar trabajo?

Por más que lo miro, sinceramente, no tiene pinta de asesino. Y, a decir verdad, quizá tenga más motivos Erik que él… pero no quiero

ni pensar que me estoy acostando con un asesino.

—Pues quiero descansar un poco, y luego continuar con un máster. Lo que busco es algo complejo, y encontrar un puesto no será sencillo. Pero confío en que, cuando resuelva un asunto que tengo entre manos, me resultará más fácil.

Él me observa con una mirada cargada de deseo.

—Amanda, ¿puedo ser sincero contigo? Desde el día que te vi en el parque no he podido dejar de pensar en ti. Eres preciosa, y eso no se lo digo a cualquiera, no lo creas. —No sé por qué, pero me pone nerviosa—. Es que no entiendo qué haces con Erik. Es mucho mayor que tú y tiene demasiados enemigos. Además, creo que no serás feliz a su lado.

Lo escucho, pero no estoy de acuerdo en nada.

—Thomas, no te ofendas, pero para mí la edad no importa. Estoy convencida de que juntos seremos felices. Mucho más mayor sería mi padre, no un hombre que me lleva diez años. Y lo de los enemigos va con el trabajo. Cuando yo tenga el mío, también tendré los míos propios. No sufro por ello. Sinceramente, creo que el destino es caprichoso y nos ha puesto en el lugar idóneo, en el momento perfecto.

Veo rabia en su rostro y no entiendo por qué.

—Yo flipo con él. No sé qué tiene, pero siempre se lleva a las mejores chicas. Espero que disfrutes de cada segundo con él, porque te aseguro que no suelen ser eternos. Ahí está el hombre que buscaba —dice, señalando al decano—. Gracias por acompañarme, Amanda. No te robo más tiempo.

Lo veo alejarse mientras repaso mentalmente lo que me ha dicho. ¿Ha sido una amenaza? No puedo dejar de pensar que quizá Meredith no era tan mala como creímos. Es cierto que engañó a Erik, pero… ¿y si al final lo eligió a él?

Las piezas del puzle empiezan a encajar. Si ella tenía una relación con Thomas, pero en algún momento ocurrió algo que la hizo escoger a Erik, ese embarazo tenía que desaparecer. Y si Thomas se enteró de que había perdido un hijo suyo, podría haber discutido con ella… y matarla. A él le habría abierto la puerta. Lo conocía muy bien.

Tengo que indagar más en la relación entre Erik y Meredith, aunque eso signifique abrir una herida.

Voy al bar a celebrar con mis compañeros que en nada nos graduamos e intento desconectar, pero mi cabeza sigue girando alrededor de lo mismo. Sonrío, brindo, incluso río en voz alta, pero por dentro tengo un nudo que no se deshace.

¿Por qué Thomas me habló así? ¿Por qué ese tono de amargura en su voz… y ese comentario venenoso?

—¿Estás bien? —me pregunta Lisa mientras contonea la cintura al ritmo de la música—. Estás como ida.

—Sí, sí… solo cansada. Demasiadas emociones en un día.

—¿Tiene que ver con el señor «ojos de tormenta»? —pregunta con una sonrisa pícara.

—¿Erik? No. Ojalá fuera tan sencillo —respondo sin querer dar más detalles.

Bebo un sorbo de mi mojito de fresa, fingiendo que todo va bien, y me disculpo para ir al baño. Pero no voy al baño. Salgo por la puerta trasera del bar y voy directa a por mi moto. Necesito hablar con Erik, porque si no lo hago, voy a volverme loca.

El aire fresco me calma un poco. Me encanta sentirlo en la piel mientras conduzco, pero no puedo quitarme de la cabeza la mirada de Thomas ni esa frase: *Espero que disfrutes de cada segundo que pases con él, porque te aseguro que no suelen ser eternos.*

¿Hablaba de Erik o de sí mismo?

Porque esa frase tiene varios significados, y podría ser una amenaza hacia mí… o una alusión al tiempo que él perdió con Meredith.

Voy directamente a su despacho y, al entrar, le pregunto a su secretaria si se encuentra en la oficina.

—Señorita Chase, me temo que está en una reunión. No sé si su asistente puede atenderla… —Pienso en Rubén, y en todas las dudas que asolan mi mente, porque, por más que no quiera pensar que Erik es sospechoso, una pequeña sombra de duda existe, aunque me niegue a verla.

—Sí, también puedo hablar con él.

—Le avisaré.

En menos de cinco minutos, aparece por el hall donde me encuentro.

—Amanda, qué sorpresa. ¿Qué te trae por aquí? —me dice con un tono amable y una sonrisa enorme.

—Me gustaría hablar contigo en privado, si es posible. —Él me mira extrañado, pero no me hace esperar. Me pide que lo acompañe y vamos a su oficina.

—Tú dirás. ¿En qué puedo ayudarte?

—No sé si Erik te ha contado algo del caso de Meredith, de los avances que hay… Estoy preocupada, y tengo mis propias conclusiones, pero no sé si son acertadas. Tengo miedo de que el pasado vuelva a golpear a Erik y lo dañe otra vez. Quiero cerrar el caso, y para ello necesito saber ciertas cosas.

Me observa con un gesto que cambia sutilmente. Su sonrisa sigue ahí, pero sus ojos ya no brillan igual. Hay algo detrás de su mirada: cautela… o quizá desconfianza.

—Erik me ha contado algunas cosas —responde mientras se acomoda tras el escritorio—. No muchos detalles, pero sí sé que la reapertura del caso lo tiene inquieto. No me sorprende que estés preocupada. Meredith fue… compleja. Y su muerte, un trauma que dejó huella en todos. ¿Qué necesitas saber exactamente?

Trago saliva. No quiero acusar a nadie, solo entender. Pero tengo que ir al grano.

—¿Sabes qué tipo de relación tenía Meredith con Thomas? Tengo motivos para creer que era con él con quien le era infiel, pero no quiero contarle nada a Erik hasta estar segura.

Rubén entrelaza los dedos, y su mandíbula se tensa.

—Thomas siempre fue cercano a la familia. Sobre todo a Meredith. Se conocían desde antes de que ella conociera a Erik, y cuando se casaron, él se mantuvo presente… aunque menos de lo que le habría gustado. —Hace una pausa y baja la voz—. Erik nunca ha querido darse cuenta, estaba demasiado enamorado de Meredith, pero yo siempre creí que entre ellos había algo más que una simple amistad.

El nudo en mi estómago se aprieta.

—¿Crees que tenían un lío?

—Creo que ella jugaba a dos bandas. Eso sí, sin que Erik se diera cuenta, porque frente a él era la esposa perfecta. Pero que pasara tanto tiempo con Thomas no era normal, y algo debió de ocurrir poco antes de su muerte, porque Thomas empezó a comportarse de forma distinta… más irritable, más ausente. Algo lo hizo enfadarse.

—¿Y Erik no se dio cuenta? —Necesito saber cómo, ante esa situación, él nunca sospechó nada.

—Creo que Erik sospechaba algo, pero eligió no mirar demasiado. Amaba a Meredith, aunque su relación estuviera llena de grietas disimuladas. Cuando todo pasó, lo destrozó. Nunca quiso hablar de los detalles, ni siquiera conmigo. Prefería pensar que ella había sido una buena madre, una buena esposa, y que él la había apartado por el trabajo, aunque intentara estar con su familia todo el tiempo posible.

—¿Crees que Thomas sería capaz de…? —No termino la frase.

Rubén me mira durante unos segundos larguísimos. Luego se pone de pie y camina hacia la ventana.

—No lo sé, Amanda. Pero sí sé que Thomas es un hombre orgulloso. Y cuando el orgullo se mezcla con el amor no correspondido, puede volverse peligroso. Si Meredith le rompió el corazón de alguna forma, si hubo un hijo perdido de por medio… podría haber reaccionado de manera imprevisible. Aunque no creo que fuera un asesinato planeado. Sería algo impulsivo. Un momento de furia.

Cierro los ojos. Eso coincide con la torpeza del corte en el cuello. Con la brutalidad ciega del traumatismo.

—Necesito saber si él sabe lo del embarazo. Porque eso sería la prueba que necesitamos para acusarlo.

Rubén asiente despacio.

—Puedo intentar averiguarlo. Tengo un amigo informático que podría hackear su sistema y ver si mantuvieron alguna conversación por correo. Pero ten cuidado, Amanda. Si te acercas demasiado a esta verdad, podrías acabar salpicada. O peor aún… si fue capaz de matar a la mujer de la que estaba enamorado, quién sabe de lo que puede ser capaz ahora. No creo que debas exponerte tanto.

—Tengo que hacerlo —digo con firmeza—. Porque amo a Erik. Y no voy a permitir que el pasado lo destruya si puedo evitarlo.

Él me observa en silencio, pero hay algo en su mirada ahora… respeto.

—Entonces prepárate. Porque si empiezas a remover el pasado, vas a desenterrar cosas que quizá duelan demasiado.

Lo sé. Pero también sé que ya no puedo parar. Porque siento que la verdad está más cerca de lo que todos creen.

Y yo… estoy a punto de alcanzarla.

CAPÍTULO 30



ERIK

Hoy he tenido un día bastante malo, lleno de reuniones agobiantes con fiscales y abogados. Tampoco ayuda no estar centrado: la reapertura del caso de Meredith me tiene hecho una mierda. Anoche volví a tener pesadillas y no quiero volver a caer en ese abismo.

Pero algo cambia cuando veo a Amanda hablando con Rubén en la puerta de mi despacho. Siento que un rayo de luz se cuela en mi corazón oscuro.

—Pequeña, ¿qué haces aquí? —No puedo evitar sonreír al verla. Ahora mismo es lo único que me mantiene cuerdo.

—He venido a ver si querías comer conmigo. Imaginé que estarías preocupado, y después de lo de ayer... creo que tenemos que hablar de algunas cosas.

Asiento con la cabeza.

—Déjame hacer un par de llamadas y estaré contigo en unos diez minutos.

Ella asiente también, va a retirarse, pero no se lo permito. Le cojo la mano y la atraigo hacia mí.

En ese momento la beso. Un beso rápido, urgente, pero a la vez cariñoso y tierno. Necesito que entienda que, aunque las sombras me perturben, ella es mi calma.

—Gracias. Nunca dejas de sorprenderme —le susurro al oído, y noto cómo se le eriza la piel.

Echo de menos su contacto, sus besos, sus caricias... Y me parece increíble que solo haya pasado una noche sin ella. Pero en nuestra relación el tiempo es extraño: hemos pasado del odio al amor en muy poco, y ha sido un amor intenso, ansioso, como si ambos lo necesitáramos para seguir vivos.

Con ella siento que puedo ser quien quiera, y eso me encanta. No le importa mi edad, mi trabajo, mi familia... Me apoya en todo, y vivir esto conmigo no es fácil. Pero siento que ella se siente igual a mi lado. Por eso está tan empeñada en demostrar mi inocencia.

Porque, aunque no me hayan detenido, sé que estoy en el ojo del huracán.

Cuando salgo del despacho, nos vamos a comer a un restaurante de la zona. Pedimos algo rápido: una ensalada para compartir y pasta. La mía al pesto, la suya a la carbonara.

Mientras nos sirven, la noto rara. Sé que quiere preguntarme algo, pero no sabe por dónde empezar. Así que le allano el camino.

—Pequeña, ¿qué pasa? Y no me digas que nada, porque te conozco. Puedo ver en tus ojos que estás preocupada. Lo de ayer… lo siento, de verdad. No pensé en ti, estaba furioso. No es fácil gestionar todo esto. Siento que vivo una pesadilla de la que no puedo despertar.

Ella toma mi mano y me acaricia la mejilla.

—Erik, siento que tengas que pasar por todo esto, pero no estás solo. Si queremos estar juntos, tenemos que superar esto. Me jode que estuviéramos tan bien y de repente todo haya cambiado. Quiero que vuelvas a ser el de hace dos días —Agacho la mirada—. Sé que es difícil para ti, lo entiendo, pero no me apartes.

—Amanda, es que tengo miedo. Sé cómo se ve desde fuera. Soy juez, joder. Yo, ante una situación así, también pensaría que el marido tiene todos los puntos. Pero te juro que no fui yo. Amaba a Meredith. Es cierto que no siempre fuimos la familia perfecta, que en ocasiones dudé de ella porque trabajaba mucho, pero a ella no le importaba mientras tuviera todo lo que quería.

Me escucho y, en parte, entiendo que me engañara, aunque no pueda perdonarlo.

—Cuando se quedó embarazada de Kelly y Zack —continúo—, no fue planeado. Durante un tiempo estuvo rara, pero después nuestra relación mejoró.

—¿Y desde entonces todo fue bien? —pregunta Amanda, algo inquieta.

—Sí… y no. Cuando los niños cumplieron dos años, ella empezó a agobiarse. Volvió a su rutina de antes: salir más con sus amigas, ir al club... Decía que necesitaba tiempo para ella, y yo se lo di. Después todo pareció ir bien, incluso mejor que antes. Por eso mis dudas se disiparon. Sé que discutía a menudo con su madre. Unos meses

antes de su muerte, la noté muy triste, pero nunca me dijo qué le pasaba. Yo no supe qué hacer. Quise darle tiempo para que me lo contara, pero eso nunca ocurrió.

Amanda me mira. Estoy seguro de que analiza cada palabra que digo, pero no se lo pregunto.

—Quiero contarte algo —Ahora soy yo quien la mira con atención —. Cuando empezamos con la farsa, una noche me encontré con Thomas. Estuvimos un rato hablando, tomamos un café. Yo había discutido con Luis y estaba enfadada. En la cafetería, él fue al baño y recibió una llamada. Tras colgar, vi en su móvil una foto de fondo de pantalla. Salía con Meredith, abrazados, mientras él le besaba el cuello.

¿Cómo? Será hijo de puta… Qué engañado me han tenido.

La rabia comienza a recorrerme el cuerpo. En otras circunstancias le gritaría a Amanda, pero intento calmarme: estamos en un lugar público y ella no tiene la culpa.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—Porque en esa época no me caías muy bien… —Sí, ya recuerdo esa época—. Después lo olvidé, hasta que anoche hablé con Nadia. Y hoy me lo he encontrado en la universidad. Tras una discusión por nuestra relación, me ha hecho un comentario que… no sé…

Me cuenta lo que le ha dicho y me cago en todos sus antepasados. Doy un fuerte golpe en la mesa con el puño, porque no puedo aguantarlo más.

—Será hijo de puta... Ahora lo entiendo todo. Cuando venía a casa a cenar, siempre se mostraba muy servicial con Meredith. Pensaba que era por amistad, pero no, era porque me la estaban pegando en la cara. También me encaja que, cuando venía Katherine, él no estuviera. Nunca le ha gustado.

—Claro, porque no tenía tu cartera... —suelta sin pensar.

Me río, no puedo evitarlo, y es que su sinceridad abrumadora es una de las cosas que más me gusta de ella.

—¿Qué? Será que no es verdad... Tu suegra es la más interesada de todos. Erik, ¿puedo hacerte una pregunta sin que te enfades?

—Claro, pequeña —contesto mientras entrelazo mis dedos con los suyos.

—Cuando os casasteis, ¿firmasteis algún tipo de acuerdo prematrimonial? —Agacho de nuevo la mirada, porque la respuesta está muy clara.

Puedes pensar que soy imbécil, y probablemente tengas razón, pero nunca pensé que me engañaría.

—Cuando me casé estaba cegado, enamorado... Nunca imaginé que pudiera mentirme. Y aunque mis padres me lo sugirieron, no quise escucharlos.

—Entonces, si hubieras descubierto su infidelidad, se habría quedado sin nada, ¿no?

—Bueno, tendría que pasarle la manutención de los niños... siempre y cuando fueran míos —respondo, indignado. Entonces recuerdo que le he hecho caso y se lo hago saber—. Por cierto, esta mañana he cogido los cepillos de dientes y los he llevado a un laboratorio muy fiable. Mañana me darán los resultados.

—Pues te acompaño a buscarlos. Mañana tengo el día libre y, pasado, la graduación. Vendrás, ¿no?

—Claro que sí, iremos todos. Los niños no se la quieren perder y mi madre tampoco —Vamos a ir todos porque sé que le hace ilusión. Aparte de sus amigos, somos los únicos que estarán allí. Aunque, en el fondo, me gustaría que sus padres vinieran y la apoyaran. Estoy convencido de que va a ser una gran analista.

Ella sonríe, satisfecha, mientras terminamos de comer. Después, nos vamos a su casa a preparar una pequeña maleta para que la deje en la mía. Hoy no pienso dejar que se marche.

CAPÍTULO 31



Los niños salen a recibirnos y se sorprenden al vernos llegar en coche. Yo bajo con una mochila, porque sí, al final he traído algunas cosas para quedarme. Nadia está en casa con Pablo y no quiero estorbarles; además, me apetece pasar la noche con Erik.

—¿Qué llevas en esa mochila? ¿Tienes deberes? —pregunta Kelly, inocente.

—No, cariño, llevo algo de ropa, porque he pensado que hoy podríamos hacer una fiesta de pijamas.

—¡SÍÍÍ! —gritan los niños al unísono.

—Pero en nuestra habitación hay poco espacio. Puedes contarnos un cuento y después ir a dormir con papá —añade uno de ellos.

Él se sorprende, aunque acaba riéndose, y ahí está ese Erik que tanto me gusta.

—Juro que yo no tengo nada que ver, pero si los niños lo piden, tendrás que hacerlo —dice, divertido.

Ahora la que se ríe soy yo.

—Me parece que tiene usted un poco de morro, señor Miller.

Tras un rato de risas ante las ocurrencias de estos dos diablillos, entramos en casa, jugamos a algunos juegos de mesa, preparamos la cena entre todos y, después de bañar a los niños, los acostamos. Les leo tres cuentos y, cuando por fin están dormidos, Erik viene a buscarme.

Al entrar en nuestra habitación, todo está iluminado por velitas, y la bañera rebosa espuma. Lo miro, sorprendida y divertida a la vez.

—He pensado que nos vendría bien un baño. Estos días han sido muy tensos y lo necesito —comenta Erik mientras me besa el cuello.

—Si sigues con los besos, no querré bañarme. Eso me vuelve loca.

—Tranquila, ese es precisamente mi propósito… pero dentro de la bañera.

Se deshace de mi ropa al tiempo que yo hago lo mismo con la suya. Se mete en la bañera y luego me tiende la mano para ayudarme a entrar tras él. Una vez dentro, se sienta primero y me acomoda entre sus piernas, de espaldas, para que pueda apoyar la cabeza en su hombro.

—Me encanta esto. Es precioso, Erik.

—Y tú me encantas a mí. Además, así tengo mejor acceso a tu cuello —dice, y acto seguido comienza a besármelo de nuevo, lento, suave y peligrosamente excitante.

Sus labios juegan con mi piel con una paciencia que desarma, de esas que te enredan sin remedio. Siento el calor del agua envolviéndonos, pero lo que de verdad me estremece es su aliento en mi oído, sus manos acariciándome con tanta ternura que cuesta creer que este sea el mismo hombre que ayer echó de esta casa a su suegra, furioso.

—Te mereces esto y mucho más —susurra—. Después de todo lo que estás haciendo por mí, por nosotros… no sabes cuánto te admiro, Amanda.

Cierro los ojos por un momento; quiero disfrutar de cada roce de sus dedos, de cada beso. En este instante, el mundo desaparece y solo existimos él y yo. No hay muertes, ni sospechas, ni pasados que nos persigan. Solo nosotros dos, y estas cálidas burbujas que nos envuelven en esta bañera maravillosa.

—No soy tan fuerte como crees —le contesto en voz baja—. A veces ni siquiera sé lo que estoy haciendo.

Él me gira con suavidad entre sus brazos hasta dejarme frente a frente. Sus ojos marrones, intensos, me miran como si buscaran el fondo de mi alma.

—Pequeña, la vida no viene con un manual de instrucciones. Lo mejor es dejarse llevar y no arrepentirse de las decisiones que tomamos. Nunca dudes de ti misma, porque eres excepcional.

No me da tiempo a responder. Me besa con decisión, como si fuera la última vez. Como si el mundo fuera a acabarse al salir de esta bañera. Y en ese instante, con la espuma subiéndonos hasta el pecho y las velas iluminándonos tenuemente en la intimidad de este cuarto de baño, nos dejamos llevar.

Erik comienza a acariciar mi cuerpo, se detiene en mis pechos y, con la esponja impregnada de jabón, los masajea con ternura, con una suavidad que resulta placentera y embriagadora. Sus manos descienden poco a poco hasta posarse entre mis piernas, mientras sigue besándome el cuello. Yo solo puedo dejarme llevar, abrirme para él, gemir, restregarme contra su cuerpo. Lo que siento es tan intenso, tan abrumador, que, aunque aún no me ha penetrado, solo quiero perder el control y estallar.

Su aliento choca contra mi piel, me estremece, y sus labios bajan despacio por mi clavícula, dejando un rastro de fuego allí donde me tocan.

—Vamos a olvidarnos de todo. Quiero disfrutar de ti aquí y ahora, pequeña —susurra.

Me encanta ese apelativo cariñoso. No puedo resistirme a él.

—Y yo de ti, Erik… Por favor, prométeme que esto es para siempre.

Tal vez lo he dicho por miedo, o quizá sin pensar. Nunca me he entregado a nadie así. Siempre ha sido sexo sin compromiso, sin complicaciones. Pero él es distinto. Le amo. Con esas tres letras que lo significan todo. Y no quiero que nada ni nadie nos separe jamás.

—Para siempre… y mucho más, pequeña —responde en mi oído, mientras me envuelve y me guía en ese vaivén lento e íntimo, donde nuestros cuerpos se buscan como si hubieran estado esperándose toda la vida.

El sonido del agua chapoteando suavemente se mezcla con nuestros gemidos, con nuestras risas entrecortadas, con esa perfecta combinación de deseo y pasión contenida que tantas veces

reprimimos al no estar solos. Pero hoy la casa es nuestra. Los niños duermen, y doña Urraca ya no puede molestarnos.

Él introduce sus dedos en mi interior, y no puedo evitar dar un respingo. Es tan placentero que siento que puedo rozar el cielo con la punta de los dedos. Continuamos un rato así, hasta que él me eleva por las caderas para penetrarme. Lo hace, y un calor abrasador se apodera de todo mi cuerpo. No dejamos de besarnos ni un segundo. Estoy sentada sobre él, moviendo mis caderas para darle placer, mientras su mano acaricia bajo el agua mi centro del placer. Ambos nos estremecemos, nos buscamos, nos fundimos como si quisiéramos que el tiempo se detuviera, como si no hubiera más mundo que este instante, y amarnos hasta el amanecer.

Salimos de la bañera y vamos a la cama, aún mojados, pero no nos importa. Erik me tumba con suavidad sobre las sábanas, mirándome como si fuera la cosa más hermosa que ha visto en su vida.

—No quiero que esta noche se acabe nunca —dice, rozando mi mejilla con la punta de su nariz antes de besarme de nuevo.

Nuestros cuerpos se encuentran otra vez, esta vez con menos urgencia, con más profundidad. Cada caricia es una promesa. Nos miramos con intensidad, y Erik me dedica una sonrisa tan seductora que me arde la piel.

—Has dicho que no quieres que la noche termine, ¿no? Pues que así sea —digo mientras me coloco sobre él, descendiendo con mis besos, con una sonrisa sexy y pícara.

Cuando alcanzo mi objetivo, relamo mis labios bajo su atenta mirada. Solo tiene ojos para mí. Entonces tomo su polla entre los labios mientras él gime de placer y echa la cabeza hacia atrás.

—Sí, pequeña… sigue. Me encanta.

Yo solo puedo regalarle la mejor mamada de mi vida. Y lo hago porque quiero, porque todo él me fascina, porque quiero que piense solo en mí, que sepa que me pertenece tanto como yo a él.

Succiono la punta con suavidad mientras lo acaricio con la mano. Después, trazo círculos con la lengua, lenta, pacientemente, hasta que lo tengo justo donde quiero: a punto de correrse. Entonces empiezo a subir y bajar con mi boca, cada vez más rápido. Él eleva

la pelvis buscando más profundidad, gime y me pide que continúe. Pero no quiero que termine así. Quiero hacerlo mío. Cambio de posición y me subo sobre él, pero Erik me detiene con una sonrisa maliciosa.

—Ah, no… De eso nada, señorita. En la bañera tú estabas encima, ahora me toca a mí llevarte al cielo, pequeña.

Con un movimiento rápido se coloca sobre mí y comienza a bombear en mi interior. Sube mis piernas hasta apoyar mis tobillos sobre sus hombros, ganando una profundidad que me deja sin aliento. Juro que la cama va a arder. Estoy tan caliente que podría incendiar toda la habitación. El placer crece, se vuelve jodidamente insoportable. No quiero que pare, pero sé que estoy a punto de correrme.

—Erik… Si sigues así… me corro —susurro, algo apesadumbrada.

—Entonces hazlo. No quiero que te reprimas. Quiero verte disfrutar.

Y cuando aprieta el ritmo, me vuelve loca. Me dejo llevar. Él también. Nos miramos, nos besamos, y es en ese preciso instante cuando deseo que lo que sentimos el uno por el otro sea capaz de curar todas las heridas que el mundo insista en abrir.

Nos quedamos abrazados, mi cabeza se posa sobre su pecho, escuchando su respiración y el latido tranquilo de su corazón. Erik me acaricia el pelo, enredando sus dedos en él con calma, mientras fuera las velas van muriendo poco a poco, como testigos mudos de todo lo que ha sucedido entre nosotros.

—Amanda… —susurra—. Si alguna vez dudo, si alguna vez me pierdo… recuérdame esto. Recuérdame lo que somos. Recuérdame que tú eres mi refugio.

Lo abrazo con más fuerza, cerrando los ojos. El sueño y el cansancio me vencen.

—No pienso dejar que te pierdas. Pero si en algún momento lo haces, tranquilo… yo te lo recordaré.

POLICE LINE - DO NOT CROSS

Cuando me despierto, Erik ya se ha marchado. Lo busco por toda la casa, pero no está. Los niños todavía duermen —es temprano—, así que preparo mi desayuno y dejo algo listo para cuando ellos se levanten.

Saco los auriculares inalámbricos del estuche, me los coloco en los oídos, elijo mi lista de reproducción favorita en el móvil y, mientras bailo a mi aire preparando unas tortitas, me giro para coger la leche de la nevera… y me llevo el mayor susto de mi vida: Charles está apoyado en el marco de la puerta, partiéndose de risa.

—¡Joder, Charles, casi me da un infarto! —digo, llevándome la mano al pecho con gesto dramático.

—Perdóneme, señorita Chase, es que estaba usted muy graciosa bailando —responde, riendo a carcajadas.

—Amanda, Charles. Amanda, no señorita Chase, por favor. Además, creo que después de descojonarse de mí, puede tutearme.

—Está bien, señorita Amanda. Me alegra ver que esta casa ha cambiado. El señor Miller me ha pedido que le diga que ha tenido que ir a comisaría, que lo lamenta, y que estará puntual en casa a las cinco para llevarla a la graduación. El resto de la familia la esperará allí.

Vaya… ¿Qué querrán ahora?

—Gracias, Charles. Una cosita… —Creo que él puede sacarme de dudas—. Usted lleva mucho tiempo trabajando en esta casa y me preguntaba si podría ayudarme con unas cuestiones que me tienen algo descolocada. Es por el caso de Meredith.

—Claro, señorita ch… Amanda. ¿En qué puedo ayudarle?

—El día de su muerte, ¿dónde estaba usted? —Vaya, ha sonado a interrogatorio…—. Es que no entiendo cómo pudo morir en esta casa sin que usted se enterara.

—Estaba de vacaciones. Mi familia es de Concord, en New Hampshire, y suelo viajar una vez al año para pasar un tiempo con ellos. Me enteré de la muerte de la señora Miller a la vuelta. Además, ella me daba mucho tiempo libre, decía que se sentía rara conmigo. Aunque, si me permite, yo creo que le estorbaba.

—¿Qué quiere decir? —pregunto, curiosa.

—No tengo pruebas, pero pasaba mucho tiempo con el señorito Thomas, y dudo que fuera solo por amistad. A la señora Davis eso le molestaba muchísimo. Discutían a menudo por ese tema, y en una ocasión me pareció oírle decir que no quería esa vida, que la habían obligado a casarse. Pero ya le digo que no escuché bien.

Ahora todo tiene más sentido.

—Gracias, Charles. Dele esto a los niños para el desayuno, por favor. Yo tengo que marcharme; debo arreglar unas cosas antes de la graduación. ¿Podría pedirme un taxi?

—Por supuesto, señorita Amanda.

Lo veo alejarse y aprovecho para hacer una llamada a Rubén. Intercambiamos los teléfonos el otro día.

—Rubén, perdona que te moleste, ¿sabes algo de tu amigo? —pregunto, ansiosa.

—No, Amanda, lo siento. Estas cosas llevan tiempo. Ten paciencia.

—Es que Erik está en comisaría, y no sé por qué —digo, preocupada.

—Yo sí. Puedes estar tranquila. Es por las pruebas de ADN que encontraron bajo las uñas de Meredith. Supongo que él te pondrá al día luego.

Espero que estemos a un paso de atrapar al asesino.

Mi teléfono vuelve a sonar. Es Erik.

—Hola, pequeña. Perdona por no haberte despertado, pero han surgido avances en el caso de Meredith y he tenido que venir a comisaría. ¿Sigue en pie lo de acompañarme a recoger los resultados de las pruebas de paternidad de los niños?

Ostras, no lo recordaba.

—Sí, claro. Dime dónde es y nos vemos allí. Viene un taxi a recogerme.

—Perfecto. Te mando un mensaje con los datos. Nos vemos en un rato. Te quiero.

—Y yo a ti.

Vaya, parece aliviado. Qué ganas tengo de verle y que me ponga al día.

Cuando llego a la clínica, ya nos están esperando.

—Señor Miller, pase a esta sala; tendrán más intimidad. Estos son los resultados de sus análisis —le dice el médico, extendiéndole un sobre que Erik se queda mirando fijamente—. Si necesitan algo, estaré fuera.

El médico se marcha y Erik sigue observando el sobre sin decidirse a abrirlo. Creo que está demasiado asustado.

—Erik, cariño, tienes que abrirlo. El resultado no va a cambiar nada, ¿me oyes? Tú eres el padre de Kelly y Zack.

Me mira, aterrorizado.

—¿Y si no lo soy?

Niego con la cabeza.

—Padre no te hace el ADN, sino el cariño. Tú eres su padre, diga lo que diga ese papel.

Erik abre el sobre con las manos temblorosas, despliega el papel y lo observa detenidamente, leyendo cada letra del dichoso documento, poniéndome más nerviosa de lo que está él. Entonces rompe a llorar, dejando salir todo lo que lleva dentro. Me abraza, y vuelve a verter lágrimas.

—¿Qué pone? Erik, me estás asustando. —Joder, estoy por arrancarle la maldita hoja de los resultados de las manos.

—Son míos, pequeña… Son míos.

En ese momento suelto el aire que tenía contenido sin darme cuenta. Esa es la mejor noticia que nos podrían dar.

—Cuánto me alegro, Erik. ¿Ves? Nadie te los va a arrebatar.

—Nadie *nos* los va a arrebatar, porque ya son tuyos también. Te quiero tanto…

Me besa, me abraza, y siento que todo a nuestro alrededor deja de existir.

—Por cierto, ¿qué te han dicho en comisaría?

—El ADN hallado bajo las uñas de Meredith es de Katherine. Todo apunta a que discutieron por algo y ella la golpeó. Meredith intentó defenderse, pero le fue imposible. Lo que no encaja es que fuera ella quien la decapitó. Tiene que haber sido alguien con la fuerza suficiente para...

—No sigas. —No puedo dejarle continuar. Mejor no pensar en eso—. Tengo una teoría. Quizá es algo descabellada, y necesito

encontrar pruebas… o contárselo al agente Owens. Pero a mí me encaja todo.

—¿Me la cuentas?

Dudo. Sé que puedo hacerle daño, pero no puedo mentirle.

—Sabemos que Meredith tenía una relación con Thomas, y que su madre no estaba de acuerdo. Pues bien, creo que al conocerte, su madre la obligó a casarse contigo. Piénsalo: eres una persona influyente, con mucho dinero, y tu familia es una de las más importantes del país. Eres todo lo que esa mujer siempre ha querido. Meredith aceptó, pero seguía enamorada de Thomas. Quizá se quedó embarazada para asegurarse de tener algo que la protegiera ante un posible divorcio, para que no pudieras desentenderte del todo. Pero... ¿y si no quiso nada de lo que tú tenías? ¿Y si, con el tiempo, siguió prefiriendo a Thomas y decidió dejarte? Estaba embarazada, y el hijo era suyo… Su madre se enteró, discutieron, y la mató.

Erik me observa, evaluando todo lo que acabo de decir.

—Joder, pequeña, das miedo. Tenemos que ir a hablar con el agente Owens, contarle lo que has descubierto. Pero mañana. Hoy te gradúas, y no quiero que nada arruine este día.

—De acuerdo.

Nos marchamos de la clínica, felices. Erik me deja en casa para que me prepare para mi ansiada graduación. Quedamos en que más tarde vendrá a recogerme para llevarme a la celebración.

Mientras hago unos recados, siento que alguien me observa. Es una sensación extraña, incómoda. Pero al mirar a mi alrededor, no veo a nadie.

Como algo, y me arreglo para el evento del año. Pienso en mis padres, en cuánto me gustaría que estuvieran allí. Ni siquiera han contestado a la invitación.

Cuando Erik llama a la puerta, ya estoy más que lista, con ese vestido tan perfecto que compré hace una semana.

—Pequeña… estás preciosa. Qué pena que tengamos que marcharnos, porque ahora mismo te haría mía aquí mismo.

—Sí es una pena —le guiño un ojo, mientras salimos por la puerta.

Una vez en el recinto donde se celebra la graduación, todos están allí. Los niños alucinan con todo lo que ven y yo me voy a mi sitio, junto a mis compañeros.

La ceremonia es emotiva. Nos hacen vestir con toga y birrete, y me toca decir unas palabras después del decano de la universidad y uno de los psicólogos más importantes de Brooklyn, por ser la alumna con las mejores calificaciones. Tras el discurso, nos entregan los diplomas.

En ese momento, mientras estoy subida al escenario tomando posesión del mío, sintiéndome orgullosa de lo que he conseguido, bajo la atenta mirada de quien se ha convertido en mi todo —y de mis pequeños diablillos—, alzo la vista… y veo a mis padres.

No puedo creerlo.

Mi padre llora como un niño, y mi madre está visiblemente emocionada. Cuando bajo del escenario, corro hacia ellos para abrazarlos. Siento que, por fin, me han aceptado. Que se sienten orgullosos de mí. Y en ese instante, el dinero no me importa. Solo su amor.

Erik me observa atónito. Creo que pensaba que me lanzaría a sus brazos, pero he pasado de largo para abrazar a mi padre. Hacía años que no lo abrazaba.

—Estáis aquí… No puedo creerlo —digo, fundiéndome con ellos sin que me importen el pasado, las discusiones ni nada más.

—Estás preciosa, cariño. Enhorabuena —expresa mi padre con ternura.

—Gracias. No sabéis cuánto significa para mí que estéis aquí.

—Lo siento —interviene mi madre—. Siento haber intentado dirigir tu vida. Me he dado cuenta de que eres capaz de lograr todo lo que te propongas. El destino tiene preparado para ti algo que, sin duda, será perfecto. Solo quería que tuvieras una buena vida… pero veo que lo que has conseguido te hace feliz. Y eso nos hace felices a nosotros también.

—Sí, hija. Sentimos que hayan tenido que abrirnos los ojos para darnos cuenta de que brillas por ti misma.

¿Cómo? ¿Quién? No entiendo nada.

Entonces me giro… y veo a la señora Miller sonreír. ¿Cómo ha sabido quiénes eran mis padres? Por Erik no, porque está tan impactado como yo.

Los veo acercarse para abrazarme.

—Buenas tardes. Espero que no les incomode que acompañemos también a Amanda. Es muy importante para nosotros. —Erik le tiende la mano a mi padre, quien parece encantado. Y no es para menos: ambas familias están en lo más alto de esta ciudad.

—No, para nada. Veo que tenemos muchas cosas de las que hablar.

—He pensado que podríamos cenar juntos, con los niños, y dejar que Erik y Amanda celebren este día a solas. Mañana tendrán tiempo de comer con nosotros. ¿Qué les parece?

Ambos me miran, observan a Erik, y mi padre lo abraza.

—Cuídala bien, muchacho. La noche es joven.

Ambos sonreímos. Mi madre me abraza y sonríe. Sé que nunca me habría elegido una pareja mejor, pero lo que más me importa es que esta la he elegido yo… por amor.

—Veo que al final no te ha ido tan mal. Estoy orgullosa de ti, hija.

Mi madre y sus comentarios… nunca cambiará. Ella quería que tuviera un novio pijo, y mira por dónde ha salido ganando. Lo que no sabe es que Erik es como yo: un alma libre.

—Mamá…

Nos despedimos de todos y estamos a punto de marcharnos cuando mi madre me llama a gritos. Para que veas que a veces se le olvida la educación. Pero entonces aparecen mis amigos, y mi madre decide no decirme nada.

Luis observa a Erik, que le tiende la mano de forma educada. Nadia y Pablo lo saludan con más confianza… Total, si ya lo han visto desnudo…

Después de charlar un rato con todos y seguir sin salir de mi asombro al ver allí a mis padres, Erik y yo nos disponemos a marcharnos. Pero antes de que podamos dar un paso, Luis se adelanta y lo detiene.

—No te conozco demasiado, pero he visto cómo la miras —dice, con la voz algo tensa por la emoción. Luego dirige su mirada hacia

mí—. Hace no tanto, yo la miraba igual. Solo espero que la hagas feliz y que nunca le falles.

Se dan la mano, firmando un pacto implícito. Me alegro de que Luis vuelva a ser mi amigo. Tras soltar a Erik, me abraza y me susurra al oído:

—Estás preciosa. Y se nota que te quiere. Me alegro por ti.

Le doy un beso en la mejilla y corro al lado de Erik, que me abraza con dulzura.

Y así, tomados de la mano, nos alejamos hacia aquel lugar mágico que Erik había planeado.

CAPÍTULO 32



ERIK

Al llegar a comisaría, el agente Owens sale a recibirme. Me conduce hasta su despacho y cierra la puerta tras de sí. Al principio estoy inquieto, incluso podría decir que asustado. Sé perfectamente en la posición en la que me encuentro, y no es la mejor del mundo. Pero entonces se sienta frente a mí y comienza a preguntarme por Katherine.

Quiere saber cómo era la relación que mantenía con Meredith, con qué frecuencia se veían, si creo que pudieron haber discutido por algún motivo… Y entonces me sorprende con una revelación que me deja perplejo.

—Señor Miller, no sé cómo decirle esto, pero el ADN hallado bajo las uñas de su mujer es el de su madre. Al parecer discutieron ese día, y creemos que ella pudo estar implicada en el asesinato de su propia hija.

Me quedo en estado de shock. Sé que esa mujer es odiosa, sí, pero… ¿matar a su propia hija? Pienso en todo lo que he hablado con Amanda y me resisto a creer que alguien sea capaz de algo así. Sin embargo, no resulta tan descabellado.

—Hemos ido a buscarla a su casa, pero no está. El señor Davis nos ha confirmado que, el día de la muerte de Meredith, su esposa estaba supuestamente de viaje en Boston, visitando a una amiga. Hemos comprobado que compró un billete de ida y vuelta, pero jamás embarcó en ese avión. Todo indica que la discusión fue más allá de lo esperado… y que ella fue con un propósito muy claro. La estamos buscando para interrogarla y detenerla. Las pruebas son bastante concluyentes.

—No puedo creerlo… Era su madre. ¿Cómo pudo hacer algo así? Parecía tan afectada por su muerte, tan indignada… Me culpó de todo, incluso me amenazó con quitarme a los niños porque, según ella, conmigo no estaban seguros. ¿Y ahora resulta que… que la culpable ha sido ella? No… no pudo hacerlo sola. Algo no encaja.

—Eso es lo que tenemos que investigar. Le mantendremos informado. Si averigua algo más o consigue hablar con ella, por favor, comuníquenoslo de inmediato.

Me despido de él y me dirijo a la clínica donde he quedado con Amanda. Después de todo lo vivido, con los nervios a flor de piel, la incertidumbre, el miedo… su reacción ante esta situación me desarma. Me impacta profundamente. Y en ese instante, lo tengo claro: sé lo que quiero. Aunque también sé que debo meditarlo y hablarlo con mis hijos.

Me voy al trabajo, informo a Rubén de todo y después regreso a casa para prepararme. Esta noche es la graduación… y una de las citas más importantes de mi vida. Quiero que Amanda jamás olvide este día.

Cuando la recojo y la veo con ese vestido, siento cómo mi corazón late con una intensidad distinta. Ella es mi razón de existir. Está preciosa, deslumbrante. Seguro que ese vestido le ha costado una fortuna, pero no me meto. Hace poco que estamos juntos, pero el tiempo suficiente para saber que Amanda no da puntada sin hilo. El dinero no le importa; toma decisiones con sentido, y sé que este día tiene un significado especial para ella. Por eso he preparado algo igual de especial, algo que marque un antes y un después en nuestra relación.

He tenido ayuda, no voy a mentir. Zack y Kelly lo dejaron muy claro: los niños no entienden de tiempos, ni ven la vida como los adultos. Ellos van al grano. Cuando quieren algo, lo quieren ya. Y como dice Kelly: *¿Y por qué esperar?*

Ver a Amanda subida en el escenario, hablando ante todos los alumnos que hoy cierran un ciclo y abren otro, feliz y orgullosa de todo lo que ha logrado por sí misma, me llena el alma. Es un momento perfecto. O eso creía.

Porque, de pronto, la veo correr hacia otra persona que no soy yo.

No puedo culparla. Pensaba que sus padres no vendrían. Y ahí están. Yo también estoy alucinado. Por fin parecen haber comprendido que su hija no es una niña mimada que vive en una burbuja. Amanda quiere más. Quiere decidir su destino. Quiere ser

alguien importante. Y ellos lo han aceptado. Solo hay que ver sus rostros, llenos de emoción.

—Veo que, al final, todo ha salido a pedir de boca —dice mi madre, sonriendo.

—Mamá, ¿qué has hecho?

No sé por qué, pero creo que mi madre tiene algo que ver con esto.

—Lo que tenía que hacer. Es que… hace días que le doy vueltas a todo, y Amanda siempre me ha sonado de algo, aunque nunca supe de quién era. Ella lo ha sabido esconder muy bien. Pero hace un par de días me invitaron a una fiesta en la que coincidí con sus padres. Hablando de hijos, me contaron sus desavenencias con su hija, y todo cobró sentido. Les hablé de Amanda, de la chica que yo había conocido, y se sorprendieron mucho. También les dije lo fuerte, decidida y especial que es para nosotros. Mantuve una charla con ellos, y entendieron que, en ocasiones, hay que dejaros volar.

—Solo espero que sus padres no sean como los de Meredith… —lo digo en voz alta, aunque más bien es un pensamiento.

—Erik, seguro que ellos quieren para su hija alguien de buena posición, es normal, pero no creo que se atrevan a opinar. En todo este tiempo han aprendido que su hija es la única dueña de su destino. Y aunque me contaron que le cerraron el grifo económico, solo lo hicieron para ver hasta dónde estaba dispuesta a llegar… y ha aprobado con matrícula de honor.

—Así que no es que quisieran dirigir su vida…

Creo que Amanda estaba equivocada respecto a sus padres.

—Bueno, quizá es más complicado que eso. Creo que, al principio, sí querían hacerlo. Pero cuando tienes este estatus, las cosas no son tan sencillas. Vuestras locuras recaen en nosotros, y somos quienes debemos responder ante los ojos de los demás. Lo sé muy bien. Pero también sé que tenéis que ser capaces de responsabilizaros de vuestros propios errores, valorar lo que tenéis y encontrar vuestro lugar por vosotros mismos. Al final, ellos comprendieron que Amanda es demasiado cabezota, pero les alegra que, durante todo este tiempo, haya sido constante y haya estado

tan bien. Ahora solo quieren recuperar a su hija, y este día era perfecto para hacerlo.

Nos acercamos para abrazar a Amanda y hacer las presentaciones oportunas. La cosa va bastante bien. Su padre es un gran empresario y sabe que, junto a mí, a su hija jamás le faltará de nada… aunque, si la conoce bien, también sabrá que ella nunca permitiría que yo la mantuviese.

Tras pasar un rato juntos —también con sus amigos— decidimos abandonar la ceremonia y nos vamos a un lugar especial.

El *Brooklyn Heights Promenade* es uno de los paseos más bonitos y emblemáticos de Brooklyn, y sin duda uno de los lugares con mejores vistas de todo Nueva York. Se extiende a lo largo del borde del acantilado que da al East River. Desde allí se puede disfrutar de una panorámica espectacular del horizonte de Manhattan, el puente de Brooklyn, la Estatua de la Libertad y el One World Trade Center, todo en un mismo lugar. A mí me resulta maravilloso y muy romántico.

Cuando llegamos, paseamos de la mano, tranquilos, como una pareja más, aunque todo el mundo nos mira por nuestra indumentaria formal y elegante. Decidimos sentarnos en uno de los bancos desde el que se contempla todo Manhattan, con el atardecer de fondo: un espectáculo visual tan agradable que hace que este momento sea aún más especial. Y es ahora cuando decido hacer lo que tenía planeado.

—Amanda, quiero que nunca olvides este momento, ni este día, en el que tus sueños comienzan a tomar forma —digo. Ella me observa con los ojos brillantes de emoción—. Sé que el tiempo que llevamos juntos no es mucho, pero sí el suficiente para saber que quiero pasar toda mi vida contigo.

Veo cómo contiene la respiración.

—Has llegado a mi vida en el momento más oscuro, y has sabido llenarlo de luz y color. Has aceptado a mis hijos, a mi familia, e incluso has soportado a mi suegra a pesar de sus desplantes. Me has dado la oportunidad de renacer, de revivir y de volver a sentir lo que es el amor de verdad. Y lo mejor es que no tengo que esconder

nada… Puedo ser quien soy, y eso nunca me lo habían dado. Te quiero.

Hago una pausa. Siento que el corazón se me va a salir del pecho.

—Y aunque he dudado si este era el mejor momento… —meto la mano en el bolsillo de mi americana, saco una pequeña cajita de terciopelo negro y la abro—, me harías inmensamente feliz si aceptas ser mi prometida.

Ella lleva las manos a la boca, ahogando un grito de emoción. Sus ojos se inundan de lágrimas. No da crédito a lo que acaba de escuchar. Vale, llámame loco, pero cuando crees que el destino te ha puesto delante lo que siempre has querido, serías un tonto si no lo aprovechas. Y yo no quiero casarme mañana, solo saber que, en algún momento, se casará conmigo.

Observa el anillo. Uno que, por cierto, han elegido esta misma tarde Kelly y Zack. Lo vieron en el escaparate de la joyería a la que fuimos. Kelly lo señaló con esa sonrisa traviesa mientras miraba a Zack, que asintió con la misma expresión cómplice de su hermana. Un zafiro celeste rodeado de pequeños diamantes que parece hecho para ella. No es un anillo cualquiera. Tiene algo… alma, historia, promesas.

—Erik, el anillo es precioso. ¿Lo has elegido tú? Tienes muy buen gusto —susurra, con la voz rota.

Niego con la cabeza y sonrío.

—Ha sido idea de los niños. Ellos lo eligieron y me dijeron que lo escondiera en el cajón de los calcetines para que lo encontraras por sorpresa. Pero he preferido dártelo en un lugar especial.

Ella ríe. Esa risa que tanto me gusta. Me mira con todo lo que no puede decir. Se lanza a mis brazos, me besa con esa mezcla de urgencia y ternura de quien no quiere que ese beso termine nunca. Luego me mira a los ojos, penetrando en los míos con los suyos para darme su respuesta.

—Sí —dice, contra mi cuello—. Claro que sí.

Y cuando acaricia el anillo antes de ponérselo, lo sé. No solo está aceptando casarse conmigo: está aceptando ser una familia,

apoyarnos en cada decisión, ser amigos, amantes, y, sobre todo, ser nosotros mismos, amándonos sin limitaciones.

Y yo me siento el hombre más afortunado de la faz de la Tierra. Tanto que la tomo en brazos y empiezo a girar con ella, mientras la gente que pasea a nuestro alrededor nos mira y sonríe ante lo que acaba de suceder.

POLICE LINE - DO NOT CROSS

La llevo a un hotel. Esta noche la quiero solo para nosotros. Tenemos mucho que celebrar.

Vamos en el coche, con las manos entrelazadas, riéndonos por tonterías, con la emoción todavía burbujeando en el pecho y las mariposas revoloteando en el estómago. Ella mira por la ventana, tararea una canción que apenas se oye en la radio: *Lose Control*, de Teddy Swims. Yo solo pienso en lo hermosa que es y en la suerte que tengo porque haya aceptado mi proposición.

Entonces, todo se rompe. En cuestión de segundos, la magia que nos envolvía desaparece.

No lo veo venir. Solo siento un fogonazo de luces por la izquierda, un sonido metálico que corta la noche y el tiempo. Algo nos embiste con una fuerza brutal. El impacto me lanza contra el volante; el aire se llena de cristales, gritos y el chirrido insoportable de la chapa desgarrándose.

El mundo da vueltas. Literalmente.

Siento el cuerpo de Amanda golpearse contra el lateral; la escucho gritar mi nombre justo antes de que el coche gire sobre sí mismo y salga disparado contra la valla de contención. El crujido que hace al doblarse el capó se me clava en el pecho. Todo ocurre en segundos, pero parece eterno.

Cuando por fin el coche se detiene, hay un silencio espeso. El cinturón me corta el pecho. Intento respirar, pero el dolor en las costillas es tan intenso que me hace ver negro. Giro la cabeza, como puedo, y la veo. Amanda está consciente, pero sangra por la cara y

la pierna parece atrapada. Está temblando, asustada, y yo también, para que negarlo.

—Amanda… pequeña, ¿estás bien? —mi voz suena rota, irreconocible.

Ella me mira, intenta hablar, pero apenas le sale un susurro.

El olor a gasolina me asusta. Tengo la frente abierta, noto la sangre bajándome por la ceja. Las sirenas se escuchan de fondo, lejanas. La gente grita. Alguien corre hacia nosotros. Pero estamos atrapados.

Intento mover el brazo, no responde. El miedo me golpea de lleno. No por mí. Por ella.

Los bomberos llegan. Gritan cosas que no entiendo. Rompen la puerta. Nos sacan como si fuéramos de cristal. Amanda no deja de mirarme y, aunque le tiembla todo el cuerpo, estira su mano para agarrar la mía.

No la suelto. Ni aunque todo me doliera, lo haría. Pero al sacarnos a ambos del vehículo, ella se desmaya y yo… quiero resistir, quiero ver qué ha pasado, y lo que veo me deja horrorizado: la policía está deteniendo a una mujer, y no es otra que Katherine. Ella ha intentado matarnos.

En ese momento, aunque mis ojos no quieran, se cierran.

CAPÍTULO 33



ERIK

Cuando despierto en el hospital, estoy desubicado. Los focos de luz me dañan la vista y me duele todo el cuerpo. Entonces veo al agente Owens sentado en el sillón. Intento hablar, pero no puedo.

—Tranquilo, señor Miller, todo está bien. Hemos detenido a la señora Davis. Por favor, esté quieto —dice mientras intento quitarme las vías. Solo quiero ir a buscar a Amanda, saber dónde está, porque no soportaría perderla a ella también.

—Amanda, ¿dónde está Amanda? —pregunto en el momento en que logro encontrar la voz.

—Ya la traen, no se preocupe, está bien. Ambos han sufrido heridas graves, pero ya la han podido estabilizar —dice el agente Owens, mirándome con una mezcla de alivio y seriedad.

El corazón me late tan fuerte que siento que va a romperme las costillas, más de lo que ya las tengo. Me hundo de nuevo en la camilla, con la garganta ardiendo y la mente aún atrapada en la oscuridad del accidente. La última imagen que recuerdo de Amanda es su cara llena de sangre y miedo, sus dedos temblorosos buscando los míos entre los restos del coche.

—¿Está consciente? —insisto, con la voz rasgada.

El agente Owens asiente y se pone de pie.

—Sí. La están trayendo en una silla de ruedas. Tiene múltiples fracturas, cortes… pero está viva, Erik. Está viva.

Y entonces lo noto. La emoción me golpea como un puño. Me duele todo, pero nada duele tanto como el simple pensamiento de haberla perdido.

Respiro hondo por primera vez desde que abrí los ojos.

—¿Y Katherine? —pregunto, más frío ahora.

El agente Owens se cruza de brazos; su expresión cambia.

—La detuvimos en el lugar del accidente. Claramente había bebido, quiso resistirse, pero no pudo hacer nada. Está en custodia y se enfrentará a cargos por intento de homicidio, conducción

temeraria… y también por el asesinato de Meredith. Pero no piense ahora en todo eso; lo importante es que ya no puede hacerles daño.

Intento procesarlo todo como puedo. Mi suegra, la madre de Meredith, ha sido capaz de matar a su propia hija y estaba tan llena de rencor que fue capaz de intentar matarnos a nosotros también, pero… ¿por qué?

Entonces escucho la puerta abrirse.

Mi cuello apenas se mueve, pero la veo. Amanda entra empujada por una enfermera. Lleva parte del rostro vendado, el brazo en cabestrillo, pero sus ojos… Dios, sus ojos me encuentran y se llenan de lágrimas.

—Erik… —susurra.

La enfermera la acerca a mi cama. Amanda tiembla al tomar mi mano, y yo la aprieto con todas las fuerzas que me quedan.

—La han cogido —me dice, y una lágrima se le escapa por la mejilla.

—Pequeña, te quiero —respondo.

En ese momento, al verla sufrir, solo puedo pensar en que ella es demasiado importante para mí y en que me alegro de que esté bien.

Hablamos con el agente Owens de todo lo que hemos descubierto y de la hipótesis de Amanda acerca del asesinato de Meredith. Él hace unas llamadas para que interroguen a Thomas.

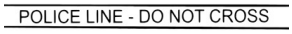
Nuestras familias han venido a ver cómo estamos; están preocupados por nosotros. Tras ellos entra Rubén.

—Necesito hablar con los dos. Hemos descubierto algo que lo cambia todo.

Nos explica que, tras las sospechas de Amanda, un amigo suyo ha *hackeado* el sistema informático de Thomas, accediendo a sus cuentas y mensajes. Han descubierto una retirada de efectivo bastante importante varios días después de la muerte de Meredith, que cuadran con el pago al forense por falsificar el informe. Además, hay varios mensajes de Meredith en los que le dice que han acabado.

No sé cómo sentirme, porque aunque me eligiera a mí, me ha estado engañando durante toda nuestra relación.

Hablamos con el agente Owens, que se pone a trabajar con esta nueva información y nos deja recuperándonos mientras ellos terminan de cerrar el caso.



Los días han pasado. Mientras nos hemos estado recuperando, mi madre se ha ocupado de los niños, los padres de Amanda han estado muy pendientes de ella, y entre nosotros nada ha cambiado. Lo más importante es que estamos juntos, recuperándonos poco a poco. Hoy ya nos marchamos a casa, y los amigos de Amanda han venido a buscarnos.

—Amanda, no trabajas todavía para la policía y ya estás en peligro de muerte… chica, vas a ser una agente de la BUA cojonuda. Tontos son si te dejan perder, porque una analista como tú no hay —le dice Nadia bromeando.

—Hombre, espero no toparme con muchas mujeres como Katherine, aunque creo que puedo encontrar asesinos peores —responde Amanda.

Escucharla hablar tan abiertamente del tema me gusta, pero a la vez me da miedo. Todos dicen que yo siempre estoy en el punto de mira por enviarlos a la cárcel; ahora siento que no voy a ser el único.

Justo cuando estamos a punto de salir de la habitación, aparece el agente Owens.

—Tengo buenas noticias: hemos cerrado el caso de Meredith, todo gracias a vuestras investigaciones. Amanda, tu hipótesis ha sido la clave, y tengo una propuesta para ti —ella lo observa sorprendida.

—Soy toda oídos —añade con una sonrisa.

—Queremos que trabajes con nosotros como analista. Sé que no somos el FBI, pero es el principio de tu carrera, y así adquirirás una experiencia que te puede ayudar a ascender.

—Tengo que pensarlo, pero gracias por pensar en mí. Ahora… ¿nos explica qué ha pasado?

En ese momento nos dejan solos con el agente Owens, que nos cuenta que Katherine Davis tenía una deuda enorme, de la cual su

marido no era consciente. Parece que le gustaba vivir por encima de sus posibilidades y acabó en un pozo del que difícilmente podía recuperarse. Cuando se enteró de que yo estaba interesado en su hija, vio la luz, aunque ella era reticente, pues mantenía una relación con Thomas. Pero su madre le dijo que solo tenía que casarse conmigo, tener un hijo y esperar el momento perfecto.

Todo cambió cuando a ella le entraron las dudas. Por lo visto, su madre le había dicho que tenía que deshacerse de mí, que fuera envenenándome poco a poco y que todo lo que tenía sería para ellas. No contaba con que sus sentimientos la traicionaran.

Conforme pasó el tiempo, tras ser madre, fue enamorándose de mí y quiso dejar a Thomas. Entonces él, dejándose llevar por la rabia al saber que se había quedado embarazada, perdió al bebé y, al verse abandonado, no pudo más y la mató.

Fue él quien estuvo en casa el día de su muerte junto con Katherine. Él fue quien la golpeó hasta dejarla sin sentido y quien hizo que todo pareciera obra de Houston; incluso dejó la amenaza por escrito que encontramos entre las manos de Meredith. No quería que yo fuera feliz y por eso me la arrebató. Pensó que si parecía que todo había sido obra de un aprendiz de Houston, nadie le investigaría. Él le pagó al forense para que no les incriminara, ya que si se descubría el embarazo de Meredith, a pesar de que ella hubiera abortado, su castillo de naipes se derrumbaría de un plumazo y pasaría una larga temporada en prisión.

Me quedo helado. Amanda no dice nada, pero siento cómo aprieta mi mano con más fuerza. El agente Owens se levanta de la silla y camina por la habitación con las manos en los bolsillos.

—Thomas fue el verdadero autor del asesinato de su esposa —continúa—. Y Katherine… Katherine lo encubrió. Fingió dolor, se presentó como una madre devastada, pero solo estaba ganando tiempo. La jugada le había salido mal, pero aún tenía su plan B. Y ese era usted, señor Miller, porque con usted fuera de juego se quedaría con los niños y con todo su dinero, al menos hasta que estos fueran mayores de edad. Ella es una mujer fría, que prefería guardar las apariencias a aceptar que su hija ya no quería seguir su juego. Al parecer, Meredith no solo quiso cortar los lazos con

Thomas, sino con ella también. Imagino que no fue fácil para ella tener como madre a alguien cuyo único deseo es deshacerse de tu pareja por dinero.

Me cuesta respirar. El pecho me arde, como si mi cuerpo no pudiera digerir la verdad. Siento que la rabia me consume, pero cada pieza está en su lugar.

—¿Y por qué ahora? ¿Por qué intentar matarnos después de tanto tiempo?

—Porque les vigilaba y sabía que pronto descubrirían la verdad. Ella no podía deshacerse de usted con la muerte de Meredith tan cercana; tenía que esperar. Sabía que no podía quitarle a los niños sin más, pero cuando vio que había rehecho su vida decidió quedarse en su casa para acabar con lo que Meredith no había querido empezar. Intentó envenenarle sin que se diera cuenta; nos lo ha confesado tras sentirse acorralada, pero no le fue posible porque usted siempre estaba fuera con Amanda. Cuando vio que usted le había pedido matrimonio, se dio cuenta de que su plan estaba tambaleándose. Que una vez que Amanda fuera su esposa, ella no tendría derecho sobre nada. Así que decidió actuar: quería que todo pareciera un accidente, dejarles fuera del juego y quedarse con todo.

Siento un escalofrío. Amanda se lleva la mano a los labios. Sus ojos están rojos, pero no llora. Está enfadada.

—¿Y Thomas?

El agente Owens asiente con gravedad.

—Lo tenemos. Ha confesado, no tenía escapatoria. Pensó que si ella hablaba, su historia se vendría abajo también. Amanda ya había dejado pistas, había hablado con gente, los estábamos investigando, por lo que sabía que estaba perdido, que todo saldría a la luz. Sé que esto no borra lo que han vivido. Ni el dolor, ni las traiciones. Pero quiero que sepan que la verdad ya no está oculta. Nadie más podrá hacerles daño.

Cuando se va, tras hacerle prometer a Amanda que pensará en su proposición, el silencio queda suspendido en la habitación. Amanda me mira y yo a ella. Creo que ambos estamos pensando lo mismo: en el dolor, en las cicatrices, en la mierda que nos ha

rodeado desde que empezamos a construir esta vida juntos, pero que estamos dispuestos a cambiarla.

—Todo este tiempo… —murmura ella—. Estuve tan cerca del fuego y no lo supe hasta que casi nos quema vivos. Siento haber sido tan impulsiva con mi empeño de descubrir la verdad.

Intenta excusarse, pero es que esto es lo que más me gusta de ella.

—Estamos vivos, Amanda —le digo con voz grave—. Y juntos. Y eso nada ni nadie lo va a cambiar. Ellos se pudrirán en la cárcel de por vida.

Nos abrazamos, con cuidado, con dolor… pero con fuerza. Porque, después de tanto caos, el amor sigue siendo lo único que tiene sentido.

CAPÍTULO 34



Después de salir del hospital, nos dirigimos a casa de Erik y nos sorprendemos al llegar, pues nos han preparado una gran fiesta. Imagino que el hecho de no perder la vida a manos de una puta loca es motivo de celebración, aunque para el resto el motivo sea nuestro compromiso.

Mis padres todavía siguen aquí; han estado en casa de Erik todos estos días esperando a que saliéramos del hospital y comprobando que estamos bien.

Diana —ya puedo llamarla así— está muy feliz, me abraza con cuidado y me mira con los ojos llenos de emoción.

—Amanda, cuando te vi por primera vez tuve una sensación indescriptible. Ya te dije que esta casa te necesitaba, todos sus habitantes, y que eras la candidata perfecta. No me equivoqué. Supe que harías muy felices a los chicos y que, si mi hijo se daba el placer de conocerte, se enamoraría de ti al instante, porque toda tú eres encantadora. Pero no solo has devuelto la sonrisa a todos los miembros de esta casa y de esta familia, sino que, con tu empeño, has logrado que la verdad salga a la luz y que los fantasmas del pasado por fin puedan descansar en paz. No tendré vida suficiente para recompensártelo.

—Señora Miller, no tiene que recompensarme nada. Yo odié a su hijo casi tanto como ahora lo amo, pero he hecho lo más justo que

debía hacer. Las personas deben avanzar y también deben poder ser libres para decidir quién quieren ser.

En ese momento llega Erik y me abraza por la espalda, dándome un tierno beso en el cuello, uno que me encanta. Entonces los niños vienen a nuestro encuentro.

—Amanda, Amanda, papá nos ha dicho que has aceptado ser nuestra mamá —dicen saltando emocionados.

—Sí, es cierto, así que espero que me tratéis bien, porque ahora, si no lo hacéis, os podré castigar —digo riendo.

—Nosotros siempre somos buenos, porque si no le hubiéramos dicho a papá que te llevara a comer pizza aquel día, no seríais novios de verdad.

Miro a Erik sorprendida, y es entonces cuando me doy cuenta de que este par de diablillos lo tenían todo planeado: las veces que me han pedido que me quede a contarles un cuento, las que le han pedido a su padre que vayamos al parque, a cenar… Son pequeños, pero no tontos, y en sus planes, desde que Erik les contó nuestro acuerdo, ya entraba hacer que me enamorara de él.

—¡¿Qué?! —exclamo mirando a los dos, que se encogen de hombros con una sonrisilla culpable—. ¿Queréis decirme que todo esto fue… un plan?

—Sí —dice Zack con una naturalidad pasmosa—. Papá decía que tú eras *complicada*, pero nosotros sabíamos que si te dábamos pizza y abrazos, te ibas a quedar. ¡Y funcionó!

—¡Eh! Yo nunca dije que fueras complicada… —protesta Erik desde mi espalda.

—Bueno, dijiste que tenía carácter —interviene Kelly con tono sabiondo—. Nosotros ya sabíamos que no querías buscarnos una mamá, pero Amanda nos gustaba mucho y pensamos que, si podía ser tu novia de mentira, también podía serlo de verdad, así que…

—¡A ver, a ver, señores estrategas! —digo entre carcajadas, mientras me agacho y los abrazo—. Así que todo esto lo habéis tramado vosotros… ¡Estáis locos!

—No, estamos enamorados —responde el pequeño con una seriedad desconcertante—. De ti, y queremos que seas nuestra

mamá para que nos hagas galletas de chocolate y juegues con nosotros en el parque, nos columpies y nos llenes de besitos.

Su ternura me desarma. Les aprieto con fuerza mientras Erik me acaricia el pelo con gesto cómplice. Vaya con mis pequeños monstruitos, qué callado se lo tenían.

—¿Alguna cosa más que debamos saber? —pregunta Erik, curioso.

—Bueno… aquel regalo del árbol… en realidad lo tiré. Solo quería que todos en la fiesta vieran lo buena que eres con nosotros.

No me cabe la menor duda: estos niños, de mayores, van a ser la bomba.

Estamos tan tranquilos tras las confesiones de los chicos cuando, de repente, escuchamos un grito ahogado proveniente del jardín.

—¡Ay, por Dios, no! ¡Eso no era comestible! —exclama de repente Charles.

Corremos al porche y encontramos a Pablo y Luis peleándose con una fuente de gominolas. Al parecer, los niños, en su afán decorativo, habían mezclado ositos de goma con... pegamento brillante de manualidades.

—¡¿Qué clase de sustancia psicodélica es esta?! —grita Luis mientras escupe lo que claramente no es un osito.

—¡Era una broma! —Los pequeños se encogen de hombros, orgullosos de su travesura—. Os lo merecíais por decir que los adultos solo pueden comer jamón y vino —dice Zack, sacándoles la lengua a Pablo y Luis.

La risa se apodera de todos. Incluso Diana se tapa la boca para no escupir su copa de cava, y mi madre no puede parar de reír. Hacía mil años que no la veía así… y me gusta.

Pero, en medio del caos cómico, Erik se acerca a Luis, algo temeroso por su reacción. Aunque no estoy muy cerca, escucho lo que le dice.

—Espero que podamos ser amigos. Sé lo que sentías por Amanda y quiero que sepas que nunca quise meterme en medio de nada.

Luis se encoge de hombros, algo avergonzado.

—Bueno, tú apareciste cuando las cosas se estaban poniendo interesantes… Pero, en realidad, ella nunca ha querido tener nada serio conmigo, así que no puedo guardarte rencor.

—Gracias —responde Erik con una sonrisa de satisfacción—. Me alegra que Amanda tenga tan buenos amigos.

—¡Erik! —le reprendo, dándole un codazo—. Espero que no estés pensando que yo pueda ser como Meredith… ¿Estás celoso? —comento, un poco molesta.

—Solo un poquito —me susurra al oído—. Lo justo para que sepas que no pienso perderte nunca. Y no, sé que tú no te pareces a ella en nada. Me lo demuestras con cada sonrisa. No quiero que eso cambie jamás.

Es justo en este momento, mientras observo a mis padres, a mis amigos, a Charles —que se ha quedado para vigilar a mis pequeños demonios—, a los niños, a Diana y a Erik, cuando me doy cuenta de que esta familia, tan imperfecta y tan loca, es justo donde pertenezco. Y que, aunque el camino haya sido una locura, no lo cambiaría por nada.

Tras la fiesta, acostamos a los niños, despedimos a todos y mis padres me llaman para hablar conmigo antes de irse.

—Amanda, cielo, nos alegramos de que estéis bien. Tenemos muchas cosas de las que hablar, pero solo queremos que sepas que entendemos lo que hiciste, aunque en su momento no nos pareciera bien. Solo queríamos que tuvieras una vida sin preocupaciones, y llevar mi empresa te brindaba esa oportunidad. Pero nos has demostrado que eres capaz de alcanzar tus propios sueños, y estamos orgullosos de ti.

Por una vez en la vida, siento que he recuperado a mis padres, y eso me alegra muchísimo.

—Siento haber querido dirigirlo todo —comenta mi madre—. Es que eras tan rebelde, que me daba miedo que acabaras con cualquiera… pero has sabido elegir muy bien.

Ella no cambiará nunca.

—Mamá, me enamoré de Erik por quien es, no por lo que tiene. Al principio le odiaba, sabes cómo soy, y no me gusta ser una marioneta. No quiero que nadie mueva mis hilos. Quiero decidir por

mí misma lo que quiero y a quién quiero. Y la suerte, para ti, es que ha sido él, pero perfectamente podría haber sido otra persona más humilde, y eso, en realidad, debería darte igual, mientras esa persona me quiera.

La veo agachar la cabeza. Sabe perfectamente que tengo razón.

—No quiero que el dinero sea tan importante, mamá. Mira lo que le pasó a la mujer de Erik… y todo por dinero.

Ella me abraza y asiente con la cabeza. Por fin lo ha entendido. Y no lo he dicho por reproche. Entiendo que es la vida que ella ha tenido: mis abuelos también eran unos pijos redimidos. Pero tiene que entender que el dinero no lo es todo. Hoy lo tienes, mañana puedes perderlo. Lo que importa es el amor. Cuidarlo para que dure eternamente.

Aunque es cierto que llegué a esta casa para ser una simple canguro, que acepté un acuerdo un poco indecente por dinero —ya sabes que tengo obsesión por mi fondo de armario—, que odiaba a mi jefe más que a nada en el mundo… Pero que ha resultado ser como esas frutas que son muy feas por fuera, pero que, una vez descubres su interior, son maravillosas. Y es cierto que, por él, me metí en un lío que me ha traído más apuros de los que yo hubiera querido tener… Si me preguntaran si volvería a aceptar un trabajo por instinto, te diría que sí, sin dudarlo. Porque, en ocasiones, la vida está llena de sorpresas, el destino nos une a quien siempre hemos pertenecido, y tanto Erik como yo sentimos que el destino nos ha unido para no separarnos nunca.

EPÍLOGO



Hoy hace dos años que Erik y yo nos prometimos. Y no, aún no nos hemos casado. Nuestra vida es bastante caótica, pero ambos somos muy felices.

Erik sigue siendo el juez más reputado de todo Manhattan. Cada caso que cierra lo eleva un poco más a la cima, y se ha convertido en ese juez al que ningún acusado quiere tener enfrente. Son muy pocos los casos que llegan a su sala con personas inocentes, pero siempre se deja guiar por las pruebas y su buen juicio.

Yo terminé el máster hace poco y ahora trabajo para el FBI. El caso de Meredith Miller me dio bastante prestigio y fue un gran pistoletazo de salida para mi carrera como agente especial. Durante todo este tiempo me he ocupado de realizar perfiles de asesinos, violadores, maltratadores… También he participado en interrogatorios y en algunas negociaciones con rehenes. Pero eso solo fue el comienzo, porque soy la agente más joven y con más casos resueltos de la unidad. La verdad es que mi trabajo es arriesgado, viajo mucho, y esa es una de las razones por las que Erik y yo aún no nos hemos casado. Pero disfruto tanto que no me importa; mi valía y mi instinto me han ayudado mucho a conseguir todo lo que me propongo.

Hace poco me ofrecieron dirigir mi propia unidad aquí en Brooklyn, y aunque lo he sopesado mucho junto a Erik, he decidido

aceptar. Sé que soy impulsiva y me encanta el trabajo de campo, pero tengo una familia y quiero estar más tiempo con ellos.

Siendo jefa de unidad, solo viajaré cuando el caso lo requiera o mi presencia sea indispensable. Conozco al equipo y todos los agentes son geniales, incluso la analista de datos —aunque es un poco antisocial— conmigo se lleva muy bien.

En cuanto a Zack y Kelly, son los niños de mis ojos. Llevan tiempo insistiendo en que quieren un hermanito, pero nosotros no estamos por la labor… Aunque, ahora que voy a pasar más tiempo aquí, quién sabe si me lo planteo. No negaré que la idea de tener un bebé con Erik, vivir el proceso de ser madre y la experiencia en sí, me llama mucho. Pero no ahora. Quizá en unos años.

Mis amigos, esos locos que antes eran unos fiesteros, siguen siéndolo, aunque con algo más de mesura. Pablo y Nadia se dieron el «sí, quiero» el año pasado. Fue una ceremonia preciosa y muy emotiva. Luis se casa en una semana con Lena, una chica que conoció en la boda de Pablo y que es compañera de clínica de Nadia. Ya se sabe que de una boda sale otra... Ninguno piensa en ser padre por ahora. Son como yo. Y es que aún somos jóvenes.

Y seguro que te preguntas: ¿y tu boda con Erik, para cuándo? Pues ahora que todo se ha asentado en mi vida, que los malos rollos con mi familia quedaron atrás, que vuelvo a disponer de mi fondo de inversiones, mis cuentas están desbloqueadas y mi fondo de armario rebosa más que el de Erik... hemos planeado una boda íntima, con nuestra familia y amigos, en un lugar mágico: el bosque de las luciérnagas, en Hudson Valley.

Ya me imagino la escena. Un claro escondido en medio del bosque, en lo alto de una colina, al atardecer. Los últimos rayos del sol colándose entre las ramas de los árboles, cientos de luciérnagas iluminando todo a nuestro alrededor, creando un efecto mágico y perfecto.

Hay un viejo invernadero de cristal abandonado que restauraron hace poco, y creo que, adornado con guirnaldas de luces cálidas y flores silvestres, quedará ideal para prometernos amor eterno ante nuestros invitados.

Zack y Kelly nos han hecho una cajita para guardar los anillos y quieren ser ellos quienes los traigan, además de abrirme el paso por el camino de piedras, por el que espero ir del brazo de mi padre… aunque no sé quién llorará más, si él o yo.

Estoy segura de que será un día muy especial. Aunque, si te soy sincera, al lado de Erik todos los días lo son. Me encanta despertar entre sus brazos, con sus besos en el cuello, o cuando por las noches me acaricia y hacemos el amor. Pero… ¿sabes qué es lo que más me gusta? Los pequeños momentos. Llegar a casa y andar descalzos por el jardín, entre la hierba; compartir con él mi día a día; pasar tiempo con los niños en el parque, mientras me columpio y él me empuja —ya se ha rendido, sabe que soy como una niña más—; o escucharle soltar improperios cuando salto en los charcos que ha dejado la lluvia, o me mojo bajo ella girando sobre mí misma.

Él era un hombre tranquilo, acostumbrado a una vida mediocre… y llegué yo para revolucionarlo todo. Pero aunque una vez fui una canguro en apuros, ahora siento que juntos somos un gran equipo. Y sé, sin ninguna duda, que vamos a ser muy felices.

FIN

AGRADECIMIENTOS

Todos sabeis que esta parte es la que más me cuesta, porque sois muchas personas las que día a día me ayudáis a crecer en este mundo de letras. Compañeros del gremio, lectores, familia, amigos, y no olvidarse de alguien es casi imposible. Pero en esta ocasión me gustaría dar las gracias a una persona que es la que ha hecho posible esta novela.

Esta persona me hizo plantearme un reto, una novela que fuera auto conclusiva, sin personajes que ya existieran y que no tuviera que ver con mis otras novelas, y fue en ese momento, después de darle vueltas a mi cabeza y apartar el resto de novelas que quería escribir, cuando llegó esta. Al principio yo quería que fuera una comedia romantica, un enemies to lover de manual, pero el oficio de Amanda me lo puso muy difícil y podemos decir que tanto ella como Erik tomaron el control.

Los que hace años leéis mis novelas sabeis que se caracterizan por los giros inesperados, las emociones, el drama, y el misterio siempre me ha tirado demasiado… así que en esta ocasión no iba a ser menos.

Empecé a escribir y me dejé arrastrar por todo lo que ellos me gritaban, y mi pluma se reveló porque yo no sé escribir de otra forma, me dejo llevar por la trama y los personajes, cuando empiezo una novela ella me arrastra y no puedo parar, los personajes me hablan y ellos deciden por mí, yo solo me limito a escucharlos y a escribir su historia.

Es por ello que le doy las gracias a Esther E. porque sin ella esta historia quizá no existiría.

Como siempre agradezco a mi familia, la paciencia, gracias por acompañarme en el proceso, por animarme cada día, sobre todo a mi marido, por darme alas, por estar a mi lado y apoyar cada sueño,

por loco que sea. Solo espero que me apoye el resto de nuestras vidas. Te amo.

A mis lectores y compañeros de letras que muchas veces han confiado en mí.

A los que están empezando y han dejado que les guie por este camino lleno de piedras.

A todos esos lectores que se atreven a entrar en mi mundo y que dedican su valioso tiempo a reseñar mis novelas con tanto cariño. Gracias por hacer ese trabajo: sois estupendos.

A mis chicas, María, Eva y Eve. Porque en ocasiones el destino trae a tu vida a las personas adecuadas sin esperarlas.

A mi equipo de Magia de la lectura Servicios Editoriales, gracias por ser fieles a nuestras historias y hacerlas tan especiales. Miguel, eres mágico y no te cambio por nada.

Y, por último, te doy las gracias a ti. Tú, que has leído esta historia hasta el final, que te habrás sorprendido, me habrás odiado un poco y también te habrás enamorado de algún personaje, espero de corazón que quieras conocer muchas más de mis locas historias. Porque te aseguro que se avecinan muchas más.

Si te ha gustado esta historia, te invito a dejarme una reseña. Eso me ayuda a llegar a muchos más lectores y también a mejorar.

Y si quieres formar parte de mi pequeña gran familia, te animo a seguirme en redes y a unirte a mi canal de Telegram, donde comparto contenido en primicia y muchas cosas más.


@DANADARIUSAUTORA

OTRAS PUBLICACIONES DE DANA DARÍUS

- Perderte para volver a encontrarte (Julio 2019) aunque
- ahora nos sorprende con una segunda edición (Septiembre
- 2021)
- El amor no es para mí (Mayo 2020) Terra Ignota
- Ediciones.
- Dos cuerpos y una sola alma (Julio 2020)
- Una absurda Historia más (Primer libro de la Serie
- Historias) (Diciembre 2020)
- Tantas historias y ninguna contigo (Segundo libro de la
- Serie Historias) (Febrero 2021)
- Los cuentos de hadas ya no existen (Julio 2021)
- Encontrarte sin buscarte (Noviembre 2021)
- Treinta y un días en el maldito paraíso (Junio 2022)
- Wish Club (serie completa) Relatos eróticos que incluyen
- el relato inédito Fiestas desenfrenadas (Febrero 2023)
- El secreto de Coraline Sparks (Junio 2023) Candidata al Premio Literario Amazon Storyteller 2023.
- Estrella Estrella contra Galaxia (Los Superminihéroes vol 1)(Noviembre 2023) Novela corta infantil/juvenil.
- Fuego contra Hielo (Los Superminihéroes vol 2.)
- (Febrero 2024) Novela Corta infantil/juvenil.
- Deshazte de mí si puedes (Mayo 2024) Candidata al Premio Literario Amazon Storyteller 2024

- Las chicas de ~~h~~oro (Marzo 2025)

También puedes disfrutar de algunos de sus trabajos en audiolibro en la plataforma Escuxa_app. Los escontrarás en el código QR.

Todos los libros de Dana Daríus se ecuentran disponibles en Amazon. Para saber más, escanea el código QR.

Página web de Dana Daríus, donde encontrarás curiosidades y más:

BIOGRAFÍA



Nací en Badalona, una hermosa ciudad de Barcelona, el 15 de septiembre de 1984. Aunque, curiosamente, mi DNI dice que fue el 16. Desde siempre, he sentido una profunda pasión por la lectura y la escritura, aunque mi vida profesional estuvo inicialmente dedicada a los números. Soy una persona cariñosa, romántica, soñadora y muy amiga de mis amigos. Pero, sin duda, lo más importante en mi vida es mi familia: mis dos maravillosos hijos, que me tienen completamente enamorada, y mi esposo, mi compañero de vida, quien ha sido mi mayor apoyo en cada paso que he decidido dar.

Mi aventura como escritora comenzó en 2018, y desde entonces no he podido parar. Me apasiona crear historias que hagan vibrar a los lectores, que les permitan evadirse de su rutina y sumergirse en mundos llenos de emociones, amor y finales felices. Para mí, la conexión con quienes leen mis novelas es esencial; por eso, siempre

estoy disponible en mis redes sociales para interactuar y compartir con ellos.

Soy cabezona e impulsiva, y eso, aunque a veces es un reto, me ha llevado a no rendirme nunca. Cuando algo se me mete en la cabeza, no paro hasta conseguirlo. Esta determinación me ha permitido crecer, aprender y volar alto en mi camino como autora. Creo firmemente que el aprendizaje es un viaje sin fin, y cada paso que doy lo hago con el objetivo de mejorar y ofrecer lo mejor de mí.

Escribir es mi pasión, mi refugio y mi forma de expresar todo lo que llevo dentro. Si eres de los que disfrutan de historias llenas de romance y finales que hacen suspirar, te invito a descubrir mis novelas. Estoy segura de que encontrarás personajes y tramas que te enamorarán. ¡Atrévete a soñar conmigo!

¡Te espero con los brazos abiertos para compartir juntos esta aventura literaria!